



Eligio Ancona

Los mártires del Anáhuac

Lectulandia

Los mártires del Anáhuac fija el centro de su trama en la violencia de la conquista. Se trata de una muy ágil relación del «triunfo de la ciencia y de la táctica sobre el valor y el número», como escribe el propio Eligio Ancona, ubicada en el paisaje del altiplano azteca del siglo XVI. Eligio Ancona trenza aquí con la elegancia y el tacto de un estilo muy propio algunos de los episodios centrales de la conquista, tal y como los vio y registró desde el lado español un Bernal Díaz del Castillo, con la cuidada recreación novelística del rico universo indígena. *Los mártires del Anáhuac* es por tales motivos una obra de especial relevancia en el desarrollo local del género de la novela histórica.

Lectulandia

Eligio Ancona

Los mártires del Anáhuac

ePub r1.0

IbnKaldun 19.05.15

Título original: *Los mártires del Anáhuac*

Eligio Ancona, 1870

Diseño de cubierta: Albert Majoral

Editor digital: IbnKhalidun

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Parte primera

Capítulo primero

La flota

El 21 de abril de 1519 reinaba una agitación extraordinaria en las costas de la antigua provincia de Chalchiuhcuecan.

El espacio que hoy ocupa la moderna ciudad de Veracruz se hallaba inundado de un inmenso gentío más inquieto y alborotado que las aguas del golfo que venían a estrellarse en la orilla.

El día estaba bastante avanzado, y los rayos del sol, que caían perpendicularmente sobre la superficie arenosa de la playa, producían un calor intenso y abrasador a que parecía insensible la muchedumbre.

Nobles cubiertos con sus ricas mantas de algodón, hombres del pueblo cargados con los instrumentos de su trabajo, mujeres ligeramente vestidas y niños completamente desnudos afluían a centenares de los lugares vecinos y solo se detenían al sentir humedecidas sus plantas por el agua del mar.

Y con los ojos fijos en sus azuladas ondas y comunicándose mutuamente sus observaciones, permanecían en el sitio que habían logrado conquistar, olvidando que el sol quemaba su piel y hacía brotar el sudor de todos sus poros.

¿Por qué se hallaba excitada a tal grado la admiración de la multitud?

Era que en ese golfo espacioso, cuyas aguas habían arrastrado en otro tiempo la barca del dios Quetzalcóatl hasta el fabuloso país de Tlapallan, se presentaba un espectáculo extraordinario que naturalmente traía a la memoria del pueblo el mito más bello de la teogonía azteca.

A una milla de distancia de la playa, y a sotavento de la isleta donde después se edificó el castillo de San Juan de Ulúa, avanzaban majestuosamente once naves con la proa dirigida hacia tierra y las velas hinchadas por la suave brisa del mar.

Era la segunda vez que los sencillos habitantes de Chalchiuhcuecan contemplaban atónitos aquel fenómeno maravilloso. El año anterior cuatro naves capitaneadas por Juan de Grijalva se habían presentado en las mismas costas y habían desaparecido casi inmediatamente, después de cambiar sus miserables bujerías de Europa por el rico oro de las minas del Anáhuac.

Pero aunque aquel espectáculo careciese del mérito de la novedad, no por eso llamaba menos vivamente la atención del numeroso pueblo que inundaba la costa. Los americanos no conocían hasta entonces otra clase de embarcaciones que sus canoas y piraguas, de que se valían para la pesca y para la guerra, sin apartarse nunca de la orilla. Así, pues, aquellas naves cuya quilla cortaba tan fácilmente las inquietas aguas del golfo les parecían de dimensiones extraordinarias; aquellas grandes mantas desplegadas al viento eran para ellos de un uso desconocido y la falta de remos les

hacia suponer que esos inmensos monstruos marinos eran impelidos por alguna fuerza sobrenatural.

El nombre de Quetzalcóatl se hallaba en todos los labios, y, con esa sencilla devoción tan característica de los pueblos primitivos, algunas personas se arrodillaban humildemente sobre la arena para adorar desde lejos al buen dios del aire que, según su promesa, volvía a habitar entre su pueblo.

Éste era el sentimiento que dominaba generalmente en la multitud. Pero como cualquiera que sea la condición a que esté reducido un pueblo nunca faltan en su seno algunos espíritus superiores que se elevan sobre las supersticiones del vulgo, había unos cuantos incrédulos que se oponían a reconocer como descendientes de Quetzalcóatl a aquellos misterioso viajeros que venían de un país no menos misterioso.

Estos incrédulos eran principalmente los que el año anterior se habían acercado a Grijalva y sus compañeros, los que los habían oído hablar y comerciado con ellos. Convenían en que los extranjeros eran de una raza enteramente distinta de la de los demás hombres, puesto que la blancura de su cutis, las barbas que enseñaban en el rostro, sus trajes, sus armas y sus inmensas piraguas en nada se parecían a cuanto habían visto hasta allí en el extenso país del Anáhuac; pero negaban su origen divino y se fundaban en la sencillísima razón de que los habían visto devorar cuantos alimentos se les habían presentado.

Esta discusión, que empezaba a interesar a la multitud casi tanto como las naves que seguían avanzando hacia la playa, fue repentinamente interrumpida por un accidente que tuvo lugar en la armada.

La brisa trajo hasta los oídos de los ansiosos americanos el eco de algunas voces de mando y el monótono y cadencioso salomar de los marineros; las blancas velas cayeron casi simultáneamente sobre la cubierta de las naves o se recogieron a lo largo de los mástiles que las sostenían, y un momento después las anclas de hierro hendían la cristalina superficie de las aguas y descendían al abismo. Las misteriosas naves habían detenido su vuelo, y la cubierta de cada una de ellas no tardó en verse poblada de un número considerable de aquellos extranjeros blancos y barbados que tanto excitaban la admiración de los americanos.

La mayor de las carabelas, la que venía por delante, enarboló entonces sobre el asta de popa el pabellón de Castilla y sobre el palo mayor sus insignias de capitana.

Era ésta la que conducía el célebre piloto Antón de Alaminos, la que traía a bordo a Hernán Cortés, jefe de la armada, a Pedro de Alvarado, futuro conquistador de Guatemala, a Francisco de Montejo, que más tarde debía conquistar a Yucatán, a Alonso Hernández Puertocarrero y a otros capitanes y personas de alguna distinción que gozaban de la amistad o del favor del jefe. Entre estos últimos venía Bernal Díaz del Castillo, valiente soldado y sincero historiador, que medio siglo después debía escribir con tanta verdad como prolijidad las peripecias de la campaña extraordinaria que forman el asunto principal de este libro.

Apoyadas en la obra muerta de la capitana y mirando alternativamente a las playas del continente o a la isleta de San Juan de Ulúa, según el diálogo lo exigía, varios de los capitanes y soldados que habían hecho el viaje del año anterior con Grijalva conversaban animadamente con Hernán Cortés, que los abrumaba a preguntas para saciar su curiosidad.

Nuestros lectores no llevarán a mal que bosquejemos, siquiera a grandes rasgos, el retrato de este hombre extraordinario que debía llevar al cabo la empresa más atrevida de aquel siglo de grandes empresas.

En la época en que comenzamos nuestra narración, el futuro conquistador del Anáhuac contaba treinta y cuatro años de edad. Como sucede generalmente con todos aquellos que han consagrado una gran parte de su existencia a la vida activa de los campamentos, Hernán Cortés, aunque un poco delgado, era de una complexión recia y robusta que, unida a su mediana y bien proporcionada estatura, hacían de su persona un conjunto agradable. El trigueño color de su cutis se hallaba un tanto quemado por el ardiente sol de las Antillas, donde había permanecido muchos años cultivando la tierra y haciendo la guerra a los naturales. Sus ojos negros, aunque sabían expresar todas las pasiones, revelaban principalmente esa energía y firmeza de voluntad que no tardaremos en ver desarrolladas en las ocasiones más difíciles. Sus barbas, no muy espesas, le cubrían las mejillas y toda la parte inferior del rostro. Mirándole con mayor atención se descubría abajo del labio inferior y mal encubierta por las patillas la cicatriz de una herida que el guerrero había recibido no en los campos de batalla, sino en una pendencia que había tenido en sus mocedades con un rival más diestro más afortunado que él.

Aquel día iba tan modestamente vestido como cualquiera de los aventureros que le rodeaban y cuya pobreza era tanta que sólo por salir de ella habían tomado parte en la empresa que iban a acometer. A pesar de esto, y como queriendo dar un indicio de lo mucho que codiciaba el oro y las joyas, llevaba Cortés un grueso diamante en el dedo meñique de la mano derecha y, al cuello, una cadenita de oro con un joyel del mismo metal, en cuyo anverso estaba grabada una imagen de la Virgen María y en el reverso otra de San Juan Bautista. En la gorra de terciopelo que cubría su cabeza se ostentaba una medalla que llevaba una imagen sagrada, según el gusto o la manía que dominaba en aquella época de devoción.

Tal era el hombre que, arrimado a la obra muerta de la carabela, conversaba familiarmente con varios de los capitanes y soldados que acabamos de mencionar. El carácter de Hernán Cortés se prestaba bastante a la familiaridad en ciertas ocasiones. Como todo hombre que espera su elevación más bien de la popularidad que de lo que en su país y en su época constituye el derecho, Cortés, en sus conversaciones íntimas, trataba como a iguales a los turbulentos aventureros que le acompañaron en su empresa, no obstante que su ambición le decía que con astucia y superioridad podía dominarlos a todos.

Cuando la maniobra que mandaba con precisión Alaminos se hubo terminado del

todo; cuando los marineros hubieron dejado de correr sobre cubierta para obedecer las órdenes del piloto; cuando, en una palabra, la calma hubo sucedido al movimiento y agitación que reinan siempre en el acto de anclar un buque, Hernán Cortés se volvió a Bernal Díaz, que había venido enseñándole todos los lugares notables de la costa desde Potonchán hasta Sacrificios, y, señalándole con el dedo una isleta que se descubría a corta distancia, le preguntó:

—¿Qué nombre habéis dado a esta isla en vuestro viaje anterior?

—San Juan de Ulúa —respondió el futuro cronista.

—¡San Juan de Ulúa! —repitió Cortés, a quien acaso pareció extraño este consorcio de un santo del paraíso con un nombre pagano—. ¿Y qué motivo os obligó a darle ese nombre?

—Dímosle el nombre de San Juan porque el día de San Juan descubrimos la isla y por honrar la memoria de nuestro capitán Juan de Grijalva.

—¡Hum! —refunfuñó el capitán—. Primero habéis dado el nombre de vuestro capitán Grijalva al río de Tabasco, después a esta miserable isla. ¿Qué dejáis, pues, para los que han venido detrás?

Y Hernán Cortés, que todavía no había dado su nombre a nada, sintió oprimírsele el corazón, de emulación y de envidia, y clavó sus ojos en las playas de aquel fabuloso continente que parecía brotar de las azuladas aguas del golfo y que, a juzgar por la ansiosa muchedumbre que hervía en sus blancos arenales, debía ser el más rico y grandioso descubrimiento que los europeos hubiesen hecho en el Nuevo Mundo.

Permaneció un instante inmóvil y silencioso y su mirada se hizo tan fija y tan tenaz, que parecía querer penetrar las montañas cuyas elevadas crestas se descubrían allá en el lejano horizonte para conocer los tesoros que encerraban en su seno. Sus pupilas se ensancharon entonces dentro de las órbitas de sus ojos, sintió correr por sus venas un fuego desconocido, e inclinando la cabeza sobre su pecho:

—¡Quién sabe! —murmuró, como para responder a su propio pensamiento.

Y volviéndose a Bernal Díaz:

—Continuad —le dijo—. ¿Por qué habéis sobrepuesto el nombre de Ulúa al nombre de vuestro capitán?

—Os lo voy a decir. Cuando pasamos a esta isleta el año anterior encontramos allí un adoratorio que contenía un altar y un ídolo viva imagen del demonio. Algunos sacerdotes que traían unas mantas negras, largas y con capillas, a guisa de las que usan los frailes dominicos, acababan de sacrificar a dos jóvenes que yacían tendidos al pie del altar, completamente desnudos y con el pecho ensangrentado. Uno de aquellos infames sacerdotes tenía en sus manos el corazón todavía caliente de las víctimas, que ofrecía al ídolo, mientras otros le quemaban, en grandes sahumeros de barro, una resina cuyo olor se parecía al incienso. Les preguntamos por medio de nuestro intérprete quién les ordenaba cometer aquellos asesinatos, y ellos, señalando el Occidente con sus manos teñidas en sangre, nos respondieron repetidas veces: «¡Ulúa! ¡Ulúa!».

—¿Y habéis entendido entonces o después lo que querían significar con aquella palabra? —preguntó Hernán Cortés.

—Cuando interrogamos a nuestro intérprete Francisco nos respondió que con aquella palabra querían significar al poderoso señor que gobierna este vasto imperio y del cual hemos oído hablar en Tabasco.

En aquel momento se incorporó al grupo que formaban los interlocutores un joven de fisonomía abierta y de francos modales que parecía comunicar la alegría a cuantos le rodeaban.

Este joven llevaba el retumbante nombre de Alonso Hernández Puertocarrero.

—Veo, señor capitán —dijo a Hernán Cortés—, que os seguís entreteniendo, como ayer, en saber de esos caballeros lo que aprendieron en su viaje anterior. ¿Sabéis de qué me acuerdo oyendo nombrar tantas ciudades, ínsulas y ríos?

—¿De qué? —preguntó Cortés con bondadosa sonrisa.

—Pues me acuerdo de aquel antiguo romance que dice:

Cata Francia, Montesinos;
cata París, la ciudad;
cata las aguas del Duero
do van a dar a la mar.

Yo os digo que miréis bien las ricas tierras que delante de los ojos se nos presentan y que sepáis gobernarlas bien, como nosotros sabremos conquistarlas.

Estas palabras, que tan exactamente correspondían a los secretos pensamientos del capitán, hicieron asomar un ligero rubor a sus mejillas. Pero reponiéndose al instante dijo:

—Denos Dios ventura en armas como tal paladín Roldán, que, por lo demás, teniendo a mi lado caballeros como vuestra merced y los otros que me rodean, yo sabré gobernarlas con el beneplácito de todos.

Y, volviendo a mirar hacia el continente, murmuró por lo bajo la segunda estrofa del romance comenzado por Puertocarrero:

Cata palacios del Rey,
cata los de don Beltrán
y aquella que ves más alta
y que está en mejor lugar.

En aquel instante, los que continuaban mirando hacia la playa vieron desprenderse de ésta dos grandes canoas henchidas de desnudos americanos y que, por la dirección que desde luego le imprimieron los remeros que las conducían, se conoció bien presto que intentaban abordar a la capitana. Cortés se separó entonces de sus interlocutores e hizo llamar a su intérprete Jerónimo de Aguilar.

Algunos momentos después las dos canoas pegaban a un costado de la carabela.

Los soldados invitaron por señas a los que venían en ellas a que subiesen a bordo, y éstos no tardaron en obedecer.

El primero que saltó sobre cubierta era un indio de elevada estatura y de robustas formas, que a juzgar por la altivez de su continente y la riqueza de su traje, debía de ser persona principal. Los indios que le acompañaban venían completamente desnudos, si se exceptúa el *maxtlatl* o faja que rodeaba su cintura.

El jefe llevaba, además, anudada graciosamente sobre su pecho, una larga manta de excelente tela de algodón que le cubría las espaldas y descendía hasta más abajo de las corvas. Defendían sus pies unas alpargatas de cuero que se sujetaban a la pierna por medio de unos hilos suaves de algodón entretejidos con algunas partículas de oro. En su mano derecha se ostentaba un rico abanico de plumas con que se daba aire en el rostro para mitigar el calor del clima.

Luego que el indio se vio rodeado de todos sus compañeros, echó una mirada en derredor de sí como para buscar a la persona a quien debía dirigirse.

El espectáculo que se presentó a sus ojos, aunque de una novedad extraordinaria para él, no fue bastante para turbarle.

Hernán Cortés, sentado en una silla, cerca del palo mayor del buque, era el centro de un semicírculo formado por los aventureros españoles, que, con sus trajes europeos, su cutis blanco y las espesas barbas que cubrían la mitad de su rostro, tenían, a los ojos de los sencillos americanos, el aspecto de otros tantos seres sobrenaturales bajados de un mundo superior o desconocido.

Más allá, a la proa del buque, algunos marineros, echados indolentemente sobre rollos de jarcia, apenas se habían dignado levantar un poco sus barbados semblantes para aventurar una mirada de curiosidad sobre sus extraños huéspedes.

Pero en donde las miradas de los mexicanos se detuvieron con mayor atención fue en un grupo de mujeres de raza aborigen que tenían en frente de sí y que no eran otras que las esclavas regaladas algunos días antes a los españoles por el cacique de Tabasco. Los indios examinaban atentamente con los ojos su color cobrizo y sus vestidos de algodón y se preguntaban a sí mismos qué significaba aquel grupo de simples mortales en el templo de los dioses.

Porque no podía ser otra cosa que un templo construido por seres sobrenaturales aquel gran edificio de madera que, a pesar de sus extraordinarias dimensiones, se mantenía sobre las aguas del golfo como la más frágil piragua de Chalchiuhcuecan. Los ojos de los mexicanos vagaban atónitos desde la cubierta que resonaba bajo sus pisadas hasta las extremidades de los mástiles que se balanceaban majestuosamente en el espacio. Aquellas cuerdas multiplicadas hasta lo infinito, aquellas grandes mantas plegadas ahora y que parecían descansar del largo vuelo que habían emprendido, las armas de acero de los soldados que brillaban a los rayos del sol y una campana que dejaba oír en aquel momento sus tañidos, eran otros tantos objetos de curiosidad y admiración para los rudos habitantes del continente americano.

Transcurrió un largo instante de silencio que los mexicanos emplearon en admirar

a los españoles y los españoles en considerar atentamente a los mexicanos.

El primero que rompió este silencio fue el jefe americano, pronunciando una palabra en el armonioso idioma de los aztecas.

Pero esta palabra pareció habérsela llevado la brisa, porque ninguno de los circunstantes, ni el mismo intérprete de la armada, dieron indicios de haberla comprendido.

El jefe indio repitió su palabra con voz más fuerte, como temeroso de no haber sido oído la primera vez. Pero como esta tentativa tuvo el mismo éxito que la anterior, al cabo de un instante pronunció por tercera vez la misma palabra, alzando todavía más el tono de su voz.

Entonces del grupo de las esclavas de Tabasco se destacó una mujer, como para llamar la atención del mexicano, y, cuando los ojos de éste se hubieron fijado en los suyos, extendió hacia Hernán Cortés un brazo, que hubiera podido servir de modelo a un estatuario, y se lo señaló con el índice.

El indio se adelantó entonces con desembarazo hasta el sitio en que se hallaba Cortés y, cuando estuvo próximo al caudillo, se inclinó profundamente ante él, tocó la cubierta del buque y besó luego la mano con que la había tocado.

Cortés le correspondió únicamente con una ligera inclinación de cabeza.

Entonces el mexicano volvió a enderezarse y, gesticulando y accionando vivamente, pronunció un largo discurso que todos los circunstantes escucharon sin pestañear.

Cuando la última palabra se hubo extinguido en los labios del orador, Hernán Cortés se volvió hacia Jerónimo de Aguilar para que le tradujera aquel discurso.

Pero Jerónimo de Aguilar respondió con voz desmayada que no había podido comprender una sola palabra. Un rayo de cólera brilló en los ojos del irascible extremeño, como le sucedía cada vez que se veía contrariado.

—Haced —dijo— que ese hombre repita su discurso. Acaso no le habéis escuchado con bastante atención.

—¡Es inútil! —repuso Aguilar—. Habla un idioma absolutamente desconocido para mí. Ya no es el que se había desde Cozumel hasta Tabasco y que yo aprendí en Yucatán.

—¡En mi conciencia! —exclamó Hernán Cortés, soltando este juramento que le era tan familiar—. He aquí una dificultad que no aguardaba.

Y volvió a lanzar sobre su intérprete una mirada llena de cólera, como si el pobre prisionero de Yucatán hubiese tenido la obligación de conocer todos los dialectos que se hablaban entonces en el continente americano.

Jerónimo de Aguilar, abatido y doblegado bajo el peso de esta mirada, tenía la cabeza inclinada sobre su pecho. Pero de súbito levantó los ojos y mirando a Cortés con cierta expresión de triunfo:

—¿Habéis notado —le dijo— que una de esas jóvenes de Tabasco os señaló con el dedo al indio que nos pronunció tan hermoso discurso?

—Sí.

—Eso indica, cuando menos, que la muchacha comprendió la palabra que el indio pronunció desde que saltó a bordo.

—Y que conoce su idioma.

—Pues bien: si la esclava conoce el idioma de ese gentil, ella me traducirá al maya su discurso y yo os lo traduciré del maya al español.

Pareció a Hernán Cortés excelente esta idea, y procurando distinguir entre el grupo de las jóvenes esclavas a la que había designado el intérprete, la llamó con un ademán.

La joven esclava volvió a apartarse de sus compañeras y, ruborizada y temblando, atravesó el espacio que la separaba de Cortés bajo el luego de las cien miradas que se clavaron sobre ella para saciar su curiosidad. Y a fe que, aparte del interés que excitaba en aquel momento por el importante papel que iba a desempeñar, merecía llamar todavía más poderosamente la atención por su juventud, por su belleza y por su originalidad, si nos es lícito emplear esta última palabra.

La esclava se hallaba todavía en esa época de la juventud que puede llamarse la primavera de la vida. Sus ojos negros, su boca pequeña, sus mejillas ligeramente abultadas y su cabello recogido sencillamente por medio de una cinta a la parte posterior de la cabeza prestaban un encanto indefinible a su rostro graciosamente ovalado y de moreno cutis, en que resaltaban dos labios frescos y rojos como la flor del granado.

La joven vestía el pintoresco traje de las mujeres del país que acababa de abandonar y que, así como el idioma, era semejante al de la península de Yucatán. Sobre una basquiña blanca, hecha de tela de algodón y adornada en la parte inferior con profusión de bordados de distintos colores, descendía una especie de camisa hecha de la misma tela e igualmente cubierta de bordados no sólo en la parte inferior sino también en el cuello. Esta camisa descendía solamente hasta la altura de las rodillas a fin de que pudieran ostentarse simultáneamente los bordados de la basquiña, que bajaba hasta la extremidad de los pies.

Como la tela de la camisa era demasiado fina, la esclava cruzó los brazos sobre su pecho, temerosa acaso de que la ligereza de su vestido acusase la morbidez de su seno.

El caudillo español, cuya virtud dominante no era por cierto la continencia, a la vista de esta esclava que rebosaba juventud y belleza, que se hallaba a dos pasos de su silla con los ojos bajos, las mejillas encendidas y en actitud temblorosa, pareció olvidar por un instante el arduo asunto para que había sido llamada y se dejó arrastrar, en mayor grado acaso que todos los circunstantes, del dulce encanto que la joven esparcía en rededor de su persona.

Pero Jerónimo de Aguilar, que ya era viejo y que allá en Yucatán había dado ejemplos de una castidad comparable solamente a la de José, no tardó en sacar al caudillo de su enajenamiento y a la esclava de su embarazo, preguntando a ésta en el

idioma de los mayas:

—¿Has entendido lo que ha hablado ese jefe?

La joven levantó su hermosa cabeza, fijó un instante sus ojos sobre Aguilar y, dirigiendo luego una mirada ligera como el relámpago al capitán de la armada, respondió afirmativamente con un ademán.

—¿Y puedes repetirme sus palabras —continuó Aguilar— en el idioma de tu patria?

—Mi patria —respondió la esclava— es la que tienes delante de los ojos. Una gran parte de mi vida la he pasado en tierra extranjera, pero recuerdo haber admirado cuando era niña esa cima blanca que se confunde con las nubes del firmamento.

Y señaló con el dedo el alto pico del Orizaba, cubierto de perpetua nieve, que se elevaba majestuoso sobre la azulada cima de los árboles.

—¡Muy bien! —repuso Aguilar, poco accesible a las emociones—. Repíteme en la lengua de los mayas lo que ha dicho ese jefe de tu nación y luego me contarás el raro accidente que te hizo abandonar tu patria por un país extranjero.

—Lo que ha dicho ese noble mexicano —respondió la esclava— es que ha sido enviado a saludaros por el cacique Teuhtlile, vasallo del gran emperador Motecuzoma; que Teuhtlile, como gobernador de estas costas, desea saber el objeto que trae a los extranjeros a las aguas de Chalchiuhcuecan; que si algo necesitan para sí y para las grandes casas flotantes en que han venido que hará cualquier sacrificio para servirles en cuanto pueda; y por último, que si os detenéis un día más en estas aguas, el mismo Teuhtlile vendrá mañana a haceros una visita.

Cuando Hernán Cortés se hubo impuesto de este discurso, que Jerónimo de Aguilar tradujo al español, hizo dar al mensajero mexicano por medio de sus intérpretes la siguiente respuesta:

—Os damos gracias por la benévola acogida que nos dispensáis, nada tenéis que temer de nosotros; el único objeto que nos conduce a vuestro hermoso país es el de visitaros y el de hacer el comercio con vuestro pueblo.

Y para halagar a aquellas gentes sencillas a quienes había de esclavizarse muy pronto, Cortés mandó distribuirles algunas de esas frágiles bujerías de Europa de que venían siempre bien provistos los conquistadores.

Previno luego que les sirviesen una comida, en que no se hizo escasear el vino, y los mensajeros, un tanto beodos con aquel licor desconocido que les pareció delicioso, no tardaron en volverse a sus playas, muy satisfechos de haber sido tratados como a cuerpo de rey por los misteriosos descendientes de Quetzalcóatl.

Capítulo II

Malintzin. El baño sagrado

Desde el momento en que los mexicanos abandonaron la capitana, todos los aventureros volvieron a inclinarse sobre la obra muerta para seguir con la vista las pequeñas embarcaciones de aquéllos, que a fuerza de remos se alejaban con dirección a la playa.

Hernán Cortés se encontró solo con Aguilar y la esclava.

Entonces el caudillo español volvió a fijar su mirada sobre la joven, que, siempre confusa y temblorosa, no osaba levantar los ojos para mirarle.

—¿Por qué tiembla esa muchacha? —preguntó a su intérprete.

—Probablemente porque os tiene miedo —respondió Aguilar.

Pero Cortés, que conocía a las mujeres un poco mejor que su intérprete y que sobre el moreno cutis de la esclava veía pintarse el delicioso rubor de la juventud, dejó vagar en sus labios una ligera sonrisa de duda.

—¿Sabéis su nombre? —añadió después de un instante.

—El padre Olmedo, que la bautizó ayer, le dio en el bautismo el nombre de Marina.

—¿Conque tanta prisa ha tenido en hacerse cristiana?

—El bendito padre —repuso Aguilar— comenzó a instruirla en la religión desde Tabasco, del mismo modo que a las demás esclavas; y sin duda hubiera aguardado a que estuviese completamente instruida para bautizarla si Alonso Hernández Puertocarrero no le hubiese suplicado que lo hiciera antes.

—¡Puertocarrero! —exclamó Cortés—. ¿Y qué interés ha podido tener ese caballero?

—Declaró que era demasiado buen cristiano para llegarse a una pagana y que era necesario que se bautizase la esclava que vos le disteis en Tabasco para aprovecharse de vuestra munificencia.

—¡Por vida de...! Conque es ésta la esclava que yo mismo he dado a Puertocarrero...

—La misma. Pero admiraos, capitán. ¿Verdad que el señor Alonso Hernández Puertocarrero es un arrogante mancebo y, además, todo un caballero como primo que es del conde de Medellín?

Hernán Cortés no respondió a esta interpelación, porque hacía algunos momentos que con el ceño arrugado miraba distraídamente al espacio como un hombre poseído de un secreto disgusto que le roe las entrañas.

—Pues a pesar de todas esas cualidades —continuó el intérprete—, ¿creéis que esa esclava se fingió enferma anoche para no seguir al señor que vos le habéis dado?

—¡Ah, ah! —prorrumpió el caudillo, cuyo rostro se desanubló al instante—. ¿Es verdad lo que me decís?

—Preguntádselo al mismo Puertocarrero.

—Sí, sí, yo se lo preguntaré. Y si es verdad que esa joven muchacha se ha mostrado tan esquiva, desharé hoy lo que hice en Tabasco la semana pasada. Mañana bajaremos a tierra y no creo que nos falten hermosas esclavas para resarcir de esta pérdida a Puertocarrero.

Jerónimo de Aguilar empezaba a comprender lo que hacía mucho tiempo habría comprendido otro hombre más experto que él; a saber: que el caudillo español creía que la joven esclava podía servir para algo más que para amasar el pan de sus señores.

—Pero —continuó Cortés después de un instante de silencio— ¿cómo es que esa joven comprende el idioma de este país que vos no comprendéis?

—Porque ésta es su patria, según ella me ha asegurado.

—¡Ah! —exclamó el capitán calculando las ventajas que podría proporcionarle aquella circunstancia debida a la casualidad—. ¿Y sabéis el motivo que obligó a esa joven a abandonar su país?

—Si tenéis curiosidad de saberlo...

—Preguntádselo —dijo Cortés con aquella avidez que le distinguió siempre de saber todo lo relativo al país que debía conquistar.

Jerónimo de Aguilar se volvió a la joven esclava y le manifestó el deseo del capitán.

Marina inclinó la cabeza en señal de obediencia y, dirigiendo una ligera mirada a las playas del continente, comenzó su narración en estos términos:

—Muy cerca de esos blancos médanos de arena que se confunden a vuestra vista con el lejano horizonte hay una vasta provincia llamada Cuatzacoalco, que, como el país que tenéis delante de los ojos, está sujeta al dominio del poderoso emperador Motecuzoma. En esa provincia hay una ciudad llamada Painala, que, con otros muchos pueblos que la rodean, forman uno de los cacicazgos más ricos y poderosos de la provincia. Cuando las armas de los aztecas no habían sujetado el país al señorío del Anáhuac, el cacique de Painala era un soberano muy respetado por todos los señores vecinos y sólo a los dioses tenía que dar cuenta de sus acciones.

»Pero desde que las legiones vencedoras de los mexicanos descendieron de las llanuras montañosas del Anáhuac y arrancaron su libertad a los débiles países que se despedazaban en guerras intestinas a la vista de sus poderosos vecinos, Painala, del mismo modo que todos los pueblos de la provincia, fue declarada propiedad del conquistador y condenada a pagar un tributo anual de sus principales productos en señal de vasallaje.

»Desde los tiempos más remotos a que alcanza la memoria de los sacerdotes, depositarios de los hechos más ilustres de la antigüedad, el cacicazgo de Painala ha estado vinculado a mi familia. Así, pues, la que ahora os habla, la que en estos

momentos es vuestra esclava, la que hace pocos días lo era de un reyezuelo de Tabasco, se vio rodeada en su cuna de todo el ceremonial que las costumbres de nuestros antepasados establecieron para honrar a los hijos de los grandes señores.

»Pero ¡ay!, a pesar del boato con que mis padres quisieron apagar mis primeros vagidos, la voz del destino se hizo escuchar, lúgubre y fatídica, en medio de la alegría del festín con que se celebraba mi nacimiento.

»Los pormenores que os voy a referir me han sido revelados por mi madre en una época demasiado dolorosa de mi vida para que puedan borrarse nunca de mi memoria.

»Apenas se difundió en Painala la noticia de mi nacimiento, todos los nobles que residían en la ciudad corrieron al palacio de su señor a darle la enhorabuena por el beneficio que acababa de recibir de los dioses. Mi padre, con el semblante bañado de alegría, les hizo entrar en la misma habitación en que la mujer que me había recibido del seno de mi madre acababa de lavar todo mi cuerpo, según el rito azteca introducido en Painala con las armas del Anáhuac.

»Los sacerdotes y los adivinos entraron en pos de los nobles para cumplir con el deber que les imponía su sagrado carácter de consultar al oráculo sobre la futura suerte del niño que acababa de nacer.

»La mujer que me tenía en sus brazos acababa de presentarme a Matlalcueye, la diosa de las aguas, para pedirle que el baño que había yo recibido lavase las manchas de mi cuerpo, me limpiase el corazón y me fortificase para resistir a los azares de la vida.

»Bañándome luego por segunda vez, pronunció esta oración que, aunque mis padres estaban acostumbrados a oír en todas las ceremonias de esta naturaleza, produjo una triste impresión en su espíritu:

»“Descienda el dios invisible a esta agua para borrar tus pecados y aplacar la fatalidad de su destino. Niña graciosa, los dioses Ometeuctli y Omecihúatl te criaron en el lugar más alto del cielo para enviarte al mundo; pero ten presente que la vida que empiezas es triste, dolorosa y llena de males y de miserias. Los dioses te ayuden en las muchas adversidades que te aguardan”.

»Acabada esta ceremonia, la misma mujer me depositó en el regazo de mi madre, que había seguido con los ojos todos mis movimientos, y que imprimió al instante el primer beso sobre mi frente.

»Entonces mi padre se volvió a los sacerdotes y a los adivinos y con voz balbuciente les dijo:

»—Ahora os toca a vosotros.

»Los sacerdotes se acercaron al sitio de la habitación en que se hallaba la diosa Matlalcueye y extendieron sobre el altar un lienzo cubierto de pinturas cabalísticas. Todos los circunstantes inclinaron con respeto los ojos hacia el pavimento, porque aquel lienzo sagrado contenía una copia de la pintura que el dios Quetzalcóatl había dejado a sus sacerdotes antes de abandonar el Anáhuac.

»El sumo sacerdote de Painala, que había querido consultar por sí mismo al oráculo para honrar a la hija de su señor, se volvió entonces a mi padre y le preguntó:

»—¿A qué hora ha nacido esa niña?

»—Ha nacido cuando el sol empezaba a declinar en el ocaso —respondió mi padre.

»Los sacerdotes se inclinaron inmediatamente sobre el lienzo sagrado, para descifrar mi porvenir por medio del oráculo de Quetzalcóatl.

»Mi madre, olvidando el respeto que se debía a aquella santa ceremonia, miraba llena de inquietud a los sacerdotes, como si tuviese el presentimiento de que iban a anunciarle una desgracia.

»Mi padre, aunque no menos agitado que ella, había vuelto a inclinar la cabeza sobre su pecho después de responder a la pregunta que le había dirigido el sumo sacerdote.

»Los demás circunstantes guardaban la misma apostura y un respetuoso silencio reinaba en toda la estancia.

»Al cabo de algunos instantes el sumo sacerdote levantó la cabeza y arrojó una mirada triste y compasiva sobre mi pobre madre, que yacía en su lecho calentándome entre sus brazos.

»Mi madre comprendió lo que significaba esta mirada y, apretándome contra su seno, hizo un esfuerzo para incorporarse sobre su lecho.

»Mi padre previo también una desgracia y, acercándose a la dulce compañera de su vida, tomó una de sus manos entre las suyas para animarla a escuchar con calma la predicción del oráculo.

»Entonces el sumo sacerdote, entre el profundo recogimiento que dominaba a su auditorio, pronunció las siguientes palabras: bajo un signo fatal; pero bien sabéis que con la oración, las buenas obras y los sacrificios, puede ser desarmada la cólera de los dioses. Diferiréis el baño solemne para el *cipatli* del próximo mes, que es un día venturoso para los hijos de los grandes señores. Cuidad mucho de conservar el fuego sagrado hasta ese día, ejerced la caridad para con los necesitados y aplacad a los dioses con la sangre de algunas víctimas.

»Los sollozos que se escapaban del pecho de mi desolada madre interrumpieron por un instante al sumo sacerdote.

»—Pero, en fin —preguntó mi padre—, ¿cuál es esa predicción del oráculo que os obliga a imponernos tan severa penitencia?

»—Escuchadla —repuso con acento fatídico el sacerdote—. Cuando esa niña llegue a la adolescencia amará al mayor enemigo de nuestra raza. Este amor la arrastrará a renegar de los dioses, a vender a sus hermanos y a entregar su patria al extranjero.

»Mi madre lanzó un grito de dolor que hizo estremecer a todos los que la rodeaban. Mi padre cayó de rodillas como para implorar la protección de los dioses. Yo comencé a llorar, como si, a pesar de las pocas horas que contaba de existencia,

hubiese podido comprender el sentido de las primeras palabras que se pronunciaban junto a mi cuna.

»Diferido el baño sagrado para un día más propicio, los sacerdotes y los nobles se retiraron de la habitación en que yo acababa de nacer, sin atreverse a dar a mis padres los parabienes y felicitaciones de costumbre. ¡Tal era la impresión que había dejado en todos la escena de la predicción!

»Pero mi padre no se desanimó. Comenzó a hacer grandes preparativos para el próximo *cipatli*, deseoso de que la solemnidad de aquel día fuese bastante para aplacar la cólera de los hados con los actos expiatorios que debían consumarse y aceptable a los dioses por la regia liberalidad que pensaba ejercer en todos sus dominios.

»Todos los recaudadores de tributos fueron obligados a rendir sus cuentas para aquella época; todos los graneros de la corona y todos los depósitos de palacio fueron vaciados a fin de que cuantos fuesen convidados a aquella suntuosa solemnidad se retirasen satisfechos de la munificencia del soberano.

»Amaneció al fin el día designado por los sacerdotes para la sagrada ceremonia. Pero desde luego ocurrió un funesto presagio. El fuego que debía conservarse ardiendo desde la hora del nacimiento hasta la del segundo baño se había apagado durante la noche por descuido de las mujeres encargadas de alimentarlo.

»Esta fatídica circunstancia hizo que mis padres se presentasen con lágrimas en los ojos en el gran patio de palacio, donde debía tener lugar la ceremonia.

»Los convidados de la nobleza y del pueblo, que inundaban ya aquel vasto recinto, denotaban en su silencio el sentimiento que les causaba la pena de sus señores; porque no había un solo habitante de Painala que no amase a su virtuoso soberano.

»El gran patio estaba ya preparado para la solemnidad del día. Las verdes ramas de árboles cortadas la noche anterior en el bosque vecino, confundidas con las airosas palmas del cocotero, formaban un círculo de verdura alrededor de los convidados; las flores esparcidas con profusión en las losas del pavimento llenaban de perfumes el ambiente que respiraban y los haces de maderas aromáticas que ardían ante su vista imprimían un calor suave y delicioso a la fresca brisa de la mañana.

»Este hermoso cuadro, iluminado por los rayos del sol naciente que luchaba todavía con los vapores de la noche, empezó a disipar insensiblemente la melancolía de que se hallaban poseídos todos los circunstantes.

»Luego que mis padres hubieron ocupado el sitio que les estaba designado, la misma mujer que había verificado el primer baño me tomó en sus brazos y me condujo al centro del patio, donde se hallaba asentada una gran vasija de agua bendecida ya por los sacerdotes. Allí me despojó de todas mis ropas y comenzó la imponente ceremonia del baño.

»No me detendré en referiros todos los pormenores de esta solemnidad. Sólo os referiré un incidente que llamó la atención de mi madre, siempre preocupada con el

vaticinio del oráculo y que no se borró jamás de su memoria.

»Cuando la noble matrona encargada del baño frotó todo mi cuerpo con el agua consagrada y pronunció esta fórmula establecida en el rito: *¿Dónde estás, mala fortuna? Anda fuera de esta niña*, todos los concurrentes repitieron en coro: *Anda fuera de esa niña*. Y cuando levantó los brazos para ofrecerme a los dioses y pedirles que me protegiesen como a hija suya, no hubo una sola cabeza que no se volviese al cielo como para pronunciar la misma oración.

»Concluida la ceremonia del baño, todos los convidados pasaron a una gran sala de palacio donde se había preparado un espléndido banquete. Todavía se conserva memoria en Painala de la abundancia y variedad que ostentaba la mesa del festín y varios de los comensales que habían visitado alguna vez la metrópoli del Anáhuac aseguraron que no se hubiera desdeñado de presidir aquella mesa el orgulloso emperador de los aztecas. Si algún día, ¡oh extranjero!, llegáis a tener noticia de la suntuosidad del gran Motecuzoma, comprenderéis cuán satisfecho debió haber quedado con aquella comparación su humilde feudatario, el cacique de Painala.

»Cuando se hubieron alzado los manteles, mi padre quiso echar un sello a su munificencia mandando distribuir entre sus convidados un crecido número de delicadas lelas de algodón.

»Pero no terminaron con esto las solemnidades del día. De la sala del banquete pasaron los convidados a la vasta plaza Mayor de Painala, donde se había preparado un simulacro de guerra, juego peligroso reservado únicamente para las grandes solemnidades. En este juego no solamente tomaban parte los antiguos guerreros acreditados ya en los campos de batalla, sino también los mancebos destinados a la carrera de las armas, para hacer sus primeros ensayos en el arte de la guerra.

»Mi padre, para honrar las fiestas que daba en celebridad de mi nacimiento, quiso tomar una parte activa en el simulacro y se reservó el mando de una de las dos fracciones en que se dividieron sus guerreros.

»Comenzóse la ceremonia por el sacrificio de un prisionero de guerra, reservado de muchos días atrás para aquella solemnidad. El sacrificio tuvo lugar en la cima del templo Mayor de Painala, que se elevaba en el centro de la plaza del combate. Cuando el cuerpo ensangrentado de la víctima rodó por las escaleras del templo, después de haberle arrancado el corazón en el altar, los guerreros de ambos bandos se arremetieron con tanta furia como si realmente fuesen enemigos entre sí y desearan destruirse.

»Mi madre, que no pudo asistir a aquella última parte de las fiestas, encerróse en su habitación con su pequeña niña y se divertía en sonreírle y hablarle como si la niña pudiese comprenderla.

»Repentinamente llamó su atención un ruido inusitado que se dejaba sentir en palacio, como el de algunas personas que entraban y salían violentamente. Un momento después creyó escuchar gritos y sollozos y, no pudiendo ya contener su curiosidad, se salió de la habitación.

»La primera persona a quien encontró fue una anciana esclava que la amaba mucho por haberla visto nacer.

»—¿Qué significa todo este alboroto? —le preguntó mi madre.

»Pero la esclava, en vez de responder, dio un grito agudo e intentó huir de su señora. Mi madre corrió tras ella y sujetándola por el vestido:

»—Esclava —le dijo con acento breve e imperioso—, responde: ¿Por qué todo el mundo huye de mí? ¿Por qué dando esos gritos? ¿Por qué veo semblantes demudados?

»La esclava tampoco respondió esta vez y contentóse con señalar un grupo de hombres que con paso lento avanzaban hacia el lugar en que se hallaba. Aquel grupo se componía de cuatro cargadores que traían en hombros una camilla. Mi madre arrojó una mirada sobre el cuerpo exánime y ensangrentado que venía sobre la camilla, exhaló un grito y cayó desplomada.

»Aquel cuerpo era el de mi padre, que, herido en los juegos de la plaza por una mano invisible, había caído muerto en medio de todos los combatientes, sin que ninguno pudiese dar razón de quién había sido el matador.

»Tales fueron los tristes sucesos que rodearon mi cuna en los primeros instantes de mi vida».

Capítulo III

Malintzin. Consecuencias inmediatas de la predicción

»Transcurrieron algunos años.

»Mi madre, bastante joven todavía y señora de uno de los pueblos más bellos y ricos de la provincia, no tardó en verse asediada de un gran número de pretendientes que solicitaban su mano.

»La ilustre viuda se hubiera acaso conservado siempre fiel a la memoria de mi padre si por aquel tiempo no se hubiesen experimentado en Painala algunos disturbios interiores promovidos por la turbulenta nobleza. Los consejeros que la rodeaban le hicieron comprender que nunca tendría bastante respetabilidad un pueblo gobernado por una mujer y le indicaron la necesidad de contraer un segundo matrimonio.

»Mi madre se dejó al fin persuadir de sus consejeros y, nueve años después de la muerte de mi padre, dio su mano y su corona a un noble emparentado con nuestra familia, llamado Tezcatl y que se había distinguido siempre por su valor en los campos de batalla.

»Un año después de este matrimonio mi madre dio a luz un niño y el palacio de los caciques de Painala se abrió por segunda vez a la nobleza y a los sacerdotes para la augusta ceremonia del baño sagrado.

»Desde este día creí observar que mi madre empezaba a variar de carácter. Cada vez la encontraba más triste y hasta huraña conmigo y muy pronto llegué a notar que cuando se hallaba delante de su esposo afectaba no mirarme siquiera.

»Aunque yo era bastante joven todavía, tenía un corazón demasiado sensible para no sentirme lastimada con tan incomprensible conducta.

»Un día en que al entrar en su habitación la encontré sola y más triste y abatida que de ordinario, me arrojé a sus brazos y, estampando un beso en su frente, según mi costumbre:

»—Madre —le dije, resuelta a aclarar el enigma que desgarraba mi corazón—, ¿qué crimen ha cometido tu pobre hija que ya no goza de tus caricias como en otros tiempos?

»—Calla, Malintzin —me dijo mi madre con una voz que revelaba su sobresalto—. ¡Calla, que aquí no podemos hablar!

»Y apoyando suavemente su mano sobre mis labios, se quedó un instante inmóvil y silenciosa, como para observar si podíamos ser sorprendidas por algún curioso. Un instante después me echó los brazos al cuello, besó mis labios, mi frente y mis mejillas y mirándome con los ojos arrasados en lágrimas:

»—Si —me dijo—; calla por ahora.

»—No —repuse yo—, no callaré, madre mía, mientras no me expliques por qué es tan triste tu mirada cuando la fijas en mí, por qué suspiras cuando me abrazas, por qué lloras cuando me besas.

»Mi madre, en lugar de responder, volvió a estrecharme contra su seno y a multiplicar sus besos sobre mi semblante.

»Pero repentinamente lanzó un grito de sorpresa, sus brazos se aflojaron y se apartó de mi con violencia.

»Yo levanté la cabeza para buscar con los ojos la causa de aquella súbita mudanza. ¡Tezcatl, mi padraastro, acababa de entrar en la habitación!

»Mi madre temblaba como si la hubiesen sorprendido cometiendo algún crimen y estaba tan blanca como las paredes que nos rodeaban. Tezcatl, impasible y severo, me señaló la puerta con un ademán imperioso.

»Yo intenté protestar contra aquel monstruo que me echaba siempre del lado de mi madre, quise implorar la protección de ésta, pero era en vano. Mi madre no osaba levantar los ojos de las esteras que alfombraban el pavimento.

»No me quedó otro remedio que obedecer y salí de la habitación. Pero apenas cayó tras de mí la cortina que cubría la puerta que acababa de traspasar, una idea bastante tentadora se apoderó de mí. El aspecto de Tezcatl, la agitación de mi madre, aquel modo brusco con que me había despedido, todo indicaba que en el diálogo que iba a suceder a mi salida de la habitación debía mediar alguna explicación relativa a mi persona.

»El deseo de explicarme la conducta de mi madre me clavó tras de aquella cortina y las primeras palabras que llegaron a mis oídos no me movieron a arrepentirme.

»—Tezcatl —dijo mi madre, que pareció recobrar todo su valor desde el momento de mi salida—, ¿cuándo mi pobre hija dejará de ser el blanco de tus enojos?

»—¿Cuándo? —repuso Tezcatl con aspereza—. Cuando deje de temer que llegue a empuñar un día el cetro de Painala.

»—Pero eso tiene que suceder forzosamente —replicó mi madre con dulzura. Nosotros no tenemos poder alguno para mudar las leyes y costumbres de nuestros antepasados y, como según ellas, el hijo primogénito del señor es su único heredero, Malintzin tendrá que ser la señora de Painala cuando los dioses se dignen disponer de mi vida.

»—¿Pero olvidas que esa niña ha nacido bajo un signo fatal...?

»—No, no lo olvido.

»—¿... y que entregarle el señorío de Painala equivaldría a entregar nuestro pueblo a la dominación extranjera?

»Un instante de silencio sucedió a estas palabras que parecían haber dejado anonadada a mi pobre madre.

»—Sí —continuó Tezcatl—. Yo estaba presente cuando se consultó al oráculo sobre el porvenir de esa niña y aún no se han borrado de mi memoria las palabras del sumo sacerdote: “Cuando esa niña llegue a la adolescencia, amará al mayor enemigo

de nuestra raza. Este amor la conducirá a renegar de los dioses, a vender a sus hermanos y a entregar su patria al extranjero”.

»—¡Y bien! —repuso mi madre sollozando—. Si tal es el destino de Malintzin, ¿crees tú que nosotros tendremos poder bastante para contrarrestar la voluntad de los dioses?

»—Cuando esos mismos dioses han dado a nuestros sacerdotes la facultad de descorrer el velo del porvenir es sin duda porque han querido que nosotros, los simples mortales, podamos precavemos contra la fatalidad del hado.

»—Tezcatl —dijo mi madre con el acento de la más profunda resignación—, si está escrito en el libro del destino que Malintzin ha de amar a un enemigo de nuestro pueblo y vender por ese amor a sus hermanos y a su patria, inútiles serán nuestros esfuerzos para impedirlo.

»—Pero nosotros —repuso Tezcatl con dureza— estamos obligados a intentarlo todo para librar a nuestro pueblo del oprobio y de la esclavitud. Tenemos un niño que es hijo tuyo como Malintzin y que gobernaría con gloria a su pueblo, puesto que ha nacido bajo los más felices auspicios.

»—No es ésta la primera vez que te atreves a hablarme de ese inicuo proyecto. Pero ya te lo he dicho y lo repito ahora: Malintzin es la primogénita de la casa real de Painala y nuestro pueblo no consentiría nunca en que fuese postergada por tu hijo.

»—¿Y si no fuese postergada?

»—Reinaría entonces.

»—¡A menos que muriese antes que su madre! —murmuró con voz sorda Tezcatl.

»—¡Morir! —gritó mi madre—. ¿Y por qué había de morir mi hija? Los dioses, que saben cuánto la amo, no permitirán nunca que muera antes que yo.

»—Los dioses que aman a Painala —repuso Tezcatl— deben querer que muera esa niña antes que llegue a ser la ignominia de su pueblo.

»—¡Tezcatl! —exclamó mi madre con voz entrecortada por sus sollozos—. ¡Tezcatl, tú blasfemas de los dioses..., tú quieres hacerlos cómplices de tus pasiones!

»Siguióse a estas palabras un instante de silencio, interrumpido únicamente por los sollozos que a cortos intervalos se escapaban del pecho de mi madre.

»—Estamos ahora en el décimo día de *tecuilhuitontli* —dijo repentinamente Tezcatl—. Muy pronto estaremos en el octavo mes del año, en que debe celebrarse la segunda fiesta de la diosa Centeotl.

»Yo, que hacía algún tiempo había alzado un tanto la cortina de la puerta para observar mejor esta escena, vi que mi madre se enjugó las lágrimas al escuchar estas palabras y clavó en Tezcatl una mirada llena de sobresalto.

»—La segunda fiesta de Centeotl —continuó Tezcatl impasible— es, como sabes, la gran fiesta de los señores y nosotros, que llevamos sobre nuestros hombros la pesada carga de gobernar un pueblo, no debemos omitir sacrificio de ninguna especie para hacemos propicia a la diosa que nos sustenta.

»Mi madre continuaba mirando fijamente a su esposo, como si quisiese adivinar

en la expresión de su rostro lo que aún no se atrevían a pronunciar sus labios. Tezcatl no tuvo fuerzas para sostener esta mirada y, bajando los ojos, prosiguió:

»—También sabes que esa fiesta termina con el sacrificio de una joven doncella, cuya sangre sirve para fertilizar la tierra.

»Mi madre dio un grito horrible, se abalanzó rápidamente hacia su esposo y, apretando el nudo de su capa que caía sobre su pecho, sacudiéndolo con violencia, le dijo:

»—¿Qué horrible proyecto es ese que aún no te has atrevido a declararme? ¡Responde, responde!... ¡Pero no! —continuó al cabo de un instante—. ¡No, no es posible! El esposo mío no puede haber concebido ese pensamiento, que sabe muy bien que me costaría la vida.

»Y soltando la capa de su esposo acarició su adusto semblante, sonriendo llorando a la vez y con voz cuya dulzura contrastaba con su cólera anterior:

»—Tezcatl —prosiguió—, ¿sabes lo que había imaginado? ¡Oh! Apenas me atrevo a confesarlo. Creí que habías formado el inicuo proyecto de que Malintzin fuese la víctima que debe ofrecerse a Centeotl.

»—¿Y por qué no? —preguntó Tezcatl con una sonrisa feroz.

»Mi madre retrocedió vivamente y volvió a clavar sobre su esposo una mirada que esta vez parecía impregnada de llamas.

»—¿Y por qué no? —repitió éste—. ¿Qué sacrificio puede ser más aceptable a los dioses que el de una ilustre princesa que derrama su sangre en el altar para no ver derramada la de sus súbditos en los campos de batalla? ¿Qué mayor gloria para Malintzin que la de evitar a su pueblo las cadenas de la esclavitud y ocupar en el paraíso el lugar destinado a los que ofrecen su sangre en el templo de los dioses?

»—¡Desgraciado! —gritó al fin mi madre—. ¿Y qué sacerdote de Painala se atreverá a conducir a la piedra del sacrificio a la hija de sus señores?

»—Todos los sacerdotes de Painala se disputarán este honor. ¿Es nuevo, por ventura, que los nobles, los caciques y aun los emperadores del Anáhuac hayan ofrecido su sangre a los dioses para escapar de la deshonra, o para librar a su pueblo de alguna calamidad? ¿Olvidas que el emperador Chimalpopoca intentó sacrificarse en el altar de Huitzilopochtli para lavar la afrenta que había inferido a su esposa el señor de Azcapozalco y que hubiera llevado al cabo su designio si el tirano no le hubiese arrancado a tiempo del altar del sacrificio?

»Hacía algún tiempo que mi madre había inclinado la cabeza sobre su pecho y solo respondió a estas palabras con un doloroso gemido.

»—¡Basta de lágrimas! —añadió Tezcatl—. No seas tan poco piadosa que temas sacrificar a los dioses lo que amas; tanto más, cuanto que este sacrificio ha de redundar en honor de nuestra casa y en beneficio de nuestro pueblo. Ve a buscar a Malintzin, anúnciale la honra que le preparamos y dile que mañana vendrán las sacerdotisas de Centeotl a disponerla para el sacrificio.

»—¡Cómo! —aulló mi madre, retorciendo sus brazos con desesperación—.

¡Mañana, mañana mismo!...

»—Es cosa ya enteramente resuelta —repuso con feroz entereza Tezcatl—. Ya he anunciado a los sacerdotes este sacrificio y si no se verificase nos expondríamos a acarreamos su cólera. ¡Y ya sabes cuán terrible es en nuestro pueblo la cólera de los sacerdotes!

»Mi madre cayó de hinojos a los pies de su esposo e intentó abrazar sus rodillas. Pero Tezcatl la repelió con dureza y salió con paso firme de la habitación. Mi madre se quedó postrada sobre la estera, ahogándose con sus sollozos y regando con lágrimas sus mejillas.

»Yo levanté entonces la cortina que nos separaba, corrí hacia ella, abracé su hermosa cabeza y deposité un beso sobre sus cabellos. Mi madre se levantó vivamente y apretando con fuerza mi brazo:

»—¿Qué haces aquí? —me pregunta—. ¿No sabes que hay quien quiere ver derramada tu sangre?

»—¡Todo lo sé! ¡Todo lo he oído! —le contesté, resignada—. Yo estaba allí.

»Y le señalé con el dedo la cortina que me había ocultado.

»—Y, sin embargo, has venido —murmuró con terror—. Tú no sabes seguramente que si tú murieses yo moriría contigo. ¡Ven! —añadió.

»Y tomándome de la mano me hizo salir de la habitación. Cruzamos rápidamente varias piezas, salimos al patio y no tardamos en abandonar el palacio.

»—¿Adónde vamos? —pregunté entonces a mi madre.

»—No lo sé —me respondió—. Pero lo que ahora importa es alejarnos de aquí.

»Y seguimos huyendo.

»De repente notó mi madre que mis pies, poco acostumbrados a andar con aquella precipitación, tropezaban con los guijarros esparcidos por la calle. Entonces me tomó en sus brazos y, apretando todavía más el paso, no tardamos en dejar atrás las últimas casas de Painala.

»Empezaba el sol a declinar en el horizonte, cuando nos cruzamos en el camino con un hombre que saludó profundamente a mi madre.

»—Ozomatli —dijo ésta deteniéndose—, ¿quieres prestar un gran servicio a tu señora?

»—Los dioses me han hecho tu súbdito —respondió Ozomatli— y estoy obligado a obedecerte.

»—¡Pues bien! Toma esta niña y condúcela a cualquier lugar que no esté sujeto al dominio de Painala. Vuelve mañana a mi palacio y muy grande será mi recompensa si guardas profundamente el secreto que ahora te confío.

»Mi madre depositó entonces el último beso sobre mi frente, e, inundando de lágrimas mis mejillas, me dijo al oído las siguientes palabras:

»—Suceda lo que sucediere, sea cual fuere el peligro que corras, no reveles el nombre de tus padres hasta que sepas la muerte de mi esposo.

»Ozomatli me tomó en sus brazos y mi madre se alejó llorando. ¡Ay! Acaso era la

última vez que debía de verla.

»Ozomatli me hizo pasar la noche en un lugarejo de pocas casas cuyo nombre he ignorado siempre. Al día siguiente, al amanecer, me volvió a tomar en sus brazos y continuamos nuestro camino. A eso del mediodía llegamos a un pueblo en cuya plaza principal había un numeroso concurso.

»Ozomatli se introdujo entre la multitud y se detuvo en un corro formado por muchos señores ricamente vestidos que paseaban sus miradas sobre un mercado de esclavos.

»Uno de aquellos señores se acercó a nosotros y preguntó a Ozomatli:

»—¿Qué precio quieres por esa esclava?

»Ozomatli titubeó un instante, probablemente porque me sintió temblar de cólera entre sus brazos.

»—Es hermosa —continuó el mercader—. Te doy por ella la capa que llevo sobre los hombros. Ya ves que está tejida con plumas de ave y con pelo de conejo y a buen seguro que no hay un solo cacique del Anáhuac que tenga una semejante.

»—Si a la capa añades tu abanico de plumas y el carcaj que llevas a la espalda, no tengo ningún inconveniente respondió el infame Ozomatli.

»El mercader se quitó la capa y arrojándola juntamente con el abanico y el carcaj a los pies de mi conductor:

»—No hay más que hablar —repuso con alegría—. Dame la esclava.

»Yo quise protestar y argüir que no era esclava. Pero en aquel momento recordé las palabras de mi madre: “Sea cual fuere el peligro que corras, no reveles nunca el nombre de tus padres”.

»Callé, pues y me dejé entregar al mercader. Éste me condujo a Tabasco y me vendió al cacique de aquel país.

»He aquí por qué, aunque he nacido princesa, me habéis encontrado en la triste condición de esclava».

Aquí terminó la hermosa Marina su narración.

Jerónimo de Aguilar reprodujo sus palabras con toda la fidelidad que pudo.

Pero hacía mucho tiempo que Hernán Cortés no le escuchaba. Profundamente supersticioso como todos los hombres de su época, firmemente persuadido de que los gentiles podían tener correspondencia con el diablo, se hallaba abstraído en una profunda meditación desde que escuchó la predicción de los sacerdotes de Painala en el nacimiento de Malintzin.

Capítulo IV

Teuhtlile

Al día siguiente por la mañana, Cortés, que había ya tomado la resolución de comenzar a poner en práctica su proyecto, hizo desembarcar a toda su gente en el punto mismo de la costa donde ahora se levanta la sultana del golfo, la hermosa ciudad de Veracruz.

Mandó también desembarcar lo que pomposamente llama Bernal Díaz la caballería y la artillería, que tan importante papel debían desempeñar en la conquista. La primera no se componía más que de dieciséis caballos y la segunda consistía solamente en cuatro modestos falconetes, que el artillero Mesa colocó lo mejor que pudo sobre los médanos de arena.

La costa de Chalchiuhcuecan parecía demasiado inhospitalaria. Extensos arenales que lastimaban la vista con su deslumbrante blancura, una vegetación raquítica que de trecho en trecho se abría trabajosamente paso entre la arena y un calor sofocante producido por los rayos abrasadores de un sol tropical: he aquí lo que por entonces ofrecía a la avaricia de los españoles el país que tanto oro y bellezas encerraba en su seno.

Si el jefe de la expedición no se hubiese llamado Hernán Cortés, los aventureros todos se hubieran acaso desanimado desde el primer día y hubieran vuelto a embarcarse en sus naves para regresar a Cuba, como habían hecho el año anterior los que vinieron a las órdenes de Juan de Grijalva.

Pero el soldado extremeño era terco y perseverante. Antes que la desanimación empezase a cundir entre la colonia, mandó a sus soldados a cortar árboles en los bosques vecinos y, clavando estacas en el suelo y cubriéndolas con ramas de los mismos árboles, no tardó en levantar para sí y sus capitanes algunas barracas que, por lo menos, prestaban sombra. Estas barracas se perfeccionaron muy pronto con algunas telas de algodón que proporcionaron los americanos que vagaban por allí y que suplieron ventajosamente a los techos formados con hojas de árboles.

Los soldados, que vieron cuán confortablemente se habían alojado sus jefes, volvieron a esparcirse por el bosque en busca de aquel material, que tan barato costaba y no tardaron en levantar sus rústicas cabañas alrededor de las primeras.

Al día siguiente, que era sábado, el campamento español ostentaba el más animado y pintoresco espectáculo. Las barracas se habían multiplicado hasta el infinito sin guardar orden ni simetría de ninguna especie y las ramas de árboles de que la mayor parte estaban cubiertas formaban un gracioso contraste con las telas blancas y pintadas que guarnecían a las otras.

Entre estas barracas vagaban los aventureros españoles comprando a los indios

que se paseaban por el campamento los objetos que deseaban cambiar por las bujerías de Europa. Entre estos objetos figuraban telas de algodón, frutos y animales de la tierra, tortillas de maíz y algunos platos sazonados a la usanza de aquellos pueblos. Pero lo que solicitaban con más ardor los codiciosos extranjeros y lo que menos podían proporcionarles los naturales, era el oro y la plata, objeto constante de todos sus afanes.

Entre los indios que visitaron aquel día el campamento se apareció un alto personaje llamado Cuitlalpitoc, que se dirigió a la tienda de Hernán Cortés seguido de algunos esclavos. El personaje saludó profundamente al capitán, le regaló una porción de los mismos objetos que sus compatriotas acababan de vender a la soldadesca y se retiró anunciándole que al día siguiente vendría a visitarle el mismo Tehutlile, gobernador de la provincia de Chalchiuhcuecan.

Cortés quiso prepararse, no para recibir dignamente al gobernador de la provincia que tan generosa hospitalidad le daba, sino para producir en su ánimo la impresión más favorable a sus ulteriores designios. Con este fin mandó llamar desde luego a sus capitanes, al capellán de la armada y al jefe de la artillería. Ordenó a los primeros que todos sus soldados, especialmente los escopeteros y los de caballería, estuviesen preparados al día siguiente como para entrar en batalla; a fray Bartolomé de Olmedo que dispusiese un altar donde lo creyese más conveniente para decir misa con toda la pompa y solemnidad del culto católico y al jefe de la artillería, por último, que tuviese pronto sus tiros y pelotas para hacer fuego con los falconetes en el momento que lo ordenase.

Obedecidas puntualmente las órdenes del capitán los españoles se prepararon a saciar su curiosidad en aquella visita, que no debía carecer de importancia, puesto que había sido anunciada dos veces: la primera en la nao capitana, la segunda en la tienda de Cortés.

Amaneció por fin aquel domingo de Pascua tan ansiosamente esperado en el campamento. La mañana era bellísima, como todas las mañanas de primavera en los países tropicales. El cielo, diáfano y exento de vapores, parecía hallarse en armonía con los soldados vestidos de limpio, que conversaban alegremente a la sombra de sus cabañas. Los arbustos, que a pequeñas distancias interrumpían la monotonía de los arenales, parecían regocijados con las gotas de rocío matutino que aún no había secado en sus hojas el calor del sol; los árboles del bosque vecino ostentaban en lontananza un horizonte de verdura que recreaba la vista y el mar, que reflejaba en el extremo opuesto el oscuro casco de las once naves de la armada, parecía tomar también parte en el regocijo de la Naturaleza con el suave y acompasado movimiento de sus aguas.

La mañana no tenía para los aventureros otro inconveniente que aquel calor siempre constante y tenaz que hacía brotar el sudor de todo su cuerpo cuando el sol empezaba a presentarse todavía en el horizonte.

Serían las ocho de la mañana cuando los soldados que con más ansia aguardaban

la visita de Teuhtlile vieron avanzar hacia el campamento una tropa de mexicanos que, a juzgar por las capas que traían sobre los hombros los que venían por delante, debían de ser gente principal, porque el común del pueblo no las gastaba.

Avisado Cortés por los curiosos, se hizo rodear de sus principales capitanes y de sus intérpretes Aguilar y Marina, y avanzó con su acompañamiento algunos pasos fuera de su tienda para recibir a Teuhtlile.

Éste se presentó acompañado de Cuitlalpitoc y de un numeroso séquito de esclavos que, a una señal de su señor, se detuvieron a una distancia respetuosa.

Teuhtlile se adelantó hacia el capitán y, como hombre de corte, le hizo tres reverencias sucesivas, según el ceremonial establecido por Motecuzoma en su palacio de Tenochtitlan. En seguida se inclinó respetuosamente, por una sola vez, ante los demás españoles que formaban su acompañamiento.

Cuitlalpitoc practicó exactamente las mismas ceremonias y Cortés, como hombre que busca popularidad, los abrazó familiarmente y les hizo dar la bienvenida por medio de sus intérpretes.

En seguida añadió:

—Éste es un día verdaderamente grande para toda la cristiandad. Cuando estéis instruidos en los principios de nuestra santa religión comprenderéis la importancia de la fiesta que celebra ahora la Iglesia. Por esto, antes de tratar ningún negocio terrenal, debemos asistir al santo sacrificio de la misa. ¡Venid!

Los nobles mexicanos no comprendieron muy bien este exordio religioso, a pesar de la traducción de Marina; pero, obedeciendo a la señal que les hacía Cortés, siguieron a los aventureros españoles, que no se detuvieron hasta el lugar en que fray Bartolomé de Olmedo había levantado un altar. El capellán estaba ya revestido para la ceremonia y comenzó desde luego la misa.

Teuhtlile, Cuitlalpitoc y algunos señores principales que los habían seguido, viendo arrodillarse a Cortés y a todos los soldados del campamento ante aquel altar en que ardían algunas velas de cera, comprendieron que se trataba de algún acto religioso y aunque el altar les pareció demasiado pequeño comparado con los soberbios templos aztecas y aunque la imagen de la Virgen María les parecía un ídolo demasiado diminuto comparado con su gran dios Huitzilopochtli, no tuvieron ningún embarazo en arrodillarse también, dispuestos a remedar a sus huéspedes en cuanto fuesen practicando en el curso de la ceremonia.

El culto católico tuvo para su introducción en el mundo americano una ventaja de resultados incalculables: los indios le encontraron muchas semejanzas con la idolatría. No había para ellos más diferencia respecto de ésta que los templos al aire libre y la monstruosa grandeza de los ídolos. Por lo demás, si los americanos sacrificaban víctimas humanas en los altares, los cristianos introducían a fuego y sangre su culto en el Nuevo Mundo y la Inquisición quemaba a los herejes en nombre de la religión. «Si nosotros —decían— tenemos dioses para diversos objetos, como a Huitzilopochtli para la guerra, a Matlalcueye para las aguas y a Centeotl para el maíz,

los cristianos nos traen a Santiago Apóstol para las batallas, a San Isidro para las cosechas y a Santa Apolonia para el dolor de muelas».

Teuhtlile y Cuitlalpitoc aún no se hallaban en estado de juzgar de todas estas semejanzas. Así es que, como ya hemos dicho, solo les chocó la pequeñez del culto.

Cortés, devoto por carácter, por cálculo, por seguir el torrente de su época o por lo que se quiera, asistió a toda la misa de rodillas, a pesar de que ésta fue cantada, según nos asegura el minucioso cronista de la expedición. Inútil es decir que todos los aventureros imitaron de buen o mal grado a su capitán.

Concluida la misa, Cortés volvió a su tienda acompañado de sus capitanes y de sus nobles mexicanos. Allí encontraron una mesa, servida Dios sabe cómo, porque la colonia no nadaba en la abundancia, pero a la cual se sentaron de muy buen talante los españoles que allí se hallaban, e invitaron a Teuhtlile y a Cuitlalpitoc a que los acompañasen. Estos dos personajes no se hicieron rogar y cuenta la historia que, aunque bárbaros, supieron hacer honor a la ilustrada cocina europea.

Alzados los manteles, el jefe de la expedición volvió a llamar a sus intérpretes e hizo decir a Teuhtlile las siguientes palabras:

—Somos cristianos y vasallos del emperador Carlos V, el monarca más poderoso que hay en el antiguo continente.

—El emperador Motecuzoma —interrumpió con orgullo el gobernador— es también el monarca más poderoso de estas opulentas regiones.

—Nuestro rey Carlos —repuso el español ha tenido noticias de la grandeza de vuestro y de los vastos países sujetos a su dominio. Creyéndole por esto digno de su amistad, me ha enviado a mí para que le salude en su nombre y le proponga un tratado de paz y comercio que ha de ser muy conveniente para ambas naciones. Con este fin queremos pasar a su opulenta capital y desearía saber de vos el día en que podremos verificarlo.

Al escuchar estas palabras Teuhtlile irguió con altivez su cabeza y, mirando al español entre irónico y soberbio, le respondió:

—Dos días hace apenas que has llegado y ya quieres ver a Motecuzoma. ¿Crees que es muy fácil conseguir una audiencia de tan gran señor? Recibe por ahora el presente que te traigo en su nombre y más tarde acaso hablaremos sobre el medio de realizar tu deseo.

Entonces Teuhtlile se volvió hacia los esclavos que le habían acompañado y les hizo depositar a los ojos de Cortés los regalos que habían traído para los españoles.

Éstos miraron con alguna indiferencia las magníficas telas de algodón y de pluma que Teuhtlile se complacía en extender ante sus ojos y que en el mejor mercado de Europa hubieran arrancado un grito de admiración. Lo mismo aconteció con las aves, pescados y frutas que inmediatamente después presentaron los esclavos.

Por último, Teuhtlile abrió una petaca que un señor principal había traído bajo el brazo y comenzó a sacar un buen número de piezas de oro, de ricas y exquisitas labores.

Entonces todos los españoles que había en la tienda se agruparon presurosos alrededor de Teuhtlile y miraron aquellas preciosas alhajas con la avidez del tigre que va a lanzarse sobre su presa.

Cortés regaló luego al gobernador algunos abalorios de vidrio, que eran respecto del presente de Teuhtlile lo que el escapulario de trapo que el confesor regala a un moribundo después que éste ha donado todos sus bienes al convento.

Hizo, sin embargo, el regalo con el aire de superioridad de un potentado, diciendo al mismo tiempo a los dos gobernadores:

—Haced que todos los vuestros traigan el oro que posean, que nosotros se lo compraremos a buen precio.

Y notando que Teuhtlile no apartaba los ojos de un soldado que llevaba un casco dorado sobre la cabeza, hizo preguntarle:

—¿Por qué os llama tanto la atención ese cristiano?

—Me llama la atención —respondió Teuhtlile— porque el casco que cubre su cabeza es muy semejante al que usó el dios Quetzalcóatl cuando se dignó vivir entre los hombres. El gran Motecuzoma se holgaría mucho de ver ese casco, así porque le recordaría esta tradición tan venerada entre los aztecas como porque el dios Huitzilopochtli lleva también en su cabeza el mismo atributo en señal de su origen divino.

—¿Hay, pues, mucho oro en vuestro país? —preguntó el capitán.

—Hay tanto —dijo el gobernador— que el gran Motecuzoma no come ni bebe sino en platos y vasos de oro y hasta las suelas de sus sandalias son del mismo metal.

Los ojos de todos los españoles brillaron de codicia y se miraron los unos a los otros como para alentarse mutuamente con aquellas doradas noticias.

Cortés se aproximó al soldado del casco, se lo quitó de la cabeza y presentándoselo a Teuhtlile:

—Llevad a vuestro señor este casco —le dijo—, pero haced que me lo devuelvan lleno del oro que recogéis en vuestros ríos, para que pueda estimar su calidad.

—¿No os basta el que os he traído? —preguntó admirado Teuhtlile.

—Los españoles —dijo Cortés— padecemos una enfermedad del corazón que solo se cura con ese metal.

El aventurero extremeño tenía razón. Los españoles tenían en el corazón la enfermedad que se llama avaricia. Mentía únicamente en decir que la enfermedad se curaba con oro, porque por el contrario, mientras más oro recogían los españoles en el Nuevo Mundo menos se aplacaba su insaciable sed de riquezas.

En aquel momento advirtió Cortés que unos indios sentados a la puerta de la tienda se empleaban en pintar algún objeto en pieles y telas de algodón o de maguey. Aproximóse a los pintores para juzgar de su trabajo y quedó asombrado. En aquellos lienzos tan groseros estaba reproducido él, los soldados que le acompañaban, Aguilar, Marina, algunos armas colgadas de los postes y hasta dos lebreles que habían acudido seguramente a la tienda al olor de la comida. La reproducción estaba hecha sin duda

con alguna fidelidad, puesto que pudo reconocerse a sí mismo y reconocer a las personas que le acompañaban.

Los aventureros, que solo habían tratado a los incultos habitantes de Cuba y Santo Domingo, no pudieron menos que manifestar su admiración, pues jamás habían imaginado que los mexicanos tuviesen la menor noción en las bellas artes.

Preguntado Teuhtlile sobre el objeto de aquellas pinturas, respondió que debían enviarse al gran Motecuzoma a fin de que pudiese juzgar con sus propios ojos de la naturaleza y calidad de sus huéspedes.

—Si eso es así —repuso Cortés—, lo que habéis visto y hecho pintar hasta aquí no dará a vuestro señor una idea bastante de lo que son los españoles. Haced pintar lo que vais a ver ahora. Venid.

Y Cortés, seguido de todos los que le rodeaban, así mexicanos como españoles, salió de la tienda. Llamó a Pedro de Alvarado y el artillero Meza y les dio algunas órdenes en secreto.

Un momento después aparecieron ante los atónitos ojos de los americanos el mismo Cortés y seis de sus capitanes, montados en los mejores caballos del campamento.

Los siete jinetes bajaron a la playa, porque los médanos de arena eran un obstáculo para su intento y allí se dieron a correr con tanta velocidad como si se tratara de una carrera de caballos.

Los sencillos americanos no necesitaban, sin embargo, de este alarde para impresionarse de la manera que deseaba Cortés. Desconocidos hasta entonces los caballos en el Nuevo Continente, admiraron desde luego su extraordinaria grandeza, su belleza salvaje y el incesante movimiento de que parecían dotados. Pero cuando los vieron correr con tanta ligereza como si quisieran devorar el espacio, cuando los oyeron relinchar con la excitación de la carrera, cuando advirtieron que echaban espuma por la boca y escucharon el ruido de los cascabeles que llevaban en los pretales, su admiración creció de punto y se persuadieron de que los extranjeros tenían algo de sobrenatural, puesto que podían manejar y sujetar a aquellos monstruos desconocidos.

Pero aún no había terminado la función que se había propuesto darles ese ilustre farsante que se llamaba Hernán Cortés.

Terminadas las carreras de caballos, los artilleros se acercaron a los falconetes, cargados ya para la comedia y prendieron fuego a la mecha.

Los americanos miraban con toda la atención que presta un niño a una comedia de magia. Repentinamente la Naturaleza parece conmoverse, suena un trueno espantoso que parece bajado del cielo y, entre la llamarada fugaz y el espeso humo que deja en pos de sí, sale un objeto de forma invisible que troncha los árboles que encuentra a su paso y acaba por perderse en la espesura del bosque.

Algunos indios cayeron al suelo al estallido de los falconetes; otros huyeron un buen trecho, como por instinto y algunos se contentaron con hacer un movimiento de

espanto. El animoso Teuhtlile solo dio a conocer su impresión en la palidez de su rostro; pero volviéndose inmediatamente a sus pintores, que no las tenían todas consigo, les mandó con serenidad que pintasen en sus telas cuanto acababan de ver.

Éste fue el último acto de la comedia que, como se ve, pudiera acreditar a Cortés de autor dramático, puesto que los espectadores habían sido llevados de asombro en asombro y por grados siempre crecientes hasta la conclusión, con todas las reglas del arte.

Los mexicanos, si no aplaudieron, se retiraron fuertemente impresionados, que era todo lo que deseaba el autor del drama.

Capítulo V

Hernán Cortés. Sus primeros años

Antes de pasar adelante y tomándonos la licencia que en tales casos acostumbran tomarse los autores de novelas, vamos a referir a nuestros lectores los primeros pasos que Hernán Cortés había dado en el Nuevo Mundo y el extraño modo con que había llegado a hacerse jefe de la expedición que venía ahora contra el continente americano. Esto servirá al menos para dar a conocer mejor al personaje que hemos introducido en escena y para pintar, a su vez, algunos rasgos prominentes de su carácter.

Para esto necesitamos trasladarnos por ahora a la isla de Santo Domingo, que en aquel tiempo se llamaba todavía la Española. Suplicamos al lector que no se alarme: nuestra digresión será corta.

Era el año de 1504.

Una tarde en que el feroz gobernador Nicolás Ovando volvía de una de esas sangrientas excursiones que acabaron por desolar la isla, se encontró en su despacho con un joven flaco y casi mugriento, que tenía los zapatos rotos, los gregüescos no muy enteros y el jubón con algunas aberturas indiscretas.

El secretario le dijo que aquel mancebo deseaba hablarle y le dejó solo con él en el despacho.

—¿Quién sois? —le preguntó de mal talante el gobernador.

—¡Cómo! —exclamó el joven asombrado—. ¿Ya no me conocéis?

—No —contestó lacónicamente el gobernador, sin apartar los ojos de unos papeles que estaba hojeando, sin leer, para demostrar su fastidio.

Ovando no era un hombre salido de la nada. Ya era comendador de Lares en la Orden de Alcántara cuando fue nombrado gobernador de Santo Domingo. Aseguróse que al pasar el Nuevo Mundo era humilde y amigo de la justicia y que, aunque ambicioso y avaro, ocultaba estos vicios bajo modales afables y corteses. Pero los dos años que llevaba ya de atormentar a los americanos y de gobernar a los turbulentos aventureros de la colonia habían cambiado notablemente su carácter.

—¿Con que ya no recordáis haberme visto en Sevilla? —preguntó el joven, sin desconcertarse.

El orgulloso gobernador se dignó levantar los ojos para mirar al que le hacia esta pregunta y pareciéndole su traje más roto que la primera vez:

—Joven —le dijo con acento severo—. Responded a lo que se os pregunta o retiraos.

—Me llamo Hernán Cortés —respondió entonces el mancebo.

Ovando no pestañeó siquiera al escuchar este nombre que veinte años después

debía llenar al mundo con la fama de sus hazañas y la infamia de sus crueldades.

El joven, notando que este nombre no parecía haber evocado ningún recuerdo en el ánimo del gobernador, creyó que adelantaría algo dando mejores señales de su persona y añadió:

—Soy hijo del capitán de infantería don Martín Cortés de Monroy y de doña Catalina Pizarro y Altamirano.

Ovando volvió a levantar la cabeza y, por la primera vez, miró detenidamente su interlocutor.

—Sin duda —dijo—, me traéis alguna carta de recomendación de vuestro padre.

—No, ninguna. Como mi familia se oponía a que yo viniese al Nuevo Mundo, no era fácil que me diese la carta de que habláis. Figuraos que se me quería hacer estudiar para abogado y que me hicieron perder dos años en la universidad de Salamanca.

—Nunca se pierde el tiempo que se dedica al estudio.

—Yo lo perdía completamente, señor gobernador. La vida sedentaria del estudiante no se amolda a mi carácter y la única ocupación literaria que algunas veces me permitía era la de hacer algunos versos... de cierto género.

—¡Ya! Traduciríais tal vez a Marcial o a...

—Perdonad, señor gobernador. Lo que yo traducía era mi propio corazón. Mis versos iban generalmente dirigidos a las mujeres.

—¡Hum! —murmuró el gobernador no sabiendo si debía reír o enojarse con esta familiaridad—. No adelantaríais mucho en las cátedras.

—Estaba yo tan persuadido de eso —repuso el mancebo con su acostumbrado desembarazo—, que un día me salí de la universidad sin despedirme de nadie y me presenté a mis padres en Sevilla.

—No os recibiría de muy buen talante el digno capitán.

—Ciertamente que no. Pero habiéndole manifestado poco tiempo después que deseaba ocuparme en la honrosa carrera de las armas, me propuso enviarme a Italia para servir a las órdenes del Gran Capitán.

—¡Hola! ¿Conque habéis hecho la campaña de Italia?

—Indudablemente la habría hecho, señor gobernador. Pero quiso la casualidad que en aquella época supiese que se preparaba una gran expedición que debía venir a vuestras órdenes al Nuevo Mundo y desistí de mi viaje a Italia para tener la honra de pasar con vos a la Española.

La lisonja era delicada y el comendador se dignó sonreír al mancebo.

—Pero —dijo— yo no recuerdo haberos visto hasta ahora.

—Con mucha razón, señor gobernador, porque no pude embarcarme con vos. Cuando se emprende un viaje cuya duración se ignora es muy natural despedirse de las personas que se aman. Había en Sevilla una dama...

—¡Ta, ta, ta! —interrumpió el gobernador—. ¿Llevabais en Sevilla la misma vida que en Salamanca?

—No enteramente la misma, porque en Salamanca solía entrar por las puertas y en Sevilla entraba más comúnmente por las tapias... Pues bien: al escalar una tapia para ir a despedirme de la dama de que os hablo, la pared se derrumbó y me sepultó bajo sus escombros.

—Castigo digno de vuestras travesuras.

—Yo no sé si sería castigo. Lo que puedo aseguraros es que la caída y el golpe me dejaron tan mal parado, que tuve el disgusto de renunciar a hacer el viaje en vuestra compañía.

—Y aplazasteis vuestros deseos para mejor oportunidad.

—Esta oportunidad ya lo veis, se necesitaron dos años para que se presentase. Desgraciadamente tuve la debilidad de embarcarme en la carabela que traía Alonso Quintero, un solemne pícaro a quien tengo el honor de recomendaros.

—¿Os habrá hecho sufrir algo en el camino?

—Figuraos que dos veces intentó abandonar las demás naves del convoy con el depravado intento de llegar antes que todos a estas islas y vender mejor sus mercancías. El cielo quiso castigar su egoísmo y su codicia, pues no solo le hizo perder la ruta y sufrir borrascas y tormentas, sino que hemos llegado después que todos al puerto.

—Pero, en fin —repuso Ovando con cierto aire protector—, se han realizado ya vuestros deseos. Estáis en el Nuevo Mundo y muy pronto voy a daros un solar para que os establezcáis.

Una ligera sonrisa de desdén hizo contraer los labios del mancebo.

—Aprecio infinito vuestras bondades —respondió—. Pero yo he venido al Nuevo Mundo a adquirir oro y no a labrar la tierra como un patán.

El gobernador pudo haberse enojado con esta altiva respuesta. Pero prefirió soltar la carcajada, porque empezó a encantarle la audacia del mancebo.

—¡Cómo! —exclamó—. Y creéis que dándoos una buena porción de tierras y un repartimiento de doscientos indios, por ejemplo, ¿no tendríais una buena oportunidad para enriqueceros?

—¿Y qué es eso de repartimiento de indios, señor gobernador?

—Se os da un numero determinado de esos paganos para que los instruyáis en nuestra santa religión y, en cambio del trabajo que os toméis para arrancar sus almas de las garras de Satanás, se os permite aprovecharos de todos sus servicios para sacar el oro de las minas.

El mancebo reflexionó un instante. En seguida repuso:

—Acepto vuestra oferta, señor gobernador. Pero con la condición de que si se piensa en descubrir nuevas tierras, me mandaréis a la expedición. Las minas de la Española deben estar ya muy explotadas.

—Os doy mi palabra —respondió el gobernador.

De este modo se quedó Hernán Cortés por algún tiempo en la Española. Recibió su repartimiento de indios y, a ejemplo de lo que practicaban los demás colonos,

comenzó a atormentar y a destruir a los desdichados americanos que habían caído en su poder con el objeto de sacar de sus trabajos todo el producto posible.

Tomó parte también en algunas de las expediciones sangrientas que se hacían en el interior de la isla con objeto de someter a los que tenían el cinismo de llamar rebeldes y allí se adiestró en el arte de hacer la guerra a los indios, cuyo conocimiento debía serle tan útil en adelante.

Consiguió además hacerse nombrar notario de la ciudad de Azua y el futuro conquistador del Anáhuac distrajo sus ociosidades de encomendero en garabatear protocolos.

Pero muy pronto soltó la pluma de tabelión, que, como el estudio del Derecho, no se avenía bien con su carácter y se alistó en la expedición que pasó a Cuba a las ordenes de Diego Velázquez para sujetar y colonizar la isla.

En esta expedición comenzó a formarse la popularidad de Cortés entre sus compañeros de aventuras. Agudo, porque le sobraba talento; familiar, porque no tenía ningún motivo todavía para ostentarse superior a los demás y valiente, porque lo era por temperamento, no tardó en hacerse de un extenso círculo de amigos que más tarde debían servirle y ayudarlo en sus ambiciosos proyectos.

Como hemos prometido a nuestros lectores la brevedad, pasaremos por alto los pormenores de la expedición de Cuba, la heroica resistencia que opuso el cacique Hatuey y hasta el suplicio con que fue premiado su heroísmo y nos contentaremos con decir que, terminada la conquista de la isla, Velázquez, nombrado gobernador por Ovando, hizo su secretario a Cortés.

Por mucho tiempo reinó entre ambos funcionarios la más perfecta armonía, hasta que vino a ponerlos en desacuerdo uno de esos incidentes que habían hecho siempre la desgracia del aventurero extremeño.

Capítulo VI

De cómo el descubrimiento del Anáhuac produjo de pronto la reconciliación de dos antiguos compinches y el matrimonio de una dama abandonada

Había en Santiago, capital de la isla, un Juan Suárez que tenía cuatro hermanas, bellas como lo son ordinariamente todas las muchachas, o, por lo menos, como debían parecerlo en aquella colonia en que tanto escaseaban todavía las mujeres de raza europea.

Sea de ello lo que fue re, la verdad histórica exige que confesemos que las cuatro muchachas eran la admiración de toda la colonia y que el gobernador y su secretario, que se preciaban de inteligentes en la materia, entregaron su corazón a dos de las bellas hermanas.

La historia, que se ha ocupado más del secretario que del gobernador, nos ha conservado el nombre de la que amaba aquél. Se llamaba Catalina. El de la amada de Velázquez no alcanzó igual celebridad. Quedó sepultado en el olvido.

No hay quien se atreva a asegurar hasta qué grado llegaron las relaciones de Cortés con la hermosa Catalina. Pero el lector que tenga un poco de mundo podrá conjeturarlo cuando sepa que repentinamente se enfrió todo el ardor del soldado extremeño y que Velázquez, amante de la otra hermana y muy querido de toda la familia, se empeñó con todas sus fuerzas en casarle con la bella abandonada.

Catalina, pues, fue la manzana de discordia arrojada entre el gobernador y su secretario, porque mientras más se empeñaba el primero en el matrimonio, más se resistía el segundo.

Un día en que Velázquez urgía a Cortés más de lo acostumbrado, éste le respondió con aspereza:

—Hacedme poner una orden en que se mande quemar, como al rebelde Hatuey, a todos los indios de la isla y no pondré reparo en obedeceros; pero no me obliguéis a casarme con Catalina, porque no tenéis ningún derecho para exigírmelo.

—Pero sí tengo derecho —repuso el impetuoso Velázquez— para lanzar de su empleo al hombre que no quiere escuchar las inspiraciones del honor y de la delicadeza.

—Indudablemente —repuso con altanería el secretario.

Y descolgando su gorra, que se halla pendiente de un clavo, se la encasquetó hasta los ojos y se salió del despacho del gobernador como algunos años antes se había salido de la universidad de Salamanca.

Cuando Cortés llegó a su casa se encontró con un gran número de amigos suyos

que jugaban a los dados sobre una mesa.

No había uno solo que no adivinase en la contracción de su semblante que algo grave acababa de ocurrirle.

—Apostaría —le dijo uno— a que acabáis de tener una reyerta con el Nerón de la isla.

—Pero si esto no puede continuar así —murmuró Cortés como hablando consigo mismo, pero en realidad para que le oyesen todos los circunstantes—. La conducta de ese hombre se hace cada día más insoportable y no hay un solo español, no digo en Santiago, sino en toda la isla, que no se queje de sus arbitrariedades.

—¿Habláis del gobernador? —preguntó otro—. Pues estamos todos de acuerdo, ¿verdad, señores?

—¡Todos, todos! —exclamaron en coro los jugadores.

—Pues si eso es verdad —repuso Hernán Cortés—, ¿por qué nos dejamos vejar de un hombre que no vale más que nosotros? Todos hemos trabajado igualmente en la conquista de la isla y a buen seguro que nadie puede jactarse de haber matado más paganos que nosotros.

—¡Nadie, nadie! —murmuró un tercer jugador, echando los dados sobre la mesa.

Pero antes de que los jugadores pudiesen ver los puntos, Cortés se abalanzó sobre los dados y sobre el cubilete y, arrojándolo todo a un rincón de la estancia, exclamó con cierto acento de autoridad:

—No es hora de jugar, sino de obrar.

—¿Luego el asunto es grave? —preguntaron varios, levantándose, sin mostrarse ofendidos de la brusca acción del extremeño.

—Tan grave, señores, que si no nos precavemos con tiempo ha de llegar un día en que nosotros, caballeros cristianos, seamos azotados, atormentados y quemados como míseros indios.

—¡Qué horror! —exclamaron muchas voces.

—No nos queda otro recurso que ocurrir al gobernador de la Española, de quien depende Velázquez, para que le separe del gobierno, le enjuicie y le condene.

Estas palabras fueron acogidas con las más vivas señales de aprobación.

—Y si queréis darme vuestros poderes —continuó Cortés—, hoy mismo me embarco para la Española, presento nuestras quejas a Ovando y os respondo del éxito de la embajada.

Una nutrida salva de aplausos siguió a esta proposición y de este modo tan popular se hizo elegir Cortés por la primera vez jefe de sus compañeros de aventuras.

Pero mientras se preparaba una canoa para hacer el viaje y Cortés esperaba la noche para salir secretamente de su casa, un pelotón de esbirros se presentó en su habitación y le prendió en nombre del gobernador. Se le llevó a la cárcel y se le cargó de cadenas como a un gran criminal.

Afortunadamente para el preso, había llegado a tal grado su popularidad en la isla, que encontró amigos en la misma prisión. Pudo, pues, romper sus cadenas, saltar por

una ventana y correr a la iglesia más próxima a buscar asilo.

Velázquez, el hombre irascible y despótico que cometía mil arbitrariedades en la isla y que mataba indios a millares sin el menor remordimiento de conciencia, no se atrevió, sin embargo, a violar el sagrado asilo en que se había refugiado su enemigo. Un pobre templo católico que encerraba una cruz y cuatro toscas imágenes de madera era para Velázquez un valladar más inexpugnable que todas las leyes divinas y humanas.

Pero si era demasiado ortodoxo para perseguir a Cortés hasta el altar, no era por eso menos rencoroso y vengativo. Conocía mucho al extremeño y sabía que no era hombre capaz de aguantarse encerrado veinticuatro horas entre las cuatro paredes de una iglesia. Esta persuasión le hizo ocultar algunos alguaciles a la salida del templo y la primera vez que Cortés intentó pasearse fuera de su asilo los alguaciles se echaron sobre él, le ataron de pies y manos, a pesar de su resistencia y siguiendo las órdenes de Velázquez le condujeron a bordo de un buque que al día siguiente debía hacerse a la vela para la Española.

La intención de Velázquez era entregar el preso a las autoridades de aquella isla para que allí le juzgasen y le echasen, cuando menos, de las colonias.

Pero el popular enemigo del gobernador encontró en el buque la misma protección que había encontrado en la cárcel. Consiguió romper sus ataduras, descender a la bomba del buque, arrojar a un bote amarrado al costado y huir con dirección a la playa. La noche era tempestuosa y el mar estaba alborotado. Cortés, temeroso de ver zozobrar su esquife, se arrojó al agua y, con esa firmeza de voluntad que no le abandonó nunca en el curso de su vida, nadó vigorosamente hacia la costa y no tardó en arrojar un grito de satisfacción, sintiendo tierra bajo sus pies. Corrió entonces a la misma iglesia que le había servido antes de asilo y se propuso ser más prudente que la primera vez.

Velázquez bramó de cólera cuando supo las nuevas hazañas de Cortés, pero volvió a respetar su asilo, temeroso acaso de que si lo violaba, el cielo en castigo hiciese hundir en el mar la hermosa isla que había declarado su patrimonio.

Los amigos del perseguido extremeño iban a menudo a verle en su asilo y esto le hacía más llevaderas sus amargas horas de cautiverio. Un día le llevaron éstos una noticia que hizo latir con violencia las fibras más delicadas de su ambicioso corazón.

Decíase que un hidalgo español llamado Francisco Hernández de Córdova había descubierto un país a que daban el nombre de Yucatán y que, según las conjeturas del piloto Antón de Alaminos, debía ser una isla, aunque mucho mayor que la de Cuba, porque a pesar del largo tiempo que habían navegado por las costas no habían podido descubrir sus límites. Añadiese que los aventureros que iban a aquella expedición hacían grandes elogios de lo que entonces se creyó una isla. Asegurábase que los habitantes de aquel país no parecían tan rudos como los de Cuba y la Española, que vestían un traje más decente, que tenían grandes y hermosos edificios de mampostería y que se batían con tanto valor y decisión que los expedicionarios habían tenido que

regresarse sin acabar su descubrimiento, por las pérdidas que habían sufrido en incesantes batallas con los naturales.

Cortés escuchó estos detalles con la más profunda atención y sus amigos notaron que aquel día no desplegó sus labios, según costumbre, para murmurar del gobernador. Al contrario, cuando éstos se despedían para retirarse, llamó aparte a uno de ellos y le dijo:

—¿Todavía visitáis al gobernador?

—¡Qué queréis —respondió éste—: lo cortés no quita lo valiente!

—¿Queréis llevarle un recado mío?

—¡Un recado vuestro!

—Sí: decidle que tenga la bondad de venir a verme a mi asilo, porque..., porque nos conviene tal vez a ambos.

El amigo salió haciéndose cruces de este cambio tan repentino, pero dio a Velázquez el recado de su antiguo secretario.

El gobernador no se hizo rogar y, pocas horas después, se presentó en la iglesia.

—Señor gobernador —le dijo Cortés saliéndole al encuentro—, ¿sabéis que por santo que sea este lugar me vas fastidiando sobremanera?

—A la hora que queráis podéis cambiarlo por la cárcel.

—Es que la cárcel me parece todavía más incómoda que la iglesia.

—Dejaos entonces ahorcar para libraros de tantas incomodidades.

Aunque estas palabras fueron pronunciadas con una frialdad estudiada, Cortés se sonrió ligeramente como para celebrar la chanzoneta del gobernador.

—¡Bah! —repuso en seguida—. Creo que por mucha que sea la semejanza que haya entre casarse y ahorcarse, siempre os agradará más verme casado que ahorcado.

—¡Cómo! —exclamó Velázquez agradablemente sorprendido con esta salida—. Al fin os resolvéis a casaros... ¿con Catalina por supuesto?

—Con la hermosa Catalina. Pero hablemos en plata, señor gobernador. Yo me casaré con la condición de que así como todos los matrimonios echan una cadena sobre los contrayentes, mi casamiento con Catalina me sirva para romper las mías.

—Os comprendo. Queréis vuestra libertad en premio de vuestra boda. Venid a arrojaros a los pies de vuestra bella esposa, que os espera con los brazos abiertos.

Pocos días después se verificó el matrimonio y el esposo de Catalina no tuvo que arrepentirse nunca de su condescendencia. Para aventurar esta aserción, los biógrafos de Cortés se fundan en que más de una vez se lo oyó decir que estaba más contento con ella que si fuese la hija de una duquesa. Es verdad que la hija de una duquesa puede ser muchas veces peor esposa que la hija de un patán; pero así lo dice la historia y nosotros, que en estos momentos nos hemos elevado a la categoría de historiadores, no podemos dar mejor explicación.

Desde aquel día Velázquez volvió a su gracia al turbulento extremeño. No se crea por esto que le restituyó su antiguo empleo de secretario. Pero le dio una buena encomienda de indios cerca de Santiago y le hizo nombrar alcalde de aquel lugar.

Como se ve, Cortés adelantaba rápidamente en las colonias. De notario de una ciudad había pasado a alcalde de una villorrio. Cuando le felicitaban por esta promoción, él daba las gracias con una sonrisa de ironía y amargura, que muchos de sus amigos empezaban a comprender.

Pero por humilde que fuese su empleo, le sirvió maravillosamente para enriquecerse y adelantar su encomienda. Vejaría y mataría indios, como asegura el venerable Las Casas, pero eso ¿qué le importaba si henchía de oro sus bolsillos?

Debemos hacer justicia al aventurero extremeño. Él no buscaba el oro, como un aventurero vulgar, por solo el placer de acumular riquezas. Aquellas noticias que de día en día adquirían mayor consistencia sobre inmensos países nuevamente descubiertos, aquellas noticias que habían hecho latir su corazón en el encierro y que le habían obligado a humillarse ante Velázquez, le impulsaban ahora a amontonar escudo sobre escudo para realizar el proyecto que desde la madre patria venía acariciando en su imaginación.

Un secreto presentimiento le decía que con su arrojo podía hacerse nombrar jefe de la expedición que debía ir a conquistar aquellos países fabulosos; y sabía muy bien, como hombre de mundo, que el oro es el primer elemento, el único indispensable tal vez, para la realización de todas las empresas humanas.

Una mañana en que el extremeño se hallaba en su casa entregado a sus sueños de ambición, vio entrar hasta su aposento a dos íntimos amigos suyos de los que con más frecuencia le visitaban. Era el primero el contador Amador de Lares y el segundo Andrés de Duero, que le había sucedido en su destino de secretario cerca de Velázquez.

—Amigo mío —le dijo el contador—, ¿qué decís de las brillantes noticias que nos ha traído Alvarado?

—¿Qué noticias? —preguntó Cortés.

—¡Cómo! —terció el secretario, asombrado—. ¿No las sabéis?

—No sé nada, amigos míos. El día de ayer lo he pasado en mi encomienda y acabo de llegar ahora.

—Pues a fe que sois el único, porque no se habla de otra cosa en toda la ciudad.

—Y bien, señor contador: haced lo que hace toda la ciudad y contadme esas bellas noticias.

—Ya sabéis que nuestro gobernador envió hace tres meses a Juan de Grijalva a reconocer el hermoso país que descubrió el año pasado Francisco Hernández de Córdoba y que, por más señas, le costó la vida.

—¿Y qué? —interrumpió Cortés con viveza—. ¿Hay ya noticias de Grijalva?

—Él mismo las ha enviado con Pedro de Alvarado, que llegó ayer a la isla en una carabela.

—¿Y habéis hablado con Alvarado?

—Una hora larga, amigo mío. Y a fe de contador que con placer estaría hasta este momento hablando con él, porque cuenta tales maravillas del extenso país que acaba

de descubrirse que, al escuchar su narración, me pareció que estaba oyendo leer un libro de caballería.

—Estáis excitando mi curiosidad —dijo Cortés procurando disimular su emoción—. Contadme algunas de esas maravillas.

—Alvarado confirma cuanto han dicho los compañeros de Córdoba; esto es, que los habitantes de aquel país parecen menos rudos que los de esta isla y la Española; que se visten con hermosas telas de algodón que deslumbran con su blancura; que no huyen a la vista de los españoles; que son ordenados, impetuosos y fieros en sus ataques; y, por último, que hay un gran número de edificios tan altos, tan espaciosos y tan blancos como los mejores de Sevilla y por esto han bautizado a la tierra con el nombre de Nueva España.

—Todo eso lo sabíamos ya. Supongo que Alvarado dará además otros informes.

—Ciertamente: como que ha recorrido cuatrocientas o quinientas millas más de costa que los compañeros de Córdoba. El país continúa presentando el mismo aspecto de cultura y de grandeza. Pero a medida que se avanza más hacia el Oeste, los objetos de oro que los naturales presentan a los cristianos son en mayor número y de más esmerada labor.

—¡Ah! —exclamó Cortés poniendo la mano sobre su pecho para contener los latidos de su corazón—. ¿Todo eso cuenta Pedro de Alvarado?

—No sólo lo cuenta —repuso Amador de Lares—, sino que ha traído en su carabela una prueba bastante inequívoca para comprobar sus palabras.

—Comprendo: habrá traído el quinto del rey.

—Y que yo, como contador de su alteza, he valuado y estimado en cuatro mil pesos. Figuraos que solo en el río de Banderas, de donde Alvarado se separó de Grijalva para venir a traer noticias a Velázquez, rescataron más de quince mil pesos.

—¿Y Grijalva ha continuado en su descubrimiento?

—Sí; sigue navegando hacia el Oeste, adonde señalan los naturales cada vez que les preguntan de dónde les ha venido el oro y la plata que poseen.

Cortés exhaló un suspiro.

—¡Qué feliz es Grijalva —dijo— en marchar al frente de una expedición que hace tan hermosos descubrimientos!

—Y, sin embargo —repuso el contador—, yo no desearía llamarme en estos momentos Juan de Grijalva.

—¿Le amenaza acaso alguna desgracia?

Amador de Lares, antes de contestar, dirigió una mirada en derredor de sí.

—¿Estamos solos? —preguntó al extremeño.

—Completamente solos —respondió éste.

—Pues bien —continuó Lares—, ya conocéis el carácter del gobernador.

Suspicaaz, avaro y envidioso, está temiendo ya que Grijalva se le rebele al notar la riqueza de su descubrimiento y que continúe la expedición por su propia cuenta a fin de aprovecharse de todas las utilidades.

—¿Y qué —exclamó Cortés con indignación—, será capaz Grijalva de semejante infamia?

—Yo no sé si será capaz de cometerla, pero la verdad es que Velázquez abriga en tan alto grado esos temores que ha pensado seriamente en sustituir a Grijalva.

—¿Y con quién? —preguntó Cortés con voz apagada.

—¡Oh! No es Velázquez de los que se deciden prontamente a hacer un nombramiento de tanta importancia. Ha pensado en varios hidalgos de la isla; pero muy luego los ha desechado de su imaginación, creyéndolos a todos incapaces de seguir las huellas de Grijalva.

—Pero el gobernador es bastante descontentadizo.

—No puede menos que ser descontentadizo quien busca un hombre que reúna tan raras cualidades. Quiere un hombre de bastante valor para que pueda sojuzgar a un pueblo tan guerrero y tan numeroso, de mucha virtud para que no se le alce con las riquezas que adquiera y de poca ambición para que le ceda toda la gloria del descubrimiento. Con este fin ha solicitado ya de España el permiso de colonizar aquellas tierras con el título de adelantado.

—¿Y creéis que Velázquez no ha encontrado al hombre que busca? —Si le hubiese encontrado ya, no nos hubiera comisionado a ambos para buscarle.

—¡Cómo! ¿Vosotros estáis comisionados por el gobernador?

—El señor secretario y yo —respondió Lares.

—El señor contador y yo —añadió Duero.

Cortés inclinó un momento la cabeza para reflexionar.

—¿Creéis —preguntó al cabo de un instante— que Velázquez me guarde algún rencor por nuestras diferencias de marras?

El contador y el secretario cambiaron entre si una mirada de inteligencia.

—Creo que ninguna —respondió el último—. Por lo menos, mucho tiempo hace que le oigo hablar de vos con la mayor estimación.

—Podríais hacer una prueba para saber hasta qué grado me estima. Pro ponedme para sustituir a Grijalva.

—No sería ése el crisol suficiente para juzgar de su afecto, porque, como os ha dicho ya el señor contador, ha rechazado hasta a sus mejores amigos. Sin embargo, creo que si los dos os recomendásemos...

—¡Ah! —interrumpió el contador—. Olvidaba deciros que entre las condiciones que exige Velázquez en el sustituto de Grijalva hay la de que sea un tanto rico para que pueda sufragar en parte los gastos de la expedición. Porque ya no se trata de una pequeña armada, como la de Grijalva, sino de una grande y numerosa para que pueda conquistar y poblar tan dilatados países.

—¡Oh! —exclamó Cortés—. Yo no soy muy rico. Pero puedo disponer de tres mil castellanos de oro, de varias posesiones en la isla y de muchos amigos.

—¿Seriamente queréis que os propongamos? —preguntó el secretario—. Ya sabéis que disfrutamos de algún favor con su señoría.

—Hacedlo —respondió Cortés, sonriendo—. Y si no es una mentira el oro de la Nueva España, os juro que muy pronto podréis juzgar ambos de su calidad.

Con tan brillante promesa, Lares y Duero no vacilaron un instante y aquel mismo día hablaron a Velázquez en favor de su antiguo secretario.

Y el suspicaz gobernador, que desconfiaba de todo el mundo, tuvo la candidez bastante para no desconfiar de aquel que un día había intentado acusarle ante sus superiores. Se dejó seducir de las protestas de fidelidad que Lares y Duero le hicieron en nombre de Cortés y le nombró capitán de la armada que debía partir al continente.

Aquellos de nuestros lectores que hayan acariciado durante muchos años algún gran pensamiento y que le hayan visto súbitamente realizado, solamente éstos podrán comprender la extraordinaria alegría que experimentó Cortés al recibir su nombramiento.

Desde este instante trabajó sin tregua ni descanso para llevar al cabo su empresa con todos los elementos posibles. Vendió sus posesiones, empeñó su crédito, llamó en torno suyo a sus amigos y puso en juego toda su popularidad para adquirirse prosélitos.

Mientras Cortés daba estos pasos, algunos enemigos suyos se acercaron a Velázquez y le dijeron lo que el tiempo se encargó de justificar, esto es, que el extremeño había de rebelársele. Velázquez dio oído a estas acusaciones e intentó destituirle. Pero ya era demasiado tarde. Cortés lo supo todo, aprestó su partida y la dispuso de tal modo que el gobernador tuvo necesidad de madrugar para ver las naves que se hacían a la vela sin su conocimiento. Solo tuvo tiempo para dirigir desde la playa algunos improperios al ingrato.

Cortés, antes de tomar el rumbo señalado por Córdoba y Grijalva, tocó en otros puntos de la isla, donde se encontró con órdenes de Velázquez a las autoridades para que le destituyesen y le envasen con segura custodia a Santiago. Pero nadie se aventuró a tocar a un hombre rodeado de una multitud de aventureros que le aclamaban con entusiasmo.

En estos puertos acabó de proveerse de todo lo necesario para la expedición y ya hemos visto en los capítulos anteriores el número de naves, soldados y armas con que desembarcó en Chalchiuhcuecan.

Capítulo VII

Moteczuzoma. La sala de audiencia

La naturaleza de los sucesos que referimos exige ahora que nos traslademos a la opulenta capital del imperio, donde el jefe del estado, en lugar de prepararse para la tremenda lucha que le aguardaba, perdía lastimosamente su tiempo entre las concubinas de su serrallo y los agoreros y sacerdotes de su consejo.

Permítanos el lector dos palabras acerca del origen de ese gran pueblo que llevaba el nombre de Anáhuac y del carácter del hombre que regía a la sazón sus destinos.

Ciento noventa y cuatro años hacía que las tribus aztecas, después de una larga peregrinación desde el país de Aztlán hasta el valle de México se habían detenido en una isleta, situada en la parte sudoeste del lago principal. En aquel sitio habían encontrado un nopal que nacía de la hendidura de una roca bañada por las aguas y sobre sus ramas un águila real con las alas extendidas hacia el sol de la mañana y una serpiente entre las garras. Éstas eran las señales indicadas por el oráculo y los religiosos aztecas se creyeron obligados a echar allí los cimientos de una ciudad que, en memoria de su origen prodigioso, recibió el nombre de Tenochtitlan.

En tan corto espacio de tiempo la nación mexicana había crecido en una proporción extraordinaria, que seguramente tiene muy pocos ejemplos en la historia del antiguo y del Nuevo Continente.

La Venecia del Anáhuac, que no fue al principio sino un confuso hacinamiento de cabañas alrededor del mezquino templo de Huitzilopochtli, se había convertido en una hermosa y extensa ciudad que no tenía rival en el mundo descubierta por Colón y que podía competir con las más bellas capitales de Europa.

Sus dominios, reducidos por algunos años al recinto de los muros de Tenochtitlan, se extendían ya hasta un territorio que comprendía dieciséis mil leguas cuadradas y cuyas costas bañaban las aguas del golfo y del Pacífico.

Todo en aquel pueblo varonil había cambiado en la misma proporción.

El Pobre azteca, que dos siglos antes temblaba ante la amenaza de cualquier reyezuelo vecino, cobraba ahora el tributo de innumerables pueblos conquistados con el poder de sus armas y paseaba sus huestes vencedoras desde las fronteras de Michoacán hasta los confines de Honduras y Nicaragua. Sus raquílicas chozas de cañas y juncos se habían convertido en magníficos edificios, calificados de palacios por los conquistadores europeos y la cabaña del dios de la guerra se había trocado en el templo mayor de todo el Anáhuac, desde cuya elevada cima no solo podía contemplarse el recinto de la ciudad, sino todo el gracioso panorama del valle, regado con el agua de las lagunas y circundado por una mágica cordillera de colinas.

Nueve reyes se habían sentado sucesivamente en el trono creado por la nobleza en

1352, y como la elección del monarca se hacía entre los miembros de la familia real de Acamapichtzin que más se habían distinguido en la carrera de las armas, cada nuevo reinado ataba mayor número de pueblos al carro triunfal de aquellas tribus belicosas.

Para las ideas que en todos los tiempos y en todos los países han dominado en el común de las gentes y según las cuales la grandeza de las naciones se estima por la extensión de su territorio y el número de sus conquistas, el imperio del Anáhuac había llegado entonces al apogeo de su gloria y de su poder.

Ocupaba a la sazón el trono Motecuzoma Jocoyotzin, a quien los historiadores dan más comúnmente el nombre de Motecuzoma II por acomodarse a la costumbre adoptada en el antiguo mundo para distinguir a los monarcas del mismo nombre.

De igual manera que sus antecesores, Motecuzoma solo había sido elevado a la dignidad real porque entre los candidatos al trono era el que se había señalado más en la guerra; y en la ceremonia de su coronación, según la bárbara costumbre establecida entre los aztecas, las víctimas inmoladas en el sangriento altar de Huitzilopochtli fueron prisioneros hechos por él mismo a los enemigos de la patria.

El reinado del nuevo emperador se había inaugurado diecisiete años antes bajo los más felices auspicios. Las fiestas de la coronación habían excedido en esplendor y magnificencia a cuantas se habían celebrado hasta entonces en Anáhuac y el pueblo, la nobleza y los sacerdotes se habían entregado en ellas sinceramente a la alegría, porque el nuevo monarca unía al valor la modestia y la sabiduría. Había llamado sobre todo la atención la arenga con que le había felicitado el sabio rey de Texcoco, Netzahualpilli, hijo del célebre Netzahualcóyotl.

El orador empezó por congratularse de que en la elección de su ilustre aliado hubiese reinado la más completa armonía entre los electores. Dijo que aquella uniformidad emanaba de las muchas y excelentes cualidades que se reunían en el electo, entre las cuales enumeró su carácter sacerdotal y sus conocimientos en la astrología. Añadió que sin duda los dioses amaban mucho a la nación, puesto que le deparaban tan gran monarca cuando había llegado al mayor grado de poder y de esplendor, y concluyó augurando para la nación y su jefe muchos años de gloria y felicidad.

Pocos años bastaron, sin embargo, para empezar a desmentir la predicción de Netzahualpilli. El rey modesto no tardó en convertirse en soberbio, el valiente guerrero en débil y fanático sacerdote y el monarca justiciero en déspota y tirano.

A la antigua sencillez de los sucesores de Acamapitzin no tardó en suceder un lujo extraordinario que arruinaba a la nación y principalmente a las ciudades conquistadas. Los tributos eran excesivos, los empleos no se conferían el mérito, sino al nacimiento, y los hijos más distinguidos de la monarquía eran obligados a prestar servicios muy poco dignos de su persona en el palacio del emperador.

Vamos a introducir a nuestros lectores en una pieza de este palacio, donde se hallaba a la sazón Motecuzoma, no sin advertir antes que era el 27 del mismo mes y

año que hemos citado en el capítulo primero y que había pasado ya la hora del mediodía.

Penetremos, pues, por una de las veinte puertas del soberbio palacio, que dos años después debía ser destruido por la ferocidad de los conquistadores; abrámonos paso entre la inmensa muchedumbre de soldados, de domésticos y esclavos que inundan los patios y que con solo el ruido de sus pasos y de su voz apagan el murmullo de las fuentes que miraremos ligeramente sin detenernos; pasemos a las antecámaras donde los que han solicitado audiencias y los quinientos nobles y feudatarios que tienen la obligación de hacer diariamente la corte al orgulloso soberano habían en voz baja y andan con precaución por respeto a la majestad real; alcemos la cortina que cubre la entrada de la pieza inmediata y entremos sin ceremonia en el santuario donde con una sola palabra se deciden los destinos del Anáhuac.

La sala de audiencia era una inmensa pieza cuadrilonga, donde, según la relación de un testigo ocular, podrían reunirse tres mil personas. Su preciosa techumbre de primorosas maderas, en que los artesanos de Tenochtitlan habían apurado todos sus conocimientos, guardaba la conveniente armonía con los preciosos tapices de algodón que decoraban las paredes. El pavimento desaparecía bajo una alfombra de la estera más fina del país. No se veía allí otro mueble que el trono del soberano, colocado a una extremidad del salón.

Entramos en el momento en que Motecuzoma se hallaba en pie cerca de su trono contemplando con una mirada indolente los prolijos preparativos de su comida.

Este ilustre personaje, según la descripción que nos han dejado de él los historiadores contemporáneos, tendría cuarenta años de edad en la época a que nos referimos en este capítulo. Era alto y delgado, aunque de gallarda y bien proporcionada estatura. Era largo el óvalo de su rostro; la expresión de sus ojos, aunque negligente de ordinario, sabía expresar en ocasiones dadas la dulzura o la cólera; la regularidad de sus facciones daba a su fisonomía un aspecto simpático; traía el pelo corto, como todas las personas caracterizadas; su barba era muy escasa, y el color de su cutis algo más claro que el que distingue a las razas americanas en general, sin duda por el sumo cuidado que tenía de su persona.

El traje que gastaba aquel día era muy sencillo, pero bastante rico. Su *maxtlatl* o cintura, hecha de una preciosa tela de algodón, se hallaba guarnecida con vistosos flecos y varios adornos de oro. Su *timatli* o capa, de una tela muy delicada también de algodón, era la que ordinariamente usaba en palacio, esto es, blanca y azul y con poca profusión de adornos. La llevaba anudada sobre el pecho y le cubría hasta más abajo de las rodillas. Sus sandalias, cuya suela era de oro, se sujetaban a sus pies por medio de cordones adornados con trenzas del mismo metal y algunas piedras preciosas.

Bosquejada ligeramente la figura principal que descollaba en el salón, observemos de la misma manera lo que allí pasaba en el momento de nuestra entrada.

Trescientos jóvenes nobles han invadido su recinto, trayendo cada uno sobre un pequeño brasero de barro otros tantos platos que colocan sobre las esteras del

pavimento. El emperador pasea una mirada casi indiferente sobre estas trescientas fuentes, que ostentan una variedad y una magnificencia que no tiene igual en el mundo. Allí, en el recinto de un palacio ignorado del resto de la tierra, y para servir de alimento al jefe de una nación calificada de bárbara por los europeos, se hallan reunidas las producciones de todos los climas y de los países más remotos. Animales domésticos y de caza, enviados de todas las ciudades tributarias; peces de los lagos y del golfo, que el día anterior nadaban aún en las saladas aguas de Chalchiuhcuecan; frutas de la tierra caliente, de la tierra templada y de la fría; todo, en suma, cuanto hubiera apetecido para el banquete más espléndido el mayor potentado del Oriente.

Cuatro de las esclavas más hermosas del serrallo del soberano acaban de colocar un cojín sobre el pavimento y, junto a éste, una mesa baja cubierta con delicados manteles de algodón.

Moteczuma que, según hemos dicho, observaba estos preparativos, señaló con una varilla que llevaba en la mano los platos que deseaba le sirviesen y se sentó a la mesa. Entonces cuatro ancianos, que según se asegura desempeñaban el papel de secretarios o ministros, colocaron frente a la mesa una especie de biombo o cancel de madera, precisamente barnizado e incrustado de piezas de oro y piedras preciosas, a fin de apartar al monarca de las curiosas miradas de la multitud.

Las mujeres le presentaron, para que se lavase, un agua pura y cristalina que hacían caer de preciosos vasos de *xicalli* a una bandeja de plata. Los ancianos le rodearon silenciosamente y, con los ojos clavados en el suelo, aguardaron los órdenes del soberano. Las esclavas le traían sucesivamente los platos que designaba y el pan de maíz amasado con huevo que se fabricaba en una cocina inmediata para hacerlo más grato al paladar.

—Quinatzin —dijo repentinamente Moteczuma, alargando el brazo para entregar un plato a uno de los ancianos—, hoy debe venir el joven cantor cuya voz me recomendó el *Teoteuctli* (uno de los sumos sacerdotes).

—Señor —respondió Quinatzin—, ya oí la voz de ese mancebo por primera vez en la gran fiesta de Tlalocateuctli, y aseguro que quedarás complacido. ¿Qué debo hacer con él cuando se presente?

Estas palabras fueron pronunciadas en voz baja y respetuosa, sin que el anciano osase levantar los ojos más allá de la altura de la mesa.

—Debe estar ya en alguna de las antecámaras de palacio —repuso Moteczuma—. Hazle buscar, y que sea introducido inmediatamente.

Quinatzin se acercó a uno de los jóvenes que aguardaban la conclusión de la comida, le habló en voz baja algunas palabras, y el joven salió del salón.

Moteczuma siguió departiendo con sus ministros y alargándoles algunos platos de su mesa, que los ancianos aceptaban con reconocimiento y comían con respeto, hasta el instante en que, concluidos los postres, una de las esclavas le presentó el chocolate ricamente preparado en un vaso de *xicalli* adornado de oro y de joyas, como todos los objetos que se destinaban para el uso del emperador.

En aquel momento entró en el salón una joven que representaba a lo sumo dieciséis años de edad. Su tez fresca y delicada era de un color aún más claro que el de Motecuzoma, sus negros y rasgados ojos parecían hechos por el dios del amor, y su rica y abundante cabellera flotaba libremente sobre sus hombros.

Su traje, como el de todas las señoras aztecas, consistía en una basquiña de algodón, que rodeaba su cuerpo desde la cintura y dejaba ver la extremidad inferior de dos piernas seductoras, adornadas con argollas de oro y piedras preciosas. Su camisa, de la misma tela, permitía contemplar en toda su desnudez dos brazos modelo, oprimidos cerca de la muñeca por preciosos brazaletes de la misma materia que las ajorcas de las piernas. Eran de oro los pendientes que ostentaba en las orejas y también en el labio inferior.

Esa joven se llamaba Geliztli y era una de las hijas más queridas del emperador. Aunque no era costumbre que la familia real asistiese a la mesa del soberano, Motecuzoma solía tener el capricho de hacer venir a Geliztli no para que comiese con él, sino para que le preparase el tabaco mezclado con liquidámbar que acostumbraba fumar en una pipa después de la comida.

Geliztli traía en la mano la pipa, que consistía en una caña preciosamente barnizada, y, como había llegado a la sazón en que Motecuzoma devolvía ya vacío a una de las esclavas el vaso del chocolate, le presentó la pipa. El emperador la tomó con placer y no tardó en elevarse hasta el techo una columna del humo aromático que se escapaba de su boca.

En aquel instante se presentó en la sala de audiencia un nuevo personaje. Era un joven de elevada estatura y complexión robusta, que dejaba ver en su persona la belleza salvaje en toda su plenitud.

No podemos decir nada del traje que llevaba, porque, según el ceremonial introducido en la corte por el orgulloso Motecuzoma, ningún vasallo podía presentarse a sus ojos con vestidos finos, ni con oro, ni con joyas. El joven, pues, se había vestido en la antecámara un saco de tela ordinaria sobre el traje que llevaba y, descalzo, sin ninguna clase de adornos y con la cabeza descubierta, se presentó al llamamiento de su soberano.

A la sazón que el mancebo entraba en la sala, los ancianos apartaron el biombo de madera que ocultaba al emperador de la vista de sus súbditos. Las esclavas levantaron entonces la mesa, sirvieron nuevamente agua a Motecuzoma, para la segunda ablución que acostumbraba después de la comida, y se retiraron. Los trescientos jóvenes que habían conducido los platos los alzaron de las esteras y despejaron también el salón. Estos platos que el soberano había desdeñado debían figurar luego en la mesa de los cortesanos.

Solo quedaban en la sala de audiencia Motecuzoma, sus consejeros, Geliztli y el joven de que acabamos de hablar.

Quinatzin hizo entonces a éste una señal para que se acercase al emperador. El joven obedeció y, como lo prescribía la etiqueta de la corte, se adelantó lentamente y

con la vista fija en el pavimento, se inclinó tres veces ante el soberano, pronunciando en cada una las palabras consagradas por el ceremonial, y aguardó a que se le preguntase.

Moteczuma le consideró un instante en silencio y prendado sin duda de la arrogante y bella figura de aquel mancebo:

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con interés.

—Me llamo Tízoc —respondió el joven, sin cambiar nada de su respetuosa actitud.

—¿Y tus padres?

—Nunca los conocí. El superior de los seminarios me recogió cuando aun no había acabado de beber la vida en el pecho de mi nodriza y me educó contra mi voluntad para el sacerdocio.

Un gesto casi imperceptible de disgusto se dejó ver en el rostro de Moteczuma. En los oídos del sacerdote de Huitzilopochtli resonó como un desacato o un sacrilegio la paladina confesión del mancebo.

—El culto de los dioses —repuso con cierto acento de severidad— es el ejercicio más noble a que el hombre puede consagrarse sobre la tierra.

—Gran señor —replicó respetuosamente el mancebo—, yo me considero indigno de ese honor, porque me siento más capaz de manejar la espada del guerrero que el incensario del sacerdote. Me agradaría más cautivar en la guerra al enemigo de la patria que abrirle el pecho con la cuchilla sagrada en el altar de los sacrificios.

—¿Has manifestado alguna vez ese deseo a tu superior?

—Muy pocas veces, gran señor, y siempre me ha mandado callar en nombre de Huitzilopochtli. Pero ahora que los dioses han permitido que me encuentre en tu presencia...

El joven cortó repentinamente su discurso, temeroso sin duda de faltar al respeto debido a aquel soberano que se hacia adorar casi como a uno de los dioses del Anáhuac.

Moteczuma comprendió la causa de esta súbita interrupción, y para alentar al mancebo:

—Habla —le dijo—: el emperador está obligado a escuchar con *benignidad* a todos sus vasallos, sea cual fuere la demanda que vengan a depositar a los pies de su trono.

—Bondadoso señor —dijo entonces el mancebo—, lo que yo te pido es que me des una plaza en las invencibles legiones del Anáhuac. Mi bienhechor no osará oponerse a una orden de tu augusta persona y me dejará vestir la armadura del guerrero en vez del traje sacerdotal.

—En breves días sabrás mi resolución. Entretanto, quiero oír el himno que el gran sacerdote ha compuesto para que cantes en mi presencia.

Tízoc hizo una nueva inclinación y se volvió al sitio que le designó Quinatzin.

Entonces levantó la cabeza por primera vez y paseó una mirada sobre el auditorio

que le iba a juzgar de su voz. Sus ojos no tardaron en encontrarse con los de Geliztli, y entre ambos jóvenes se cruzó una rápida mirada de inteligencia. Pero mientras Geliztli inclinaba la cabeza, ligeramente ruborizada, los ojos de Tízoc continuaron su examen, se fijaron un instante en Motecuzoma y, como deslumbrado ante la majestad real, amortiguóse súbitamente su brillo y acabaron también por fijarse sobre las esteras que alfombraban el pavimento.

Pero no tardó en reponerse, y levantaba ya la cabeza para comenzar su canto, cuando le detuvo un rumor extraordinario que se dejó sentir en aquel momento en las antecámaras.

Motecuzoma escuchó un instante, volvióse lleno de asombro hacia el lugar en que estaban sus consejeros y fijó una mirada más bien colérica que interrogadora en el semblante de Quinatzin.

El anciano salió apresuradamente de la sala.

El rumor se extinguió súbitamente, y un momento después volvió a aparecer Quinatzin.

Pero traía el semblante demudado y, a pesar del esfuerzo que hacía para dominarse, se notaba el estremecimiento que agitaba su cuerpo al acercarse al emperador.

Motecuzoma interrogó al anciano con una mirada.

—Ha llegado un correo de Chalchiuhcuecan —dijo el último— y espera en la puerta a que le des audiencia.

Nublóse el rostro del soberano al escuchar estas palabras y, con voz apenas inteligible, preguntó:

—¿Y quién es ese correo?

—El mismo gobernador de Chalchiuhcuecan.

—¿Teuhtlile? —preguntó Motecuzoma, cuya palidez iba creciendo por grados.

—Teuhtlile —respondió con acento sordo Quinatzin.

—Hazle entrar al instante —repuso Motecuzoma.

Quinatzin se dirigió a la puerta. El emperador hizo en seguida una seña con la mano y los ministros, Geliztli y Tízoc despejaron respetuosamente la sala.

Un momento después apareció Teuhtlile y se encontró solo con Motecuzoma.

Capítulo VIII

Presagios

Un cuarto de hora después de la entrada de Teuhtlile a la sala de audiencia, una agitación extraordinaria reinaba en el palacio del emperador. Los nobles y esclavos de la comitiva del gobernador habían referido en las antecámaras y en los patios el desembarco de los españoles, y esta noticia había circulado rápidamente de boca en boca con los comentarios a que se prestaba una nueva tan prodigiosa.

Tízoc, el joven seminarista a quien acabamos de conocer en la sala de audiencia, había escuchado como todos la noticia y, más preocupado acaso con ella que todos los curiosos que le rodeaban, inclinó la cabeza sobre su pecho para meditar.

Mucho tiempo hubiera permanecido tal vez en esta actitud, olvidándose de que sus deberes sacerdotales le llamaban al templo Mayor, si no hubiese venido a sacarle repentinamente de su abstracción una mano que se posó delicadamente sobre sus hombros.

Tízoc levantó la cabeza y vio junto a sí una joven esclava que le hacía con los ojos una señal que de pronto no pudo comprender. La esclava se acercó entonces a él y deslizó en su oído una palabra.

Tízoc se ruborizó ligeramente y echó a andar tras de la joven entre la inquieta muchedumbre que inundaba el patio en que se hallaba. Pasaron a un segundo patio en cuyo centro se ostentaba una fuente rodeada de flores y cuyos cuatro lados estaban formados por una serie de habitaciones, según podía juzgarse por las puertas abiertas con simetría en los muros.

La esclava se detuvo delante de una de estas puertas y, apartando la cortina que la cubría, invitó a Tízoc a que pasase adelante.

El joven no se hizo rogar y entró. La esclava dejó caer la cortina tras él y se volvió por el mismo camino que había traído.

Tízoc, viéndose separado de su conductora, adelantó tímidamente algunos pasos en el interior de la pieza. No tardó en salirle al encuentro una bella aparición que le hizo detenerse y exclamar al mismo tiempo:

—¡Ah, conque no me había engañado la esclava!

—¿La esclava te dijo mi nombre? —preguntó la aparición.

—Sí, Geliztli, y he venido volando tras ella.

Suponemos que el lector tampoco había olvidado a la bella Geliztli, a quien también hemos tenido la honra de presentarle en la sala de audiencia.

—Tízoc —dijo la joven—, es muy corto el tiempo de que podemos disponer, porque mi madre puede volver muy pronto a esta habitación, de donde solo la ha sacado la extraordinaria noticia que ha traído el gobernador de Chalchiuhcuecan.

Oye, pues, la súplica que voy a dirigirte y vuélvete al instante.

—¡Ah! —exclamó el mancebo con un acento de dulce reconvención—. Apenas me haces llegar a tu presencia y ya me despides con la amenaza del peligro. Geliztli, ¿crees que si hubiese abrigado algún temor habría podido llegar hasta tu habitación? No; demasiado sé que no hay recinto vedado para los ministros de Huitzilopochtli y este traje sacerdotal, que aborrezco, es el que ha obligado a los guardias de palacio a no detenerme en mi marcha.

—¿Pero por qué no hay recinto vedado para los ministros de los dioses?

Porque les sirve de escudo la austeridad de sus costumbres. Y si mi madre te encontrara aquí, ¿crees que podría figurarse nunca que habías venido a ejercer las funciones de tu santo ministerio?

—¿Y por qué no? —preguntó con amarga sonrisa Tízoc—. Ve al templo Mayor, Geliztli y pregunta a los sumos sacerdotes, al superior de los seminarios y a todo el mundo, si hay un sacerdote de mis años que tenga una conducta tan irreprochable como la mía. Jamás se me ha visto levantar los ojos para mirar a las hermosas mujeres que concurren al templo.

—Tízoc —interrumpió la joven princesa—, ¿olvidas la circunstancia que me hizo salir del seminario en que me educaba en el templo Mayor?

Tízoc vaciló un instante.

—Lo que yo recuerdo —dijo— es que la última vez que nos vimos fue una mañana en que nos sorprendió hablando mi protector.

—¿No sabes más que eso?

—Sí, sé algo más. Conservo aún la impresión dolorosa del castigo que se me impuso por haber faltado a la severa disciplina de los seminarios en que se educa a la juventud. Tengo muy presente aquella escena en la memoria. Muchas veces habíamos hablado en el pequeño jardín del seminario donde tú te educabas. Aquella mañana nos creíamos tan seguros como siempre, y yo tenía una mano tuya entre las mías. Repentinamente lanzaste un grito, te apartaste de mí y huiste con precipitación. Lleno de sorpresa, busqué con los ojos la causa de tu fuga. El superior de los seminarios, mi protector, se hallaba delante de mí. Yo no tuve voluntad ni fuerzas para huir:

»—¿Con quién hablas, Tízoc? me preguntó el superior.

»—Padre mío —le respondí con sinceridad— es una joven que se educa, como yo, en los seminarios del templo y que se llama Geliztli.

»—¿Pero sabes que está prohibido, bajo las más severas penas, que los seminaristas de ambos sexos se mezclen entre sí y mucho más que se hablen sin testigos, como tú acabas de hacer?

»—No lo ignoro, padre mío; pero los dioses han permitido que yo ame a Geliztli y estoy resuelto a tomarla por esposa cuando se termine nuestra educación.

»—¡A tomarla por tu esposa! —exclamó mi protector, como si hubiera escuchado de mis labios una blasfemia—. Tízoc, ¿sabes quién es Geliztli?

»—Es la mujer que me ama —respondí con energía.

»—¡Es la hija del gran señor del Anáhuac! —prorrumpió el sacerdote con acento amenazador—. Ahora —añadió—, ¿sabes quién eres tú?

»—Un niño a quien tu bondad ha recogido.

»—Y a quien educo para el sacerdocio porque no tiene otro porvenir mejor en el Anáhuac.

»Yo incliné la cabeza con abatimiento y necesité de toda la fuerza de mi voluntad para no prorrumpir en sollozos.

»—Sí, Tízoc —continuó mi protector con dulzura—. Olvida a esa joven princesa, destinada sin duda para algún magnate del imperio y procura hacerte digno, con una conducta ejemplar, de la santa misión a que has sido destinado».

—¿Y a esa reprensión se redujo todo tu castigo? —preguntó Geliztli al cabo de un instante de silencio.

—No —respondió Tízoc—. Mi protector, a pesar de amarme demasiado, temió sin duda ofender a los dioses si no me imponía el castigo prevenido por la disciplina del seminario.

—Y ese castigo... —tartamudeó Geliztli.

—Lo he olvidado ya —repuso el joven sacerdote—, puesto que lo he sufrido por tu amor.

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Geliztli.

—Pero yo no lo he olvidado —dijo— siquiera por lo que me ha hecho padecer desde el día en que lo supe. Un sacerdote te hizo subir una noche hasta la cima del templo Mayor y te condujo hasta el brasero sagrado que arde perpetuamente delante del altar de Huitzilopochtli. Allí te obligó a mantener una ascua encendida entre tus dedos mientras pronunciaba una oración en que reprendía tu conducta. Tú no exhalaste una sola queja durante aquel castigo doloroso.

—Porque me daba valor tu nombre, que murmuraban mis labios.

—¡Ah! —exclamó Geliztli—. Yo me avergüenzo de no haber sufrido, como tú, por nuestro amor. La superiora del seminario se contentó con referir en secreto a mi madre lo que había pasado, y ésta se limitó a retirarme de allí dando por terminada mi educación.

—¡Cuánto me hizo sufrir esa separación! Yo sabía que las jóvenes solo salían del seminario para casarse, y hubo un tiempo, demasiado cruel para mí, en que creía que te había perdido para siempre. Pero los dioses quisieron apiadarse de mi dolor e hicieron llegar a mis oídos la fausta noticia de que aún te conservabas fiel a mis juramentos. Desde entonces no he dirigido a los dioses otro voto que el de volverte a ver. Y ahora que han escuchado mi plegaria ¿serás menos piadosa que ellos, abreviando los momentos de esta dulce entrevista?

—Tízoc, ya te he dicho que mi madre es la única persona que en palacio sabe nuestro amor. Ella puede volver repentinamente y sorprendernos. Escucha, pues, lo que voy decirte y retírate al instante. Le he oído decir a mi padre que deseabas cambiar desde ahora el incensario del sacerdote por la espada del guerrero.

—Sí —repuso con energía el mancebo—. La carrera de las armas es la única que puede hacer grandes a los hombres del Anáhuac, y yo necesito ser grande para poder aspirar un día a la hija del emperador.

Tiñéronse de un ligero rubor las mejillas de la joven azteca, y extendiendo la mano hacia su interlocutor:

—No me opongo a tus nobles sentimientos —le dijo—. Haz la guerra a los enemigos de la patria y, como otros muchos guerreros de la antigüedad, engrandécete a ti mismo engrandeciendo los dominios del Anáhuac; pero no hagas la guerra ahora en que los aztecas, desoyendo la voz de los dioses, van a pelear contra los descendientes de Quetzalcóatl.

—¿Y quiénes son los descendientes de Quetzalcóatl? —preguntó admirado Tízoc.

—¿No has oído la relación de los esclavos de Teuhtlile?

—Sí, acabo de oírla. Es una relación verdaderamente extraordinaria. Dicen que se han presentado en las costas de Chalchiuhcuecan unos hombres blancos y barbados, vestidos con trajes extraños, que habían un idioma incomprensible, que montan sobre monstruos desconocidos y que traen instrumentos de guerra que despiden el rayo y el trueno como en un día de tempestad.

—¡Y bien! —repuso Geliztli—. Esos hombres de la piel blanca que disponen del rayo y del trueno y que han venido del Oriente en sus grandes palacios flotantes no pueden menos que ser descendientes de los dioses, y sería un sacrilegio inútil emplear contra ellos las armas de los mortales.

Una sonrisa de duda se dibujó en los labios del joven sacerdote.

—¡Cómo! —continuó Geliztli—. Tú, que como alumno del seminario de los sacerdotes debías conocer mejor que yo la santa religión de nuestros padres, ¿ignoras que Quetzalcóatl, al desaparecer del Anáhuac, prometió que algún día volvería a reinar entre su pueblo y que, según los pronósticos que se han observado en los últimos años, se ha llegado ya a la época en que el dios de las aguas debe realizar su promesa?

—Todo eso me han enseñado en el seminario, Geliztli; pero lo que yo no comprendo es la relación que pueda haber entre el divino Quetzalcóatl y los hombres que se han presentado en Chalchiuhcuecan.

—Todo indica, Tízoc, que esos hombres deben tener un origen divino. Son blancos y barbados como Quetzalcóatl, aborrecen como él los sacrificios humanos y vienen de las aguas del inmenso lago donde aquel dios desapareció de la vista de nuestros padres.

—Yo no lo creo así, Geliztli y juzgo, por el contrario, que esos hombres son los mayores enemigos del Anáhuac. Creo que se preparan grandes días de prueba para el país de los aztecas y estoy sinceramente agradecido a Huitzilopochtli porque me presenta esta ocasión de salir a la guerra y de engrandecerme a los ojos de la mujer que amo.

—¿Y si la mujer que amas te suplicara que no empuñes las armas en una

contienda que ha de ser de fatales consecuencias para el Anáhuac?

—Pero ¿por qué auguras tan triste porvenir a la nación? ¿Por qué no esperar que los dioses nos concedan la victoria si luchamos con valor?

—¿Por qué? —preguntó Geliztli—. Porque, te lo repito, Tízoc..., y no soy yo sola quien lo dice: lo dice todo Tenochtitlan; los presagios se multiplican de día en día, y esos presagios no significan otra cosa que la ruina inevitable del imperio. El ejército que marchó hace algunos años a someter a la remota provincia de Amatlan ¿no pereció casi todo bajo una tempestad de hielo que le sobrevino al trepar una altísima montaña o bajo los troncos de árboles seculares que arrancaba de raíz el impetuoso huracán? ¿No hemos visto agitarse un día las aguas del lago de una manera tan prodigiosa que ha hecho zozobrar todas las canoas de los pobres mercaderes que las surcaban? ¿Y no liemos visto arder una noche una torrecilla del santuario de Huitzilopochtli y resistir el incendio a todos los esfuerzos que se hicieron para apagarle? ¿No liemos admirado, por último, hasta hace pocas noches, esa brillante columna de fuego extendida bajo el cielo y que parecía amenazar con el incendio a toda la tierra?

Calló un instante Geliztli; pero antes de que Tízoc tuviese tiempo de replicarle, continuó de esta manera:

—Pero no es esto todo, Tízoc. Hay todavía un acontecimiento más extraordinario que el emperador no ha querido que se divulgue y cuyo secreto poseen muy pocas personas de nuestra familia. Voy a referírtelo, Tízoc, para que acabes de persuadirte de que sería una lucha sacrílega la guerra que se hiciese a los hombres blancos y barbados del Oriente. ¿Has oído hablar de la princesa Papantzin, hermana de mi padre?

—Sí —respondió Tízoc—. Una noble señora que estuvo casada con un gobernador de Tlatelolco.

—Mi noble tía —prosiguió Geliztli—, luego que enviudó, continuó viviendo en el palacio de su marido. Acaso esta circunstancia, que le hacía tener siempre presente la memoria del hombre que había amado, envenenó paulatinamente su existencia y acabó por matarla. Luego que mi padre supo la muerte de su hermana, se trasladó con muchos nobles al palacio de Tlatelolco y dispuso que los funerales fuesen celebrados con toda la magnificencia que exigía el rango de la princesa. Verificados éstos a presencia de la nobleza de México y de Tlatelolco, el cadáver fue sepultado en una gruta de los jardines de aquel palacio, muy cerca de un estanque donde la princesa tenía costumbre de bañarse y el sepulcro fue encerrado con una losa de piedra. Al día siguiente una niña de cinco años que atravesaba el jardín para dirigirse a la habitación del mayordomo vio sentada a la princesa a la puerta de la gruta donde la tarde anterior había sido sepultada. La princesa llamó a la niña con cariño y ésta que, por su corta edad, no tenía una idea exacta de lo que es la muerte, creyó que Papantzin iba a bañarse en su estanque favorito y acudió sin temor a su llamamiento. La princesa le dijo entonces que llamase a la mujer del mayordomo y la muchacha se

apresuró a obedecer su mandato. Pero la mujer del mayordomo se rió de su inocencia cuando le dijo que Papantzin deseaba hablarla.

»—Hija mía —le dijo—, la princesa ha muerto y ayer la hemos enterrado.

»—Pero ahora ha salido de su sepultura —repuso la niña—, y acabo de hablar con ella en el jardín.

»La mujer del mayordomo se estremeció al escuchar estas palabras que la niña pronunciaba con el acento de la más completa sinceridad. Pero, después de reflexionar un instante, creyó que la muchacha había sido víctima de alguna equivocación, y, deseosa de sacarla de su error, la siguió al jardín. Pero aún no había tenido tiempo de llegar al sitio del sepulcro, cuando vio a la princesa sentada a la puerta de la gruta y que la llamaba con un ademán. La infeliz mujer dio un grito de espanto y cayó desmayada. La niña corrió entonces a llamar a su madre, que, al oír hablar de un suceso tan extraordinario, pasó al jardín acompañada de otras dos mujeres. Éstas también se hubieran desmayado si la princesa no hubiese procurado infundirles valor asegurándoles que estaba viva por la misericordia divina. Mandó luego llamar al mayordomo y presente éste, le ordenó que pasase al palacio del emperador, su hermano, y le suplicase en su nombre que viniera a Tlatelolco a tener con ella una conferencia que interesaba al porvenir de su pueblo. El mayordomo titubeó un instante.

»—¿Qué temas? —preguntó la princesa.

»—Temo, señora —respondió el mayordomo—, que el emperador no quiera creer que has vuelto a la vida, que se imagine que he querido burlarme de él y que, antes de averiguar la verdad, me mande apedrear por el pueblo en pena de mi desacato.

»—Tienes razón —repuso la princesa—. Mi hermano es irascible y violento y se atrevería a cometer en tu persona ese acto de injusticia. Ve, pues, a Texcoco, preséntate al sabio rey Netzahualpilli y ruégale que venga a verme.

»Netzahualpilli escuchó con espanto el recado del mayordomo, pero inmediatamente se trasladó con él a Tlatelolco. La princesa, que se había retirado a sus habitaciones, le rogó entonces que pasase a México y diese a Motecuzoma el recado que no se había atrevido a llevarle el mayordomo.

»El rey de Texcoco se trasladó inmediatamente a Tenochtitlan y, delante de muchos nobles que rodeaban al emperador, le participó la resurrección de su hermana y le rogó que pasase a su palacio de Tlatelolco, donde tenía que comunicarle, en nombre de los dioses, cosas de la mayor importancia. El emperador se resistía a creer esta resurrección; pero, por respeto a su ilustre aliado, le siguió con su acompañamiento de cortesanos al palacio de Papantzin.

»Al entrar en la habitación de la princesa no quedó poco sorprendido de encontrarla en pie, como acostumbraba recibirle siempre por respeto a su alta dignidad.

»—¡Papantzin! —exclamó aterrado el emperador.

»—¡Yo soy! —respondió la princesa—. Yo soy la hermana que has sepultado

ayer y a quien el cielo ha querido restituir a la vida para que te revele asuntos de la mayor importancia.

»Al terminar estas palabras, el emperador de México y el rey de Texcoco tomaron asiento en la habitación. Los nobles de su comitiva permanecieron respetuosamente en pie.

»Papantzin continuó:

»—Luego que perdí la vida, me hallé transportada a una inmensa llanura cuyo término no alcanzaba mi vista. En el centro observé un camino que se dividía en varios senderos. A lo largo del primero corría un río muy caudaloso cuyas aguas se agitaban de una manera extraordinaria. No sé por qué motivo, sentí impulsos de pasar a la ribera opuesta del río; pero en el momento de arrojarme al agua me detuvo un mancebo de gallarda figura que apareció repentinamente en la orilla, como si hubiese surgido de la corriente. Llevaba un largo ropaje blanco como la nieve y resplandeciente como el sol. Tenía en las espaldas dos alas de bellas y vistosas plumas y en la frente una señal de esta manera.

»Al decir estas palabras, la princesa pasó dos veces su dedo sobre la frente, trazando en la primera una raya vertical y en la segunda otra horizontal. En seguida continuó:

»—El hermoso mancebo me tomó de la mano y me dijo: “Aún no es tiempo de que pases este río. ¡Dios te ama, aunque tú no le conoces!”. Paséame luego por las orillas del río y no tardé en advertir que caminábamos por una especie de osario en que los pies tropezaban a cada instante con los tristes despojos de la muerte mientras poblaban el aire quejas y sollozos humanos que parecían deplorar alguna grande calamidad. Iba a suplicar a mi misterioso conductor que me apartase de aquel sitio funesto, cuando, obligándome a volver la cabeza hacia el río, me dijo:

»“Mira”. Obedecí y miré: sobre las agitadas aguas que impelía la corriente flotaban unas grandes piraguas cubiertas de multitud de guerreros muy poco semejantes a los habitantes del Anáhuac. Su semblante era blanco y barbado, llevaban cascos en la cabeza y en la mano unos estandartes en que se hallaba pintada la misma señal que brillaba en la frente de mi conductor.

»—Qué significa todo lo que veo —pregunté a éste.

»—Todo lo que ves en este instante —me respondió— es un augurio de las grandes revoluciones que han de sobrevenir al Anáhuac. Dios te permite que vivas hasta entonces para que des testimonio de todo. Los sollozos que escuchas son los clamores de tus antepasados, qué lloran los ríos de sangre que han vertido en las piedras de los sacrificios. Los guerreros que navegan en esas grandes piraguas son los que han de someter al Anáhuac por medio de las armas y destruir el culto de los dioses que hasta aquí has adorado. Cuando los sacerdotes de esos hombres promulguen el baño sagrado, tú serás la primera que lo reciba y la que arrastrará en pos de sí a todos los aztecas.

»Desapareció mi conductor al pronunciar estas palabras. Yo me encontré sentada

en la gruta en que me habéis sepultado ayer y levanté la losa de mi sepulcro para venir a haceros, en nombre de Dios, esta revelación.

»Esto fue lo que la princesa contó a mi padre. El emperador salió de Tlatelolco tan preocupado con los prodigios que acababa de escuchar, que sin querer hablar con nadie se encerró por muchos días en el palacio donde acostumbra guardar luto por los sucesos adversos de la nación. La princesa Papantzin continúa viviendo en Tlatelolco; y aunque los aduladores, que nunca faltan alrededor de los poderosos, han querido hacer creer a mi padre que la princesa ha perdido el juicio, ella se conserva sana en su palacio, haciendo una vida más austera que la de una sacerdotisa y muy confiada en el advenimiento de los hombres blancos y barbados del Oriente».

Cuando la hija de Motecuzoma hubo terminado esta relación, Tízoc, que la había escuchado con la atención más profunda, le dijo:

—Puede ser verdad todo lo que acaban de pronunciar tus labios. Pero yo sé, Geliztli, que los hombres que han desembarcado en Chalchiuhcuecan son los enemigos de los dioses y de la patria, y ningún azteca, por débil que sea, debe vacilar un instante en empuñar las armas contra ellos. Si dudas de las intenciones con que han venido al Anáhuac, llama a los esclavos de Teuhtlile y haz que te refieran los combates que han tenido lugar en Tabasco, donde han derramado a torrentes la sangre de nuestros hermanos. Si los crees aún descendientes de Quetzalcóatl, pregunta a esos mismos esclavos si no les han oído pronunciar discursos sacrílegos contra el culto venerado de nuestros padres y si no les han visto profanar la costa de Chalchiuhcuecan con los altares que han levantado a sus falsos dioses y el culto que les han tributado. No, Geliztli, ningún azteca que ame a su patria y venera la religión de sus mayores puede dejar de pelear con esos extranjeros. Yo me siento con las fuerzas suficientes para entrar en la lucha; y si mi protector me niega la licencia que ha mucho tiempo solicito para salir a la guerra, yo sabré fugarme una noche del templo y buscar un amparo en el ejército.

Siguióse a estas palabras un instante de silencio interrumpido únicamente por un suspiro arrancado del pecho de Geliztli.

—¡Ah! —exclamó Tízoc al escuchar este suspiro—. Sin duda soy un miserable cuando tengo valor de oponerme al primer, deseo que te dignas manifestarme. Pero respóndeme, Geliztli: si mientras los enemigos de la patria avanzan al corazón del país yo me limitara, como los ancianos y las mujeres, a incensar a los dioses en el templo, ¿no es verdad que tú misma me despreciarías?

Un segundo sollozo fue la única respuesta de la joven princesa.

—¿Lo ves? —continuó triunfante Tízoc—. Tus labios se niegan a repetir lo que siente tu corazón. Sí, porque el corazón te está diciendo que debo luchar como todos los aztecas; y yo, que conozco tus nobles sentimientos, trataré de hacerme digno de ti peleando por la religión y por la patria.

—Tízoc —murmuró con doloroso acento la doncella azteca—, tú morirás en esa lucha, porque los dioses protegen a los extranjeros.

—Y si no puedo hacerme digno de ti por medio de acciones ilustres, ¿a qué mayor gloria puedo aspirar que a la de morir en la guerra?

—Eres un hijo digno del Anáhuac —repuso Geliztli con los ojos empañados en lágrimas—. Ve a pelear con los enemigos de la patria, y que los dioses te sirvan de escudo.

Estaba tan hermosa Geliztli al pronunciar estas palabras, que Tízoc cayó de rodillas en el pavimento como si se hallase en presencia de la poética diosa de las aguas. La joven le extendió una mano para levantarlo, y Tízoc, después de inundar esta mano con sus besos y sus lágrimas, salió de la habitación embriagado de amor y de esperanza.

Capítulo IX

Máztatl. La gran fiesta de Tezcatlipoca

El palacio de Motecuzoma II, situado, como saben nuestros lectores, en el mismo sitio que hoy ocupa el Palacio Nacional, distaba muy poco del templo de Huitzilopochtli o templo Mayor, de cuyo vasto recinto, incluyendo el muro exterior que le rodeaba, es una parte chica el espacio que hoy ocupa la catedral.

Tízoc salvó en pocos pasos esta pequeña distancia y penetró al recinto sagrado por la puerta de Oriente, que era una de las cuatro entradas abiertas en el muro.

No es ésta la ocasión más oportuna para hacer una descripción de este célebre monumento destruido con tanta prisa por los conquistadores. Bástenos saber por ahora que Tízoc atravesó con rapidez el patio enlosado a que daba la puerta, dejó a su izquierda la inmensa mole del templo principal y se dirigió hacia el sitio en que estaban edificadas los seminarios donde se educaba la juventud.

Pocos momentos después se hallaba en una cámara baja cuyo adorno principal consistía en un buen número de ídolos hechos de piedra o de madera y en una colección de pebeteros de barro donde se quemaba el copal y otras resinas olorosas para incensarios. En un rincón de la estancia, y a raíz del pavimento, se veía tendida una estera de palmas y, sobre ésta, una manta blanca de algodón, cuyo sencillo aparato constituía la cama de los aztecas aun entre las clases más acomodadas. Sobre otra estera colocada en el extremo opuesto se veían varias piezas de esa especie de papel que usaban los aztecas, hechas en rollos o plegadas a manera de biombos, según la materia de que estaba hecha cada una.

Sobre una silla de juncos, baja y sin respaldo se veía sentado un hombre en actitud meditabunda. Por su capa y su *máxtatl* no se distinguía del común de los habitantes del país, pero por su larga cabellera que flotaba sobre sus espaldas y por algunas manchas de pintura sagrada que aun conservaba en su cuerpo era fácil adivinar a un sacerdote.

Era éste el superior de los seminarios que había educado a Tízoc y se llamaba Tayatzin.

El joven se dirigió a este hombre y se saludó respetuosamente.

El sacerdote levantó la cabeza y, clavando en el joven una mirada de ternura paternal, le, preguntó:

—¿Qué ha juzgado el emperador de tu voz y del himno que ha compuesto el sumo sacerdote?

—No he tenido tiempo de cantar ante el emperador —respondió el mancebo—. En el momento en que uno de sus ministros me señalaba el sitio en que debía cantar, llegó el gobernador de Chalchiuhcuecan con un mensaje importante y Motecuzoma

me despidió sin oírme.

Y Tízoc refirió en seguida a Tayatzin lo que había oído contar a los esclavos de Teuhtlile. A medida que el joven hablaba, el rostro del sacerdote se iba descomponiendo por grados y, cuando hubo terminado la narración, alzó las manos y los ojos al cielo y con acento profético, exclamó:

—¡Anáhuac! ¡Anáhuac! Tu sacrificio está ya decretado por los dioses y el agua de los lagos no tardará en teñirse con la sangre de tus hijos.

—¡Padre! —prorrumpió el mancebo con impetuosidad—. ¿Por qué desesperar de ese modo de la salvación de la patria?

—Porque las profecías que guardamos en el secreto de este santuario nos anuncian que ha llegado la hora de su ruina.

—Pero combatiendo con valor todos los aztecas...

—Toda la sangre de sus venas no bastará para redimir al Anáhuac de la calamidad que le amenaza.

—¿Crees entonces que nuestros guerreros no deben salir al combate?

—Sí, sí. Es preciso pelear hasta morir. ¡Tal vez consigamos aplacar la cólera de los dioses con la sangre vertida en los combates y que aquéllos nos concedan en premio triunfar sobre nuestros enemigos!

—Tu opinión me llena de regocijo —repuso Tízoc—, porque, desde el momento en que oí hablar de los hombres blancos del Oriente, formé el designio de suplicarte que me permitas ir a combatir contra los extranjeros.

Un gesto de contrariedad se pintó en el semblante del sacerdote.

—Tízoc —le dijo después de un instante de silencio—. No es ésta la primera vez que me habías de tu deseo de salir a la guerra. Pero ya te he manifestado que un voto sagrado te liga al sacerdocio y que ni a ti ni a mí nos es lícito quebrantar ese voto.

—Pero yo he visto a muchos jóvenes cambiar repentinamente el traje sacerdotal por las insignias del guerrero o los instrumentos de la labranza.

—Porque se les había cumplido el tiempo de su voto.

—Y el mío ¿cuándo se cumple?

—¡El día de tu muerte! —respondió con voz sorda el sacerdote.

—¡El día de mi muerte! —repitió con espanto el mancebo—. ¿Y qué labio imprudente pronunció ese voto para condenarme a la desesperación?

—¡Desgraciado! —exclamó Tayatzin con severidad—. Estás insultando la memoria de tus padres.

—¡Mis padres! —murmuró Tízoc—. ¿Mis padres son los que han pronunciado ese voto, ese voto que sin duda los mismos dioses reprueban, cuando han infundido en mi alma el instinto del guerrero?

—¡Calla! —gritó el anciano haciendo un impulso para alzarse de la silla—. Ahora estás ya blasfemando de los dioses, y no sé hasta dónde te conduciría tu ceguedad. Siéntate ahí y escucha la historia de ese voto que te voy a referir para que tus labios no vuelvan a mancharse, como ahora, en quejas injustas y sacrílegas.

Tízoc obedeció y, tomando una silla muy semejante a la que ocupaba el anciano, se sentó a poca distancia de su protector.

Éste volvió entonces a tomar la palabra y dijo:

—Era el año II *Ácatl* del IV siglo de la fundación de México. Ocupaba el trono del Anáhuac el animoso Ahuitzotl, antecesor inmediato del actual emperador. Acababa de terminar la guerra con la provincia de Cuauhtla y Motecuzoma Jocoyotzin, que se había distinguido en aquella gloriosa jornada, introdujo a Tenochtitlan, con la mayor pompa y solemnidad, los prisioneros hechos en la guerra, los ídolos de la nación vencida y los estandartes quitados al enemigo. Los estandartes fueron a aumentar los trofeos del santuario de Huitzilopochtli, los dioses de la abatida Cuauhtla se encerraron en la cárcel destinada para este objeto en el templo mayor, y los prisioneros fueron sacrificados con otros muchos en la dedicación del templo Tlacoteco, levantado por la piedad de Ahuitzotl.

»Había, sin embargo, entre ellos un joven de tan arrogante presencia y singular hermosura que el sumo sacerdote le juzgó digno de representar el papel de Tezcatlipoca en la gran fiesta que se celebra en el quinto mes de honor de esta deidad soberana. Reservólo con tal motivo en la solemnidad de la dedicación y se lo trajo consigo al templo Mayor a fin de prepararle para el alto honor que quería dispensarle.

»El joven prisionero se llamaba Mázatl y muchos años hacía que no podía presentarse al pueblo una imagen más digna del alma creadora del Universo. Además de su belleza personal, que era bastante para atraerse todas las miradas, Mázatl pertenecía a una de las familias más nobles de Cuauhtla y había recibido una educación esmerada.

»Los sacerdotes encargados de educar a las víctimas que se destinan para la gran fiesta de Tezcatlipoca tuvieron muy poco que hacer con el joven Mázatl. Hijo de un príncipe como era, tenía los modales más finos que pudieran apetecerse, tañía la flauta con tanto primor que dejaba suspensos a cuantos le escuchaban y aspiraba el humo del tabaco con una gracia inimitable. Como estaba, además, tan acostumbrado a recibir los homenajes de sus vasallos, tenía una majestad natural para tratar a cuantos se le acercaban y para hacerse amar y respetar de todo el mundo.

»Esto es cuanto se exige de la víctima que ha de representar a Tezcatlipoca, y los sacerdotes, después de un ligero examen que hicieron de su joven alumno, comprendieron que para presentarle al pueblo en el año que debía preceder al sacrificio no necesitaban más que de ataviarle con las vestiduras y atributos que exige nuestro rito.

»Buscáronle ocho pajes que le acompañasen y sirviesen, colocaron sobre su cabeza una corona de blancas plumas, ciñeron sus brazos y sus piernas con ajorcas de oro y piedras preciosas, colgaron a su cuello una cadena de flores y echaron a sus hombros una rica manta de algodón bordada de atributos sagrados.

»Ataviado de esta manera, con el cabello suelto y flotando sobre sus espaldas, Mázatl empezó a recorrer las calles de la ciudad, rodeado de sus pajes y cantando

himnos sagrados en honor de Tezcatlipoca. Al mirar a aquel hermoso mancebo que debía derramar su sangre en el altar de los sacrificios, al ver la gracia con que correspondía a los homenajes que le tributaba la multitud, al escuchar el dulce tañido de su flauta o la suavísima voz con que entonaba las alabanzas del Dios Creador, el pueblo se sentía subyugado, creía que los dioses le habían infundido su espíritu y caía de rodillas a su paso para adorarlo.

»Yo había asistido a muchas fiestas de esta naturaleza en la capital del Anáhuac y jamás había visto que la imagen de Tezcatlipoca fuese objeto de una veneración tan universal y tan profunda. Los nobles se apresuraron a tributar a Máztatl los honores que se debían al dios que representaba, y casi no hubo día en que no se le invitase a algún banquete sagrado, donde para honrarle más se le cubría de flores y se le quemaban resinas olorosas.

»Diez meses transcurrieron así. Máztatl, que no conocía el culto del Anáhuac, se entregaba al placer que le inspiraban estas fiestas con todo el ardor de su juventud. No dejaba de admirarle que le tributasen honores, no ya como a un príncipe, sino como a un dios; pero llegó a persuadirse de que el valor con que había defendido su patria hasta el último instante había inspirado a los aztecas este delirio hacia su persona, y continuó gozando sin sobresalto de estos regocijos, que creía haber alcanzado por sus méritos.

»Pero todavía le esperaba una nueva y agradable sorpresa. Un día los sacerdotes le presentaron cuatro vírgenes del Anáhuac en la flor de la adolescencia y más hermosas que el sol. Dijéronle que aquellas nobles doncellas habían sido educadas expresamente para él y que estaban destinadas para hacer los honores de su lecho. La alegría de Máztatl llegó a su colmo cuando recibió este presente, y no tuvo límites cuando las cuatro muchachas, con las mejillas encendidas de rubor, confirmaron cuanto habían dicho los sacerdotes.

»Desde ese día Máztatl se creyó más feliz que todos los dioses del paraíso. Su comitiva se aumentó con sus bellas esposas, y desde este momento pareció llegar al delirio la veneración de la muchedumbre. Regaban de flores su camino y oscurecían con nubes de incienso el aire que respiraba. El pueblo se agolpaba en las calles por donde transitaba, y se tenía por muy feliz el azteca que podía aproximarse hasta él y estampar los labios en la extremidad de su capa. Acompañábanle con música en su tránsito, y muchas veces se veía obligado a detenerse para mirar un baile dispuesto en honor suyo.

»El mismo emperador Ahuitzotl se dejó arrastrar del entusiasmo que dominaba a su pueblo y quiso un día tener el honor de sentarle a su mesa. Máztatl se dejó llevar al palacio del gran señor del Anáhuac, y en este banquete real se le tributaron los mismos honores que en los demás.

»Cuatro días antes de la gran fiesta de Tezcatlipoca, los sacerdotes desnudaron al joven prisionero de sus ricas vestiduras y le pusieron el manto y los atributos del dios a quien representaba. Cortándole el cabello como lo llevan los guerreros, y en las

fiestas que desde entonces se le hicieron advirtió que en nada se diferenciaban de las que se celebran en honor de los dioses. Estas fiestas se verificaron sucesivamente en los cuatro barrios principales de Tenochtitlan, y el pueblo se manifestó en ellas más respetuoso que nunca.

»Mázatl, que empezaba a alarmarse con estos cambios, quiso saber lo que significaban. Entre las jóvenes que le habían presentado los sacerdotes había una a quien él distinguía y amaba con singular cariño. Era ésta la que llevaba el nombre de la diosa Xilonen y que, por su belleza y su modestia, merecía ocupar el tálamo de un emperador.

»A esta joven eligió Mázatl para comunicarle sus temores.

»Una noche en que se hallaban solos en su dormitorio, el joven cautivo se expresó en estos términos:

»—Xilonen, cuando caí prisionero sobre los escombros de mi patria y la sangre de mis hermanos, creía que apenas llegase a Tenochtitlan sería sacrificado en el templo de sus dioses. Con no poca sorpresa, pues, he visto derramada la sangre de mis compatriotas y respetada la mía. Mayor todavía ha sido mi sorpresa al verme regalado como a un príncipe, reverenciado por todo el pueblo como un dios y dueño de las cuatro mujeres más hermosas del Anáhuac. Yo he gozado hasta aquí de todos estos honores sin preguntarme siquiera la causa que obliga a tu pueblo a tributármelos. Pero hace tres días que los sacerdotes me han adornado con los atributos del dios Tezcatlipoca, y esto, unido a otros cambios, ha empezado a llamar poderosamente mi atención. ¿Podrás decirme lo que todo esto significa?

»Xilonen bajó la cabeza, llena de confusión, sus ojos se enrojecieron y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

»—¿Lloras? —preguntó admirado Mázatl.

»—Lloro —respondió la joven esposa enjugando sus lágrimas— porque ignoraba que la mujer que más te ama en el mundo era la destinada a anunciarte tu funesta desgracia.

»Mázatl caminaba de asombro en asombro y no encontró voz en su garganta para pedir una explicación de estas palabras.

»Al cabo de algunos instantes, Xilonen continuó con voz conmovida a pesar de los esfuerzos que hacía para dominarse:

»—Ésta es la última noche que el tálamo levantado por nuestro amor nos ofrece sus dulzuras. Mañana, Mázatl, estaremos separados para siempre.

»—¿Quién osará separarnos? —preguntó con impetuosidad el cautivo.

»—¡Quién! —repitió en voz baja Xilonen, como si temiese ser escuchada—. Los que en Tenochtitlan son más poderosos que el señor mismo del Anáhuac, los que habían y obran en nombre de los dioses, los que ven todos los días prosternarse ante sus pies a los más nobles y distinguidos aztecas.

»—¡Los sacerdotes! —murmuró entre dientes Mázatl sintiendo correr por todo su cuerpo un estremecimiento involuntario.

»—Sí: los sacerdotes, los ministros de Huitzilopochtli, que no te darían la libertad ni por el tributo de cien ciudades.

»—Xilonen, yo he visto mil veces oscurecido el campo de batalla por las flechas enemigas, he visto amenazada mi existencia por la espada de mi adversario suspendida sobre mi cabeza; mis oídos se han ensordecido en cien batallas a la grito simultánea de diez mil combatientes; pero jamás había sentido miedo como ahora. Era que sin duda no amaba a nadie en el mundo. Pero hoy, que te amo, confieso que me inspiran horror tus sacerdotes. ¡Huyamos!

»—¡Huir! —prorrumpió con amargura la joven esposa—. ¿Quién te ha dicho que se puede huir de los sacerdotes del Anáhuac? Al primer paso que dieses fuera de esta habitación, ¿crees que no se arrojarían sobre ti los ocho pajes que te han dado, en apariencia para honrarte, pero que no son en rigor sino tus carceleros? Pero en caso de que lograses burlar su vigilancia, ¿crees que lograrías burlar la de los sacerdotes y la del pueblo, que te buscarían por toda la ciudad a la luz de las cien hogueras que arden en la cima de los templos?

»—Pero ¿qué es lo que quieren de mi para guardarme con tanto celo?

»—¿Qué es lo que quieren de ti? ¿Ignoras que mañana es la gran fiesta de Tezcatlipoca? ¿Ignoras que por tu belleza y por tu gallardía has sido destinado a representar a ese dios? ¿Ignoras también acaso el fin que ha de tener la fiesta de mañana?

»—Yo lo ignoro todo —respondió Mázatl—. Yo no conozco a este pueblo más que por las aclamaciones con que me ha acogido dondequiera que me he presentado.

»—¡Ah desdichado! —exclamó con desesperación la joven—. ¡Ignora que ese mismo pueblo que le ha aclamado y festejado por todas partes lanzará mañana un grito de satisfacción cuando vea enrojecida con su sangre la piedra de los sacrificios!

...

»Estas palabras parecieron haber agotado las pocas fuerzas que quedaban a Xilonen. Cubriéronse de palidez sus mejillas y cayó exánime en el pavimento.

»Mázatl se inclinó sobre ella para recogerla entre sus brazos y, al sentir que todavía palpitaba el seno de la joven bajo su mano, pareció olvidado hasta de la muerte que se le acababa de anunciar.

»Al día siguiente el joven prisionero volvió a salir a la calle acompañado como siempre de sus mujeres y de sus pajes. Pero, en lugar de dejarle la libertad de los días anteriores, se le obligó a tomar la dirección del montecillo de Tepepulco, donde asistió a la celebración de una ceremonia sagrada en que fue venerado como un dios por el pueblo y los sacerdotes.

»Condujéronle después a la laguna y le hicieron entrar en una canoa que estaba siempre dispuesta para el emperador Ahuitzotl y que por esta razón se hallaba adornada con un blanco toldo de algodón con flecos y bordados de diferentes colores. No llevaba otra comitiva que sus pajes y sus mujeres, y éstas empleaban toda su elocuencia en consolarle. Solo Xilonen no hablaba palabra, por lo mismo que su

dolor era profundo y verdadero, y se limitaba a reprimir sus sollozos y a enjugar sus lágrimas.

»Los remeros bogaron hacia el rumbo de Iztapalapan. Al llegar a la dirección del montecillo de Acaquilpan hicieron tocar la barca a tierra. El cautivo desembarcó con toda su comitiva. Pero allí debía tener lugar una escena dolorosa. Allí era donde la imagen del dios de la juventud y de la hermosura debía separarse para siempre de las bellas compañeras de sus placeres.

»Uno de los pajes recordó al cautivo este deber, y Mázatl, después de haber abrazado con ligereza a las tres mujeres que le habían venido hablando en la barca, se dirigió a Xilonen, que parecía clavada por el dolor a la orilla del lago.

»Mázatl la abrazó en silencio. La joven ya no pudo entonces reprimir sus sollozos y rompió a llorar con todas sus fuerzas. Mázatl creyó que iba a faltarle el valor e hizo un esfuerzo para desasirse, pero Xilonen le estrechó convulsivamente contra su seno y le dijo:

»—Muchos días hace que quiero revelarte un secreto, pero me lo ha impedido el temor de que te falte ánimo para morir cuando lo sepas.

»—Nada temas —respondió con entereza el cautivo—. Los guerreros de mi nación saben arrostrar con serenidad la muerte, y no seré yo quien la deshonre ante el altar de los sacrificios.

»—Bien lo necesitas —repuso la joven azteca— para que tu hijo no tenga que avergonzarse un día de la memoria de su padre.

»—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —exclamó el prisionero, sintiendo que, a pesar de todos los esfuerzos de su voluntad, estas palabras salían acompañadas de sollozos de su garganta.

»—Sí —murmuró Xilonen ruborizándose a pesar de sus lágrimas—. Ya llevo en mi seno el fruto de nuestro amor.

»Mázatl se desasía por medio de un esfuerzo supremo de los brazos de su esposa, ahogó en su pecho el último grito y volviéndose a los pajes que le aguardaban:

»—Guiad —les dijo con serenidad.

»Los nueve hombres se alejaron con dirección al montecillo.

»Xilonen cayó de hinojos en el lugar en que se hallaba y no pudiendo sostenerse sobre sus rodillas, se encorvó con abatimiento Y pegó su frente contra la tierra.

»En cuanto a las demás mujeres, habían desaparecido.

»En la cima del montecillo se eleva el templo de Tezcatlipoca. Los seis sacrificadores aguardaban a la víctima alrededor de la piedra de los sacrificios. Yo pertenecía en aquel tiempo al número de éstos y, desde la altura en que me hallaba, pude admirar el valor que Mázatl desplegó en toda la ceremonia.

»Al llegar al pie del montecillo, los ocho pajes se apartaron de él y empezó a subir los escalones del templo, cantando con voz llena y varonil un himno guerrero. Conforme al rito, en que anticipadamente se le había instruido, en el primer escalón rompió una de las flautas con que en los días anteriores había arrebatado la atención

de la multitud. En el segundo escalón rompió otra y en el tercero la última. En el cuarto y los siguientes se fue despojando sucesivamente de todas las galas que le adornaban y, cuando llegó a la cima, estaba completamente desnudo.

»Echóse él mismo sobre el altar de los sacrificios, sin perder un átomo de su serenidad, y, en el momento en que yo le apretaba el cuello con el círculo sagrado, sus ojos se fijaron en mí y me dijo:

»—Tayatzin, dejo en Tenochtitlan una mujer a quien amo y un hijo que aún no ha salido del seno de su madre. Júrame velar por ellos.

»—Te lo juro —le respondí— por el dios cuya imagen eres.

»Mázatl me dio las gracias con los ojos, pronunció el nombre de Xilonen y volvió a cantar un himno al Creador.

»Un momento después su alma volaba a la región de los dioses.

»Volvía yo de la ceremonia con el corazón traspasado de dolor. Cien veces había visto abrir el pecho de las víctimas en el altar de los sacrificios y nunca había sentido una pena tan aguda. Las lágrimas se agolpaban en mis ojos al considerar que el joven prisionero hubiera podido vivir muchos años todavía si la cuchilla del sumo sacerdote le hubiese respetado.

»Caminaba yo sumergido en estos tristes pensamientos, cuando mis ojos se detuvieron en el cuerpo de una mujer que yacía tendida sobre la tierra. Era el de la infeliz Xilonen, que había perdido el conocimiento al contemplar desde aquel lugar el sacrificio de su joven esposo.

»Ayudado de dos sacerdotes que me acompañaban la transporté a mi barca. Allí la hice volver a la vida, humedeciendo su rostro con el agua de la laguna, y la instruí de la última voluntad de Mázatl. Llegados a Tenochtitlan, la dejé en su casa y la exhorté a la resignación.

»Pero fueron vanas mis exhortaciones. Xilonen llevaba demasiado grabada en el corazón la imagen de su esposo para que pudiese resignarse. Yo la veía cada vez que mis funciones me permitían separarme del templo y en cada entrevista que tenía con ella, advertía que la vida se daba más prisa en abandonarla.

»Una mañana, al entrar en su casa, la encontré en su lecho. Acababa de dar a luz un niño, y la infeliz madre le apretaba convulsivamente contra su seno y se anticipaba al baño sagrado humedeciendo su tierna cabeza con un torrente de lágrimas.

»—Miradle —me dijo levantando al niño entre sus brazos—. Es una imagen viva de mi adorado Mázatl.

»—Bendigamos a los dioses —le dije—, que tan pronto reemplazan sobre la tierra a un guerrero tan animoso como su padre.

»—¡No, no! —gritó Xilonen—. Mi hijo no será nunca guerrero como su padre, porque no quiero que caiga un día prisionero en manos de sus enemigos para que vaya a regar con su sangre el altar de los sacrificios. Para evitarle este funesto destino he hecho Quetzalcóatl el voto de consagrarle por toda su vida al sacerdocio. ¿No es verdad que siendo mi hijo sacerdote de Quetzalcóatl no podrá servir nunca de víctima

en los sacrificios?

»—¡Nunca!

»—Entonces, padre mío —repuso—, vos sois quien queda encargado de hacer cumplir a este niño el voto que he pronunciado. Lleváoslo al templo y velad por él, porque yo descenderé muy pronto al sepulcro.

»Pocos meses después, Xilonen iba reunirse con su esposo. Yo tomé entonces al niño, le traje al templo y le eduqué para el sacerdocio.

»Ese niño se llamaba Tízoc, y tú sabes hasta qué grado he cumplido con la voluntad de tus padres. Juzga ahora si me será lícito permitirte cambiar el traje sacerdotal por la espada del guerrero».

Tízoc escuchó al sacerdote con religioso silencio. Cuando éste terminó su narración, se levantó de la silla, besó su mano con gratitud y se retiró del aposento enjugándose las lágrimas de los ojos.

Capítulo X

Los sediciosos

Volvamos al campamento español.

Un mes había transcurrido desde el desembarco en las costas de Chalchiuhcuecan, y el pequeño ejército comenzaba a impacientarse. Cierto es que la vida del campamento era demasiado incómoda y no poco monótona.

A medida que avanzaba la estación, el calor se hacía más insoportable; nubes de insectos ponzoñosos poblaban el aire, y la vista se cansaba de fijarse en aquellos blancos arenales desnudos de toda vegetación.

Dos embajadas del gran señor del Anáhuac habían llegado sucesivamente a la colonia, cargadas de plata, de oro y de telas preciosas para obsequiar a los extranjeros. Pero acompañada de estas riquezas había venido para ellos la orden terminante de no avanzar al interior del país y de volver a embarcarse en sus flotantes palacios de madera para regresar a su patria.

Mas como los españoles se negasen a obedecer estas órdenes, el emperador prohibió a sus súbditos que continuasen el tráfico que habían tenido hasta allí con los extranjeros, y éstos empezaron literalmente a morir de hambre. Los indios, que en los días anteriores se presentaban cargados de pan y de carne, de plata y de oro para cambiar por miserables pedazos de vidrio, no se presentaban ahora ni con una mezquina tortilla de maíz para calmar la más imperiosa exigencia de la naturaleza animal.

Ésta era una calamidad mucho mayor todavía que el calor, los insectos ponzoñosos y la falta de vegetación.

Si se añade a todo esto que la colonia estaba dividida en dos parcialidades: una adicta a Cortés y la otra al gobernador de Cuba; si se reflexiona, además, que todo el campamento se halla ha entregado a la más completa ociosidad, no causará admiración que aquel impaciencia hubiese estallado tan temprano entre hombres que conspiraba al mismo fin, aunque deseando valerse de distintos medios.

Para que el lector pueda formarse una idea de la agitación que reinaba en el campamento no necesita más que seguirnos a la tienda de Hernán Cortés, donde éste se hallaba hablando confidencialmente con Montejo sobre los sucesos de la colonia.

—Os repito —decía Montejo— que sino tomáis alguna determinación para reprimir esos disturbios, no solamente fracasará nuestra empresa, sino que corremos peligro de no volver uno solo con vida a tierra de cristianos.

—Pero ¿de qué provienen esos disturbios? —preguntó Cortés con socarronería.

—De que Puertocarrero, Alvarado, Olid y otros, que se dicen amigos vuestros, andan sembrando la cizaña en el ejército, aconsejando a los soldados a que os pidan

que hagáis lo que no os permiten hacer vuestras instrucciones.

—¡Bah! —murmuró Cortés con aire de duda.

—Esta mañana he hablado con varios soldados que me han dicho lo que os vaya repetir. Hace varias noches que los hombres de que os acabo de hablar andan de tienda en tienda seduciendo a los soldados para que os pidan que fundéis una ciudad en esta tierra.

—Si tal es la voluntad de nuestros valientes compañeros...

—¡No, no! —se apresuró a interrumpir Montejo—. Hay una mitad, cuando menos, que se opone a que fundéis la ciudad porque cree que no os autorizan para tanto las instrucciones de Velázquez.

—¿Y vos qué opináis de esos disturbios?

—Que causarán nuestra ruina si, como os he dicho, no tomáis pronto una determinación.

—Pero ¿qué determinación queréis que tome entre pareceres tan encontrados?

—La de volver al instante a Cuba, dar cuenta a Velázquez de vuestra misión, reunir allí mayor número de gentes y de armas y regresar a este país con mejores probabilidades de conseguir algún éxito.

En aquel momento se alzó la cortina de la tienda y fueron presentándose sucesivamente a la vista de los dos interlocutores Alonso Hernández Puertocarrero, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso de Ávila.

Los cuatro caballeros miraron de reojo a Francisco de Montejo, porque, no obstante sus buenas cualidades, era tachado en el campamento de partidario de Velázquez. Pero a una mirada de inteligencia que se cruzó entre Puertocarrero y Hernán Cortés, el primero avanzó resueltamente hacia el interior de la tienda y prorrumpió en estas palabras:

—Los soldados del campamento se han dignado nombrarnos sus mensajeros cerca de vuestra persona, y para cumplir con este honor os suplicamos que nos escuchéis.

—Una palabra —interrumpió Montejo—. ¿Estáis seguros de haber sido nombrados por todo el campamento?

—Con muy raras excepciones.

—Tan raras son —terció Pedro de Alvarado— que, aun contándoos a vos, no pasarán de cincuenta.

Una sonrisa casi imperceptible se dibujó en los labios de Montejo.

—¿Queréis —dijo— que os traiga a la mitad del ejército para probaros que os equivocáis?

—No sé de lo que seréis capaz —interrumpió el impetuoso Alvarado—. Pero lo que ha dicho mi lengua se halla pronto a defenderlo mi brazo.

Y los dos caballeros, con un movimiento casi simultáneo, llevaron la mano derecha a la empuñadura de sus espadas.

—¡En mi conciencia! —exclamó Hernán Cortés haciendo un ademán para

detenerlos—. ¿Es esto digno de dos caballeros cristianos? Moderaos, os ruego, y reservad vuestra sangre para verterla ante los infieles.

Y, volviéndose a Puertocarrero, añadió:

—Decid vuestro mensaje.

—Señor capitán —respondió el joven soldado—, los que hemos tenido la honra de acompañar a vuestra merced a este remoto país a que se da el nombre de Ulúa hemos reflexionado que estamos perdiendo lastimosamente el tiempo en estos desiertos arenales, donde los insectos nos molestan, el calor nos sofoca y el hambre nos mata. Hemos creído que los que, como nosotros, tienen la honra de portar entre sus armas la cruz de Jesucristo, no deben permanecer ociosos y con los brazos cruzados en tierra de infieles.

—Esas mismas consideraciones estaba exponiendo hace un momento a nuestro capitán —interrumpió Montejo— y en tal virtud le suplicaba que diese la orden de volver a Cuba.

—Pues mirad, señor Montejo —repuso Puertocarrero con un ligero acento de ironía—: los que nos han nombrado sus embajadores han deducido de esas premisas una consecuencia enteramente contraria.

—¡Volver a Cuba! —prorrumpió a esta sazón Alvarado—. ¿Sabéis lo que importa volver a Cuba? Es ir a enriquecer la caja del gobernador con el oro que hemos ganado con nuestro valor y nuestra industria; es cambiar al valiente capitán que ahora tenemos por el débil y receloso Velázquez; es huir del templo de la inmortalidad cuando ya se han pisado sus umbrales; es, en una palabra, desacreditar para siempre las armas cristianas en el concepto de los habitantes de este país, que nos han visto desembarcar en son de guerra. ¡No, vive Dios! No hay que pensar en volver a Cuba. Si se alega que las instrucciones de Velázquez no autorizan al capitán para seguir adelante, fundemos una ciudad que mire por los intereses de Dios y del rey mejor que el gobernador de Cuba, y sea ella nuestro norte y nuestra guía en la empresa que hemos acometido. Somos tan cristianos y tan españoles como Velázquez y tenemos tanto derecho como él para mirar por el engrandecimiento de nuestra religión y nuestra patria.

—¡Muy bien dicho! —exclamaron Puertocarrero, Ávila y Olid.

Y cada uno de los tres caballeros estrechó sucesivamente la mano de Alvarado.

Montejo se puso pálido y, colocándose la gorra en la cabeza, salió apresuradamente de la tienda.

Hernán Cortés se quedó solo con los cuatro embajadores.

—Señor capitán —dijo entonces Puertocarrero—, ¿qué es lo que debemos responder a los amigos que nos han enviado a vos?

—Un instante, caballeros —respondió el hábil caudillo—. Es necesario oír a las dos partes, y, si no me equivoco, ya vienen por allí los amigos de Velázquez, que quieren hacernos retroceder a Cuba.

No se equivocaba Cortés. Apenas había terminado estas palabras, cuando se

dejaron ver en la tienda, uno en pos de otro, Francisco de Montejo, Velázquez de León, Diego de Ordaz y algunos otros hidalgos, parciales del gobernador de Cuba.

—¿A qué debo, señores, el honor de vuestra visita? —preguntó Cortés con afabilidad a pesar de la altanería que indicaba en su continente los que acababan de invadir la tienda.

—Hace un momento —respondió Montejo— que se me aseguraba delante de vos que casi todo el campamento opinaba como esos cuatro caballeros. Yo lo he negado y tenéis en vuestra presencia otros muchos caballeros que opinan como yo.

—Señor capitán —dijo Velázquez de León, que, como pariente del gobernador de Cuba, se creía autorizado a ser más insolente que los demás—, se me ha dicho que pensabais fundar una ciudad en estos arenales estériles y malsanos, y yo me he negado a creerlo, no solamente porque casi todo el ejército abriga el ardiente deseo de volver a Cuba, sino porque no sé que os autoricen a poblar las instrucciones que tenéis de vuestro superior.

Hernán Cortés necesitó de toda la fuerza de su voluntad para reprimir un movimiento de cólera y preguntó a su audaz interlocutor:

—¿Conocéis esas instrucciones?

Velázquez de León se llevó la mano al bolsillo de su rodilla y, extrayendo de él un papel plegado en varios dobleces, se lo presentó a Hernán Cortés diciéndole:

—Mirad si es exacta la copia que me ha dado el gobernador.

El caudillo no pudo ocultar esta vez lo que pasaba en su interior. La indignación coloreó por un instante sus mejillas, y, sin darse cuenta probablemente de lo que hacía, con un movimiento convulsivo se apoderó del papel.

Los parciales del gobernador de Cuba cambiaron entre si una mirada de triunfo y, con la altivez de su apostura, parecían dirigir un reto a sus adversarios.

Puertocarrero y sus compañeros permanecieron inmóviles y silenciosos. Pero, bajo la capa de serenidad en que se envolvían, era fácil adivinar que ardía un volcán.

Hernán Cortés tuvo un instante tentaciones de examinar el papel que tenía en la mano. Pero, devolviéndolo a Velázquez de León, sin desplegarlo:

—Tomad —le dijo—. No quiero saber lo que contiene este papel, siquiera por no asegurarme de que tengo espías de Velázquez alrededor de mi persona.

—¡Señor! —exclamó el aludido, poniéndose más pálido que la lona que cubría la tienda—. Creo que me habéis dado el nombre de espía.

—Os equivocáis, caballero —repuso Cortés con una sonrisa que le dejó vengado de la altanería de su interlocutor—. Si yo hubiese abierto ese papel y encontrado en él las instrucciones de vuestro deudo Velázquez, tendríais derecho para creer que sospechaba de vos; pero el hecho de habérselo devuelto sin abrirlo os probará el deseo que tengo de conservarlo en mi estimación.

Los amigos de Cortés también se creyeron vengados y dirigieron una mirada la de impertinente curiosidad a sus adversarios.

Éstos habían arrugado las cejas y no parecían dispuestos a esquivar la lucha.

Probablemente habría estallado entre ambos bandos un movimiento igual al que antes había reprimido Cortés, si Francisco de Montejo no hubiese intervenido con su habitual prudencia.

—Señor —dijo al capitán—, creo que estamos perdiendo el tiempo en vanas reconveniones y que ya es hora de que nos comuniquéis vuestra resolución.

—No puedo comunicaros todavía mi resolución —repuso Cortés—, porque aún no he tomado ninguna. La divergencia de vuestras opiniones me lo ha impedido, pues bien sabe Dios que la determinación que yo tome, cualquiera que sea, me pesaría al alma de que dejase un solo descontento en el ejército. Retiraos, señores, y yo os prometo que mañana habré ya resuelto lo que mejor convenga al servicio de Dios y del rey.

Los caballeros de ambos bandos desocuparon la tienda y, un momento después, solamente quedaba en ella el astuto extremeño, que se paseaba agitadamente en su estrecho recinto.

A la mañana siguiente, Puertocarrero, que se había levantado un poco tarde, notó que reinaba en todo el campamento una agitación inusitada. Salió, sin vestirse, a la puerta de su tienda y vio que algunos soldados limpiaban sus armas, otros que hacían apresuradamente su pequeño equipaje, y al mayor número, en fin, que iban y venían de tienda en tienda para comunicar a sus compañeros alguna noticia de interés.

Antojósele mirar hacia el mar, y su asombro creció de punto al ver algunos botes henchidos de marineros, que a fuerza de remos se dirigían apresuradamente a las naves.

Puertocarrero se vistió de prisa y corrió a la tienda del capitán a informarse. Pero no era fácil llegar hasta Hernán Cortés, como el día anterior, porque un gran número de soldados que aullaban y gritaban, como en un motín, tenían cercada la tienda.

—¡No queremos volver a Cuba! —gritaban unos.

—¡Que se revoque la orden! —añadían otros.

—¡Que se vuelvan los que tengan miedo! —vociferaba un tercer grupo.

—¡Mueran los cobardes! —gritó repentinamente una voz y un gran número de voces que repetían «¡Mueran!» recorrió el círculo de los soldados que estaban rodeando la tienda.

Puertocarrero llevó la mano a la empuñadura de su espada con la intención bien marcada de dispersar a cintarazos a los sediciosos.

—¿Qué vais a hacer? —le preguntó Cristóbal de Olid, que salió repentinamente a su encuentro.

—¡Qué! —exclamó Puertocarrero—. Voy a castigar a estos tunos que vienen tan temprano a quitar el sueño al capitán.

—¡Bah! Hace una hora que el capitán está levantado.

—Sin embargo...

—Os lo digo porque la orden que ha dado de regresar a Cuba ha tenido ya tiempo de circular por todo el campamento.

—¡Que ha dado la orden de volver a Cuba! —repitió admirado Puertocarrero.

—Y ved ahí las consecuencias —repuso Olid, señalando a los sediciosos.

En aquel instante se incorporaron al grupo Pedro de Alvarado y Alonso de Ávila.

—¡Muy bien, hijos míos! —decía el primero, apostrofando en voz baja a los amotinados—. ¡Sois unos valientes! Chillad más todavía y cuando os canséis avisadme, que aquí está mi voz pronta a unirse a la vuestra.

—Señores —dijo Puertocarrero—, nosotros hemos sido nombrados representantes del ejército, y esta especie de motín nos indica que aún tenemos que hacer algo para cumplir con nuestro deber. Veamos si podemos entrar en la tienda y hablemos con el capitán.

Los cuatro hidalgos se abrieron paso fácilmente entre los amotinados, no sin recoger a su tránsito algunas señales inequívocas de simpatía.

Francisco de Montejo y Velázquez de León se hallaban en la tienda.

Hernán Cortés estaba visiblemente contrariado y apenas se dignaba escuchar a los dos hidalgos, que le ofrecían sus servicios para apagar el tumulto.

—¡Ah! —exclamó con amargura Velázquez de León al ver entrar a sus adversarios—. He aquí a estos cuatro caballeros que vienen sin duda a explicarnos el origen de ese motín.

—En efecto, señor capitán —dijo Puertocarrero sin dispensar al pariente de Diego Velázquez el honor de mirarle—: hemos venido a explicaros la causa de eso a que se quiere dar el nombre de motín y, al hacerlo, os suplicamos anticipadamente que nos perdonéis si nos expresamos con la ruda franqueza del soldado.

—Hablad —dijo el capitán.

Y como si quisiese animar al que se titulaba representante del ejército le dirigió una mirada de indulgencia.

—Ayer os decíamos —continuó Puertocarrero— que casi todo el ejército deseaba que fundaseis una ciudad en este país a fin de que sus autoridades pudiesen disponer lo que más convenga al servicio de sus altezas. El número de soldados que rodean en este momento vuestra tienda y las palabras que se escapan de sus labios a cada instante, son en mi concepto una prueba incontestable de que no os hemos engañado.

Velázquez de León hizo un movimiento para hablar, pero se lo impidió Puertocarrero que le lanzó una mirada desdeñosa, y continuó:

—No se nos diga más que las instrucciones de Velázquez no os autorizan para poblar. Ésta es una objeción que no merece la pena de tomarse en cuenta, porque, en resumen, ¿qué es Velázquez para nosotros? Es el gobernador de una isla que se halla a cuatrocientas leguas de distancia. Nosotros hemos tomado posesión de este país en nombre solo del emperador Carlos V y a él es únicamente a quien debemos obediencia. En nombre, pues, del ejército que mandáis y que desea ardientemente derramar su sangre por su religión y por su patria, os requerimos por última vez a que fundéis una ciudad y se nombre a las autoridades que deban gobernarla en nombre del emperador, o, de lo contrario, os acusaremos de desleal ante su majestad.

—Señor —dijo Montejo—, hago notar a vuestra merced que esa petición se hace entre los gritos de un tumulto.

—En eso que llamáis tumulto —repuso Puertocarrero— no se escucha una sola voz que redunde en desacato del capitán. Si algo se grita, bien sabéis que es contra los que han manifestado el deseo de volver a Cuba.

—También se pide a gritos que se revoque una orden dada por el capitán.

—Pero los que piden eso aman seguramente al capitán más que vosotros.

Hernán Cortés pareció tomar súbitamente una resolución. Asió del brazo a Montejo y a Velázquez de León y, llevándolos a la puerta de la tienda, les enseñó el gran número de gente que se había reunido allí a pedir la revocación de la orden.

—¿Creéis —les preguntó— que los hombres que en este momento rodean mi tienda componen la mayor parte del ejército?

—¡Ah! —exclamo Montejo con amargura—. Lo creo, con tanta más razón cuanto que estoy viendo allí a muchos de los que clamaban ayer por volver a Cuba.

—¡Porque son unos valientes! —prorrumpió con entusiasmo Cortés, no pudiendo ya disimular el sentimiento que le dominaba—. Porque comprenden que después de haber pisado las playas de este hermoso país que tanta gloria y riqueza nos promete, sería una cobardía volver a Cuba.

Francisco de Montejo se retiró al fondo de la tienda lleno de turbación y abatimiento por lo que acababa de ver. Velázquez de León, que le observaba, se retiró en pos de él, murmurando a sus oído estas palabras:

—Bella ha estado la farsa que nos han preparado el capitán. ¿Quién ignora en el campamento que él es el primero que ha pensado en alzarse con la armada que ha puesto a sus órdenes el gobernador de Cuba y que la embajada de la Puertocarrero y los gritos de ese escandaloso motín no son otra cosa que artificios dispuestos por él mismo para conseguir su deseo?

—Farsa o no, caballero —repuso Montejo—, la verdad es que ya no hay veinte hombres en el campamento que piensen como nosotros.

Y viendo a Hernán Cortés que se acercaba a ellos con la sonrisa en los labios:

—¿Qué pensáis hacer ahora, capitán? —añadió.

—Eso es lo que debo preguntaros a vos, señor alcalde de la villa —respondió Cortés saludándole con una ligera inclinación de cabeza.

Los seis caballeros que se hallaban en la tienda miraron con asombro al capitán.

—Y a vos, que también lo seréis —añadió Cortés designando a Puertocarrero.

—¿Luego queda fundada la ciudad? —preguntó Alvarado.

—Con el nombre de Villa Rica de Veracruz —repuso Cortés—, si es que el Ayuntamiento, de que también formaréis parte, se digna confirmar este nombre.

Al día siguiente, el ejército, que se hallaba formado en una llanura de arena, vio aparecer a Hernán Cortés, que, montado en un brioso caballo, les dirigió un discurso hipócrita en que, después de fingirse humilde y desinteresado, declaró su designio de fundar una ciudad, cuyas autoridades asumiesen el mando civil y militar que él había

recibido del gobernador de Cuba.

Las palabras del hábil caudillo fue ron recibidas con entusiasmo por los soldados, le aclamaron a gritos por su caudillo y arrojaron al aire sus gorras y sombreros.

Hernán Cortés aprovechó este momento para hacer elegir a las autoridades de la nueva población, y tuvo la dicha de que triunfasen todas sus candidaturas, como se diría ahora.

Quedaron, pues, nombrados para alcaldes de la villa, Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo, y para regidores, Alonso de Ávila, Pedro de Alvarado, su hermano Alonso y Gonzalo de Sandoval. Los otros empleos de la ciudad fueron distribuidos, como los anteriores, entre los amigos de Cortés. Francisco de Montejo fue el único que alcanzó gracia entre sus adversarios, y esto, que se hizo acaso con la esperanza de ganarle, atrajo al capitán las simpatías de muchos de los parciales de Velázquez.

El Ayuntamiento no tardó en reunirse en una de las barracas construidas para habitación de los capitanes.

Hernán Cortés pidió licencia para pasar al seno de la nueva comunidad y se presentó a la junta con el sombrero en una mano y las instrucciones de Velázquez en la otra. Allí pronunció un discurso más hipócrita y humilde que el que había pronunciado algunas horas antes delante del ejército, manifestando en resumen lo siguiente:

Que Velázquez le había nombrado justicia mayor y capitán general de la armada; que aunque este nombramiento había sido revocado pocos días después a causa de la susceptibilidad del gobernador, él había continuado ejerciendo el mando, solo por la necesidad que había de que alguien mandase en el ejército; que esta necesidad cesaba desde el instante en que el campamento, transformado en una comunidad civil, había nombrado por si mismo a sus autoridades para que gobernasen en nombre del rey; que él, por tanto, resignaba el mando en el Ayuntamiento y se retiraba a confundirse entre sus camaradas, dispuesto a servir como el último soldado en todo aquello que redundase en beneficio de Dios y del rey.

Dicho esto dejó los papeles que llevaba sobre la mesa del Consejo y se retiró de la barraca convertida en salón de sesiones con una profunda inclinación de cabeza.

El astuto extremeño sabía muy bien lo que se pescaba.

Medía hora después se presentó en su tienda una comisión del Ayuntamiento y, ante un gran número de soldados atraídos allí por la curiosidad o por alguna orden secreta, le manifestó que el Cabildo había tenido a bien admitirle la renuncia que había hecho de su encargo; que en virtud de este acuerdo se había procedido a nombrar nuevo justicia mayor y capitán general de la ciudad y del ejército y que, en último, este nombramiento había recaído en el mismo Cortés. El Ayuntamiento no se contentaba con esto: había mandado además extender un documento ante escribano público, en el cual, después de confirmar a Cortés en los mandos civil y militar que le acababa de conferir, le concedía el quinto de todo lo que se rescatase en aquel país,

cuyas entrañas parecían preñadas de riquezas.

Todos los circunstantes prorrumpieron en gritos de alegría al escuchar esta determinación, aclamaron de nuevo a su caudillo y volvieron a poblar el aire con sus gorras y sombreros.

Como se ve, Hernán Cortés no solo hacía comedias para los incultos americanos, sino que las preparaba también para los semicivilizados europeos, y el éxito correspondía siempre a sus esperanzas.

Hasta aquí no había empleado más que la astucia. Mas tarde le veremos emplear los grillos, la picota y la horca.

Capítulo XI

Los recaudadores de tributos

La ciudad que acababa de fundarse era una especie de pueblo nómada que debía existir donde plugiese residir a sus turbulentos e inquietos habitantes. Se había organizado el gobierno civil de la villa, sin que se hubiese elegido todavía el sitio en que debían echarse sus cimientos. Las llanuras arenosas en que se hallaba acampada la colonia parecían un lugar demasiado incómodo para ser habitado, y en esta virtud Hernán Cortés determinó pasar a un punto de la costa llamado Chiahuitztlá, que Montejó y Alaminos habían descubierto en un reconocimiento que habían practicado pocos días antes hacia el Norte por orden del capitán.

A este efecto se dio la orden de marcha. El ejército debía hacer el viaje por tierra, aprovechando esta oportunidad para visitar al cacique de Cempoala, que había mandado sus embajadores Cortés, invitándole a pasar a su capital.

Antón de Alaminos y un centenar de hombres que componían la gente de mar debían hacer el viaje por agua, llevándose a bordo de las naves la artillería, para hacer menos penosa la marcha del ejército.

Al tercer día de viaje llegaron los españoles a Cempoala. El cacique, de quien nada notable refiere la historia sino que necesitaba apoyarse en dos de sus vasallos para poder andar a causa de su excesiva obesidad, recibió a sus huéspedes con magnificencia.

Pero nos equivocamos. Hay una cosa más notable todavía que refieren las historias de aquel indigno mandarín.

Refieren que fue el primer traidor del Anáhuac.

Cuando el ejército español se hallaba todavía en las costas de Chalchiuhcúecan sofocado por el calor, expuesto a morir de hambre y temeroso de penetrar al interior del país por el número y la bravura de sus habitantes, se presentaron en el campamento varios embajadores de Cempoala que, después de ofrecer a Hernán Cortés la amistad y servicios de su cacique, hablaron de lo que llamaban la tiranía del señor del Anáhuac y no se tomaron el trabajo de ocultar el deseo que abrigaban de sacudir su yugo.

Desde entonces germinó en el ánimo del astuto extremeño el pensamiento que más tarde debía darle por resultado la total sujeción de país.

Desde entonces, el caudillo, que aún no se había atrevido a dar un paso fuera de los médanos de arena que circundaban su tienda, empezó a trabajar para que sus soldados le excitasen a rebelarse contra Velázquez y a fundar una ciudad que fuese la base de sus futuras operaciones.

Así, pues, la embajada del cacique de Cempoala vino, por decirlo así, a galvanizar

a aquel ejército moribundo que ya no veía otro medio de salvación que retroceder al punto de su partida. Cada soldado comprendió lo mismo que su jefe: que puesto que el vasto imperio de Motecuzoma se hallaba dividido, no era difícil hacer de cada descontento un traidor y de cada traidor un instrumento para apoderarse de aquel país que rebosaba de oro y plata en sus entrañas.

El cacique de Cempoala se había colocado en una pendiente resbaladiza. Dado el primer paso no era fácil volverse atrás. En la segunda entrevista que tuvo con Cortés, el sagaz español, después de hablarle de la religión de Cristo y del poder de Carlos V, en cuyo nombre venía, le pidió noticias de Motecuzoma. El cacique fue un poco más explícito que sus embajadores. Ponderó el terror que el solo nombre del emperador inspiraba en todo el territorio del Anáhuac; exageró las crueldades de sus ministros, que no contentos con esquilmar a las provincias por medio de dispendiosos tributos, arrancaban del hogar paterno a los niños y a las doncellas para sacrificarlos en el altar del sanguinario dios de la guerra; habló, por último, de la impaciencia que tenían casi todos los pueblos del imperio por sacudir el yugo del tirano, y concluyó asegurando que indudablemente lo harían cuando encontrasen un apoyo que los protegiese contra la cólera de Motecuzoma.

Hernán Cortés, disimulando mal la satisfacción que le causaba esta noticia, repuso que él había venido expresamente de España a deshacer agravios y a enderezar entuertos; que a fue de caballero cristiano aboliría el inhumano culto de los dioses y acabaría con todas las tiranías de la tierra; que para esto no tenían más que prestar obediencia a aquel emperador Carlos V de quien daba tan buenas noticias, y que con solo el empuje de sus quinientos españoles derribaría el trono de Motecuzoma, porque cada caballero cristiano equivalía a millares de perros idólatras.

Atónito quedó el obeso cacique con esta baladronada del extremeño. Y como todas las noticias que se daban de los misteriosos viajeros conspiraban a justificar a su quijotesco caudillo, el indigno jefe no se contentó con su traición sino que convocó a muchos señores de las tribus totonacas que poblaban los lugares circunvecinos y, halagándolos con sacudir el yugo de Motecuzoma, los persuadió a que prestasen obediencia y sometiesen sus pueblos a la corona de Castilla.

A este fin se dirigió con sus aliados a Chiahuitztlá, donde residía ya el ejército español; y hallándose ya en los preliminares del pacto que tanto debía aumentar los dominios castellanos, tuvo lugar un incidente que no debe dejar de referir el historiador, siquiera para dar a conocer la naturaleza de los medios que empleó Cortés para llevar al cabo su empresa.

Oyóse repentinamente en la plaza un tumulto extraordinario. Cortés, que a fue de buen soldado tenía siempre un oído atento a cualquier peligro o vicisitud que pudiese sobrevenir, salió a una puerta de la casa para averiguar lo que pasaba.

El tumulto era causado por cinco nobles aztecas que en aquel momento atravesaban la plaza. Llevaban en sus hombros finas mantas de algodón caprichosamente bordadas de plumas, ostentaban en los brazos y en las orejas ricas

alhajas de oro y de piedras preciosas, y su cabello largo y lacio estaba atado a su cabeza por medio de una cinta. Rodeábales una larga comitiva de criados, unos con largas varas en las manos y otros con grandes abanicos de plumas que agitaban incesantemente para soplar a sus señores. Éstos no tenían otra ocupación que oler unas rosas que llevaban entre los dedos. Su porte era tan altivo y orgulloso, que cuando pasaron delante de los españoles no se dignaron volver siquiera la cabeza para mirarlos.

No dejó de chocar al susceptible extremeño esta falta de atención. Volviéndose, pues, a Jerónimo de Aguilar y Marina, que se hallaban junto a él y miraban como él:

—¿Quiénes son esos hombres? —les preguntó.

—Señor —respondieron los intérpretes—, son unos recaudadores del gran Motecuzoma que vienen a Chiahuitztlá a cobrar el tributo.

—¡Ah! —exclamó Cortés—. Ya no me admira que sean tan altaneros. ¿Pero los consentirán en su seno los totonacas después de la conferencia que acaban de tener conmigo?

Y en vano buscó a su alrededor al cacique de Cempoala y a los señores totonacas que acababan de hablar con él.

—¿Dónde se han ido esos menguados? —preguntó a Marina.

—Desde que vieron a los recaudadores —respondió la joven— se pusieron pálidos, temblaron de miedo y, recatándose de vos, han salido de aquí, sin duda para disculparse con los ministros de Motecuzoma. ¡Miradlos!

Cortés siguió con los ojos la dirección que marcaba la hermosa Marina y vio al cacique de Cempoala y a sus aliados que salían al encuentro de los nobles aztecas para hacerles presentes sus respetos.

El español inclinó la cabeza sobre su pecho para reflexionar. Era indudable que, a pesar del deseo que los cempoaltecas y totonacas abrigaban de sacudir el yugo de Motecuzoma, el miedo que tenían a la cólera del emperador les impediría siempre romper abiertamente con él. Era, pues, necesario poner una barrera insuperable entre ellos y Motecuzoma para decidirlos a abrazar francamente el partido de los españoles. Hernán Cortés tenía un buen número de recursos en el arsenal de su rica imaginación para conseguir este doble objeto y no tardó en tomar su partido.

Mandó a Marina que se acercase a donde el cacique de Cempoala y los totonacas conferenciaban con los recaudadores, que averiguase con maña lo que pasaba entre ellos y que procurase luego traer a los primeros a su presencia. Para que la joven pudiese desempeñar con toda seguridad su comisión la hizo acompañar de varios soldados españoles.

Medía hora después se presentó Marina, seguida del cempoalteca y de los totonacas, que venían visiblemente consternados.

Cortés prefirió interrogar primero a sus presuntos aliados.

—¿Qué os han dicho los enviados de Motecuzoma?

Los desgraciados indios, en vez de contestar, bajaron la cabeza llenos de

confusión. Al cabo de un instante de silencio:

—¡Responded! —añadió Cortés con impaciencia.

—Nos han reñido porque te hemos dado hospedaje —respondió con voz desmayada uno de los totonacas—. Dicen que con nuestra conducta hemos irritado al cielo y al emperador, pretenden que expulsemos de nuestro suelo a los extranjeros, y nos exigen diez mancebos y diez doncellas de la tribu para aplacar con su sangre la cólera de los dioses en el altar de Huitzilopochtli.

El caudillo español consideró un instante en silencio a sus abatidos aliados y no dejó de reflexionar sobre lo terrible que debía de ser el poder de Motecuzoma cuando a tan larga distancia se temían así sus amenazas.

—¿Y qué pensáis hacer? —preguntó un instante después.

—Implorar tu protección —respondió el cacique de Cempoala.

—No habéis acudido en vano a ella —repuso Cortés con cierto acento de superioridad—. Pero para daros mi protección necesito de vuestra ayuda.

—Estamos prontos a obedecerte.

—Se necesita valor y resolución.

—Todo lo tendremos sabiendo que vamos a defender a nuestros hermanos y a nuestras hijas, a quienes se arrebatan diariamente de su hogar para saciar la sed de Huitzilopochtli y la lujuria de los cortesanos.

—¡Está bien! —repuso el español—. Tomad entonces cincuenta totonacas, id a la casa en que se hospedan los recaudadores y prendedlos de modo que no puedan escaparse.

Cortés vio pintarse el terror en el semblante de los míseros totonacas a la simple enunciación de esta orden.

—¿Qué aguardáis? —les preguntó, viéndolos inmóviles y silenciosos.

—¡Prender a los enviados del gran Motecuzoma! —tartamudeó con espanto el cacique de Cempoala.

—Las personas de los embajadores son sagradas entre nosotros —añadió un totonaca.

—No se necesitaría más —agregó otro— para que un día fuese aniquilada nuestra tribu y convertidos en polvo nuestras ciudades.

—¡Y qué! —exclamó Cortés con enojó—. ¿No están aquí los españoles, vuestros aliados, para impedirlo?

—Un día saldrás de nuestras ciudades y nos dejarás a merced del emperador como la víctima queda a merced del gran sacerdote en la piedra de los sacrificios.

—Cuando yo salga de vuestras ciudades será para ayudaros a acabar con ese tirano que se ceba con la sangre de vuestros hijos y la deshonra de vuestras mujeres.

Los desgraciados indios permanecieron todavía inmóviles y silenciosos.

Cortés se decidió entonces a tentar el último recurso.

—¡Y bien! —les dijo—. Motecuzoma tiene razón en vejaros y humillaros. Sois una raza débil y pusilánime que bien merece la esclavitud. Id y entregad a los

recaudadores vuestros hijos y vuestras hijas, continuad arrastrando la cadena y la deshonra, pero no volváis nunca a referirme vuestras cuitas, no contéis jamás con el auxilio de mis armas.

Y volviendo la espalda a sus interlocutores, hizo una seña a los españoles que se hallaban presentes como para que despejasen la estancia.

El cacique de Cempoala y los totonacas se miraron consternados. Después de un instante de vacilación, el primero no pudo ya contenerse, y cayendo de rodillas a los pies del caudillo.

—Estamos ya decididos —le dijo—. Tememos mucho la venganza de Motecuzoma, pero más temor nos inspira tu enojo. Vamos a prender a los ministros del emperador, pero que los dioses te castiguen si nos abandonas a su cólera.

Tras estas palabras, los desgraciados indios salieron de la sala.

Un cuarto de hora después volvieron a presentarse a Cortés. Habían cumplido con sus órdenes y remachado con este acto de degradación el eslabón de la cadena que debía atarlos desde entonces a la suerte de los conquistadores. Habían sacudido el yugo de Motecuzoma para caer en el yugo más ominoso todavía de los europeos.

Los nobles aztecas, adorno y orgullo de la corte imperial, habían sido alados de pies y manos y encerrados en unas fuertes jaulas de madera, según el uso generalizado en todo el Anáhuac.

Los infelices totonacas habían cobrado valor con este acto. Cortés no dejó de comprenderlo en la siniestra alegría que parecía esparcida en sus semblantes.

—Están ya aprisionados los recaudadores —dijo uno de los totonacas—; y para que no sea estéril el paso que acabamos de dar, en la noche de hoy serán sacrificados en las aras de los dioses de Chiahuitztlá.

Aunque Cortés había matado indios a centenares en Cuba y Santo Domingo, aunque todavía debía matarlos a millares en el Anáhuac, sintió estremecerse todo su cuerpo al escuchar esta proposición anunciada con tan frío canibalismo.

—¡Guardaos bien de hacerlo! —dijo con severidad al totonaca.

—Ellos iban a sacrificar a nuestros hijos...

—Os repito que os guardéis bien de hacerlo —interrumpió colérico el caudillo— o, de lo contrario, no contéis ya con mi protección.

—Pero entonces se nos escapan e irán a contar a Motecuzoma nuestro desacato.

—Yo os ayudaré a guardarlos con mis españoles.

Y Cortés designó unos cuantos de sus soldados para que fuesen a vigilar las jaulas, menos por el temor de que se escapasen los prisioneros que por el miedo de que fuesen sacrificados.

Durante la noche la guardia española recibió una orden. Preveníales Cortés que, luego que estuviesen dormidos o descuidados los vigilantes totonacas, sacasen a dos de los presos y los llevasen a su presencia.

La orden fue cumplida al pie de la letra. Dos de los nobles aztecas fueron introducidos en la madrugada a la casa donde se alojaba Cortés.

Jerónimo de Aguilar y Marina, que estaban ya prevenidos, los condujeron hasta la cama misma del caudillo. Éste fingió sorprenderse al mirar a los aztecas y, por medio de los intérpretes, les preguntó:

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís?

—Somos vasallos del emperador Motecuzoma —respondieron los aztecas—, habitamos en la gran Tenochtitlan y hemos venido a Chiahuitztlá a cobrar el tributo de esta provincia. Pero los totonacas, envalentonados con vuestra presencia, nos han aprisionado en vez de pagar y nos han amenazado con sacrificarnos a sus dioses.

—Pero ¿por qué os han aprisionado?

—Porque vosotros se lo habéis mandado, según dicen ellos mismos.

—¡Nosotros! —exclamó con hipócrita admiración el caudillo—. Los españoles no hemos tenido parte alguna en vuestra prisión. Al contrario, hemos impedido a los vengativos totonacas el que os sacrificaran. Nosotros amamos y veneramos mucho a vuestro grande emperador y jamás haremos cosa alguna que pueda desagradarle. Y en prueba de que es verdad cuanto os digo, desde este momento estáis en libertad.

Los dos aztecas se miraron sorprendidos. No esperaban de la entrevista este resultado. Pero temiendo acaso una celada, uno de ellos repuso:

—De nada sirve que nos pongáis en libertad. Para ir a Tenochtitlan tenemos que atravesar mucha tierra totonaca, y es muy fácil que nuestros rencorosos enemigos nos reaprendan y nos conduzcan al sacrificio.

—Cuatro españoles os conducirán al puerto donde se halla anclada mi flota. Allí os embarcaréis, con la misma escolta, en un esquife que os llevará hasta el punto de la costa que vosotros mismos designéis y desde el cual podáis tomar sin riesgo alguno la vía de Tenochtitlan.

Los aztecas agradecieron a Cortés este servicio y pidieron licencia para retirarse.

—Idos —les dijo el español—. No os olvidéis de contar a vuestro amo, el gran Motecuzoma, el servicio que le hemos prestado en la persona de sus embajadores; hacédle presentes nuestros respetos y agregadle que muy pronto quedarán en libertad vuestros compañeros.

Ningún totonaca pudo traslucir esta escena que había pasado en el silencio de la noche; y cuando al día siguiente se apercibieron de que faltaban dos de sus prisioneros, corrieron, llenos de espanto, a comunicarlo a Cortés.

Este supo representar perfectamente su papel. Aparentó escuchar con sorpresa la noticia y aun se atrevió a reprender a sus aliados por su descuido. Éstos se disculparon haciendo notar que hasta los mismos vigilantes españoles se habían dormido, y entonces Cortés les dijo:

—Ya veo que vuestras jaulas no prestan ninguna seguridad. Entregadme vuestros prisioneros; yo los encadenaré en mis naves, y ya veremos si se arrojan al agua para escapar de su prisión.

Los sencillos totonacas se rieron de la agudeza del extranjero y le entregaron de muy buena voluntad a los recaudadores.

El lector comprenderá que tan pronto como Cortés tuvo en su poder a los aztecas, les hizo tomar el mismo camino que a sus dos compañeros.

Capítulo XII

Conspiración. Destrucción de la flota

El general español consiguió dos objetos con esta doble conducta.

En primer lugar, la audacia de aprisionar a cinco enviados de Motecuzoma hizo concebir a los totonacas tan alta idea de su poder que no tardaron en venir a Chiahuitztlá todos los jefes de su tribu a someterse a la corona de Castilla con todos sus súbditos, del mismo modo que el cacique de Cempoala. El escribano Godoy tomó nota de este importante acontecimiento, y se levantó un instrumento público para que el acto constase con todas las solemnidades de estilo.

En segundo lugar, Motecuzoma, que estaba ya levantando un ejército para ir a castigar a los totonacas y cempoaltecas por su desobediencia, mudó de propósito cuando vio llegar a sus recaudadores y oyó de su misma boca que el general español les había dado la libertad.

Entonces remitió a Chiahuitztlá unos embajadores, que dieron las gracias a Cortés, en nombre del emperador, por el servicio que acababa de prestarle, y procuraron disuadirle de pasar a la capital del imperio bajo el pretexto de que eran invencibles las dificultades del camino.

Cortés respondió que para los españoles no había dificultades de ninguna especie, como lo probaría muy presto presentándose en Tenochtitlan a ofrecer sus respetos al gran señor del Anáhuac.

El débil Motecuzoma mandó todavía una segunda embajada, que tuvo el mismo éxito que la primera.

Los cempoaltecas y totonacas estaban cada día más admirados. ¿Quiénes eran aquellos misteriosos extranjeros a quienes el soberbio Motecuzoma enviaba regalos y súplicas en vez de un poderoso ejército que los aniquilase?

¿Pero qué extraño era que los respetase el señor de la tierra cuando los mismos dioses del Anáhuac parecían acobardados a su presencia?

Un día los españoles se habían subido a la cima del templo Mayor de Cempoala y, entre los alaridos de la muchedumbre y las maldiciones de los sacerdotes, habían precipitado a la plaza las imágenes de los dioses y demolido sacrílegamente sus altares.

¡Y los dioses destrozados a la falda de su templo no habían osado levantarse para volver por su honra! ¡Y el sol había seguido alumbrando con sus más hermosos rayos tropicales aquella escena de desolación! ¡Y el cielo, impasible y sereno, no había hecho descender un rayo de su venganza para anonadar a los autores del desacato!

Era indudable, pues, que los dioses se sentían impotentes ante los extranjeros.

Así, cuando Cortés anunció su deseo de pasar a la corte de Motecuzoma, sus

aliados no titubearon en poner a sus órdenes dos mil guerreros, seguros de que con semejante general sus ejércitos serían invencibles.

Hernán Cortés comenzó entonces a hacer sus preparativos para la marcha.

Pero antes de internarse más en el país quiso dar cuenta a su soberano de la importancia de la empresa que había acometido. Con este objeto pensó en mandar a España dos comisionados, y su elección recayó en Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo. Éstos llevaron dos cartas al emperador: una del mismo Hernán Cortés, y otra del Ayuntamiento de Veracruz, cuya villa acababa de fundarse en Chiahuitztlá. En ambos documentos se encomiaban las riquezas de la tierra y los servicios de los expedicionarios. Para probar lo primero se enviaba todo el oro y plata que correspondía de derecho a la corona y lo que voluntariamente quisieron dar de lo suyo cada uno de los aventureros para captarse las simpatías de la corte. Se hacía valer lo segundo para que el emperador confirmase los nombramientos que el Ayuntamiento había hecho en la persona de Cortés, a fin de sacudir la dependencia del gobernador de Cuba, que solo pensaba en poner embarazos a la expedición.

Estaban próximos a partir los comisionados. Una noche en que Hernán Cortés se hallaba solo en su tienda entregado a sus ambiciosos pensamientos, vio entrar en su tienda a un soldado que, después de mirar con recelo hacia todos los ángulos de su habitación, se arrojó violentamente a sus pies y abrazó sus rodillas.

—¡Perdonadme, señor! —exclamó con acento compungido.

—¿De qué queréis que os perdone? —preguntó con asombro el general.

—Os lo voy a referir todo. ¿Pero no es verdad que puedo contar vuestra indulgencia?

—Si me referís completamente la verdad...

—Completamente, os lo juro. Hace algunos días que recibí una invitación de varios camaradas para apoderarnos en secreto de una de las naves de la flota, pasar a Cuba y dar cuenta al gobernador de vuestra conducta.

—Supongo que rehusaríais semejante proposición.

—No, capitán —tartamudeó el soldado—. Acepté.

—Aceptasteis desertar del ejército, abandonar a vuestros amigos... ¡Oh miseria humana! Pero parece que ahora os habéis arrepentido.

—¡Yo, sí!

—¿Y los demás?

—Insisten en llevar a cabo su deserción.

—¡El nombre de esos miserables! —dijo con acento imperioso el capitán.

El soldado vaciló un instante. Pero no era ya tiempo de volverse atrás.

—El padre Juan Díaz —murmuró con voz apagada.

—¡Un sacerdote! —exclamó Cortés—. ¿Quién más? ¿Quién más?

—Juan Escudero —continuó el soldado.

Este nombre pareció evocar un recuerdo en el ánimo del capitán. Permaneció un instante inmóvil y silencioso con los ojos clavados distraídamente en el lienzo que

cubría la tienda. Repentinamente cruzó por sus labios una siniestra sonrisa. Acababa de recordar que Juan Escudero era el alguacil que le había prendido en Cuba al salir de su asilo para entregarlo a la saña del gobernador.

—¿Quién más? ¿Quién más? —preguntó volviéndose al delator.

—No recuerdo en este momento el nombre de todos —respondió el soldado—. Pero os será fácil averiguarlo mandando registrar la nave, a cuyo bordo se hallan juntos en este momento todos los conjurados. Pero mandad pronto, porque ésta es la noche convenida para la fuga.

Cortés ordenó al instante el registro de la nave, y fueron encontrados en ella unos veinte conjurados.

El castigo fue cruel. Juan Escudero y otro soldado sufrieron muerte de horca, al piloto se le cortaron los pies, y los demás fueron azotados.

¡Azotes, mutilación y horca!

El hombre que poco tiempo después debía anegar en sangre el territorio del Anáhuac empezaba a cebarse con sus compañeros de aventura.

La pantera se ensayaba devorando a sus propios cachorros.

Después de este acontecimiento, Hernán Cortés entró en serias reflexiones consigo mismo.

Era indudable que una gran parte de sus soldados tenían miedo. Temblaban de penetrar al interior de aquel país, poblado de gente guerrera y numerosa, dispuesta a defender sus dioses y sus hogares. Era muy probable, pues, que a pesar del castigo aplicado a Escudero y sus cómplices no faltasen soldados que en lo sucesivo pensasen también en apoderarse secretamente de una nave para huir a Cuba. ¡Y quién sabe si conseguirían su objeto! ¡Quién sabe si por este medio el pequeño ejército se vería repentinamente reducido a la mitad de su número!...

Cortés se pasaba largas horas del día y de la noche meditando sobre el partido que debía adoptar.

El sueño huía de sus párpados, y se sentía con fiebre.

Era evidente que mientras existiese una nave en la bahía, los débiles sentirían siempre la tentación de la fuga.

Entonces concibió uno de esos heroicos recursos de que muy pocos ejemplos nos ofrecen los anales de la historia. Destruir sus naves.

Sí. ¡Destruída la flota, ya no había más alternativa que vencer o morir!

Avanzar al interior del país o perecer de inanición en aquella costa inhospitalaria. La consideración de que retroceder era la muerte duplicaría el valor de cada soldado. Los más cobardes se convertirían en héroes.

Sí, estaba decidido. Destruiría su flota.

¿Pero cómo dar cima a tan audaz proyecto sin excitar en el campamento una insurrección general? El ejército, que veía en las naves su único medio de salvación, ¿no se levantaría como un solo hombre para aniquilar al verdugo que intentaba condenarle a una muerte segura? ¿No se alzaría en la oscuridad un puñal para vengar

tan inhumana determinación?

Cortés sentía que la sangre se le enfriaba en las venas al hacer estas reflexiones. Pero un nuevo proyecto vino a infundirle valor.

Estaba acostumbrado a dominar a los aventureros que le rodeaban, no solamente por su carácter de general, sino más aún por la astucia.

Se valdría de uno de esos ardidés que sabía emplear con éxito en los momentos supremos.

Llamaría a los pilotos, los persuadiría a que asegurasen que las naves se hallaban inservibles, que el tiempo y el agua las había corrompido y que más valdría echarlas a pique para utilizar siquiera las velas, las cuerdas, la clavazón y algunos otros pertrechos.

Llamaría luego a tres o cuatro capitanes de los de su mayor confianza, de los de corazón más animoso, y también los persuadiría a que asegurasen lo mismo que los pilotos y a que añadiesen que, destruida la flota, se contaría ya con más de cien hombres que perdían lastimosamente su tiempo a bordo de las naves.

Un poco de oro le bastaría para seducir a los pilotos y a los capitanes.

Otras veces había empleado este medio, y el éxito había sido completo.

Cortés no era hombre que vacilaba después de tomada una resolución. Temeroso, si embargo, de una conflagración general en todo el ejército, envió una mitad con cualquier pretexto a Cempoala a las órdenes de Alvarado.

Entonces los pilotos, que estaban ya prevenidos, horadaron en secreto dos naves, las cuales se hundieron en el mar a la vista de todo el campamento.

Los pilotos, señalando el abismo que acababa de tragarse a las dos carabelas, soltaron estas palabras ante el numeroso concurso que los miraba con angustia:

—Todos están lo mismo, todas correrán hoy o mañana la misma suerte.

Inmediatamente aparecieron en la escena los cómplices de Cortés y representaron su papel a las mil maravillas.

Estremeciéronse de espanto los soldados al escuchar aquella proposición de destruir la flota. Pero eran tan caracterizadas las personas que la apoyaban, la convicción de los peritos parecía tan firme, que no osaron oponerse, temerosos de pasar por cobardes ante sus camaradas.

Cortés, entonces, fingiendo ceder a la voluntad general, mandó extraer de las naves cuantos pertrechos podían utilizarse todavía, y barrenadas luego, como las anteriores, a excepción de una, fueron a poblar los abismos del océano.

Hasta aquí todo había marchado perfectamente. Pero cuando volvieron las tropas que habían ido a Cempoala y encontraron desierta la bahía, un murmullo de reprobación cundió por todo el campamento, alzándose algunas voces sediciosas, y no faltó quien propusiese el asesinato del hombre que había condenado a muerte a todo el ejército.

Cortés lo supo todo y, con su acostumbrada audacia y sangre fría, corrió al lugar de la sedición.

Entonces tomó la palabra, y con ese acento persuasivo que le daba su ambición y el conocimiento perfecto de su auditorio, tocando las fibras más delicadas que podían mover el corazón de los aventureros, les habló de su honor empeñado en la lucha, de la religión que llevaban en la punta de sus bayonetas, del oro que encerraba en sus montañas el Anáhuac; y fue tan poderosa la magia de este discurso, que aun no lo había terminado y ya le interrumpían varias voces gritando:

—¡A México! ¡A México!

Cuando concluyó, el grito ya era general.

Capítulo XIII

Xicoténcatl. Discusión en el senado

Grande era el poder de Motecuzoma. Millones de vasallos obedecían ciegamente sus órdenes. Los embajadores aztecas, que sucesivamente habían visitado el campamento español, no habían engañado a Cortés sobre este punto.

Había, sin embargo, un pueblo que conservaba su independencia en medio de tanta opresión. Las legiones del Anáhuac habían sido impotentes para encadenarle y más de un siglo hacía que desafiaban el poder de los emperadores aztecas desde las fragosas sierras que constituían sus dominios.

Este pueblo era la república de Tlaxcala.

República aristocrática y federativa a la vez, puesto que se componía de cuatro estados soberanos que se habían reunido para contrarrestar juntos al creciente influjo del Anáhuac y se gobernaba por un senado en que solo tenían asiento los cuatro señores de los pueblos confederados y algunos individuos de la primera nobleza.

El pueblo de Tlaxcala era sobrio, laborioso, indómito y amante, sobre todo, de su independencia y sus instituciones. A pesar de que como todos los pueblos que le rodeaban consagraba de preferencia su atención a la guerra, había hecho rápidos progresos en las artes, especialmente en la agricultura, y es fama que en los tiempos a que nos referimos no había un solo palmo de tierra en todo su territorio que no estuviese cultivado.

La capital de la república era una de las más hermosas poblaciones asentadas en la meseta central del Anáhuac. La ciudad que lleva ahora el mismo nombre no es acaso ni la vigésima parte de lo que era entonces aquella gran capital, que Cortés consideró superior a la opulenta Granada en los tiempos de su conquista.

Era, sin embargo, bastante sencilla la arquitectura de sus edificios. La mayor parte eran de adobe, algunos de cal y canto, y otros de ladrillos secados. Era una mañana de agosto. En el salón de una de las mejores casas de la ciudad se paseaba pensativo un hombre con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos cogidas por atrás. Lo ancho de sus hombros y sus formas musculares indicaban su actividad y su fuerza. Lo espacioso de su frente y algunas arrugas prematuras revelaban que no le eran extraños los trabajos intelectuales y que más de una vez habrían debido afectarle cuidados de bastante trascendencia. Se hallaba en la plenitud de la edad viril, y eran muy notables los rasgos de belleza salvaje impresos en toda su persona.

Vestía el traje de los principales guerreros de la república. Una gruesa túnica de algodón le cubría desde los hombros hasta la mitad de los muslos. Sus piernas estaban defendidas por una especie de botas de cuero bordadas de oro; su pecho, por un conjunto de delgadas láminas de plata que brillaban sobre la túnica; y su cabeza,

por un fuerte casco de madera, defensa suficiente contra las armas arrojadas de los americanos. La cimera de este casco estaba sembrada de varias plumas, blancas y amarillas, que se agitaban suavemente al compás de sus pasos.

En un rincón de la sala se veía, arrimado a la pared, un estandarte blanco en cuyo fondo se hallaba bordada una garza sobre una roca. Encontrábanse también en los lugares más visibles de la habitación algunas de las armas más usuales en el Anáhuac, entre las cuales descollaba la larga espada de madera, sembrada a pequeños trechos de cortantes pedazos de obsidiana, y de cuya fuerza prodigiosa no tardarán en tener noticia nuestros lectores.

Largo rato hacía que el guerrero se paseaba agitadamente en la actitud que hemos descrito, cuando se alzó la cortina que cubría la entrada del salón y un nuevo personaje se presentó en la escena. Al sonar el poco ingenioso timbre^[1] que se hallaba adherido a la cortina, el guerrero volvió la cabeza y vio adelantarse hacia él un mancebo de hermosa figura, que debía ser noble o sacerdote, a juzgar por la rica capa que pendía de sus hombros.

El joven se detuvo a la distancia conveniente y saludó, según la costumbre del país, tocando el suelo con la mano y llevándola luego a la cabeza.

Había ejecutado con tanta gracia y desembarazo estos movimientos, que el guerrero se prendó inmediatamente de él y le preguntó con afabilidad:

—¿Quién eres?

—Soy un hombre desconocido aún —respondió el mancebo—, pero que espera hacerse conocer muy pronto si el ilustre caudillo de los guerreros de Tlaxcala le permite alistarse en sus invencibles legiones.

—¿Luego me conoces? —repuso el guerrero con una sonrisa que indicaba que no era enteramente insensible a la lisonja.

—Es ésta la primera vez que mis ojos tienen la dicha de posarse sobre tu noble semblante. Pero el color de las plumas de tu casco y la divisa de ese estandarte blanco que tantas veces ha saludado la victoria me hacen darte el nombre de Xicotécatl, tan conocido en todo el Anáhuac. Además, yo, que soy extranjero en Tlaxcala, no he tenido necesidad más que de pronunciar tu nombre para que todos los tlaxcaltecas me enseñasen esta morada.

—Joven —dijo el tlaxcalteca—, tú debes haber nacido o vivido mucho tiempo en esa hermosa ciudad de los lagos a que gime bajo la tiranía de Motecuzoma.

—¿En qué lo has conocido?

—En tu lenguaje. El emperador gusta mucho de la lisonja, como todos los déspotas, y los cortesanos saben hacerse dignos de sus dones quemando ante su nono el incienso de la adulación.

Estas palabras fueron pronunciadas con cierto acento de severidad por el austero republicano, arrepentido acaso de haberse dejado seducir un instante por las lisonjeras palabras de su interlocutor.

Pero éste se sintió ofendido e, irguiendo con dignidad la cabeza, repuso:

—Las palabras que he pronunciado, han salido de mi corazón. No he podido aprender la lisonja en la corte de Motecuzoma, puesto que una sola vez he penetrado en su opulento palacio. He vivido constantemente en el templo de Huitzilopochtli y solo hace tres días que abandoné su sagrado recinto para venir a pedirte una plaza en tus legiones.

Xicotécatl guardó un instante de silencio, al cabo del cual preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Tízoc —respondió el joven sacerdote a quien ya habrán reconocido nuestros lectores.

—Y bien, Tízoc —repuso el guerrero—: los tlaxcaltecas, que estamos acostumbrados a respirar el aire de la libertad, tenemos siempre la franqueza en la lengua y detestamos la doblez. Por eso has escuchado de mis labios lo que ahora me arrepiento de haber dicho, porque conozco que me he equivocado. Por eso también voy a hacerte una pregunta que acaso te ofenda. ¿Cómo es que siendo hijo de Tenochtitlan vienes a pedir una plaza en los ejércitos de Tlaxcala, el enemigo más irreconciliable de tu patria?

—Porque soy sacerdote de Huitzilopochtli y mis superiores han querido impedirme que suelte el incensario, que detesto, para empuñar la espada, que ambiciono. He necesitado, pues, huir del santuario, como acabo de decirte, para satisfacer mi deseo de combatir contra los enemigos de mi patria.

—¿Y si un día los ejércitos de la república tienen que combatir, como otras muchas veces, contra los guerreros de Motecuzoma?...

—Entonces no contarás con mi espada —interrumpió Tízoc con dignidad—. Dichosamente tus invencibles legiones van a encontrarse ahora en el campo de batalla con enemigos más poderosos que los guerreros de Motecuzoma.

—¿Hablas de los extranjeros que han desembarcado en las costas de Chalchiuhcuecan?

—Y que ahora acaban de penetrar en el territorio de la república, salvando sin licencia del senado la gran muralla que defiende vuestros dominios.

Xicotécatl inclinó la cabeza sobre su pecho con abatimiento. Alzándola luego y dejando vagar en sus labios una sonrisa, cuya naturaleza no podía comprender todavía Tízoc, le preguntó:

—¿Quién te ha dicho que Tlaxcala va a combatir contra los extranjeros?

—¿Quién? —repuso admirado el joven azteca—. Nadie... Pero supongo que la noble república no dejará hollar impunemente su territorio por esos hombres que se dicen descendientes de los dioses y que profanan, sin embargo, sus templos y derriban sus altares; por esos hombres que prohíben los sacrificios humanos y que en Tabasco han derramado a torrentes la sangre de nuestros hermanos; por esos hombres que vienen predicando a su Dios y que talan nuestros campos y violan nuestras mujeres y mendigan hasta el grano de oro más miserable que encuentran en nuestras cabañas.

—¡Ay! —exclamó Xicoténcatl—. ¿Por qué todos los hijos de Tlaxcala no se hallan animados del mismo espíritu que tú?

—¡Cómo! ¿Vacila acaso la valiente república?

—Tízoc, hay en tu acento algo que me conmueve, y me parece que los dioses me animan en este instante a tenderte la mano de amigo. Te he dicho que los tlaxcaltecas son francos, y voy a hablarte ahora con la ruda franqueza de los hombres de mi nación. Escucha. Apenas salvaron los extranjeros la gran muralla que defiende a la república de las invasiones de los mexicanos, mandaron a Tlaxcala cuatro embajadores. Escogidos entre los traidores cempoaltecas que se han agregado a sus filas.

—Ayer los he visto entrar en la ciudad y los he reconocido por su manta anudada en los extremos, por la saeta que traían en la mano derecha y la rodela en el brazo izquierdo.

—Advertirías sin duda que eran blancas las plumas de la saeta.

—Sí. Y desde entonces temblé, porque comprendí que venían a brindar con la paz a la invencible república.

—Todos los tlaxcaltecas comprendieron lo mismo que tú, y desde ayer no se habla de otra cosa en Tlaxcala que de la venida de los extranjeros. El pueblo pide salir a combatirlos, pero el senado y los nobles...

Xicoténcatl se detuvo un instante, como si le causase pena pronunciar las palabras que iban a salir de sus labios.

—En el senado y la nobleza —continuó al cabo de un instante— hay algunos hijos indignos de Tlaxcala que desean aceptar la paz con que nos brindan los extranjeros. Yo mismo les he oído expresar esta opinión en algunas conversaciones que hemos tenido sobre la embajada cempoalteca.

—¿Y crees que se atrevan a admitir a los extranjeros en la ciudad?

—Aún no lo sé —respondió con angustia el tlaxcalteca—. En este momento se halla reunido el senado y se discute en su seno la suerte de la república. Tengo una esperanza, Tízoc. Mi padre, el anciano Xicoténcatl, opinaba ayer por la guerra, y su voz es siempre escuchada con respeto en el senado. ¡Quieran los dioses protectores de Tlaxcala infundir la sabiduría en su discurso para evitar a la patria la ignominia y la esclavitud!

—¡Desgraciado Anáhuac —prorrumpió Tízoc con acento profético— si la valerosa república de Tlaxcala tiende los brazos al enemigo común de nuestra raza!

—Siempre quedará para combatir el pueblo azteca, que puede levantar muchos millares de guerreros contra cada uno de nuestros enemigos.

—Sí, el pueblo azteca combatiría hasta morir. Desgraciadamente, está gobernado por un príncipe débil y supersticioso que aún no se ha atrevido a tomar una resolución para impedir que los extranjeros avancen al corazón del país. Desde el anuncio de su aparición en Chalchiuhcuecan, muchas veces ha reunido a sus consejeros y consultado a los sacerdotes. El resultado de todas estas conferencias secretas ha sido

enviar a los extranjeros una nueva embajada cargada de oro y telas preciosas. Se dice que el objeto de estas embajadas ha sido prevenir a los extranjeros que se vuelvan a su misterioso país; pero éstos, en lugar de obedecer las órdenes del débil monarca, se apoderan con avidez del oro que se les remite y continúan su marcha con el paso seguro que les da la fatalidad.

—¡Los dioses salven al Anáhuac! —murmuró en voz baja el tlaxcalteca.

En aquel momento volvió a alzarse la cortina que cubría la entrada del salón, y un anciano, encorvado bajo el peso de los años, se adelantó con paso trémulo hacia el guerrero tlaxcalteca.

Una hermosa mata de cabellos blancos adornaba su cabeza, venerables arrugas surcaban su frente, sus ojos se habían cerrado casi eternamente a la luz, y venía apoyado en el brazo de un robusto mancebo que andaba lentamente para que pudiesen seguirle las cansadas piernas del anciano.

—¡Mi padre! —exclamó Xicotécatl. Y corrió al encuentro del octogenario, tomó su brazo, retiró al mancebo que le acompañaba y le hizo sentar sobre un banco de juncos ricamente adornado al estilo del Anáhuac.

—¿Se ha acabado el consejo? —preguntó el joven con un acento respetuoso en que se traslucía algo de la impaciencia que le dominaba.

Pero el anciano, en vez de responder, hizo al guerrero otra pregunta:

—¿Estamos solos?

—Se halla conmigo —respondió éste— un joven sacerdote de Tenochtitlan.

El anciano hizo un gesto de disgusto que no se escapó a la perspicacia de Tízoc.

Éste hizo un movimiento para retirarse, pero el joven Xicotécatl le detuvo con un ademán.

—Nada temas, padre mío —le dijo al anciano—. Este joven ha identificado su suerte a la república. Ama las glorias de nuestra patria como el mejor hijo de Tlaxcala y acaba de manifestarme su deseo de servir en nuestro ejército.

—Puesto que tú tienes confianza en él —repuso el octogenario—, no seré yo quien ose dudar de su prudencia.

—Si, nada temas. Puedes referir el éxito que ha tenido la embajada cempoalteca en el senado, seguro de que el corazón de Tízoc latirá acorde con el mío.

—El éxito de la embajada os va a llenar a ambos de regocijo.

—¿Se ha resuelto la guerra? —preguntaron casi simultáneamente los dos jóvenes.

Aunque el anciano se hallaba casi ciego, le pareció que las cuatro pupilas que en aquel momento se fijaban sobre él quemaban sus ojos y, bajando los párpados, con voz casi imperceptible respondió:

Al menos por ahora.

Xicotécatl y Tízoc cambiaron entre si una mirada que expresaba su disgusto.

—Si —continuó el anciano—; la embajada estaba dispuesta con mucha sabiduría, y poco faltó para que todo el senado se viese envuelto en la red.

Los embajadores se nos presentaron en nombre del cacique de Cempoala, nos

hicieron saber que habían llegado misteriosamente a su país unos extranjeros que parecían descendientes de Quetzalcóatl, nos ponderaron su poder, nos dijeron que disponían del trueno y del rayo, y se limitaron a pedirnos en nombre de su cacique que les concediésemos paso por nuestro territorio a fin de que pudiesen pasar a la corte de Motecuzoma.

—¡Ah! —interrumpió el joven Xicotécatl.

Toda la perfidia de los falsos cempoaltecas estaba envuelta en las dulces palabras de esa embajada.

—Pero no todos vieron el veneno —repuso el viejo patricio—. El noble el Maxiscatzin, cuya voz arrastra casi siempre todas las voluntades del senado, se levantó majestuosamente de su asiento y, apoyándose en su báculo, recordó al consejo las tradiciones de nuestros padres: dijo que los extranjeros blancos y barbados venían del Oriente, donde había desaparecido Quetzalcóatl; que confirmaban su origen divino los casos extraordinarios que habían presenciado los cempoaltecas; que los mismos dioses eran impotentes para vengar en ellos el ultraje que habían recibido en Cempoala, y que los tlaxcaltecas, simples mortales, cometerían una insigne locura queriendo impedir con sus débiles armas el paso de aquellas nuevas deidades.

Una amarga sonrisa contrajo los labios del joven Xicotécatl al escuchar estas palabras. Entretanto, el anciano continuó:

—Profunda impresión causó en todo el senado la arenga del sabio Maxiscatzin, y a buen seguro que si en aquel instante hubiese habido necesidad de dar la respuesta a los embajadores ya las puertas de Tlaxcala estarían abiertas para los extranjeros.

—Pero tú, padre mío —interrumpió el guerrero—; tú, cuya voz es la única capaz de apagar en el consejo la de Maxiscatzin, ¿permaneciste por ventura mudo ante el peligro de la patria?

—¡No! He aquí lo que yo les dije luego que dejó de resonar en la sala el acento de Maxiscatzin: «Nobles y valientes tlaxcaltecas los enemigos de la religión y de la patria han invadido el recinto de vuestros muros: ¿olvidaréis los sacrificios que en todos tiempos han hecho nuestros antepasados para conservar la Independencia de la república? ¡Nunca! Armad vuestro brazo, como lo habéis hecho siempre para combatir al tirano del Anáhuac, y haced comprender a esos extranjeros sacrílegos que ya han pasado los dominios de los débiles totonacas y que la república de Tlaxcala no deja hollar impunemente su territorio».

Lágrimas de entusiasmo arrasaron en este momento los ojos del joven Xicotécatl y estrechó en silencio la mano de su anciano padre, porque la emoción que experimentaba le impedía el uso de la palabra.

—Muchas manos como la tuya estrecharon la mía —continuó el noble octogenario—. Pero no tardaron en levantarse algunas voces tímidas que hablaron al senado de los peligros a que se exponía Tlaxcala si sus ejércitos quedaban vencidos en el campo de batalla. Alguien habló del regocijo que, experimentaría Motecuzoma

al ver humillado nuestro orgullo por los extranjeros, y no faltó quien hiciese observar la ventaja que adquiriría Tlaxcala en tenerlos por aliados. En medio del tumulto y confusión que producían estas opiniones tan diversas se alzó de su banco el prudente Temiloltécatl y, levantando su voz sobre todas las demás, propuso que se diese a los embajadores una respuesta cortés y amigable, concediendo a los extranjeros el paso que solicitaban por el territorio de Tlaxcala; que a la vez se preparasen cinco mil combatientes para salir al encuentro a aquéllos y probar su valor en el campo de batalla; que si las fuerzas de la república salían vencedoras, la república habría tenido la gloria de haber libertado a todo el Anáhuac de aquellos temibles enemigos; que si, por el contrario, quedaban vencidas, era fácil echar la culpa de la batalla a los salvajes otomíes^[2] y recibir luego de paz a los extranjeros.

—¡Ah! —exclamó el joven guerrero—. Los dioses han arrancado sin duda de nuestros pechos el antiguo valor de los tlaxcaltecas, puesto que para salvar a la patria necesitamos recurrir a indignos artificios.

El anciano dejó vagar en sus labios una triste sonrisa y prosiguió:

—El senado adoptó con alborozo las proposiciones de Temiloltécatl, y yo vengo a traerte en su nombre la orden de que prepares cinco mil de tus guerreros y salgas en la noche de hoy a medir tus armas con los extranjeros. Dos de los embajadores han sido despachados ya con la respuesta acordada, y dos han sido detenidos en la ciudad hasta saber el éxito de nuestras armas.

—Algo es eso, sin embargo —repuso ya casi con alegría el impetuoso Xicotécatl—. Aunque se me limite el número de los combatientes, aunque se quiera juzgar del valor de los extranjeros por el éxito de una sola batalla, doy mis felicitaciones al senado por la nueva ocasión que me ofrece de combatir contra los enemigos de la patria. Yo haré cuanto de mí dependa para salir airoso de la prueba, y espero que los dioses se dignen bendecir mis esfuerzos. Tízoc —añadió luego dirigiéndose al joven sacerdote—, ¿no es verdad que quieres participar de la gloria de esa prueba?

—Dame una espada —respondió el animoso azteca— y colócame a tu lado en el campo de batalla, para que el valor de tu brazo me anime a seguir tus gloriosas huellas.

Capítulo XIV

De cómo recordó Cortés la predicción del oráculo de Painala

Sigamos a los dos embajadores cempoaltecas que fueron devueltos a Hernán Cortés con las buenas palabras del senado. A las puertas de la ciudad se encontraron éstos con cuatro nobles tlaxcaltecas que se unieron a ellos y se empeñaron en acompañarlos hasta el campamento español so pretexto de honrarlos en nombre de la república.

Hernán Cortés, como acabamos de ver en el capítulo anterior, había penetrado ya en el territorio de Tlaxcala, salvando el gran muro que defendía a la república de las invasiones de sus enemigos y, principalmente, de los aztecas, que durante una centuria habían luchado inútilmente para someter a aquel pueblo belicoso.

La vista de esta muralla excitó en los españoles dos sentimientos enteramente diversos.

Al considerar su espesor de diez y ocho pies, su altura de ocho sin contar el parapeto, su extensión de seis millas y su fuerte construcción de piedra y arcilla, no pudieron menos que preguntarse cuál sería el valor y la constancia del pueblo que iban a combatir cuando había ejecutado una obra tan portentosa para conservar su independencia.

Y la muralla no solamente revelaba estas dos eminentes cualidades en los que la habían construido, sino también un conocimiento poco común en la arquitectura militar. La muralla, que completaba el círculo de montañas que rodeaban a Tlaxcala y que le proporcionaban, una defensa natural, tenía en el centro una entrada muy ingeniosa y que debía oponer grandes dificultades a un ataque.

Cuarenta pasos antes de tocarse los dos extremos del muro dejaban ambos la línea recta y tomaban una curva hasta terminar al lado opuesto de la entrada, formando entre sí dos semicírculos concéntricos. El espacio que mediaba entre estos dos semicírculos era demasiado estrecho, pues solo contenía ocho pies.

Con razón, pues, temblaron los españoles al contemplar este gigantesco prodigio de la fortificación tan nuevo y desconocido para ellos. Desgraciadamente para el porvenir del Anáhuac y por causas que aún no ha podido averiguar la Historia, la entrada del muro se hallaba abandonada a la llegada de los españoles y, merced a este descuido de la república, pudieron salvarla sin dificultad las tropas de Hernán Cortés.

Esta circunstancia, que interpretaron mal los españoles, produjo en su ánimo el sentimiento opuesto, y lleno de confianza avanzaron al interior del país. ¿Cómo había de serles hostil la república que tan liberalmente les franqueaba sus puertas?

Hernán Cortés fue el primero que expresó esta confianza. Pero estaba muy lejos de sentirla en su interior.

Inquietábale la tardanza de sus embajadores, y, aunque continuaba su camino, lo

hacía con todas las precauciones convenientes.

No tardaron en justificarse sus temores. La caballería, que iba de descubierta, alcanzó a ver algunos indios armados, que a las voces que les daban para pedirles noticias de los embajadores huyeron al parecer amedrentados. Los jinetes apretaron el paso para dar alcance a los fugitivos. Éstos se detuvieron repentinamente y, sin manifestarse poseídos del terror que generalmente inspiraba a los indios el aspecto de los caballos, tendieron sus arcos y dispararon un buen número de flechas a sus enemigos. Inmediatamente se empeñó entre ambos partidos un pequeño combate.

Los animosos tlaxcaltecas hubieran pagada con la vida su temeridad a no haber sobrevenido una fuerza de cuatro mil guerreros de su nación, que oscurecieron la atmósfera con el diluvio de dardos que arrojaron sobre el campo de batalla.

Los jinetes españoles fueron los que corrieron entonces un inminente peligro. Cortés despachó inmediatamente a un hombre de su comitiva para que hiciese acelerar la marcha de la infantería.

Entretanto, y firmemente resuelto a no retroceder en el primer encuentro que tenía en el Anáhuac con los naturales, se puso a hacer frente a aquella muchedumbre armada, que por fortuna combatía en masa y sin saber aprovecharse de la ventaja que le daba su número. Pero si les faltaba ciencia militar, si eran imperfectas sus armas, en cambio les sobraba valor. Se arrojaron sobre un jinete, a quien desmontaron, acribillaron de heridas y luego mataron el caballo. Otro caballo fue muerto de un solo golpe de la pesada espada del Anáhuac, que separó la cabeza del tronco.

Cortés pensaba ya acaso en retirarse, cuando sobrevino la infantería y se trabó el primer combate formal entre los hijos del Anáhuac y los misteriosos extranjeros del Oriente.

Pero su duración fue muy corta. Cuando se dejó oír la formidable explosión de las armas de fuego, cuyo eco repetían fatídicamente las montañas vecinas; cuando las balas de los falconetes se abrieron paso entre las compactas filas de los tlaxcaltecas, derribándolos por tierra y destrozando sin piedad sus miembros, los guerreros de la república quedaron ensordecidos y atónitos y, en la duda de si luchaban con hombres o con seres sobrenaturales, recogieron a sus heridos y a sus muertos, según la costumbre establecida de tiempo inmemorial en el Anáhuac, y se retiraron con el orden y la tranquilidad necesarios para probar que no era el miedo el que les obligaba a abandonar el campo de batalla.

Satisfechos los españoles de lo que creyeron su triunfo, y muy ajenos de pensar en perseguir a los tlaxcaltecas, descansaron un instante sobre el lugar mismo del combate y volvieron luego a emprender su camino.

Dos horas hacía que el ejército marchaba por una hermosa campiña, sembrada adondequiera que se dirigían los ojos con el maguey y el maíz, preciosa semilla que había dado su nombre a la tierra, cuando se encontraron con los dos embajadores y los cuatro tlaxcaltecas que habían salido de la ciudad al rayar el alba.

Los cempoaltecas, ignorantes de lo que acababa de pasar, manifestaron a

Hernán Cortés la buena voluntad del senado y le invitaron, en su nombre, a pasar a la capital de la república.

El caudillo español, al escuchar estas palabras, debió de sentir tentación de mandar ahorcar a los dos embajadores. Pero entonces los tlaxcaltecas, que habían sabido ya secretamente por algunos fugitivos el éxito de la batalla, comprendieron que era llegado el momento de cumplir con su importante misión. Manifestaron a Cortés que los hombres que habían atacado al ejército eran otomíes, tribu bárbara mal aliada a la república; que el ataque se había dado sin conocimiento del senado y que éste repetía su invitación a los extranjeros de pasar a Tlaxcala.

Hernán Cortés fingió conformarse con esta explicación —porque tampoco hubiera sacado nada con no conformarse— y continuó su marcha todavía con mayores precauciones.

No tardó en detenerse el ejército a las márgenes de un riachuelo cuyas dos orillas estaban pobladas de algunas chozas de estacas y hojas de maguey, regular abrigo para pasar la noche.

Al día siguiente los españoles volvieron a emprender su marcha, después de haber oído misa y de haber escuchado las provechosas lecciones de su general sobre el modo de atacar y de defenderse contra los americanos. El pequeño ejército se componía de quinientos españoles y más de tres mil aliados entre cempoaltecas, totonacas y aun algunos mexicanos recogidos en Xocotla y otras: plazas guarnecidas por Motecuzoma.

Poco camino había andado el ejército cuando se presentaron los otros dos embajadores cempoaltecas, pálidos y agitados, quienes informaron a Cortés que los tlaxcaltecas, violando su sagrado carácter de embajadores, los habían encerrado en una prisión a fin de sacrificarlos a sus dioses en una fiesta nocturna. Que habían logrado evadirse de sus jaulas y que venían a darle la infausta noticia de que no tardarían en ser atacados por todas las fuerzas reunidas de la república.

Lo primero era falso. Los tlaxcaltecas se habían limitado a detener a los embajadores mientras se decidía en el campo de batalla la suerte de la república. Éstos se habían intimidado al verse sin sus compañeros y habían huido. Si hubieran estado encerrados en las jaulas que se usaban en el Anáhuac, la fuga les habría sido imposible.

Lo segundo sí era verdad.

Tras de algunos indios que huyeron a la vista de los españoles para atraerlos a un punto desventajoso, apareció un número inmenso de guerreros tlaxcaltecas ataviados con toda la pompa y variedad de los ejércitos del Anáhuac.

Los españoles, que, o por miedo que sentían en América o por el deseo de abultar sus triunfos, veían siempre con lentes de aumento los ejércitos americanos, calcularon en cien mil aquella masa de combatientes. Probablemente no llegarían a veinte mil, porque no era fácil que la pequeña república pudiese poner tantos hombres sobre las armas.

Pero cualquiera que fuese su número era bastante para infundir pavor al corazón más animoso.

Al avistarse los dos ejércitos, el tlaxcalteca lanzó al aire su temible alarido de guerra y sus músicas salvajes dejaron escuchar su agudo y penetrante sonido. Parecieron estremecerse el valle y las colinas inmediatas, y los españoles sintieron que la sangre se helaba en sus venas.

Pero pasada la primera impresión, fijaron sus ojos en los enemigos contra quienes iban a combatir y quedaron asombrados.

Era una muchedumbre desnuda que suplía la belleza del vestido con los caprichosos colores de que traían pintada la piel. Suplían también el uniforme, porque cada escuadrón iba pintado con los colores de su caudillo. Los soldados de Xicotécatl llevaban rayas blancas y amarillas.

Los jefes se distinguían por sus túnicas de algodón, la malla de plata que brillaba sobre su pecho y las plumas de su casco que reproducían todos los colores del prisma. Aumentaba la variedad que presentaba este conjunto el gran número de banderas y estandartes que, según la costumbre establecida en los ejércitos tlaxcaltecas, caminaban a la retaguardia de los escuadrones. Sobresalía entre aquellas insignias el águila dorada con las alas extendidas y cubierta de piedras preciosas, que era el gran estandarte de la república.

No tardó en empeñarse entre ambos ejércitos uno de los combates más sangrientos que recuerdan los anales de la Conquista.

Pero no entra en nuestro propósito referir las peripecias de este combate. Nuestro libro se haría interminable si nos propusiésemos describir todas las batallas que se dieron en el Anáhuac en aquella época memorable.

Dejemos al historiador esta enfadosa tarea. Al novelista le basta decir que el combate duró casi todo el día y que la ciencia y la táctica triunfaron sobre el valor y sobre el número. Los tlaxcaltecas se retiraron en orden, como el día anterior, llevándose a las numerosas víctimas de los cañones europeos para darles gloriosa sepultura.

Pero esto no bastó para desanimar al indomable Xicotécatl.

Pocos días después, y a pesar de los esfuerzos que hizo el caudillo español para establecer la paz con la república, se empeñó un nuevo combate más sangriento todavía que el anterior. El triunfo hubiera sido esta vez para los tlaxcaltecas si un miserable caudillo, cuyo nombre no queremos consignar en estas páginas, no hubiera sacado del campo de batalla los diez mil hombres que constituían su escuadrón, a causa de un disgusto que había tenido con Xicotécatl.

El ilustre caudillo, viendo reducido a la mitad su ejército, se retiró casi desalentado, cediendo por la tercera vez el campo a los españoles.

Pero quiso todavía tentar el último recurso. Llamó a varios de los sacerdotes que acompañaban siempre a los ejércitos y les preguntó con cierto despecho si los extranjeros eran dioses, puesto que parecían invencibles. Los augures se consultaron

entre sí y, tras una larga discusión, respondieron al caudillo que los españoles no eran precisamente dioses, pero sí hijos del sol; que este astro les comunicaba su calor su fuerza para darles siempre la victoria, y que serían indudablemente vencidos en un ataque nocturno, puesto que la ausencia de su padre le impediría prestarles auxilio.

Xicotécatl hizo circular esta respuesta en su campamento para reanimar el casi abatido espíritu de sus soldados. Pero confiando acaso más en los hombres que en los dioses, disfrazó de campesinos a cincuenta de sus guerreros, puso en sus manos una enorme cantidad de víveres y los mandó al campamento español con el fin ostensible de obsequiar a los extranjeros, pero con el secreto de observar cuidadosamente las posiciones del enemigo y volver a dar cuenta al general.

Con estas precauciones, Xicotécatl se hacía la ilusión de que derrotaría una vez por todas a los afortunados extranjeros.

Cortés recibió sin recelo alguno a los enviados. Habíanle dicho que era una galante costumbre del Anáhuac que los enemigos se auxiliasen mutuamente con víveres, y había permitido a los tlaxcaltecas andar libremente por su campamento.

Pero he aquí cómo lo descubrió todo.

El ejército acampaba en una miserable aldea compuesta de unas cuantas casas de adobe que más bien merecían el nombre de chozas. Cortés habitaba la mejor que se había podido encontrar, y una noche en que se hallaba escribiendo a la luz de una bujía los apuntes que después le sirvieron para redactar sus célebres cartas a Carlos V, sintió los pasos de una persona que entraba recatadamente en la habitación y se dirigía a la mesa en que trabajaba.

Cortés colocó una mano entre la luz y sus ojos para reconocer a la persona que se adelantaba. Era Marina.

El capitán se admiró no poco de ver a aquella hora, sola en su aposento, a la joven esclava de Tabasco. Hasta entonces era la primera vez que Marina se presentaba a él sin ser llamada y sin la compañía de Jerónimo de Aguilar, a quien se consideraba todavía un intermedio necesario para las traducciones del azteca al español.

Cortés, con esa Intuición que le daba e la naturaleza misma de los sucesos en a que tomaba parte, comprendió que algo extraordinario debía pasar por el ánimo de Marina cuando se había atrevido a quebrantar una costumbre autorizada por el pudor y la necesidad.

Hizo a la joven una señal para que se aproximase y, no sabiendo cómo hacerse comprender de ella ni pudiendo explicarle la necesidad de llamar a Aguilar, pronunció a la ventura el nombre del intérprete.

—No es necesario llamarle —dijo Marina en español.

Cortés hizo en su silla un movimiento y miró a la joven con asombro.

—¿Quién te ha enseñado el castellano? —preguntó con una sonrisa que indicaba claramente que no le era desagradable la sorpresa.

La mirada del capitán hizo subir el rubor a las mejillas de Malintzin y, bajando los ojos, respondió:

—El Dios de los cristianos.

Estas palabras fueron pronunciadas con tanta sencillez, que el caudillo español, crédulo y supersticioso como todos los hombres de su época, estuvo tentado a creer en un milagro de la Providencia.

¿Por qué no? Los españoles veían diariamente un milagro en su propia existencia, puesto que quinientos aventureros se conservaban con vida, y aun temidos, en el corazón de un país que podía levantar a millares sus comba tientes. Ellos admiraron alguna vez entre sus filas al santo patrón de las Españas que los ayudaba con todo su poder, y aun se creían con derecho a exigir del cielo estos milagros, puesto que combatían contra incrédulos paganos.

El conocimiento que Marina había adquirido en tan poco tiempo del idioma castellano admiraba tanto más a Hernán Cortés cuanto que naturalmente se le vino a las mientes esta reflexión: «¿Cómo una mujer salvaje, criada en la ignorancia y la esclavitud, había podido aprender una idioma extranjero, cuando él y Jerónimo de Aguilar, que tenían alguna instrucción, no podían pronunciar una sola palabra de la lengua azteca que diariamente se hablaba a su alrededor?».

Y, en efecto, se había obrado un milagro en Marina, no por el Dios de los cristianos, que probablemente no miraría con muy buenos ojos aquella cruzada de terror y destrucción, sino por ese dios niño que la mitología griega representaba con los ojos vendados y a que se da el nombre de Amor.

Porque Marina amaba y, como mujer de corazón y de talento, puso todos sus esfuerzos en comprender hasta donde fuese posible al hombre a quien había entregado su albedrío.

Y por esto había aprendido su idioma.

Pero Hernán Cortés, que aún no había tenido tiempo ni oportunidad de adivinar este amor, lleno todavía de confusión y de dudas, preguntó a Marina:

—¿Por qué dices que el Dios de los cristianos te ha enseñado el español?

—Porque previó sin duda que, sabiendo ese idioma, podía yo ser de grande utilidad este día a los hombres que le adoran y predicán.

Hernán Cortés bajó la cabeza ante la seguridad con que la joven azteca respondía a sus preguntas.

Acaso parezca extraña esta superstición en un hombre de la superioridad de Cortés. Pero repetimos que era una enfermedad de la época.

¿Cristóbal Colón no era un hombre eminente? Y, sin embargo, ¿no soñó una gran parte de su vida con la insigne locura de rescatar el santo sepulcro del poder de los infieles?

Pero Cortés se detuvo muy poco en sus reflexiones. Hombre de acción antes que todo, no le gustaba perder el tiempo en lo que no le traía ningún resultado práctico. No tardó, pues, en volverse a Marina, y le dijo:

—Tus palabras encierran algún misterio; ¿qué es lo que quieres decirme con ellas?

La joven miró en torno de sí con cierta especie de recelo.

—¿No es verdad que estamos solos? —preguntó en voz baja al capitán.

—Completamente solos —respondió éste.

—Hoy han llegado al campamento unos tlaxcaltecas trayéndoos víveres en abundancia.

—Xicotécatl es un enemigo muy generoso. Y algún día he de armarle caballero.

Una extraña sonrisa cruzó por los labios de Marina, porque, aunque no comprendió muy bien el sentido de la última parte de la frase, adivinaba que Cortés estaba muy agradecido al general tlaxcalteca.

—Vuestros aliados los cempoaltecas —continuó la joven—, acaso por su antigua enemistad con Tlaxcala o por el modo con que han sido tratados sus embajadores, se han ocupado en observar a los enviados de Xicotécatl.

—¿Y qué es lo que han observado? —preguntó Cortés con ansiedad.

—Han sorprendido a los tlaxcaltecas enseñándose mutuamente las fortificaciones del campamento; han advertido que varias veces lo han recorrido todo y que procuran recatarse de todos para hablar.

—¡Unos espías! —murmuró Cortés, demudándose ligeramente.

—No es eso todo —añadió Marina—. Desde el momento en que los cempoaltecas empezaron a sospechar de los enviados de Xicotécatl, los han seguido secretamente a todas partes con el objeto de salir de sus dudas.

—¿Y se han confirmado sus sospechas?

—Les han oído hablar de que Xicotécatl se resistía a deponer las armas, a pesar de la orden que ya tenía del senado para disolver sus tropas y retirarse.

—Luego la república acepta por fin la paz con que le he brindado.

—Pero el ejército quiere tentar todavía el último recurso. Quiere atacar una noche vuestro campamento, porque sus falsos sacerdotes le han asegurado que los cristianos no saben pelear de noche como de día.

—¿Los tlaxcaltecas han dicho eso? —preguntó Cortés, procurando disimular su emoción.

—Y no solo eso —repuso Marina—. Han hecho comprender también que han sido enviados al campamento de los cristianos para observar sus posiciones y hacer más fácil la sorpresa.

Cortés sintió que la sangre se le enfriaba en las venas. Aunque en tres batallas sucesivas había salido hasta entonces victorioso de los tlaxcaltecas, sus triunfos le habían costado mucho; el ejército estaba fatigado y un ataque nocturno podía serle de fatales consecuencias. «Pero sin duda —pensó él— el Dios de los cristianos protegía su empresa, puesto que le había hecho descubrir de una manera tan providencial el lazo que le tendían sus enemigos».

Lo que Cortés llamaba providencial era el carácter de las personas que habían descubierto a los espías tlaxcaltecas. ¿Quiénes eran esas personas? Sus aliados y Marina: cempoaltecas los unos, azteca la otra; americanos todos; todos hijos de la

misma raza que había poblado a Tlaxcala y que tenían una misma religión, unas mismas costumbres y un mismo idioma, con muy ligeras variaciones.

¿Cómo no se había de hundir el Anáhuac si sus mismos hijos se unían a sus enemigos para destruirle? ¿Cómo no había de creer Hernán Cortés en un milagro de la Providencia cuando veía sus filas aumentadas por los que debían diezmarlas?

Marina no debía ser más que el instrumento de que el cielo se había valido para librar a los soldados de la Cruz de las asechanzas de los paganos.

Cortés volvió a levantar la cabeza para mirar a la joven. El instrumento de la Providencia estaba más bello que nunca. A través de su moreno cutis se transparentaba el encendido color de a sus mejillas. Sus ojos, que no se fijaban precisamente en Cortés, le miraban, sin embargo, con ese recelo de la mujer que ama y teme no ser comprendida. Su traje pintoresco, fantástico casi y de una blancura deslumbradora, prestaba mayores atractivos a aquel conjunto admirable.

Hernán Cortés empezaba a pensar menos en el cielo y más en la tierra. Alargó su brazo, tomó por primera vez entre su mano la de Marina, y apretándosela suavemente:

—España, que es tu patria adoptiva —le dijo—, te estará eternamente reconocida al servicio que acabas de prestar a sus hijos.

Cortés sintió temblar entre sus dedos la mano de Marina. Era que la joven azteca había creído escuchar al mismo tiempo otra voz que se levantaba del fondo de su conciencia y le decía:

—«Y el Anáhuac te maldecirá eternamente por la traición con que acabas de mancharte».

—¿Por qué tiemblos? —le preguntó el español.

—¿Yo? —balbuceó Marina, cuyas ideas cambiaron al instante de dirección—. ¡Yo..., yo no tiemblo!

Y como su confusión aumentaba por grados desde que Cortés se había apoderado de su mano, y como esta confusión aumentaba más su hermosura, el capitán la contemplaba enajenado, olvidado al parecer de la delación que acababa de escuchar.

—Ésta es la segunda vez que te veo temblar así —prosiguió Cortés—. ¿Recuerdas la primera?

—¿Yo, yo?... —fueron las únicas palabras que se atrevió a tartamudear Marina.

—Sí, cuando por primera vez te me presentaste a bordo de la capitana y tradujiste con Aguilar el mensaje de Teuhtlile. ¿Te acuerdas?

A Marina le faltó voz para responder y se limitó a mover la cabeza con un ademán hechicero en señal de afirmación.

—Cuando el mismo Aguilar me dijo —prosiguió Cortés— que yo te había regalado a Alonso Hernández Puertocarrero, caballero muy noble y muy gallardo, a quien tú, sin embargo, te atreviste a desdeñar.

Marina levantó los ojos, para mirar a su interlocutor, y le dijo:

—¿Y recordáis que vos mismo retirasteis desde ese día la dádiva que habíais

hecho a don Alonso?

—Te vi tan hermosa y tan acongojada...

—Yo os lo agradecí mucho —murmuró Marina volviendo a bajar los ojos—, porque no podía amar a aquel caballero.

—¿Acaso amabas a otro? —preguntó Cortés con esa voz baja, con ese acento que más bien parece un murmullo y que constituye uno de los mayores hechizos del amor.

Un «sí» ahogado, se escapó del pecho más bien que de los labios de Marina.

El libertino español hizo un ligero movimiento para atraerse más a la joven y rodeó con un brazo su cintura. Marina se ruborizó más todavía, pero no opuso resistencia.

—Todo eso lo recuerdo —continuó diciendo Cortés—. Recuerdo también que ese mismo día me contaste la historia de tus primeros años y las persecuciones que sufriste de tus propios deudos, que temían que se cumpliera la predicción del oráculo.

Un nuevo temblor agitó el cuerpo de Marina. Cortés estaba transportado.

—Recuerdo muy bien —prosiguió— las palabras del oráculo. Las tengo grabadas desde ese día en mi memoria: «Cuando esa niña llegue a la adolescencia, amará al mayor enemigo de nuestra raza...».

Marina no pudo sufrir ya más. Sintió que flaqueaban sus fuerzas y comprendió que iba a desplomarse. Pero como Cortés la tenía asida de la cintura, en lugar de caer en el suelo cayó sobre las rodillas de éste.

El español inclinó entonces su cabeza sobre el semblante de Marina y en voz baja murmuró:

—Si el destino lo quiere, ¿por qué hemos de oponernos a los decretos de la Providencia?

Capítulo XV

La patria. Amor filial

A esta noche de amor siguió un día de sangre. Los cincuenta tlaxcaltecas fueron horrorosamente mutilados. Fueron llamados a la presencia del capitán, se les obligó a confesar su crimen supuesto o verdadero y les cortaron con crueldad las manos.

Este castigo, que hace bullir de indignación la sangre en las venas, ha merecido, sin embargo, el elogio de varios historiadores españoles. Se elogia lo que se llama la *benignidad* de la pena, bajo el infame pretexto de que Cortés tenía el derecho de quitar la vida a los espías.

Xicoténcatl se llenó de horror al mirar a sus compatriotas mutilados. Pero no por esto desistió de su intento ni desmayó un instante su valor. Al anoecer, salió de su campamento con el deseo de sorprender a sus enemigos; pero éstos, que estaban ya prevenidos, le salieron al encuentro a la mitad del camino, y a las sombras de la noche trabóse una cruel y sangrienta batalla.

Ésta fue la última que los tlaxcaltecas dieron a los extranjeros. Perdida como las anteriores, a causa de la inmensa ventaja que daban a los europeos sus armas de fuego, los miserables restos del ejército de Tlaxcala huyeron en precipitada fuga a los montes, y Xicoténcatl volvió, avergonzado, confuso y casi solo, a la capital de la república.

Al día siguiente se reunió el senado y mandó comparecer en su presencia al joven general. Xicoténcatl se presentó, pálido por la fatiga de los días anteriores y abatido por el éxito de la campaña.

Los cuatro grandes señores de la república y los demás nobles que componían el senado miraron con curiosidad desde sus bancos a aquel ilustre guerrero, a quien por primera vez la victoria había vuelto las espaldas.

Xicoténcatl conservaba todavía su espléndido traje de guerrero y sus insignias de general. Sus pupilas parecían inyectadas de sangre, por el insomnio, y el círculo amoratado que se veía debajo de sus párpados indicaba que la suerte del ejército había arrancado a sus ojos lágrimas de despecho.

El dolor de Xicoténcatl era el dolor de toda la república. Así, pues, aunque muchos de aquellos senadores hubiesen opinado desde un principio por la alianza con los españoles, no podían menos que respetar y admirar el sentimiento del joven caudillo, y un silencio triste a la par que solemne reinó por algunos instantes en el recinto de aquella noble asamblea.

Maxiscatzin fue el primero que se atrevió a interrumpirlo:

—Xicoténcatl —le dijo—, ¿qué se han hecho las huestes de la república?

—Pregúntaselo a la fatalidad —respondió con voz sorda el caudillo.

Y dirigió al cielo una elocuente mirada como para reconvenir a los dioses porque habían descargado sobre su cabeza todo el peso de su cólera.

—Ayer —continuó Maxiscatzin con cierto acento de severidad— has dado a los extranjeros una batalla, contra las terminantes prescripciones del senado.

—El senado me había mandado a combatir —respondió con dignidad Xicotécatl—, y yo, a quien se había encomendado el honor de la república, me creí obligado a combatir siempre que tuviese soldados dispuestos a la lucha.

—¿Y por qué te has retirado ahora?

—Porque todos me han abandonado. ¡Hasta vosotros!... —añadió en voz baja, que solo pudo ser escuchada por los senadores más próximos. Maxiscatzin continuaba mirando con severidad a Xicotécatl. La dignidad del joven soldado lastimaba a aquel viejo prócer, débil y gastado, que acaso era el primer tlaxcalteca que había dado cabida en su pecho a la idea de la traición.

—Xicotécatl —continuó—, tú has cometido un crimen desobedeciendo al senado y comprometiendo por tercera vez las armas de la república.

Xicotécatl levantó con indignación la cabeza y paseó una mirada por toda la extensión de sala, para averiguar acaso si todos los próceres eran de la misma opinión que Maxiscatzin.

Todas aquellas cabezas, coronadas de cabellos blancos, permanecieron mudas impasibles ante la mirada escudriñadora del joven caudillo.

Era tal el respeto que se profesaba en Tlaxcala a aquella asamblea de ancianos, que Xicotécatl volvió a bajar la cabeza como agobiado bajo el peso de aquella unánime condenación. Entretanto, Maxiscatzin prosiguió:

—En pena de tu desobediencia, el senado va a imponerte un castigo.

—Estoy pronto a sufrirlo —contestó resignado el caudillo.

—La república ha acordado hacer la paz con los extranjeros del Oriente y necesita un mensajero que sepa transmitirle los sentimientos del senado. Ese mensajero será el mismo general de sus ejércitos.

Xicotécatl palideció horriblemente y, olvidando por un instante el respeto que se debía a aquella augusta asamblea, repuso con dignidad:

—El senado puede quitarme la vida, porque he sido bastante desgraciado para comprometer el honor de sus armas; pero ¿qué derecho tiene para humillarme? ¿Por qué enviarme a hablar de paz a los extranjeros a quienes he combatido y a quienes combatiría aún si el senado me lo permitiera?

—La república no quiere que mueras, sino que aprendas a obedecer al senado. En el dolor que te causa esa embajada está precisamente tu castigo.

Xicotécatl, desesperado, volvió a mirar a los bancos de los senadores para buscar entre aquellas cabezas blancas la de su animoso padre. Sus ojos no tardaron en encontrarse con los del anciano, y, a la pregunta muda que le dirigió el joven soldado, el venerable Xicotécatl respondió con un ademán que quería decir: «¡Obedece!».

El desgraciado general estuvo tentado por un momento a desobedecer a su mismo

padre. Pero era tal el respeto que sentía hacia él, tan ciega la obediencia que tradicionalmente se había profesado siempre al senado que se quedó inmóvil y resignado, con los brazos caídos y la mirada fija en la tierra.

—He aquí lo que dirás al general extranjero —continuó Maxiscatzin—. Le dirás que si la república le ha hecho la guerra es porque ha visto tropas mexicanas en sus filas y porque sabe que hay embajadores de Motecuzoma en su campamento. Háblale del odio tradicional de Tlaxcala a los emperadores del Anáhuac y refiere las desgracias que de tiempo inmemorial han sobrevenido a nuestro pueblo a consecuencia de este odio. Dile que la república no solo le concede el permiso que ha solicitado para dirigirse por nuestro territorio a la capital de Motecuzoma, sino que desea celebrar con él una alianza firme y duradera para vengar sus antiguos agravios contra los reyes del Anáhuac.

Xicotécatl hizo un nuevo movimiento de indignación y, no siendo ya bastante para contenerle el respeto que profesaba al senado, prorrumpió en estas palabras:

—¡Una alianza con los enemigos de los dioses! ¡Con los enemigos de nuestra raza! ¡Con los que han humillado a la república!

—Si —respondió Maxiscatzin—. Una alianza con los extranjeros que saldrán mañana del Anáhuac para reducir a escombros a Tenochtitlan, que permanecerá siempre asentada en las aguas del lago.

Xicotécatl volvió a enmudecer, no porque le hubiesen convencido las razones de Maxiscatzin, sino porque comprendió que se había excedido en presentar objeciones al senado.

—Ve al instante —concluyó el anciano señor—. A tu salida de la ciudad encontrarás a unos esclavos que llevan los regalos para los extranjeros. Diles que no son mejores, porque es pobre la república.

El mismo día se presentó Xicotécatl en el campamento español. Se limitó simple y sencillamente a cumplir la misión con que le investió la república para castigarle. Los aventureros europeos le contemplaron con admiración y no dejó de preocuparles la dignidad de su continente y la nobleza de su discurso.

Al día siguiente Hernán Cortés recibió una visita más importante. Los cuatro grandes señores de Tlaxcala y todos los nobles que componían el senado se presentaron en su tienda seguidos de una numerosa comitiva. Ratificáronse por ambas partes la paz y la alianza que había propuesto ya Xicotécatl, y Maxiscatzin, en nombre de todos sus colegas, invitó al ejército español a pasar a la capital.

Hernán Cortés aceptó la paz con que se le brindaba; pero sus ilustres huéspedes pasaron por la vergüenza de que les reconviniese por la doblez con que se habían manejado hasta entonces.

Aceptó también la alianza que se le prometía contra el emperador del Anáhuac, pero volvió a sonrojar al senado exigiéndole una protesta de que el pacto que ahora se celebraba sería sincero y duradero.

Aceptó, por último, la invitación que se le hacía de pasar a Tlaxcala y prometió

verificarlo con todos sus españoles y sus aliados los cempoaltecas y totonacas.

Pero he aquí que se pasaron seis días y Hernán Cortés no había cumplido aún su promesa de pasar a la capital de la república.

Los senadores, que ya se habían humillado bastante ante el jefe de los aventureros, no vacilaron en volver al campamento y repitieron su invitación.

Hernán Cortés, que, o por miedo o por orgullo no había ido hasta entonces a la ciudad de sus enemigos de ayer y de sus aliados de hoy, ratificó de buena voluntad su anterior promesa y, al día siguiente, la cumplió.

La ciudad se vistió de gala para recibir a los que llamaba sus amigos. ¿Adivinaba acaso que los que se presentaban ahora como tales se convertirían mañana en verdugos; que las ramas y flores con que adornaban su tránsito las devolverían convertidas en cadenas; que los príncipes que hoy hacían los honores de la corte regarían en poco tiempo sus campos con el sudor del esclavo?

Maxiscatzin y sus colegas no preveían acaso ninguna de estas desastrosas consecuencias. Sin embargo, insensiblemente fueron cayendo en el lazo que les había tendido el astuto general de los aventureros. Háblales un día de que sometiesen sus dominios a la corona de Castilla; y los débiles senadores, que se habían colocado en la misma pendiente resbaladiza que el cacique de Cempoala, no tuvieron valor para oponerse a sus deseos.

Desde entonces la orgullosa república que durante cien años había resistido a los ataques de su poderoso vecino, el gran señor del Anáhuac, abdicó su independencia en favor de un monarca desconocido e inscribió su nombre en el largo catálogo de las provincias españolas.

En seguida intentó Cortés introducir en la república la religión de Cristo. Pero los tlaxcaltecas hicieron por sus dioses lo que no habían hecho por su propia autonomía: se negaron obstinadamente a las exigencias de su aliado. Ya éste se preparaba acaso a escalar los templos, como en Cempoala, cuando intervino y se opuso a su intento el capellán de la armada, quien seguramente no quiso verse envuelto en dificultades desastrosas pretexto de arrancar las almas de aquellos paganos de las garras de Satanás.

La tercera exigencia del capitán español fue la de que la república pusiese a sus órdenes algunos millares de combatientes para vengarla de su antiguo antagonista, el emperador del Anáhuac. Los tlaxcaltecas no pudieron negarse a esta nueva pretensión, puesto que, como aliados de los aventureros y súbditos de los Reyes Católicos, debían ayudar a unos y a otros en las guerras contra sus enemigos.

Pero he aquí que el senado tropezó con una grave dificultad. ¿Quién mandaría el ejército tlaxcalteca?

Los soldados de la república solo sabían batirse a las órdenes del joven Xicotécatl, y el orgulloso general no se había dejado ver en las calles de la ciudad desde que los extranjeros la ocupaban con el título de aliados.

Maxiscatzin convocó a sus colegas, y el senado celebró a puertas cerradas una

sesión, muy interesante sin duda, puesto que se prolongó por muchas horas.

Del senado, el anciano Xicotécatl se hizo conducir a la casa de su hijo. El joven caudillo, despojado de su traje de general, se ocupaba en consultar varios de esos manuscritos aztecas de que otra vez hemos hablado a nuestros lectores. Pero cuando sintió alzar la cortina de la puerta y vio entrar a su padre, dejó caer las telas de jeroglíficos que tenía en su mano y corrió como siempre a su encuentro.

Cuando el anciano se sintió apoyado en el brazo de su hijo, despidió al mancebo que le acompañaba y preguntó en voz baja:

—¿Nadie nos escucha?

—Nadie —respondió el caudillo—. Estoy solo.

Entonces el anciano se dejó caer en el banco que su hijo le hacía tocar con las corvas, y un torrente de lágrimas inundó al instante sus mejillas.

Xicotécatl, mudo al principio de asombro, acabó por caer de hinojos a los pies de su padre, y estrechando afectuosamente sus manos:

—Padre —exclamó—, ¿por qué lloras?

El anciano hizo un esfuerzo para levantar a su hijo.

—¡Levántate! —le dijo—. Yo soy quien debía estar a tus pies.

Pero Xicotécatl continuaba arrodillado, mirando con un sentimiento Imposible de describir aquellos ojos sin pupilas humedecidos por el llanto.

—¿No es verdad que me perdonas? —prosiguió con voz suplicante el anciano.

—Perdonarte, ¿qué? —preguntó admirado Xicotécatl.

—La alianza que la república ha hecho con los extranjeros para hacer la guerra a Motecuzoma.

—Los dioses han depositado la sabiduría bajo tus cabellos blancos, y nunca seré yo un hijo que murmure de las acciones de su padre. Además, ¿sé yo si en la decisión del senado ha intervenido tu voto?

Nuevas lágrimas brotaron de los ojos del anciano.

—Eres un noble hijo —murmuró—. Y, yo..., yo soy un padre indigno de ti.

—No hablemos más de eso —repuso Xicotécatl con voz conmovida.

—¡Ah! Es que tú no sabes que, después de haber perdido a la patria, me he encargado de perder a mi hijo.

Xicotécatl levantó la cabeza y miró a su padre con asombro. El anciano, que sentía clavada sobre su frente esta mirada interrogadora, continuó:

—¡Sí, miserable de mi! El senado ha acordado levantar un ejército para ayudar a los extranjeros contra Motecuzoma y te ha nombrado caudillo de ese ejército.

Xicotécatl se levantó fuera de si al escuchar estas palabras. El dolor, la cólera y la indignación estaban retratados a la vez en su semblante.

—¡Pero no es eso todo! —concluyó el octogenario cada vez con acento más desmayado—. El senado me ha designado... a mí, que soy tu padre, para que venga a participarte tu nombramiento y a recordarte la obediencia que debes al gobierno de tu patria.

Xicotécatl se puso horriblemente pálido. Entretanto, su padre, como hablando consigo mismo, murmuraba estas palabras:

—¡Oh! Yo les dije muchas veces en el senado: «Mi hijo no aceptará nunca ese nombramiento... ¡Xicotécatl no hará nunca la guerra al lado de los extranjeros blancos del Oriente! Xicotécatl no necesita de la ayuda de los extranjeros para desbaratar los escuadrones de Motecuzoma... Mi hijo me maldecirá si voy a decirle que obedezca al senado...». Pero el senado no quiso escucharme y me recordó que así yo como todos y cada uno de los tlaxcaltecas estábamos obligados a obedecerle. Maxiscatzin me dijo: «La alianza de los extranjeros no puede ni debe inspirar ningún temor a la república. Ellos se volverán muy pronto a su misterioso país, porque nuestro pobre suelo no es digno de poseerlos, y, entretanto, nosotros nos habremos aprovechado de su ayuda para vengar los agravios que hemos recibido siempre de los señores del Anáhuac. Ve a buscar a tu hijo y dile todo esto. Si se hace sordo a los deberes que les impone la patria, recuérdale estas palabras que cuando niño aprendió de tus labios: *¡Honra a todos, especialmente a tus padres, a quienes debes obediencia, temor y servicio!*».

—¿Y tú —preguntó el joven Xicotécatl—, tú prometiste al senado que obedecería tu hijo?

La única respuesta de anciano fue un ahogado suspiro que se escapó de su pecho.

Xicotécatl volvió a tomar entre sus dedos la mano de su padre y, apretándola suavemente, le dijo:

—No temas responderme. ¿Lo prometiste?

—Sí, desdichado de mí —prorrumpió con acento desgarrador el anciano—. Creí que la patria exigía de mí este servicio y lo he prometido.

—¡Basta! —respondió Xicotécatl—. Obedezco al senado.

Pero al pronunciar estas palabras sintió que un peso oprimía su corazón y que esta opresión subía hasta su semblante. Llevó una mano a sus ojos y los sintió humedecidos por algunas lágrimas. Le hacía llorar de despecho la tiranía del senado.

Pocos días después, el ejército español salía de Tlaxcala con dirección a México. Seguíanle cuatro mil tlaxcaltecas, a cuya cabeza iba Xicotécatl. El desgraciado caminaba con la cabeza inclinada, porque creía que todo lo que le rodeaba reprobaba su conducta.

Capítulo XVI

Los asesinatos de Cholula

Si Tízoc, el joven sacerdote de Huitzilopochtli, ha logrado excitar algún interés en nuestros lectores, se recordará probablemente que le hemos dejado en la casa de Xicotécatl pidiendo una plaza en los ejércitos de la república.

¿Cuál había sido su suerte hasta entonces? El lector que desee averiguarlo puede acompañarnos al hermoso lago de Texcoco, donde el animoso joven navegaba una tarde del mes de octubre con dirección a Tenochtitlan.

La barca de que se servía para el viaje era una de esas canoas hechas del tronco de un árbol ahuecado, que se deslizaba ligeramente sobre la superficie de la laguna. Tízoc no llevaba remeros, él solo ocupaba la barca. Puesto de pie en el centro de su débil esquife, hundía periódicamente su largo remo en el fondo del lago y surcaba sus aguas con notable rapidez.

Entretenido en esta ocupación y distraído con sus propios pensamientos, Tízoc parecía insensible al magnífico paisaje que le rodeaba. La blanca y tersa superficie del lago, las colinas pobladas de árboles que parecían encerrarlo entre sus altos muros, las ciudades y las aldeas que brotaban del fondo de las aguas y algunos huertos flotantes que encontraba a su paso, no le hacían desviar un instante los ojos del remo que llevaba en las manos y en que tenía concentrada toda su atención.

El sol descendía lentamente hacia el ocaso, y el viajero remaba con vigor, temeroso acaso de que le sorprendiese la noche en medio del lago.

Repentinamente levantó los ojos, miró rápidamente en derredor de sí y dejó escapar una exclamación de triunfo. La noche había cerrado completamente, pero la barca acababa de entrar en una calle formada por varias casas de adobe que reflejaba su oscura silueta en las tranquilas aguas del canal. Se hallaba en la ciudad de Tenochtitlan.

La metrópoli del Anáhuac estaba sumergida en un profunda silencio, porque los aztecas se entregaban generalmente al reposo desde el momento en que el sol ocultaba su disco en el horizonte. Tízoc se habría creído transportado a un inmenso cementerio a no ser por el gran número de hogueras que ardían en la alta cima de los templos y que arrojaban una claridad fantástica sobre las calles y los edificios de la población.

El joven sacerdote, después de haber tomado un ligero descanso, continuó bogando hacia el interior de la ciudad. Como las calles irregulares por donde transitaba eran angostas, en lugar de fijar su remo como antes en el fondo del lago, que convertido en innumerables canales, atravesaba toda la ciudad, lo fijaba ahora en los cimientos de los edificios que encontraba a su paso, sin disminuir por esto la

rapidez de su carrera.

Así continuó su marcha hasta que llegó al frente de un edificio de piedra coronado de almenas, lo cual indicaba la noble estirpe del personaje que lo habitaba.

Esta casa, como casi todas las principales de México, tenía dos entradas: una que daba a la calle, cuyo piso era sólido por estar unida a la calzada de Iztapalapan, y otra, al canal, precedida de un angosto terraplén que servía de desembarcadero.

Esta segunda entrada quedaba a espaldas del edificio; y como era la única de que podía usar, Tízoc se aproximó cuanto pudo al terraplén, clavó su remo en el fondo del canal y, dejando la barca encerrada entre el remo y el muro de tierra, saltó al desembarcadero.

La entrada conducía a un gran patio, que Tízoc atravesó con seguridad hasta el extremo opuesto, en que se veía una puerta protegida por una cortina. El joven alzó esta cortina y se encontró en una habitación alumbrada por dos teas de ocote, que esparcían su suave olor en su recinto.

A la vacilante claridad que arrojaban estas antorchas, únicas que conocían los aztecas, se veía a un hombre alto, robusto y de varonil semblante que examinaba atentamente la construcción de una espada del país que tenía en la mano.

Estaba hermosamente vestido. La rica tela de su manta, las joyas de que estaba adornada y las alhajas de oro que resplandecían sobre su cuerpo, indicaban a primera vista que era un personaje. Un casco colgado en el muro al que enseñaba en las plumas de la cimera los colores de la casa imperial del Anáhuac hacía comprender que debía ser un pariente muy inmediato del emperador.

Tízoc se adelantó hacia este personaje y le dijo:

—Bien haces, valeroso Cuauhtemotzin, en examinar tus armas, porque bien pronto tendrás necesidad de esgrimir las contra los enemigos de la patria.

El que había recibido el nombre de Cuauhtemotzin levantó la cabeza al escuchar esta voz y miró con sorpresa al que acababa de hablar.

—¡Tízoc! —exclamó, como admirado de verle en su presencia.

—Tienes la gran cualidad de los príncipes —repuso Tízoc—. Te acuerdas de los que desean prestar un servicio cualquiera a su patria, aunque solo les hayas visto y hablado una vez.

—De ti me acuerdo perfectamente. Un día te presentaste aquí, me dijiste que acababas de huir del templo y me pediste un disfraz y unas armas para que pudieses salir sin temor de la ciudad. ¿Se han realizado tus deseos de combatir contra los misteriosos extranjeros del Oriente?

—Tres veces he sido derrotado en el ejército de Tlaxcala.

—¡Ah! —exclamó Cuauhtemotzin—. ¡Has peleado al lado de esos miserables que se han aliado con nuestros enemigos!...

—Eran los únicos que combatían entonces, y creí que, ayudando a la república, ayudaba a todo el Anáhuac. Pero luego que los tlaxcaltecas se unieron pérfidamente a los extranjeros, me retiré a Cholula, donde creía que podría organizarse un ejército

para estorbar su paso.

—En todo el país podrían levantarse ejércitos para aniquilar en un solo día a los extranjeros, como nuestros padres abatieron en una sola batalla el poder del tirano de Azcapozalco. Pero una triste fatalidad pesa sobre el Anáhuac. El débil Motecuzoma, rodeado de agoreros y de sacerdotes, aún no se ha atrevido a mandar disparar una flecha sobre los pretendidos descendientes de Quetzalcóatl.

—Y mientras el emperador vacila —repuso Tízoc—, los extranjeros avanzan a su capital, regando de sangre y de escombros su camino.

—Sí —murmuró distraído Cuauhtemotzin—. Los tlaxcaltecas han perdido en sus batallas la flor de sus guerreros.

—Y Cholula ha visto sus calles regadas con arroyos de sangre y empedradas con miembros mutilados de víctimas inocentes.

Cuauhtemotzin levantó la cabeza y miró con asombro a su interlocutor.

—Sí —continuó Tízoc—; yo he escapado milagrosamente de esa matanza y he venido a traerte la noticia... a ti, que eres el más noble de los aztecas, para que excites la cólera del emperador y le obligues a combatir.

—Pero ¿por qué se ha derramado esa sangre? —preguntó con cierto acento de incredulidad Cuauhtemotzin—. ¿Acaso los hijos de Cholula levantaron algún ejército contra los hombres blancos del Oriente?

—Cholula, como Tlaxcala, recibió a los extranjeros con ramas y flores, los alojó en sus mejores palacios y llenó de ricos platos su mesa.

—¿Por qué entonces ha sido condenada a la muerte?

—Porque los extranjeros viven de la sangre de los aztecas, como vive el tigre de las víctimas que caza en el bosque. Los hijos de Cholula recibieron de buena fe a los extranjeros, como se lo había mandado Motecuzoma, su señor. Pero sabiendo que en Cempoala habían profanado los templos de los dioses y derribado sus altares, temieron que se pensase cometer igual sacrilegio en la ciudad santa del Anáhuac.

—¿Y hostilizaron entonces a los extranjeros?

—¡No, no! Se prepararon únicamente a la defensa de los dioses. Apilaron guijarros en las azoteas, levantaron unas cuantas trincheras junto al templo e hicieron salir de la ciudad algunas mujeres.

—¿Y entonces...?

—Entonces los extranjeros, que habían anunciado ya su marcha, se reunieron ayer en el gran patio del palacio donde se alojaban, y, ante los nobles que habían acudido para acompañarlos y los esclavos que debían conducir su equipaje, su general dijo que Cholula se había armado secretamente para aniquilarlos y que iba a castigar a la ciudad *rebelde* con todo el rigor que merecía su crimen. Y alzando el instrumento del rayo que traía en sus manos, dejó oír uno de esos ruidos espantosos que hacen caer a nuestros guerreros en el campo de batalla. Ésta fue sin duda una señal, porque todos los extranjeros levantaron al instante sus armas sobre los nobles, sobre los sacerdotes y sobre los esclavos, y, como todos éstos se hallaban indefensos, la carnicería fue

espantosa y en un momento quedaron todos sin vida.

Cuauhtemotzin estaba lleno de indignación y de asombro. Tízoc continuó:

—Los extranjeros salieron luego de su palacio, pasando sobre los cadáveres de sus víctimas, y, unidos a sus aliados los cempoaltecas, se desparramaron por toda la ciudad, como tigres hambrientos, y empezaron a descargar sus armas contra todos los cholultecas que encontraron a su paso.

—Pero esos desgraciados —preguntó despechado Cuauhtemotzin— ¿no hicieron ningún esfuerzo para defenderse?

—Aquella matanza fue tan inesperada —respondió Tízoc—, que por mucho tiempo se dejaron asesinar sin defenderse más que con sus gritos y sus lamentos. Al fin los que lograban huir se fueron reuniendo insensiblemente en el templo, creyendo que los dioses se dignarían protegerlos. Pero hasta allí los siguió la sed de sangre de sus enemigos. Los cholultecas recordaron entonces que la ciudad donde se había dignado residir Quetzalcóatl tenía el raro privilegio de poder destruir a sus enemigos sin más armas que las que los dioses habían depositado bajo los muros de su templo. Arrasaron entonces con valor los muros, pero el agua prometida por los dioses no brotó de la tierra y los extranjeros no fueron inundados. Viéndose abandonados por Quetzalcóatl, corrieron a las torres de madera y, armándose con las flechas depositadas allí por la previsión de los sacerdotes, las arrojaron sobre sus enemigos, que subían ya por las escaleras del templo.

—¿Y entonces... y entonces? —preguntó con ansiedad Cuauhtemotzin.

—Entonces —prosiguió Tízoc— los extranjeros arrojaron fuego sobre las torres, que empezaron a arder al instante. Los cholultecas, por huir del incendio, se arrojaban sobre sus enemigos, que los hacían pedazos al caer. Y en breve tiempo no quedaron en el templo Mayor de Cholula más que las torres y los cadáveres de sus defensores. Algunas casas en que se habían fortificado varios fugitivos fueron también asaltadas por los extranjeros y reducidas a escombros. Y cuando ya no se escuchó en la ciudad ni las imprecaciones de los perseguidos ni el ¡ay! de los moribundos, los extranjeros y sus aliados invadieron todas las habitaciones y despojaron a las mujeres y a los niños de todo el oro, plata y vestidos que encontraron.

—¡Oh! —exclamó Cuauhtemotzin, pálido y balbuciente de indignación—. Esos hombres son peores que las bestias feroces, que sólo se arrojan sobre su presa cuando tienen hambre.

—¡Ah! —prorrumpió súbitamente Tízoc como herido de una idea repentina—. En este momento recuerdo lo que acaba de suceder en Chiahuitztla y lo que tal vez ha impulsado a los extranjeros a tomar tan sangrienta venganza en Cholula.

Cuauhtemotzin interrogó con los ojos a su interlocutor.

—Los extranjeros han levantado en Chiahuitztla una ciudad y, cuando se retiraron de allí para pasar a Tlaxcala, dejaron algunos de sus guerreros para guardarla. Motecuzoma, que ignoraba tal vez esta circunstancia, previno a Cuauhpopoca, cacique de Nauhtlan, que cobrase a los totonacas el tributo que le debían como

feudatarios. Éstos se negaron, alegando que ya no eran súbditos de Motecuzoma sino del señor de los extranjeros. Indignado Cuauhpopoca con esta respuesta, se propuso castigar a los rebeldes. Pero éstos solicitaron el apoyo de los nuevos habitantes de Chiahuitztlá, y en las llanuras de Nauhtlan se dio una sangrienta batalla.

Los totonacas, ayudados de los extranjeros, lograron vencer. Pero el capitán de éstos y siete de sus guerreros quedaron muertos en el campo. Yo he visto en las cercanías de Cholula una cabeza blanca y barbada que se la llevaban a Motecuzoma para que la hiciese sacrificar en el templo de Huitzilopochtli.

Cuauhtemotzin hizo un movimiento de horror. En seguida dijo a Tízoc:

—Aguárdame en esta habitación. Voy a referir a Motecuzoma la matanza de Cholula y espero que recuerde que es el padre de sus vasallos para que tome contra los extranjeros una venganza digna de su poder.

—Los dioses te acompañen —murmuró Tízoc.

Y siguió con la vista la noble figura de Cuauhtemotzin hasta que éste desapareció tras la cortina de una puerta inmediata.

Capítulo XVII

Los españoles en Tenochtitlan

El 8 de noviembre de 1519 es un día eternamente memorable en los anales del Anáhuac. En ese día entraron por la primera vez en la metrópoli del Nuevo Mundo los misteriosos extranjeros que siete meses antes habían desembarcado en las costas de Chalchiuhcuecan.

El ejército había pernoctado en Iztapalapan, ese precioso jardín del Anáhuac, donde todas las rosas de la flora mexicana recreaban la vista y embalsamaban la atmósfera.

Al rayar el alba, Hernán Cortés estaba ya a caballo ordenando sus tropas para la marcha. El mismo capitán, con la poca caballería que conservaba, debía formar la vanguardia. Seguía después toda la infantería española con sus relucientes cascos, sus terribles armas de fuego y su andar lento y ordenado, como preparada a cualquiera eventualidad que pudiera sobrevenir. Los bagajes ocupaban el centro, y la retaguardia estaba cubierta por todos los aliados, tlaxcaltecas, cempoaltecas y de totonacas, cuya piel desnuda y caprichosamente pintada formaba un extraño contraste con la compostura de los españoles.

Antes de emprender la marcha, Hernán Cortés dirigió a su ejército una breve alocución. Excitó su valor por los medios que acostumbraba y le recomendó sobre todo la moderación, recordándole que iba a entrar en la capital más populosa del imperio. Hizo en seguida un ademán, las trompetas y los tambores dieron la orden de marcha, y los españoles, con el corazón oprimido por tristes presentimientos, empezaron a hollar con sus plantas la gran calzada de Iztapalapan, que unía a aquella ciudad con la poética Tenochtitlan.

El sol, que se levantaba a su derecha disipando las nubes de la estación que se agolpaban sobre las colinas del Oriente, iluminaba un panorama grandioso y bello, que indudablemente habría encantado al ejército si no hubiese servido para aumentar sus temores.

La extensa superficie del lago se hallaba cubierta de un número inmenso de canoas cargadas de flores y legumbres que sus conductores llevaban al gran mercado de la capital.

Las dos orillas de la calzada se hallaban pobladas de un numeroso gentío compuesto de hombres, niños y mujeres que abrían paso respetuosamente a los españoles y dejaban oír un murmullo de disgusto a la aproximación de los aliados.

La vista tropezaba a cada instante con varias ciudades y aldeas que surgían de la superficie de la laguna, como esas creaciones fantásticas de los romances caballerescos que tanta boga tenían entonces en España. Los edificios de estas

poblaciones acuáticas descansaban sobre estacas clavadas en el fondo del lago, y su altura era tal que las canoas pasaban libremente bajo ellas sin que los remeros que las conducían tuviesen siquiera que inclinar la cabeza.

Pero nada admiraron tanto los españoles como las chinampas. Al ver aquellos pequeños huertos, sembrados de arbustos y de flores, con una cabaña en la superficie, que les salía al encuentro al impulso de un solo remero, se creyeron verdaderamente metidos en una aventura novelesca más prodigiosa que todas las de Amadís de Gaula.

Los viajeros no se cansaban de admirar todas las bellezas que encerraban los alrededores de México. Un gran número de casas se levantaba a la orilla de la calzada, y sus paredes, dadas de estuco, brillaban como plata bruñida al reflejo del sol.

Del centro de las ciudades veían levantarse una o más columnas de humo que iban a perderse en la atmósfera. Eran las hogueras sagradas que ardían constantemente, según hemos dicho ya, en las cimas de los templos. Repentinamente, el ejército se detuvo ante una gruesa muralla que atravesaba la calzada y que terminaba en dos torreones de sólida y hermosa arquitectura. Este punto se llamaba el fuerte Xóloc y no tenía más entrada que una abertura practicada en el centro, por donde los españoles vieron salir un tropel de mexicanos primorosamente vestidos.

Ostentaban en sus hombros la aristocrática capa de algodón adornada de plumas, y en los brazos, en los pies y o en las orejas, ricas alhajas de oro con brillantes piedras de distintos colores.

Felicitaron al general español en nombre de Motecuzoma, por su llegada a la capital del Anáhuac, y comenzaron de uno en uno a hacerle el acatamiento acostumbrado de tocar la tierra y besarse la mano.

Concluida esta ceremonia, que duró más de media hora por ser grande el número de los enviados de la corte, los españoles y sus aliados continuaron su marcha por la misma calzada, que a cada instante se veía apiñada de curiosos.

Repentinamente encontraron en su tránsito un incidente que hizo temblar de espanto hasta a los más animosos. Era una cortadura o canal practicado en la misma calzada para que las aguas del lago pasasen libremente de un lado a otro. La cortadura se hallaba cubierta con un puente de madera levadizo que, una vez alzado, impedía la salida de la ciudad.

Cuando los españoles sintieron resonar este puente bajo sus pisadas, comprendieron que cometían una insigne locura en entregarse así a la merced de Motecuzoma y de sus numerosos vasallos. Pero ya no era tiempo de retroceder. Hernán Cortés, que iba al frente de la caballería, caminaba por delante de todos y empezaba ya a entrar por los arrabales de la ciudad con tanto aplomo y confianza como si estuviese entrando en Medellín, su patria.

La calle por donde transitaba ahora el ejército atravesaba a la ciudad en línea recta, de Sur a Norte, y sólo se hallaba interrumpida por los muros del templo Mayor, tras de los cuales se veían descollar en lontananza las colinas septentrionales del

valle.

A los dos lados de esta calle, que corresponde ahora a la del Rastro, comenzaban a verse casas de un solo piso, pero amplias y de bella apariencia, que ostentaban en sus azoteas almenas, jardines y miradores.

El número de curiosos era ya tan inmenso que adondequiera que se dirigiese la vista a izquierda y derecha de la calle, a las azoteas, a las puertas y a las ventanas, los ojos tropezaban con una atónita muchedumbre que parecía contemplar un espectáculo sobrenatural.

Llegaba ya la caballería al sitio donde después se edificó el Hospital de Jesús, cuando ocurrió un incidente extraordinario que produjo honda sensación en naturales y extranjeros.

El emperador Motecuzoma, el orgulloso señor del Anáhuac ante quien no osaban levantar los ojos sus vasallos, él es que cobraba el tributo de mil ciudades, el que hacía temblar con una sola palabra a millares de hombres, salía recibir a un puñado de aventureros desconocidos que asesinaban a sus súbditos y que insultaban a los dioses de la tierra.

La comitiva del emperador, compuesta de un gran número de nobles de su corte, iba precedida de tres oficiales a que llevaban en la mano unas largas varas de oro, que alzaban de tiempo en tiempo para hacer comprender la presencia del monarca. A esta señal, los millares de espectadores que inundaban la calle y las azoteas bajaban humildemente la cabeza, y algunos plebeyos llevaban su veneración hasta arrodillarse.

Los nobles del acompañamiento iban todavía más espléndidamente vestidos que los que felicitaron a Cortés en el fuerte. Formaban dos hileras a los lados de la calle, a fin de impedir que los curiosos se acercasen al emperador. Venían ton los pies descalzos, la cabeza bajada y muy inmediatos al muro, por respeto a la majestad imperial.

En el centro de esta comitiva venía el emperador sobre una litera, forrada de láminas de oro y cubierta de piedras preciosas, que llevaban en sus hombros cuatro individuos de la primera nobleza, espléndidamente vestidos, pero también descalzos. Un dosel de vistosas plumas cubría la litera de los rayos del sol.

El traje de Motecuzoma era entonces el que otras veces hemos descrito. Su capa, bordada en las cuatro extremidades, brillaba con el número de piedras preciosas de que estaba salpicada. Sus sandalias, cuya suela era de oro, se sujetaban a las piernas por blancos cordones de algodón entretejidos con partículas del mismo metal. Adornaba su cabeza un penacho de plumas que el aire agitaba blandamente sobre sus cabellos.

Cuando llegó la comitiva al lugar que hemos indicado, Motecuzoma bajó de la litera y se adelantó hacia el general español, apoyado en los brazos del rey de Texcoco y del señor de Iztapalapan. El primero era su sobrino, el segundo su hermano. Varios pajes echaban alfombras a su paso para que la tierra no lastimase sus

delicadas plantas.

Hernán Cortés, al ver bajar a Motecuzoma, se apeó del caballo y corrió a su encuentro, acompañado de Marina y de algunos capitanes. Todos hicieron una profunda inclinación de cabeza ante el emperador, y éste correspondió con la dignidad y gracia que acostumbraba en las ocasiones solemnes.

—Sed bienvenidos a Tenochtitlan —les dijo por conducto de Marina—. Mis ojos no pueden menos que contemplar con satisfacción a los extranjeros que obran tantos prodigios como los dioses.

—Señor —respondió Cortés—, yo también os miro con profundo placer, porque hace mucho tiempo que deseaba daros personalmente las gracias por los espléndidos regalos de que me habéis colmado desde que puse los pies en vuestro imperio.

Y para recompensar aquellos espléndidos regalos, el español sacó de sus bolsillos un miserable collar con cuentas de vidrio, que colgó a la garganta del emperador.

Entonces el magnífico señor del Anáhuac tomó de las manos de un paje dos hermosos collares de nácar, de que pendían algunos cangrejos de oro primorosamente labrados, y se los presentó a Cortés.

Mediaron luego algunos cumplimientos, y el español quiso terminarlos extendiendo los brazos para estrechar a Motecuzoma. Pero los nobles de la comitiva se lo impidieron con cierta aspereza que indicaba la repugnancia que les causaba esta acción. ¿Quién era aquel aventurero, arrojado tal vez de los abismos del mar, para echar los brazos al cuello de un hombre que era el dios del Anáhuac?

Tras este desagradable incidente, Motecuzoma ordenó al señor de Iztapalapan que condujese a los españoles al alojamiento que se les había preparado. Montó luego en su litera, y los extranjeros le vieron alejarse en la misma dirección que había traído. Su paso estaba señalado por las cabezas de los nobles que se abatían y por los hombres del pueblo que se arrodillaban.

El ejército no tardó en seguirle por aquella hermosa calle que dividía a dos de los más populosos barrios de la ciudad: el de Tecpan, a la derecha, y el de Moyotla, a la izquierda. Los edificios que se levantaban a ambos lados de la calzada eran cada vez más hermosos. Sus paredes, en lo general, eran de esa piedra porosa, llamada *tezontli*; algunas azoteas estaban adornadas de almenas y jardines, y otras de parapetos y torres, que indicaban que en un momento dado podían convertirse en otras tantas fortalezas.

De trecho en trecho atravesaba la calle algún canal, que se extendía de Oriente a Poniente y por el que corría libremente el agua de las lagunas. El canal estaba cubierto por un nuevo puente levadizo, bajo el cual pasaban ligeramente las innumerables canoas que un momento antes se veían en el lago.

Tristes reflexiones agitaban el ánimo del ejército. ¡Cuán fácil le era a Motecuzoma levantar un día estos puentes, llenar de soldados las fortificadas azoteas y dar una señal para asesinar a todos aquellos aventureros que habían osado provocar al león en su guarida!

Acaso para disipar estos fúnebres pensamientos, que Cortés leía en el semblante de sus soldados, la marcha se verificaba a tambor batiente y banderas desplegadas. No se hallaban menos preocupados los millares de curiosos que, en progresión asombrosa, se aumentaban aún con los que salían al encuentro de los viajeros en los canales y bocacalles. Sus ojos no se cansaban de contemplar a aquellos extranjeros, que, con su blanca figura, sus hermosos trajes y sus relucientes armas, parecían confirmar su origen divino.

El pavimento de las calles, que resonaba bajo los cascos de los caballos y los pesados trenes de la artillería, infundía un miedo secreto en sus corazones y les obligaba a guardar un respetuoso silencio. Pero lo que les causaba mayor admiración, lo que hacía aumentar el respeto con que miraba a los extranjeros, era aquella excesiva deferencia de Motecuzoma en salir a recibirlos a tan considerable distancia de su palacio.

Repentinamente desembocaron los españoles en una gran plaza, en cuyo centro se elevaba una enorme construcción piramidal, coronada de dos torres que dominaban a todos los edificios de la población. Era el grandioso templo Mayor de Tenochtitlan, en cuya cima se verificaban los sacrificios humanos, a presencia de la fanática muchedumbre, que los contemplaba de rodillas y con pavor.

A la derecha de los viajeros se levantaba una gran casa, la más hermosa de cuantas habían visto hasta allí, y cuya descripción daremos en otra parte a nuestros lectores. Era el palacio del actual emperador del Anáhuac, sobre cuyos escombros debía levantarse más tarde el palacio de los virreyes españoles.

Costeando los extranjeros el muro oriental del templo llegaron en fin a un bello conjunto de casas bajas, situadas en la calle que hoy se llama de Santa Teresa la antigua, y que era el palacio del rey Axayácatl, padre de Motecuzoma.

Ésta era la casa destinada de antemano para alojar a los españoles, y, cuando éstos entraron en el gran patio cuadrado, ya encontraron allí al emperador, que solo se les había adelantado para dispensarles el honor de recibirlos en su alojamiento.

Motecuzoma tomó a Hernán Cortés de la mano y le condujo a una gran sala del palacio tapizada de telas y alfombrada de esteras. A un extremo de la estancia se veía un banco cubierto con un rico tapete de algodón y arrimado a una blanca colgadura adornada de plumas y piedras preciosas.

El emperador hizo sentar al general español en este banco, colgó a su garganta un nuevo collar de conchas más rico que el anterior, y le dijo:

—Este palacio es tuyo. Come y descansa en él con tus bravos compañeros, que bastante lo habréis menester.

Hernán Cortés quiso hablar para dar las gracias al emperador. Pero éste se lo impidió, añadiendo:

—Descansa por ahora. Pronto volveré a visitarte para que me digas la embajada que traes de tu soberano.

Y al terminar estas palabras, salió de la sala y del palacio de Axayácatl.

Hernán Cortés se dedicó entonces a visitar su nuevo alojamiento. Era, como hemos dicho, un gran conjunto de casas bajas, tan cómodo y tan espacioso que el capitán pudo alojar en él no solo a sus cuatrocientos españoles, sino también a todos los aliados tlaxcaltecas, cempoaltecas y totonacas. Y todavía quedó espacio suficiente donde se distribuyó la numerosa servidumbre que la ciudad había preparado para la cocina del ejército.

Este palacio, que alojaba cómodamente en su recinto más de siete mil personas, contenía un gran número de habitaciones en que reinaba el aseo más exquisito. Muchas de las cámaras estaban, como la sala principal, alfombradas de esteras y tapizadas de hermosas telas de algodón. En varias de ellas se veían camas bajas al estilo del país y sillas de madera hechas de una sola pieza. Cortés se estableció militarmente en aquel edificio, que con sus gruesos muros y sus torreones, que se levantaban de distancia en distancia, se prestaba fácilmente a la defensa. Colocó su artillería en las avenidas del palacio, distribuyó sus retenes y centinelas donde creyó más conveniente, y previno que ningún soldado saliese de sus cuarteles sin previa licencia del general.

Tomadas estas precauciones, los viajeros se sentaron a la mesa, y es de creer que hubiesen hecho a la cocina imperial la justicia que merecía.

A la caída de la tarde se anunció una nueva visita de Motecuzoma, Hernán Cortés hizo esta vez los honores de la casa y condujo al emperador a la sala de que a hemos hablado.

Sentados entonces los dos y puestos de pie los capitanes españoles y los nobles que habían acompañado a Motecuzoma, entablóse un diálogo sobre el objeto que había traído a los extranjeros a la capital del Anáhuac.

El verdadero objeto de la expedición lo habrán comprendido todos los que hayan hojeado un libro cualquiera sobre la conquista de México. Pero el general español, que daba a sus planes ambiciosos el viso de una cruzada, habló únicamente de religión a Motecuzoma y le hizo creer que había emprendido un viaje dilatado solo para arrancar su alma y la de sus vasallos de las garras de Satanás. Aseguró al emperador que los dioses que veneraban en sus templos eran otras tantas imágenes del príncipe de las tinieblas, el cual se hacía adorar bajo aquellas espantosas figuras para tener el gusto de ver derramada en sus altares la sangre de los infelices aztecas.

Y tras este rudo ataque contra los dioses del Anáhuac, el soldado convertido en misionero se engolfó en los intrincados misterios de la religión católica, ignorando acaso que la neófita Marina no podía encontrar palabras apropiadas para expresar sus elevados conceptos en el dulce idioma de Netzahualcóyotl.

Motecuzoma escuchó con paciencia esta larga plática religiosa; pero luego que hubo terminado Cortés, el emperador, con un valor de que no se le habría creído capaz después de tantas debilidades, tomó la palabra en defensa de sus dioses y, acaso para no ofender al nuevo predicador, le dijo que si en el Oriente era buena la religión cristiana, la de los dioses aztecas era inmejorable en el Anáhuac.

Terminó esta entrevista con un regalo que Motecuzoma hizo a sus huéspedes digno de su imperial munificencia. Consistía en un número de vestidos de algodón tan exorbitante que hubo uno para cada soldado del ejército, incluso los aliados. Pero nada de esto habría llamado la atención de los españoles si no hubiesen venido luego los presentes de oro y plata que derramó entre ellos con profusión.

Cuando hubo entrado la noche, Hernán Cortés mandó disparar unos cuantos cañonazos pretexto de celebrar su entrada en la ciudad, pero en realidad para amedrentar a los aztecas y hacerles concebir una idea supersticiosa de su poder. Una vez más consiguió su objeto.

Los habitantes de Tenochtitlan, al escuchar aquel trueno espantoso acompañado de una llama que iluminaba las cercanías y seguido de una nube de humo que se perdía en la atmósfera, creyeron que los españoles debían tener alguna comunidad de origen con los misteriosos genios que habitaban el volcán de Popocatépetl.

Capítulo XVIII

Un proyecto audaz

Seis días hacía que los españoles residían en Tenochtitlan. Habían aprovechado este tiempo en pagar su visita al emperador, en recorrer la ciudad y en visitar los edificios más notables, como los palacios reales, el templo Mayor y el gran mercado de Tlatelolco.

El resultado de la segunda entrevista con Motecuzoma fue tan infructuoso como en la primera vez. La elocuencia sagrada del general español no hizo ninguna mella en el empedernido corazón del pagano. Obstinado en que los dioses del Anáhuac eran tan buenos como los del paraíso cristiano, se negó a cambiar a Huitzilopochtli por Jesucristo. Reconvenido por las víctimas humanas que se inmolaban en los templos, preguntó a Hernán Cortés:

—¿Hay criminales en vuestro país?

—Sí —respondió Cortés.

—¿Yesos criminales no son condenados alguna vez en aquel país a la pena de muerte?

El español volvió a responder afirmativamente.

—Pues bien —repuso triunfante el emperador—, las víctimas que nosotros destinamos al sacrificio son hombres condenados a la última pena por las leyes del imperio. Sólo que para hacerlos propicios a los dioses regamos con su sangre los altares en lugar de matarlos en un afrentoso patíbulo.

La visita de la ciudad produjo en el ánimo de Hernán Cortés todo un mundo de sombrías reflexiones. El numeroso pueblo que había visto en las calles y en el mercado de Tlatelolco, el adusto semblante de los sacerdotes, la veneración con que los miraba la muchedumbre y aquella abundancia de armas guardadas en los depósitos del templo, todo inducía a creer que, en un momento dado, la ciudad podía armarse, levantar cuarenta o cincuenta mil guerreros, ocupar las azoteas de las casas, alzar los puentes levadizos y hacer en los españoles y sus aliados una espantosa carnicería.

Agitado Hernán Cortés por estos tristes pensamientos, se paseaba precipitadamente a lo largo de su habitación la sexta noche de su residencia en Tenochtitlan.

Una sola bujía, de las pocas que quedaban en las cortas provisiones de la expedición, iluminaba tristemente aquella cámara desmantelada. A la vacilante claridad que arrojaba sobre los muros, las caprichosas pinturas del tapiz adquirían ciertas tintas fantásticas que las hacían parecer figuras cabalísticas. La pobre cama de estera arrojada sobre el suelo y cuya almohada consistía en otra estera enrollada,

parecía más bien el lecho de un anacoreta que el de un soldado ambicioso que soñaba en derribar un trono con la punta de su lanza.

Hernán Cortés estaba empapado en los romances caballerescos de su época y, aunque como hombre de talento sabía dar a este género de literatura el lugar que se merece, no dejaba de halagarle la idea de ocupar un día en los libros el lugar que entonces ocupaban Bernardo del Carpio y el paladín Roldán.

Él estaba metido ya de pies y manos en la aventura. Se encontraba en un inmenso país cuya existencia era ignorada de todo el mundo. Su extensión, su belleza, sus fabulosas riquezas y el extraño color de sus habitantes le daban el incentivo de la originalidad y aumentaban más su semejanza con las fantásticas creaciones de los romancistas. Para colmo de su dicha, aquel país gemía bajo el paganismo y nada era más honroso para un caballero cristiano que sacar al demonio a lanzazos del cuerpo de los idólatras.

Estaba en el país, era verdad; pero ¿qué había alcanzado? Lo había atravesado en una extensión de trescientas millas y había llegado a una capital populosa, digna de aquel imperio prodigioso.

¿Y qué más? Nada.

Aquella capital era la residencia de un emperador que contaba a millones sus vasallos y que con una sola palabra de sus augustos labios podía aplastarle bajo el peso de su poder.

¿Cómo atentar a ese trono? ¿Cuándo?

La empresa iba a dilatarse demasiado, y cada día que pasaba sin adelantar alguna cosa era una nueva probabilidad arrancada a la fortuna.

La deferencia misma que le mostraba el emperador indiano era otro obstáculo de consideración para sus planes. ¿Cómo arrojar del trono al amigo que generosamente le hospedaba y le colmaba siempre de regalos?

Si, pues, no debía perderse aquella ocasión de inscribir un nuevo nombre en el catálogo de los héroes, era preciso buscar un pretexto para romper con el amigo y pagar con la guerra su hospedaje.

Pero aquí entraba Cortés en un género de consideraciones enteramente distintas y que debían conducirle, sin embargo al mismo resultado.

¿Y qué probabilidades tenía en la guerra quien solo contaba con el apoyo de cuatrocientos aventureros que se le insurreccionaban en cada dificultad que se le presentaba?

¿Qué probabilidades tenía quien contaba, además, con seis mil aliados volubles que tenían las mismas costumbres, la misma religión, el mismo idioma de sus enemigos, y que un día podían volver repentinamente sus dardos contra el que hora respetaban?

Pero suponiendo que se conservasen siempre fieles aventureros y aliados, ¿qué probabilidades de éxito tenía en el centro de aquella inmensa metrópoli, en que cada habitante era un guerrero, cada casa una fortaleza, cada templo un arsenal, cada canal

un foso inexpugnable?

Y Cortés cerraba los ojos y veía, como en la mañana, aquellas calles y plazas apiñadas de gente, aquellos puentes de madera que podían levantarse a una orden, aquellos sacerdotes de cabellera ensangrentada que los miraban con la codicia del león cuando va a caer sobre su presa.

Y el español sentía latir su corazón de miedo.

Y recordaba que pocos días antes había ido al palacio del emperador, que se había burlado de sus dioses y le había excitado a dejarlos.

Sin duda había sido un insensato. Había ido a provocar al león en su guarida.

Porque desde el día en que se acabase el terror supersticioso con que Motecuzoma miraba a los españoles; desde el momento en que, por consiguiente, les faltase su apoyo, el pueblo, excitado por los sacerdotes, se arrojaría sobre sus cuarteles para devorarlos y los encontraría todavía pocos para su voracidad.

Porque era indudable que el pueblo, celoso de su independencia, miraba con odio y recelo a los españoles. Si les mostraba alguna deferencia, si les abría paso en las calles, era porque ese dios de la tierra que se llamaba Motecuzoma los había acogido bajo su manto.

Pero ¿qué impedía que Motecuzoma cambiase de un instante a otro? ¿Acaso el ejército no tenía ya bastantes pruebas de su versatilidad? El que ahora se ostentaba amigo ¿no les había prohibido mil veces con dureza que se acercasen a su capital?

Y, sin embargo, no había más que un medio de impedir que el pueblo se arrojase un día sobre el cuartel de los extranjeros y los triturase con sus mismos escombros: obligar a Motecuzoma a ser siempre amigo de los españoles.

Pero ¿cómo? Él estaba siempre rodeado de consejeros que le debían azuzar contra los enemigos de su patria. Los guerreros debían recordarle a cada instante que le bastaba un soplo de su regio poder para aniquilarlos.

¿Cómo impedir que influyesen un día en su ánimo los sabios que le ayudaban a gobernar y los capitanes depositarios de su poder?

Cortés se golpeaba la frente con desesperación y, hombre devoto y de fe religiosa, pedía a Dios que le iluminase en aquel peligro a que se había expuesto en su servicio.

Repentinamente se detuvo en un ángulo de la habitación, pálido y con el cabello erizado. La luz de la bujía iluminaba sus facciones descompuestas.

Acababa de ocurrírsele una idea; pero tan audaz, tan insensata, tan imposible de realizar, que él mismo sentía que la sangre circulaba con dificultad por sus venas al considerar los peligros que debía arrostrar para realizarla.

¡Había concebido la idea de prender a Motecuzoma en su mismo palacio y de darle por prisión el cuartel de los españoles!

Realizado aquel plan, eran incalculables las ventajas que sacaría de él el ejército expedicionario.

Motecuzoma en el cuartel de los españoles no sería influido más que por los españoles mismos. Nadie le excitaría, nadie le azuzaría contra ellos. El palacio de

Axayácatl estaría protegido por la presencia misma del monarca, y los extranjeros podían vivir tranquilos dentro de sus muros.

Pero la dificultad estaba precisamente en poder realizar el plan. Qué, ¿cuatrocientos extranjeros venidos de un país desconocido podían llegar al palacio de un rey, arrancarle en medio de su corte y conducirlo preso a la vista de trescientos mil vasallos sin que éstos se armasen, no ya para librar a un rey, sino para castigar a los sacrílegos españoles? Y dado caso de que en un momento de estupor pudiese realizarse este plan, ¿no se armaría en seguida todo Tenochtitlan, todo el Anáhuac, para vengar la ultrajada majestad del soberano?

Cortés había empezado otra vez a pasearse precipitadamente por la habitación. Súbitamente se dibujó en sus labios una sonrisa.

En el poco tiempo que tenía de tratar con Motecuzoma había llegado a conocer su carácter pusilánime. Una amenaza secreta bastaría para obligarle. Si esta amenaza no era escuchada por sus vasallos, era indudable que el infeliz monarca se dejaría conducir con un terror supersticioso a la prisión.

Cortés volvió a detenerse frente a la bujía. A pesar de las seguridades que se daba a sí mismo era indudable que el plan podía fracasar. La amenaza podía ser oída. Motecuzoma podía resistirse a esta violencia como se había resistido a olvidar a sus dioses.

Al cabo de un instante de reflexión, Hernán Cortés se encogió de hombros. ¿Qué importaba que fracasase el plan? ¿Qué importaba que, una vez realizado, se sublevase contra él todo el imperio?

¿A qué había venido al Nuevo Mundo? ¿No había venido a abrirse paso con la punta de su espada? Éste era un medio como otro cualquiera de romper las hostilidades y era tiempo ya de romperlas para llegar al objeto final de su ambición.

Él podría perecer en la demanda. ¿Pero qué empresa es grande si no se arrostra en ella un grave peligro? Había tomado ya su resolución. Se apoderaría de Motecuzoma o comenzaría, de una vez y con franqueza, la guerra. ¡Era preciso!

¿Había de permanecer eternamente y en perpetua inacción en el palacio de Axayácatl esperando que Motecuzoma le mandase provisiones para las siete mil plazas de su ejército?

¿Había de aguardar a que Motecuzoma viniese a poner a sus pies voluntariamente el poderoso imperio del Anáhuac, la querida herencia de sus padres?

Si se quedaba en su palacio disfrutando en paz del hospedaje del emperador, ¿no acabarían los aztecas por perderle el respeto y asaltar un día sus cuarteles?

¿No llegaría un día también en que el mismo Motecuzoma, cansado de mantener a aquellos extranjeros holgazanes, les intimase súbitamente la marcha?

Y el pueblo, viendo retirarse de la ciudad a aquellos extranjeros, sin haber dado una prueba de su pretendido poder, viendo salir fugitivos a los que habían entrado triunfantes, ¿no acudiría a las armas para perseguirlos en su fuga y despedazarlos?

Cortés se hallaba en una de esas situaciones de la vida en que no es posible

detenerse, en que vacilar un instante es perder para siempre, en que, como sucedió a la mujer de Lot, hermosa parábola de la Biblia, mirar hacia atrás es morir.

Para subyugar a los turbulentos aventureros, para mantener a los aliados vacilantes, para amedrentar a sus numerosos enemigos, no había más que un medio..., el que había empleado siempre con el éxito más completo: ¡la audacia!

Pues bien, sería audaz... ¡Estaba decidido!

Se hallaba subiendo una pendiente escarpada y, para recoger el precioso galardón que le aguardaba en la cima, no había más que subir, subir, a pesar de todos los obstáculos que encontrase en su camino.

Cortés estaba resuelto. Llamó a uno de los soldados de la guardia que desde la conspiración de Juan Escudero velaba siempre a las puertas de su habitación.

—Llamad a los capitanes —le dijo.

Y continuó dando vueltas en el aposento. Repentinamente hirió su imaginación una circunstancia. ¿Qué pretexto daría para la prisión de Motecuzoma? ¿Qué causa había para pagar el hospedaje del espléndido monarca con tan inaudito atentado?

¿Qué diría al mismo Motecuzoma, a sus compañeros de aventuras, al emperador Carlos V, al mundo todo, a la posteridad en fin, para cohonestar aquella acción que parecería sublime si triunfaba, ridícula si fracasaba?

Hay una especie de pudor público que quiere averiguar la razón de todas las acciones humanas. Poco importa que esta razón sea verdadera o falsa. Lo que importa, sobre todo, es que se busque un manto que cubra la desnudez de nuestra miseria.

El que tiene la ambición del inscribir su nombre en el libro de la historia no quiere que haya una página que le acuse de infame o de poco previsor. Era preciso buscar ese pretexto.

Cortés oía ya los pasos de los capitanes que se acercaban y aún no le había encontrado. En vano buscaba en el rico arsenal de su imaginación. Pero súbitamente soltó una exclamación de alegría. Tenía ya su pretexto.

Alvarado, Olid, Velázquez de León y los demás capitanes que había mandado llamar le encontraron con el semblante radiante de satisfacción.

—Sentaos, señores —les dijo el capitán enseñándoles los bancos aztecas esparcidos en desorden por la habitación.

Este momento le bastó para cambiar la expresión de su rostro. Cuando sus consejeros hubieron acabado de tomar asiento a su alrededor, Hernán Cortés parecía preocupado y melancólico.

—Amigos míos —les dijo—, tengo que comunicaros una triste noticia. ¿Os acordáis de Juan de Escalante?

—Sí —respondió Alvarado—. El valiente capitán que dejamos de guarnición con cincuenta hombres en la Villa de Veracruz.

—Pues bien —respondió Cortés con solemnidad—, rezad por su alma.

Todos los capitanes se agitaron en sus sillas con un movimiento de espanto.

—Sí, amigos míos —prosiguió Cortés—. Ese valiente caballero ha muerto, y el único consuelo que debe quedarnos como cristianos es que ha perecido peleando por la Cruz. Ved aquí cómo, luego que nosotros nos separamos de Villa Rica, el emperador Motecuzoma, ese hipócrita señor que aquí nos halaga y nos colma de regalos, se atrevió a cobrar a nuestros fieles aliados los totonacas el tributo que antes le pagaban. Los totonacas se resistieron a obedecer, alegando que ya no eran súbditos suyos sino de los reyes de Castilla. Entonces el pérfido Motecuzoma, el que blasona de ser nuestro amigo, previno a uno de sus caciques que con una hueste poderosa fuese a obligar o a castigar a nuestros aliados. Viéndose éstos amenazados, pidieron auxilio a Juan de Escalante. El valiente capitán se lo prometió y salió él mismo con treinta españoles y todos los totonacas que pudieron reunirse a buscar al cacique de Motecuzoma. Diose la batalla, y aunque los totonacas huyeron desde el principio, los españoles continuaron el combate y lograron derrotar a sus enemigos. Pero habían quedado muertos varios cristianos en el campo, y el mismo capitán recibió tantas heridas que no tardó en expirar.

El auditorio de Cortés estaba consternado. Cada español que moría en la guerra era un compañero menos en la peligrosa aventura que habían acometido, una probabilidad en contra del éxito, un recuerdo doloroso de la suerte que cada uno podría correr en adelante.

—Pero no es eso todo —continuó el capitán—. Uno de los cristianos muertos ha sido degollado en el campo mismo de batalla y se ha traído a Motecuzoma su cabeza para que sea sacrificada ante sus ídolos.

Todos esos caballeros que se llamaban Alvarado, Olid y Sandoval, todos esos soldados que exponían diariamente su vida ante millares de enemigos, sintieron que la sangre se detenía en sus venas al escuchar estas palabras y una palidez mortal inundó sus semblantes.

Hernán Cortés había conseguido su objeto. Estaba bien preparado el ánimo de sus oyentes para escuchar el audaz proyecto que iba a someter a su examen.

Hizo esta observación y prosiguió:

—Todo esto nos prueba que, como os he dicho ya, Motecuzoma es un pérfido, un hipócrita, un traidor, que si hoy nos halaga, mañana puede mandarnos asesinar como a los cristianos de Veracruz.

—Y no creo que espere mucho tiempo para hacerlo —observó uno de los capitanes—. Los tlaxcaltecas, que se han paseado por toda la ciudad, aseguran que, aunque la plebe está entretenida en los juegos que ha mandado preparar Motecuzoma, la nobleza murmura y ruge en secreto contra nosotros.

—Y bien, señores —repuso Cortés—, nuestra situación, en dos palabras, es la siguiente: Estamos rodeados de un número tal de enemigos, que puede calcularse en ciento por cada español. Motecuzoma, que es nuestro único protector, puede faltarnos un día inesperadamente y no tenemos ninguna garantía contra su volubilidad. Peligran nuestra empresa y nuestra vida. ¿Qué os parece que hagamos para evitar el

peligro?

—Señor —dijo uno de los consejeros—, ¿es verdad que nuestra situación es desesperada?

—Lo creo firmemente —respondió Cortés.

—Pues bien, reunid el ejército y salgamos esta noche secretamente de la ciudad. Nadie aguarda esta súbita resolución, y estoy seguro que podremos pasar hasta el último puente antes que ningún pagano se aperciba de nuestra salida.

Los consejeros, habituados a la superioridad de Cortés, fijaron en él su mirada al terminar estas palabras. Y como no dio ninguna señal de aprobación al proyecto, todos se prepararon a combatirlo.

—En caso de optar por la salida —arguyó Velázquez—, yo preferiría que saliésemos públicamente, a la luz del sol y después de despedirnos del emperador Motecuzoma, quien nos acompañaría gustoso hasta una milla de su palacio. Esta circunstancia protegería nuestra retirada. Pero una salida secreta tiene el carácter de una fuga y, sobre ser esto deshonroso para las armas españolas, nos expondría al peligro de ser descubiertos y perseguidos.

Hernán Cortés continuaba silencioso y meditabundo, señal evidente de que no le hacían impresión las opiniones que acababan de emitirse.

—Señor —dijo con cierto acento de impaciencia Alvarado—, nosotros no somos más que soldados y vos sois nuestro capitán. Mandad y nosotros obedeceremos.

Un murmullo de aprobación resonó en los bancos de los consejeros.

—Y bien, señores —dijo entonces Cortés—: puesto que os remitís a mi opinión, os diré que toda salida de la ciudad es retroceder en nuestra empresa y condenarla tal vez a que no se realice jamás.

—¡Pues avancemos! —dijo el impetuoso Sandoval.

—Pero ¿cómo? —preguntó una voz.

—Yendo mañana a ver a Motecuzoma —respondió Cortés—, arrancándolo de su palacio y trayéndolo preso a nuestros cuarteles.

Renunciamos a describir la impresión que estas palabras produjeron en el auditorio de Cortés. Si él mismo se había estremecido al concebir aquella idea, ¿qué extraño era que la escuchasen mudos de estupor los que se imponían de ella de una manera tan inesperada?

El capitán aprovechó este silencio en desarrollar su idea y en enumerar las grandes ventajas que sacaría el ejército expedicionario de este golpe de audacia.

Cuando terminó su peroración, todos estaban decididos.

Se prendería al día siguiente a Motecuzoma.

Capítulo XIX

Se consuma el plan

Toda aquella noche la pasó el ejército en oración. El padre fray Bartolomé de Olmedo apuró su ciencia teológica en pláticas y sermones y confesó y administró los sacramentos a los que lo solicitaron.

Como los bandidos católicos, que suelen encender una vela a la Virgen para que los patrocine en sus crímenes, así los españoles imploraban la protección del cielo para el atentado que iban a cometer contra el Anáhuac que los hospedaba y el gran señor que los colmaba de regalos.

A las siete de la mañana estaba ya Hernán Cortés en pie dando sus órdenes para el gran acontecimiento que preparaba. Españoles y aliados se pusieron sobre las armas en sus mismos cuarteles para acudir al primer llamamiento del general.

Designó veinticinco soldados que saliesen a la ciudad, como para pasearse, según acostumbraban, y les ordenó que por distintos puntos se encaminasen al palacio de Motecuzoma, a fin de hallarse allí reunidos a una hora determinada.

Llamó luego a sus capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, Alonso de Ávila y Francisco Lugo y, rodeado de ellos y de los intérpretes Aguilar y Marina, salió del palacio de Axayácatl y se dirigió al de Motecuzoma.

Todos iban armados, lo cual no debía sorprender al emperador, puesto que siempre los había visto de la misma manera; además no dejaban las armas ni para dormir, según nos asegura el fiel cronista de la expedición.

Sigamos a los audaces caballeros cuyo corazón latía con violencia al ir a cometer aquel atentado.

No es ésta la primera vez que introducimos a nuestros lectores en la opulenta mansión de Motecuzoma.

Tampoco era la primera vez que la visitaban los españoles. Y, sin embargo, al entrar por una de las veinte puertas que se abrían en la parte exterior del edificio no dejaron de lanzar sus curiosas miradas hacia todos los ángulos del gran patio en que se hallaban.

Veíase en el centro una gran fuente con pavimento de mármol, que arrojaba de su seno el agua pura y cristalina de Chapultepec. Esta y otras fuentes menores que murmuraban alrededor de la principal surtían de agua a todos los depósitos del palacio y a los innumerables baños construidos en su recinto. Frondosos árboles indígenas del Anáhuac mitigaban el calor del sol, y una infinita variedad de flores llenaban de perfumes el ambiente.

A la sombra de los árboles y en las galerías exteriores que rodeaban el patio se

paseaban muchos nobles, sacerdotes y militares que habían ocurrido al llamamiento del emperador o que aguardaban la audiencia que habían solicitado. Entre estos grupos vio Hernán Cortés a varios de los españoles que había despachado con anticipación.

Pasó junto a ellos como si no hubiese notado su presencia y continuó su marcha hacia el interior. Como previamente había mandado solicitar audiencia del emperador, al fin de una galería le esperaban ya los oficiales encargados de introducir a los cortesanos.

Los españoles habían sido excluidos, desde la primera visita, de someterse a la humillante ceremonia de cubrir sus vestidos con el grosero saco de tela de maguey para presentarse al emperador. Como solo los miembros de la familia imperial gozaban de esta exención, ya podrán calcular nuestros lectores el grado de estima en que Motecuzoma tenía a sus huéspedes.

Merced a esta circunstancia pudieron llegar sin ningún tropiezo hasta la sala de audiencia. Motecuzoma los aguardaba ya, rodeado de sus cuatro consejeros y de la hermosa Geliztli, su hija, a quien suponemos no habrá olvidado el lector.

La sala de audiencia era de una capacidad tal que podía contener en su recinto hasta tres mil personas. Su adorno era muy semejante al de la sala principal del palacio de Axayácatl. El techo estaba artesonado con las maderas más preciosas del imperio, el suelo alfombrado de esteras y las paredes cubiertas de pintados tapices de algodón.

En una de las extremidades de la sala se levantaba el trono de Motecuzoma, que era una silla cubierta de oro y piedras preciosas. Alzábase entre una colgadura de algodón recamada de todas las preciosidades del Anáhuac.

Los consejeros y Geliztli se hallaban en pie, como todos los que concurrían a la presencia del soberano. Pero de este ceremonial estaban también dispensados los españoles.

Trajéronles sillas, semejantes a las del palacio de Axayácatl, y, a una señal de Motecuzoma, se sentaron todos alrededor del trono.

Entonces el emperador tomó a Geliztli de la mano y, presentándosela a Cortés le dijo:

—Quiero daros la prueba más convincente del aprecio con que os miro. Las hijas legítimas de mi familia sólo se dan en matrimonio a los príncipes de la casa real de Acamapichtzin o a los reyes de Texcoco o de Tlacopan. Ésta es mi hija legítima, la hija que más quiero. Pero me desprendo de ella en obsequio vuestro. Tomadla. Os la doy por esposa.

Geliztli se puso horriblemente pálida bajo su moreno cutis al escuchar estas palabras y tuvo necesidad de agarrarse de la colgadura del trono para no caer desplomada sobre las esteras del pavimento.

Pero no era Geliztli la única en quien hubiesen hecho impresión las palabras de Motecuzoma. Otra mujer se había sentido también herida en lo más vivo de su

corazón al escucharlas.

¡Marina! Marina, la que por amor a Hernán Cortés había vendido a sus hermanos de Tlaxcala y de Cholula y estaba dispuesta a vender a todos los hijos del Anáhuac.

Por un instante cruzó por la imaginación de Marina el diabólico pensamiento de no traducir a Cortés la proposición del emperador. El español ignoraba completamente el idioma del Anáhuac, y le hubiera sido fácil inventar cual, quiera especie para dársela a Cortés por el discurso de Motecuzoma.

Pero luego reflexionó que era imposible. Hernán Cortés había visto a Motecuzoma tomar de la mano a su hija y era muy difícil que se equivocase sobre el verdadero sentido de sus intenciones; con tanta más razón cuanto que todos los señores de las ciudades por donde había pasado le habían también presentado a sus hijas.

Además, era muy fácil que Motecuzoma y sus consejeros comprendiesen el artificio notando que Cortés no se daba por entendido de la honra que le dispensaba el gran señor del Anáhuac.

Marina había hecho todas estas reflexiones en menos tiempo del que se necesita para recorrer con los ojos estas líneas. Bastóle, sin embargo, para reponerse, y entonces, sin ninguna alteración en la voz ni en el semblante, tradujo al español con heroica exactitud las palabras de Motecuzoma.

Hernán Cortés, que había notado y comprendido las vacilaciones de Marina, le hizo dar la siguiente respuesta, que, como es fácil de comprender, la hermosa joven no tardó en traducir al idioma del Anáhuac.

—Señor, estimo en alto grado la honra que me dispensáis. Pero soy casado en Cuba y, como la ley cristiana no nos permite tener más que una mujer, me veo obligada a rehusar la merced con que habéis querido distinguirme.

—Malinche^[3] —repuso Motecuzoma con un acento en que se traslucía su enojo —, ningún hombre ha rehusado jamás en el Anáhuac las mercedes que le hace el emperador.

Una nueva turbación volvió a aparecer en el semblante de Geliztli.

Marina, un tanto conmovida, tradujo fielmente estas palabras como había traducido las anteriores, aunque sentía que producían en su ánimo el mismo efecto que una sentencia de muerte.

Hernán Cortés vaciló un instante.

—Señores —dijo al fin como dirigiéndose a los españoles que le rodeaban, pero en realidad para que le oyese Marina—: si yo rehusase esta princesa pagana tendría con el emperador un grave disgusto, lo cual me parece bastante delicado en las circunstancias que atravesamos.

—Pues aceptadla —dijo Gonzalo de Sandoval, devorando con los ojos a la hermosa Geliztli—. Yo os aseguro que si vos no la queréis, no faltará en el ejército un caballero cristiano que se crea digno de emparentar con ese bárbaro coronado.

Hernán Cortés, haciendo un esfuerzo para no reírse de este erótico exabrupto,

hizo transmitir a la celosa Marina las siguientes palabras:

—Señor, acepto con profunda gratitud el valioso presente que me hacéis.

Geliztli se puso todavía más pálida al escuchar estas palabras. Educada, sin embargo, como todas las mujeres aztecas, en una ciega obediencia a sus padres, permaneció silenciosa con los ojos clavados en tierra y sin pensar siquiera en defenderse. Sentía, sin embargo, un dolor agudo que le roía cruelmente las entrañas.

Al cabo de un instante de silencio, Hernán Cortés, que no perdía de vista el objeto principal de su visita y que consideraba ya en palacio a todos los españoles que había mandado reunir allí, hizo decir al emperador que deseaba comunicarle un asunto de alta importancia que solo podían escuchar los cristianos allí presentes.

Moteczuzoma hizo retirar inmediatamente a Geliztli y a los cuatro consejeros.

Entonces le dijo Cortés:

—Señor, a pesar del magnánimo hospedaje con que honráis en vuestra corte a los extranjeros que han venido a visitaros, los españoles que residen en Quiabislan^[4] han recibido notables agravios de vuestros súbditos.

Y con los más negros colores que pudo contó a Moteczuzoma lo que él llamaba el asesinato de Juan de Escalante y de los demás españoles que perecieron en la batalla de las llanuras de Nauhtlan.

—Yo ignoraba ese suceso —dijo Moteczuzoma.

—Señor —replicó Hernán Cortés, faltando por la vez primera al respeto que siempre había mostrado al emperador—, no sé cómo podáis ignorar ese suceso cuando todo el mundo os acusa de que sois vos quien ha mandado asesinar a mis españoles.

Moteczuzoma se puso pálido de indignación al escuchar estas palabras y tuvo un instante tentaciones de hacer llamar a sus cortesanos para acabar allí de una vez con los insolentes extranjeros. Pero ¡ah!, se había hecho demasiado débil y supersticioso para tomar una resolución de tan grave importancia. Y el gran señor del Anáhuac, el que era respetado como un dios por todos sus súbditos, no sólo sufrió en silencio el agravio, sino que se humilló hasta disculparse con los audaces extranjeros.

—No he sido yo —dijo— quien ha mandado a Cuauhpopoca asesinar a vuestros compatriotas. ¿Queréis una prueba?

—La exijo —repuso Hernán Cortés, cuya insolencia se aumentaba mientras más se humillaba el soberano.

Moteczuzoma dio una voz y no tardó en aparecer un paje, a quien ordenó que llamase a dos oficiales de su guardia.

Salió el paje, y un momento después entraban en la sala de audiencia los dos oficiales.

Moteczuzoma descolgó entonces de su brazo la imagen del dios de la guerra que llevaba siempre consigo y, poniéndola en las manos de aquéllos, les dijo:

—Iréis a Nauhtlan, enseñaréis al cacique esta insignia y le intimaréis en mi nombre que os siga a Tenochtitlan. Si se resiste a obedecer, traedle, sin embargo, vivo

o muerto. Indagaréis luego quiénes son los personajes de aquella ciudad que más han contribuido a la muerte de los extranjeros de Chiahuitztlá y haréis con ellos lo mismo que con el cacique. Si para cumplir mis órdenes necesitáis levantar tropas, levantadlas en cualquiera ciudad del imperio. Con la imagen de Huitzilopochtli os entrego todo mi poder.

Los oficiales tomaron con respeto aquella hermosa imagen de oro, que era la insignia del poder imperial, y, hechas las tres reverencias del ceremonial de la corte, partieron sin dilación a cumplir las órdenes del soberano.

—¿Estáis satisfecho? —preguntó Motecuzoma.

—Aún no del todo —respondió Hernán Cortés—. Los caballeros asesinados en Nauhtlan pertenecían a la primera nobleza de mi país, y para probar a mi soberano que sé vengar a sus vasallos de la manera que ellos merecen necesito todavía una prueba más palpable de vuestra inocencia.

—Estoy pronto a darla —repuso el débil emperador.

—Venid entonces con nosotros al palacio de Axayácatl, vuestro padre.

—¿A qué? —preguntó con voz balbuciente Motecuzoma.

—Residiréis allí con nosotros hasta que lleguen el cacique de Nauhtlan y sus cómplices y se descubra vuestra inocencia.

Motecuzoma se puso todavía más pálido que la primera vez y se preguntó a sí mismo adónde iría a parar la audacia de los extranjeros si él seguía con sus condescendencias. Sentía que el corazón le palpitaba de cólera y aun creyó que el trono de sus mayores en que estaba sentado se estremecía bajo su afeminado cuerpo.

La sangre real de Acamapichtzin se e sublevó entonces en sus venas, y, con el rostro airado y las mejillas encendidas, se volvió a Hernán Cortés y le dijo:

—¡Yo preso a tus cuarteles! ¿Crees que el señor de una nación tan poderosa como el Anáhuac vaya a encerrarse en las prisiones de cuatro advenedizos a quienes hospedo y regalo?

—Señor —repuso Hernán Cortés, un tanto humillado ante la dignidad del monarca—, no es una prisión a la que si os llevamos. Es a una de vuestras residencias reales: es al palacio de vuestro padre Axayácatl.

—¿Y crees, temerario extranjero —continuó Motecuzoma—, que mis nobles vasallos, viéndome ir entre tus lanzas, no comprendan que me conduces preso y se armen todos para defenderme?

—No, no harán eso; porque vos, que sabéis muy bien que no vais a una prisión sino a vivir entre vuestros respetuosos amigos los españoles, que os servirán tanto o mejor que vuestros súbditos, les ordenaréis que se abstengan de atentar contra nosotros.

Una amarga sonrisa se dibujó en los labios del emperador.

—¿Piensas —dijo— que me obedecerán mis vasallos si doy una orden semejante?

—Si osan insultar a la majestad real, aquí estamos los españoles para defenderos

con nuestras armas.

—¡Insensato! —exclamó Motecuzoma al escuchar esta fanfarronería enteramente española—. Si mi pueblo llega a levantarse, no seré yo, sino vosotros, quienes necesiten de defensa. Y vuestros truenos y vuestros rayos serían entonces impotentes para salvaras. Rogad a vuestros dioses que no lleguéis a experimentar nunca la cólera de los aztecas.

Motecuzoma estaba verdaderamente hermoso al pronunciar estas palabras. Con las facciones animadas por el sentimiento de su dignidad y el brazo extendido hacia los españoles, en además de amenaza, parecía en aquel momento, un jefe digno del magnánimo pueblo del Anáhuac.

Desgraciadamente aquella cólera regia fue instantánea. Sus fuerzas parecieron agotarse con las últimas palabras. Los colores desaparecieron de su rostro, sus ojos se apagaron, y volvió a caer en la inercia habitual de su carácter.

Hernán Cortés conoció que aquél estaba vencido y que le faltaba muy poco para abandonarse a su voluntad. Deseoso de aprovechar esta oportunidad, añadió:

—Desde la espléndida mansión de vuestro padre continuaréis gobernando a vuestros súbditos como los habéis gobernado hasta aquí. Llevaréis allí vuestros criados, vuestros consejeros, vuestros oficiales, y ninguna alteración notará vuestro pueblo porque hayáis cambiado de residencia.

Motecuzoma estaba pálido y silencioso. Acaso oraba en su interior a los dioses del Anáhuac, impotentes para librarle de su propia debilidad.

—Venid, señor —concluyó Cortés—. Dispensad a vuestros fieles amigos los españoles el alto honor de residir entre ellos por algunos días.

El emperador continuaba impasible. Los españoles comenzaban a impacientarse. Comprendían que de un momento a otro podían entrar en la sala de audiencia algunas personas, sobresaltadas de tan larga conferencia. Temían que llamase la atención de los cortesanos la larga permanencia de los veinticinco españoles reunidos en el patio principal del palacio. Adivinaban que, si después de intentar aquel desacato contra la majestad real no lo llevaban al cabo, su ruina era inevitable.

Velázquez de León, que era el más impaciente de todos, prorrumpió súbitamente en estas palabras:

—¿Qué aguardamos? Si esperamos a que se decida este pagano, el día de hoy será corto para nuestra empresa. Llevémosle por la fuerza, y si resiste todavía, clavémosle en su trono con nuestras espadas.

Estas palabras pronunciadas con voz alterada y en además irrespetuoso, sacaron a Motecuzoma de su impasibilidad.

—¿Qué es lo que dice ese extranjero? —preguntó a Marina.

Y Marina, la que había vendido a tantos de sus hermanos, creyó que también debía vender al gran señor del Anáhuac en obsequio de los españoles.

—Señor —respondió con hipocresía—, yo, que como súbdita vuestra solo deseo vuestra felicidad, me atrevo a aconsejaros que sigáis a los extranjeros al palacio de

vuestro padre. Ellos os tratarán con el respeto que merece vuestra alta dignidad; pero si os negáis a seguirlos, como hasta aquí, temo mucho por vuestra preciosa existencia.

Con estas palabras se extinguió la última gota de valor que animaba a Motecuzoma. Creyó que podía ser cosido a puñaladas por los españoles antes que acudiese un solo cortesano en su defensa, y, dispuesto a abdicar su dignidad en favor de su vida, pálido y vacilante se levantó del trono. Parecía que con el valor se había agotado toda la sangre de sus venas.

—Quiero fiarme de vosotros —dijo con voz apagada—. Vamos al palacio de mi padre, pues así lo quieren los dioses.

Algunos instantes después el débil Motecuzoma, acompañado solamente de sus consejeros y de Geliztli, atravesaba el corto trecho que separaba su palacio, del de Axayácatl, montado en su magnífica litera y rodeado de los soldados: españoles, que, pretexto de honrarle, cuidaban de que no fuese arrebatado por la multitud.

Porque una inmensa multitud hervía ya en la plaza del templo Mayor y en las calles. Motecuzoma estaba saliendo todavía de su palacio, y ya había cundido por toda la ciudad la extraordinaria noticia de su prisión.

En vano el emperador hacía decir al pueblo por medio de sus oficiales que no iba preso y que solo acompañaba a los españoles a su morada por ciertos motivos secretos que había consultado con los mismos dioses. En vano llegó su debilidad hasta imponer pena de muerte al que osase promover algún alboroto para darle la libertad.

El pueblo le veía preso, a pesar de la magnificencia que le rodeaba, y lloraba el ultraje hecho al Anáhuac en la persona de su rey. Algunos hombres del pueblo llevaban su desesperación hasta a arrojarse al suelo, dando muestras de profundo dolor.

Motecuzoma procuraba sonreírse y repetía sus protestas de que iba por su voluntad a vivir entre sus buenos amigos los españoles.

Aquel desgraciado no era ya digno de a ser el jefe del magnánimo pueblo de los aztecas.

Capítulo XX

De cómo los celos obligaron una vez a Marina a oponerse a los designios de Cortés

Geliztli, por respeto a Su alto nacimiento, había sido alojada en una cámara baja, amueblada como las mejores del palacio. No tenía más compañera que una mujer del pueblo, que le servía a la vez de doncella y dama de honor.

Desde el primer día de su residencia en aquella prisión disimulada se le había presentado en su habitación el padre Olmedo, acompañado de Marina.

Los españoles tenían la manía de catequizar a cuantos paganos caían en sus manos y de arrojarles agua a la cabeza al tercer día de prédica, hubiesen entendido o no los incomprensibles argumentos con que se procuraba su conversión. Con esta ceremonia se les declaraba bautizados y, por consiguiente, cristianos.

Esta prisa de cristianizar a los perros: idólatras no dejaba de tener disculpa. Los españoles habían acometido su empresa con ej principal objeto —según decían— de despojar a Satanás del trono que se había hecho levantar en América. Arrancarle sus vasallos era, pues, jugarle una burla pesada y aumentar los dominios de Jesucristo. Con esto no solo se acarreaban las bendiciones del cielo, sino que podían cometer a mansalva toda clase de crímenes, seguros de que serían perdonados en gracia del agua bautismal que regaban copiosamente en su tránsito.

Geliztli escuchaba en silencio las exhortaciones del padre Olmedo transmitidas por la boca de Marina. Traía demasiado preocupada su situación actual para que se fijase mucho en los elocuentes discursos del misionero. Sólo se admiraba de que se empleasen tantas palabras y tanto tiempo para hacerle cambiar sus dioses por los dioses de los extranjeros. Era una costumbre antigua en el Anáhuac que los vencedores impusiesen su religión a los vencidos sin alegar otra razón que su triunfo, y Geliztli se consideraba ya vencida por los españoles, puesto que veía en prisión a su padre, jefe soberano del estado.

Geliztli, pues, aguardaba con indiferencia que la llevasen un día a adorar la gran cruz que Hernán Cortés había hecho plantar en el patio principal del palacio y que ella consideraba el ídolo principal de los cristianos, puesto que los veía arrodillarse ante aquel leño colosal o hacerle una reverencia cuando a pasaban.

Lo que sí preocupaba extraordinariamente a Geliztli era aquel regalo que de ella había hecho su débil padre al jefe de los extranjeros.

En los matrimonios aztecas muy raras veces mediaba la previa inclinación de los esposos. Los padres eran los que se tomaban el trabajo de preparar el enlace de sus hijos.

Cuando un joven había llegado a la edad núbil, es decir, a los veinticinco años, sus padres echaban una mirada sobre todas las muchachas casaderas de la ciudad para escoger entre ellas la que les parecía más conveniente. Es probable que esta conveniencia se fijase siempre con relación a la posición social y riqueza de la familia a que pertenecía la novia, pues bien sabido es que los ancianos papás, a quienes siempre parece verso eso del amor Y del corazón, no estiman de otra manera la felicidad de sus hijos.

Hecha la elección de esposa, se consultaba a los hechiceros y adivinos sobre la conveniencia del matrimonio. Éstos consultaban el calendario y el oráculo de Quetzalcóatl, y, si predecían alguna calamidad para los futuros contrayentes, los pobres padres se echaban por esos mundos de Dios para buscar una nueva muchacha que mereciese más las simpatías de los adivinos.

Y cuando tenían la dicha de topar con una a quien estos charlatanes daban el exequátur correspondiente, se buscaba una mensajera que pasase a la casa de la elegida y la pidiese a sus padres con el supersticioso ceremonial autorizado por la costumbre.

Las muchachas, por su parte, no solo tenían que esperar, como sucede con las mujeres de todos los países, sino que también tenían que esperar sus padres. El retraimiento en que vivían, especialmente las hijas de familias distinguidas, no les permitía hacer conocer su amor por ninguno de esos recursos encantadores que saben poner en juego las mujeres de países más civilizados.

Pero no era esto lo peor. Cuando llegaba la hora de presentarse un candidato, los padres, sin consultar ordinariamente la voluntad de la interesada, con cedían su mano si creían al mancebo digno de emparentar con su familia.

Y era muy común —a lo menos en las ciudades populosas— que los novios se viesan por la primera vez de su villa en los momentos de celebrarse el matrimonio ante los sacerdotes y los parientes.

Geliztli conocía todas estas costumbres, elevadas a la categoría de ley, que eran todavía más severamente observadas entre los miembros de su regia dinastía. Como Motecuzoma había dicho a Hernán Cortés, apenas se creía dignos a los reyes de Texcoco y de Tlacopan de aspirar a la mano de una princesa de Tenochtitlan. En sus matrimonios no se consultaba más fin que las elevadas conveniencias de la política.

Esto era lo que había impedido a Motecuzoma a ofrecer a Hernán Cortés la mano de su hija.

Desgraciadamente, Geliztli había olvidado por un momento las obligaciones que le incumbían como hija y como princesa y había entregado su corazón al joven sacerdote de Huitzilopochtli.

Pero no era esto todo. Geliztli tenía Un miedo supersticioso a los extranjeros. Fuesen descendientes de los dioses, como aseguraban algunos, o entes sobrenaturales arrojados de los abismos el mar, como creían otros, ella sentía estremecerse todo su cuerpo cuando se encontraba en presencia de alguno, y no podía acostumbrarse a las

espesas barbas que cubrían la mitad de su rostro.

Considerábalos, además, como enemigos de la patria y de su familia, y era una hija demasiado digna del Anáhuac para no sentir hacia ellos un aborrecimiento profundo. Así, pues, el amor, la superstición y el patriotismo se aunaban en su pecho para hacerle mirar con aversión al esposo que su padre acababa de darle.

¿Pero qué recurso podía tocar para oponerse a la santa voluntad de su padre y al mandato soberano de su rey? Las leyes aztecas no estaban hechas de acuerdo con el corazón de la mujer y, en lugar de protegerla, pronunciaban su sentencia de muerte.

Se hallaba Geliztli una mañana entregada a estas profundas reflexiones cuando vio entrar a Marina en su habitación. La joven princesa se quedó inmóvil en su silla, aguardando a que entrase el sacerdote cristiano, creyendo que se trataba de una nueva exhortación religiosa. Pero viendo que se pasaba el tiempo sin que entrase el fraile de la Merced, como le llama Bernal Díaz, se volvió a Marina como para, interrogarle sobre la causa de aquella demora.

Marina comprendió el sentido de esta mirada y respondió:

—Todavía no es hora de que venga el sacerdote cristiano.

Una nueva pregunta brotó de los ojos de Geliztli.

—¿A qué has venido tú entonces?

—He venido —respondió la perspicaz Marina— a tener con vos una conferencia secreta que acaso os interese demasiado.

—Habla —dijo Geliztli con la dignidad de una reina que va a otorgar una gracia.

Marina se acercó a la princesa y mirando a todos los ángulos de la habitación:

—¿Verdad —dijo— que no está aquí a vuestra esclava?

—No; estamos solas.

Marina clavó entonces en Geliztli una mirada que nos sería imposible describir, y le preguntó:

—¿Amáis a Malinche?

Nuestros lectores recordarán que éste era el nombre que los aztecas daban a Cortés.

Demudóse el semblante de la princesa al escuchar estas palabras, mirando con severidad a Marina, le dijo:

—¿Por qué me haces esa pregunta?

Marina bajó los ojos, llena de confusión, y respondió balbuciente:

—Yo... Como el emperador os ha entregado a Malinche... y acaso supondréis por esto que muy pronto se anudarán vuestros vestidos...^[5]

—Concluye —dijo Geliztli con un ligero acento de impaciencia.

Marina, antes de concluir su frase, volvió a levantar los ojos sobre su interlocutora para observar acaso en, su semblante el efecto que producían sus palabras.

En seguida añadió:

—Deseo sacaros de un error en que acaso vivís.

—¿Y qué interés puede tener para ti nada de lo que a mí me concierne?

—Señora —respondió Marina, que había tenido ya tiempo para reponerse—, cuando vuestro padre os tomó de la mano para ofrecerlos a Malinche, yo os vi ponerlos más blanca que la colgadura del trono de que os agarrasteis para no caer.

Geliztli miraba de hito en hito a su e interlocutora.

—¡Ah! —exclamó de súbito, como herida de una idea repentina—. Yo también recuerdo que te pusiste pálida cuando viste que mi padre me ofrecía a Malinche.

—Si —repuso Marina con admirable sangre fría—. Temí que cayeseis en el lazo que se os tendía, y ésa fue la causa de la turbación que notasteis en mí.

—¿De qué lazo hablas? —preguntó a Geliztli.

—Malinche os ha aceptado como su esposa; pero como no puede nunca casarse con vos... —Marina se detuvo, llena de embarazo; pero al cabo de un instante continuó—: ¿No es verdad que me permitís que os hable con entera franqueza, en gracia del importante servicio que voy a prestaros?

—Ignoro qué clase de servicio será ése. Pero te permito que me digas lo que creas oportuno, siquiera porque eres tú la única persona con quien puedo hablar en este palacio de mis nobles ascendientes.

—Pues bien, señora —prosiguió Marina—: como el jefe de los extranjeros no puede casarse con vos porque es casado en su país y la ley de Cristo que profesa no le permite tener más de una mujer, temo que quiera hacer de vos una cosa indigna de vuestro alto nacimiento... ¡Su manceba!

Geliztli se levantó de su silla como movida por un resorte y se mostró a los ojos de Marina, pálida y severa, con el pudor de la mujer ofendida, con la dignidad ultrajada de una reina.

—Esclava —le dijo—, ¿quién te ha dado derecho de venir a pronunciar esas palabras ante la hija de tu señor?

—Señora —tartamudeó confusa Marina—, yo os había rogado que me permitieseis hablaros con franqueza, para anunciaros el peligro que corréis. Yo, que conozco las leyes de los cristianos por el largo tiempo que he vivido entre ellos; yo, que os respeto como a hija de mi señor, he creído que debía avisaros de un mal que acaso no conocíais, y he aquí el motivo de mi visita y mis palabras.

La princesa había vuelto a caer sobre su silla y, rompiendo en un llanto abundante que inundaba de lágrimas sus mejillas, decía:

—¿Pero por qué me admiro de que me faltes al respeto? ¿No eres la aliada de esos extranjeros que han insultado a mi padre aprisionándole en la casa misma de sus ilustres progenitores? ¿No somos ya los vencidos, y tus aliados los vencedores? ¿No soy ahora la esclava en vez de ser la señora?

Marina empezaba a compadecerse de aquella princesa desventurada que al principio no le inspiraba más que cólera y celos.

—Señora —le dijo luego que hubo terminado sus lamentaciones—: si creéis que os he ofendido, os pido licencia para retirarme.

—No —repuso Geliztli—, quédate. Los dioses del Anáhuac me han abandonado, sin duda porque he dado oídos al sacerdote de los extranjeros, y quiero saber los peligros que me amenazan para librarme de ellos con mis propias fuerzas.

—Y con las mías —repuso Marina—. ¿No es una prueba bastante de lo que me intereso por vos el paso que acabo de dar?

Geliztli se mantuvo impasible y muda, acaso porque no le inspiraban mucha confianza las protestas de Marina. Continuó mirándola, sin embargo, como para excitarla a hablar.

—Señora —prosiguió Marina con un ligero temblor en su acento—, para proponeros un medio que os libre del peligro que os amenaza necesito que respondáis a mi pregunta: ¿Amáis al jefe de los extranjeros?

—Bien sabes —respondió Geliztli— que nunca se hace esa pregunta a una mujer de nuestra raza. Se le dice: «Ahí tienes un esposo». Y ella debe aceptarlo, so pena de exponerse a la cólera de los dioses.

—Pero a vos os han presentado un hombre que no puede ser vuestro esposo.

—¿Y puedo acaso desobedecer a mi padre?

—La ley de Dios está sobre todas las Cosas de la tierra. Y el Dios de los cristianos, que muy pronto será el vuestro, os prohíbe casaros con un hombre que tiene ya otra mujer.

—Pero ¿qué puedo hacer contra el hombre que me ha aceptado y que me tiene ahora en su poder?

Marina se aproximó más a la princesa:

—Huir de este palacio —le respondió en voz baja.

Un rayo de esperanza brilló en los ojos de la desventurada Geliztli.

—¿Es acaso eso posible? —preguntó, haciendo un esfuerzo para disimular su alegría.

—Ayudada por mí —repuso Marina—, no creo que se nos haga muy difícil.

—Pero ¿de qué modo?

—¡Oh! Yo solo deseaba saber ahora si aceptaríais la fuga que venía a proponeros, para facilitaros en seguida los medios.

—¡Que si la aceptaría!... —exclamó Geliztli como admirada de que se hubiese podido dudar un solo instante de sus intenciones.

Pero como si se hubiese arrepentido al instante de haber dejado ver hasta el fondo de su corazón a aquella mujer que, en último resultado, no era más que una aliada de sus enemigos, no tardó en añadir las siguientes palabras:

—¡Aguarda! Tú lo has dicho muy bien. Tú vives hace mucho tiempo con los extranjeros, has aprendido su idioma y adoptado sus dioses. A pesar del color de tu semblante, más pareces compatriota de los hombres blancos del Oriente que de los cobrizos aztecas. Ayudas a los extranjeros en sus iniquidades, has ido al palacio de mi padre para ayudar a su prisión y aun se asegura que tú has tenido la culpa de la sangre azteca que se ha derramado en Cholula. Has adoptado una patria que no es la tuya y

has renegado del Anáhuac que te vio nacer.

Marina se había puesto sucesivamente pálida y roja al escuchar estas palabras y, cuando Geliztli hubo terminado, le preguntó con amargura:

—¿Me reconvenís por eso?

—No —repuso la princesa con un ligero acento de desprecio—. ¡No! Te lo digo únicamente para preguntarte si no vienes por orden de los enemigos de mi patria a tenderme un lazo.

—¡Ah! —exclamó Marina conociendo cuán justa era la reflexión de la princesa—. Si yo hubiese venido de orden de los extranjeros, no me hubiese recatado de ellos para pasar a vuestra habitación.

Geliztli recapacitó un instante.

—No importa —objetó—. Muy bien puedes haber fingido que te recatabas para hacerme caer más fácilmente en el lazo. Necesito una prueba más convincente de tu sinceridad.

Marina no encontró una respuesta. La desgraciada empezaba a recoger el fruto de su traición. Conocía que la noble princesa tenía motivos poderosos para desconfiar de ella, y no encontraba en su imaginación un pretexto para persuadirla de su buena fe.

Y decimos «pretexto» porque Marina creía que nunca tendría valor para confesar a Geliztli el verdadero motivo que le obligaba a proponerle la fuga.

Entretanto, la princesa continuó:

—Para fiarme de ti necesito esa prueba. Y si no me la das pronto, iré a buscar a Malinche y le diré que me has propuesto la fuga.

Marina palideció como un cadáver al escuchar estas palabras y, extendiendo sus brazos hacia la princesa en ademán suplicante, le dijo:

—¡Guardaos muy bien de hacer lo que decís si no queréis que vos y yo nos perdamos para siempre!

Era tal el espanto pintado en el semblante de Marina, que Geliztli creyó que podía aprovechar esta oportunidad para arrancarle la prenda que buscaba.

—Y, sin embargo —repuso con este propósito—, es el único medio que encuentro para averiguar si procedéis de acuerdo con los extranjeros.

—No —dijo Marina, como tomando súbitamente una resolución—. Yo voy a proporcionaros otro —y, bajando los ojos y coloreándose ligeramente sus mejillas, añadió—: Yo le amo.

—¿A quién? —preguntó la princesa.

—Al jefe de los extranjeros..., a Malinche.

—¡Ah! —exclamó Geliztli, empezando a comprender.

—Y estoy celosa de vos.

—¡Sí, sí! Y por eso te pusiste pálida cuando mi padre me presentó al extranjero.

—Y por eso os propongo la fuga... porque no quiero que habitéis bajo el mismo techo que él.

Geliztli inclinó la cabeza para reflexionar.

Al cabo de un instante levantó los ojos. Parecía haber tomado una resolución.

—¡Está bien! —dijo a Marina—. Acepto tus servicios. Pero que los dioses te castiguen si te atreves a vender a la hija de tu señor.

—No —repuso Marina—. No los dioses del Anáhuac, porque ya no creo en ellos. Que la Virgen María me abandone si me atrevo a engañarte.

—Yo creo que hay uno o muchos dioses en ese cielo que de noche se inunda de estrellas. Acepto tu juramento por esos dioses, sean quienes fueren.

—Bien. Voy ahora a preparar los medios para vuestra fuga. La creo un poco difícil. Pero no importa... Mañana volveré a daros cuenta de mis trabajos.

—Los dioses te acompañen —repuso Geliztli.

Y se levantó de su silla para acompañar a Marina hasta la puerta de la habitación.

Ésta levantó la cortina para salir. Geliztli aventuro una mirada hacia el patio que tenía delante de los ojos y lanzó un grito de sorpresa.

Marina la miró con asombro. La princesa le dijo:

—¿Ves ese joven que en este momento pasa enfrente de vuestro gran ídolo y se dirige a las habitaciones de mi padre?

—Sí —dijo Marina siguiendo con los ojos la dirección del dedo de la princesa.

—Es el que mejor puede ayudarnos en nuestros planes. Hazle venir aquí. Se llama Tízoc.

Marina levantó la cabeza para mirar a Geliztli y pedirle acaso explicaciones. Pero la princesa no se apercibió de nada, embebida como estaba en seguir con la vista al joven sacerdote.

Marina creyó comprender el lazo que unía a Geliztli con el joven que le había designado y, llena de alegría por este descubrimiento que venía a tranquilizarla más con respecto a sus celos, corrió hacia la dirección a que se encaminaba Tízoc.

Geliztli abandonó entonces la cortina que había levantado, temerosa de ser descubierta por algún indiscreto, y volvió a ocupar la silla que acababa de dejar, sintiendo palpitar precipitadamente su corazón.

Capítulo XXI

Un proyecto de Tízoc

Cinco minutos después volvió a alzarse la cortina de la puerta y apareció Marina. Pero venía sola.

La princesa, que todavía se sentía conmovida, la interrogó con una mirada.

—Ya viene —respondió Marina—. Está aguardando a que no haya nadie en el patio, para que no le vean entrar en vuestra habitación.

—Me guardarás el secreto, ¿no es verdad? —preguntó Geliztli, ligeramente ruborizada.

—Seré muda para vuestros dolores y para vuestras alegrías.

—Tus dioses te lo premien.

—¿No sé acaso lo que es amor? ¡Oh! Y ese mancebo debe amaros con toda su alma, porque yo le vi estremecerse de placer cuando pronuncié en su oído vuestro nombre.

Geliztli, siempre ruborizada, no osaba apartar los ojos de las esteras que alfombraban el pavimento.

—Todo lo he comprendido —continuó Marina aproximándose a la princesa—. ¡Tízoc es para vos lo que Malinche es para mí!

La princesa irguió la cabeza con orgullo y, lastimada con esta comparación, respondió con cierta aspereza:

—Te engañas. Malinche te ama porque le has sacrificado tu honor y tu patria, y el amor que Tízoc me tiene es más puro que una oración a los dioses en la boca de un niño.

Marina bajó la cabeza avergonzada y confusa ante aquella voz que la condenaba y que, probablemente, era la voz de todo el Anáhuac.

En aquel momento se alzó por tercera vez la cortina de la puerta y apareció Tízoc en el dintel.

Marina aprovechó esta oportunidad para salir de su confusión y se retiró de la cámara sin osar levantar los ojos sobre aquellos dos jóvenes dignos hijos del Anáhuac, y que con su sola presencia parecían condenar su conducta.

Tízoc y Geliztli se quedaron solos. Pero el primero, en lugar de avanzar al interior del aposento, se quedó parado en el dintel de la puerta, frío y severo como una estatua inanimada.

Geliztli, a quien el placer de hallarse ante el objeto amado le había hecho inclinar un instante los ojos, los levantó al fin sobre el joven sacerdote y le miró con asombro.

Transcurrió un momento de embarazoso silencio que ninguno de los dos amantes parecía dispuesto a interrumpir.

Al fin Tízoc pronunció con acento solemne y doloroso estas palabras:

—Me han dicho que me llamabais, y, aunque no sé qué pueda decirme la esposa de un enemigo del Anáhuac, he recordado que sois la hija de mi señor y he acudido a vuestro llamamiento.

—¿Quién te ha dicho que soy la esposa de un enemigo del Anáhuac?

—Los que han visto a tu padre presentarte al extranjero..., los que, como yo, te ven ahora habitar el mismo palacio de tu esposo.

—No es extraño que lo digan los que no me han oído invocar a los dioses para hacerlos testigos de mi amor; pero que lo digas tú...

Y el amargo acento con que la princesa pronunciaba estas palabras se extinguió súbitamente en sus labios, y dos gruesas lágrimas brotaron bajo sus párpados.

Entonces Tízoc, ebrio de gozo, delirante, transfigurado, corrió hacia la joven princesa y, avergonzado y gozoso al mismo tiempo, le dijo con un acento que revelaba toda su emoción:

—Que el dios de la guerra niegue siempre a mis armas la victoria si en toda mi vida he experimentado una alegría igual a la que siento ahora al saber que no estás casada con Malinche, como lo dice y lo cree todo el Anáhuac.

—¡Pero tú..., tú...! —murmuraba Geliztli, enjugándose las lágrimas de los ojos.

—Hermosa hija de mi señor —repuso Tízoc, llevándose también una mano a los ojos para enjugárselos—, los Dioses perdonan al guerrero que ha matado en el campo de batalla a los enemigos de su patria: ¿por qué no me perdonas tu cuando ya he matado todas mis dudas?

Geliztli extendió al mancebo una mano, que éste se apresuró a coger entre las suyas. Inundándola luego con sus lágrimas, dijo a la princesa:

—La hermosura viene de los dioses y debe ser siempre indulgente como ellos... ¿No es verdad que me perdonas?

Geliztli, llorando y riendo a la vez y con un ligero rubor en las mejillas, respondió:

—¿No nos han enseñado los sacerdotes en el templo que debemos perdonar las debilidades de nuestros semejantes? Yo te perdono la tuya, Tízoc, y rogaré siempre a los dioses que te hagan grato para que me recompenses con amor este perdón.

—¡Ah! —exclamó Tízoc, enajenado de alegría—. Bien sabía yo que alguna dicha me esperaba ahora, porque al salir de mi casa en la mañana oí cantar al ave de buen agüero.

—¡De tu casa! —repitió Geliztli—. ¿Has abandonado ya el templo?

—Sí, hace mucho tiempo. Los dioses se han apiadado de mi, y no solamente he tenido ya el placer de combatir con los extranjeros, sino que el sumo sacerdote se ha dignado ya dispensarme de mis votos por un servicio eminente que, según dicen, he prestado a la patria.

Estas palabras inundaron de gozo el semblante de la bella Geliztli y continuó mirando a su amante con una expresión de dulcísima ternura.

—Fue en los campos de Tlaxcala —prosiguió el joven guerrero—, cuando la valiente república no había abrazado todavía la causa de los extranjeros. Yo había pedido a Xicotécatl el lugar más peligroso en la batalla, y accedió a mis deseos colocándome entre los cien combatientes que marchaban por delante del ejército. Repentinamente se presentaron a nuestros ojos varios de los hombres blancos del Oriente, montados sobre sus monstruos de guerra y cubiertos con su brillante armadura. Yo, que los veía por primera vez, sentí temblar todo mi cuerpo como en una noche de Alemoztlí y no me sentí fuerte sino después de haber pedido al dios de la luz que me fortificase con su calor. Los extranjeros se arrojaron sobre nosotros en medio de los alaridos de sus monstruos de guerra y de los truenos y rayos que despedían sus armas. Cuatro tlaxcaltecas cayeron a mi lado, heridos por un dardo invisible que hacía brotar la sangre de sus heridas. Mis labios pronunciaron una nueva oración al dios de la guerra, y levanté mi espada. Uno de los extranjeros se dirigió hacia mí con el semblante cubierto bajo su brillante casco. Yo cerré los ojos, di a mis brazos todo el impulso que me fue posible y dejé caer mi espada sobre el conjunto infernal que me amenazaba. Un grito de satisfacción que arrojaron todos los tlaxcaltecas me hizo abrir al instante los ojos. Mi espada había dividido del tronco la cabeza del monstruo desconocido que montaba el guerrero. Los soldados de la república se apoderaron de aquel sangriento trofeo, que al día siguiente fue ofrecido a los dioses en el templo Mayor de Tlaxcala.

Tízoc estaba verdaderamente hermoso al referir con salvaje sencillez este primer ensayo de su nueva carrera.

Geliztli le contemplaba con orgullo y satisfacción y, lejos de causarle horror la relación de aquella hazaña, admiraba sinceramente al que la había ejecutado.

El joven guerrero prosiguió:

Un día en que referí este combate al noble Cuauhtemotzin me dijo que la patria debía premiarme por el eminente servicio que le había prestado, y yo pedí por única recompensa ser despojado de mi carácter sacerdotal. El ilustre príncipe me ofreció que conseguiría mi deseo y me llevó consigo al templo de Huitzilopochtli. El sumo sacerdote me acogió con benignidad y me dijo: «Desde hoy quedas dispensado de tus votos. Éste es el galardón con que te premia el dios de la guerra por haber sido tú el primero que despojó a los extranjeros de su supuesta cualidad de inmortales. Sigue manejando la espada, ya que la sabes descargar con tanto acierto en servicio del Anáhuac». Y desde entonces —continuó Tízoc— ando libremente en el campo y en las ciudades, sin temor de que me encuentren los sacerdotes de Huitzilopochtli.

—¡Loados sean los dioses! —dijo con un acento de profunda gratitud la princesa.

—Solo era desgraciado —continuó Tízoc— porque no te veía. Pero ayer supe que los extranjeros permitían a Motecuzoma administrar el imperio desde su prisión, y hoy he venido con el pretexto de solicitar una audiencia. Los dioses se han dignado escuchar mis votos, puesto que te encuentro libre todavía como el ave que surca por los aires y hermosa como la luna en una noche serena.

—Los dioses no solamente han escuchado tus votos, sino también los míos —repuso Geliztli—. Yo les pedía que me enviaran un salvador, y tú has llegado en el momento en que más lo necesito.

—¿Has corrido algún peligro? —preguntó Tízoc, palideciendo.

—¿Olvidas que he sido ofrecida como esposa al jefe de los hombres blancos?

—No, no lo olvido; pero recuerdo que me has dicho que debía confiar en la que había jurado amarme delante de los dioses.

—Tízoc, yo procuraré conservarme siempre fiel al amor que te he jurado. ¿Pero qué puede una pobre hija del gran señor del Anáhuac cuando éste manda y cuando vive aprisionada en la casa de esos seres sobrenaturales que disponen del trueno y del rayo y tienen hechizados a los aztecas?

Tízoc miró con asombro a la joven princesa, pero sin atreverse a pronunciar una sola palabra. Geliztli continuó:

—Desde el día en que fui trasladada a este palacio, los extranjeros me enviaron a uno de sus sacerdotes para que me instruya en el culto de sus dioses. El sacerdote me apremia todos los días para que yo consienta en ser bañada con el agua sagrada. ¿Sabes, Tízoc, qué objeto tiene esta ceremonia?

El joven guerrero respondió con un ademán negativo.

—Cuando el agua bendecida por sus sacerdotes haya mojado mi cabeza —prosiguió Geliztli—, los hombres blancos me considerarán de su religión y el Malinche no temerá irritar a sus dioses si se casa conmigo.

—Pero —objetó Tízoc— los consejeros que asistieron a la audiencia en que tu padre te presentó al extranjero dicen que éste te rehusaba, alegando que era casado en su país y que sus dioses no le permitían tener más de una mujer.

—Es verdad. Lo mismo me ha dicho la manceba de Malinche. Pero...

—¿Qué? —preguntó Tízoc viendo que la joven princesa se detenía.

—Es un secreto que a nadie me había atrevido a revelar. Escucha.

Tízoc se quedó inmóvil y mudo, deseoso acaso de no perder una sola palabra de las que iba a pronunciar la princesa.

—Una noche —continuó Geliztli bajando la voz—, una noche en que yo no podía dormir preocupada con las desgracias de mi familia y de mi patria, vi alzarse repentinamente la cortina de esa puerta y aparecer tras de ella la figura de un hombre.

Tízoc se puso pálido como un cadáver.

—De pronto creí —continuó la princesa— que fuese una de esas formas humanas que suele revestir el dios Tezcatlipoca para venir a anunciar a los mortales la felicidad o la desventura. Iba ya a arrodillarme sobre mi lecho para adorar a la deidad, cuando advertí que el fantasma, que aún no soltaba la cortina, estaba vestido como los extranjeros, tenía barbas en el rostro y llevaba en la cabeza una manta recogida, negra como la noche.

Tízoc sentía rugir un volcán dentro de su pecho y crispaba los puños en actitud de amenaza.

—Entonces, en vez del terror sagrado que me impulsaba a arrodillarme, sentí el miedo que produce siempre en mí la presencia de los extranjeros, y llamé a la esclava que duerme constantemente junto a mi lecho.

—Y entonces... —tartamudeó Tízoc.

—Entonces la cortina volvió a caer al instante y el fantasma desapareció.

Tízoc respiró con fuerza, como un hombre que ha tenido necesidad de contener por mucho tiempo el aliento.

Al cabo de un instante prosiguió la princesa:

—La noche siguiente volvió a presentarse el fantasma. Se detuvo de nuevo en la puerta, con la cortina levantada, como para cerciorarse de que todo estaba en silencio. En aquel instante, como si los dioses hubieran querido avisarme del peligro que corría, un hombre pasó cerca de la puerta con una antorcha en la mano. Su luz iluminó el semblante del fantasma: era Malinche.

—¡Malinche! —rugió Tízoc con un acento de cólera imposible de describir.

—¡Sí, Malinche! —repuso la princesa—. Le reconocí muy bien. Y fue tal el espanto que produjo en mí su presencia que, aunque quise llamar a la esclava como la noche anterior, sentí parada mi lengua y no pude pronunciar una sola palabra. Entonces Malinche dio un paso dentro de la habitación, dejó caer la cortina, y vi que avanzaba hacia mi lecho.

Los labios de Tízoc se movieron como para hablar, pero la rabia y los celos habían puesto un nudo a su garganta. Sus labios estaban cárdenos y sus ojos despedían llamas.

—Yo invoqué a la madre de los dioses —concluyó la princesa—, y ésta sin duda escuchó mi ruego, porque un grito agudo salió al instante de mi boca. La esclava se despertó sobresaltada y me hizo una pregunta que no recuerdo ahora. Malinche conoció sin duda en su voz que no era yo la que hablaba, y un momento después le vi salir de la habitación.

Al terminar estas palabras la princesa, Tízoc le presentó su mano y, con un acento lleno de resolución, le dijo:

—¡Vamos!

—¿Adónde? —preguntó admirada la princesa.

—A donde no pueda sospechar nunca tu existencia ese odioso extranjero.

—¡Insensato! ¿Y crees que podríamos salir de este palacio sin que nos detuviesen?

—¡Ay! —murmuró abatido Tízoc—. Tienes razón... Y aunque yo sacrificase mi vida para defenderte, siempre volverías a la prisión que te ha dado Malinche. Y, sin embargo —añadió al cabo de un instante—, es preciso huir.

—¡Y huiremos! —repuso Geliztli con energía—. Tenemos un aliado poderoso dentro de los muros mismos del palacio de Axayácatl.

—¿Para la fuga? —preguntó admirado el joven guerrero.

—Para la fuga.

—¿Quién es?

—La manceba de Malinche.

—¡Los dioses nos amparen! —exclamó aterrado Tízoc—. ¿Te atreves a fiarte de la que se complace en vender a sus hermanos?

—¡No! No me fío de la que vende sus hermanos, pero sí de la mujer celosa.

—¡Ah! —repuso el mancebo—. Ya lo comprendo. La Malintzin será nuestra más fiel aliada siempre que se trate únicamente de la fuga.

—Pues busca los medios, Tízoc, y, si necesitamos de ella, creo que nos ayudará y que podremos huir sin ningún temor.

—Sin duda, sin duda —murmuraba Tízoc distraídamente—. Aunque yo no sé cómo puedas huir de este palacio sin que te sientan los extranjeros. De día y de noche está guardado por hombres que velan con las armas en la mano. De día están ayudados por los rayos del sol, de noche redoblarán su vigilancia.

—Sin embargo —objetó la princesa—, la Malintzin cree posible la fuga.

—A no ser —continuó Tízoc siguiendo el hilo de su anterior razonamiento—, a no ser que huyas hasta que... ¡Pero no —añadió luego con un estremecimiento nervioso—: acaso sería ya demasiado tarde!

—¡Tarde! —replicó Geliztli—. ¿Qué significan esas misteriosas palabras?

Tízoc llevó a sus labios un dedo como para recomendarle silencio. En seguida se acercó a la puerta para escuchar y, no oyendo fuera ningún ruido que le alarmara, volvió adonde estaba la princesa.

—Escucha —le dijo en voz baja—. La prisión del emperador ha producido tal irritación en todos los ánimos, que no hay ahora una sola calle ni plaza en Tenochtitlan en que no se agrupe la multitud para tratar de salvar a su señor.

—¡Ah! —exclamó Geliztli con el rostro radiante de alegría—. ¡Los nobles aztecas!

—Mil veces se hubiera ya arrojado la multitud sobre este palacio si no hubiera hombres prudentes que la contuviesen a cada instante, deseosos de aprovechar con mejor éxito sus servicios.

—Han obrado acertadamente. Economizad cuanto podáis la sangre de nuestro valiente pueblo.

—Si los pobres aztecas atacaran un día los muros del palacio de Axayácatl, las bocas de fuego del extranjero harían con ellos lo que con los infelices tlaxcaltecas. Regarían la plaza con sus cadáveres, como el invierno riega la tierra con las hojas de los árboles.

—¿Qué hacer entonces para salvar a mi padre? —preguntó la princesa con impaciencia.

—Escucha —respondió Tízoc—. Malinche ha querido hacerle menos amargo su cautiverio concediéndole algunas libertades. Ya le ha permitido una vez pescar en el lago de Texcoco, como cuando era todavía el único árbitro de los destinos del Anáhuac, y otra vez cazar en los sombríos bosques de Chapultepec.

—¡Ah! —suspiró la princesa—. Ya Malinche ha humillado tanto al gran señor de Tenochtitlan que necesita de la licencia de sus huéspedes para divertirse en sus dominios. ¡Y él, que tiene la debilidad de aceptar de sus manos estas concesiones!

—Por eso el pueblo asegura que los extranjeros han hechizado al emperador.

—Y el pueblo no se equivoca. Si no fuera sobrenatural el poder que ejercen sobre nosotros los hombres blancos del Oriente, ¿cómo hubieran podido conducir preso, en medio de su pueblo, al señor de tan vastos dominios?

Al concluir estas palabras, la princesa inclinó la cabeza sobre su pecho y se enjugó furtivamente con la mano algunas lágrimas amargas que habían brotado de sus ojos.

—Pero nosotros acabaremos con ese hechizo —prorrumpió enérgicamente Tízoc—. Un día que el emperador vaya a cazar al bosque de Chapultepec, nosotros esconderemos un ejército aguerrido entre las montañas y los árboles de aquella regia mansión, caeremos de improviso sobre los extranjeros y los viles aliados que les sirven de escolta y arrancaremos al emperador de sus garras.

Gelitztli soltó un grito de entusiasmo al escuchar estas palabras y tendió una mano a su interlocutor en señal de gratitud.

Tízoc estrechó suavemente esta mano entre las suyas y continuó:

—Roguemos a los dioses que me permitan llevar a cabo ese hermoso proyecto, porque si un día se realizase, como lo espero...

—¿Qué? —preguntó Gelitztli.

—El gran señor del Anáhuac tendría que recompensar al que le hubiere devuelto la libertad. ¿Y sabes cuál es el premio que exigiría su salvador?

La princesa, ligeramente ruborizada porque empezaba a comprender, se contentó con interrogar a su amante con un ademán hechicero.

—Le pediría el mando de todos sus ejércitos, o el gobierno de una de sus más hermosas provincias, para hacerme digno de la mujer a quien amo.

El placer de que estas palabras inundaron el ánimo de Gelitztli la hicieron enmudecer por algunos instantes; pero repentinamente levantó su hermosa cabeza y, con un acento de dulce reconvención, dijo a su amante:

—No seamos locos, no perdamos el tiempo en hermosas ilusiones que acaso no se realizarán jamás. ¿No estoy todavía en las prisiones de Malinche? ¿Hemos encontrado acaso algún medio para verificar mi fuga?

—¡Oh! —exclamó Tízoc—. Tu fuga se realizará el mismo día en que se realice la de tu padre o yo perderé la vida.

—¿Pero cómo, cómo? —preguntó con ansiedad la princesa.

—Cuando todo esté dispuesto en Chapultepec, yo te traeré un aviso. Tú entonces pedirás licencia a Malinche para acompañar a tu padre en la cacería, diciéndole que otras veces le has acompañado en esta diversión tan propia de los príncipes de tu linaje. ¡Y que los dioses me hagan el más desgraciado de los aztecas si no consigo darte la libertad al mismo tiempo que al emperador!

En aquel instante se dejó oír en el patio inmediato a la habitación un ruido inusitado. Pasos de hombres que andaban precipitadamente, armas de acero que chocaban contra el cuerpo de los que corrían y algunas voces en todos los tonos que pronunciaban palabras desconocidas para los dos amantes.

Tízoc corrió a la puerta, alzó un tanto la cortina y miró al patio. Extranjeros y aliados corrían en tropel hacia un punto determinado, decíanse algunas palabras que Tízoc no podía comprender, y todos desaparecían por una misma salida, que conducía sin duda a otro patio.

El joven guerrero volvió a donde estaba su amada y le dijo:

—Algo extraordinario pasa en el palacio de Axayácatl: los extranjeros...

—¡Huye! —interrumpió la princesa con el semblante trastornado de espanto.

—Sí —dijo—. Preciso es huir ahora para salvarte más tarde. No lo olvides... yo te avisaré.

—¡Huye, huye! —repetía la princesa cada vez más alarmada.

Tízoc se dirigió a la puerta, levantó la cortina, arrojó la última mirada sobre Geliztli y desapareció.

La princesa se quedó parada en medio de la cámara con la mano izquierda apoyada sobre su pecho como para contener los latidos de su corazón.

Segunda parte

Capítulo primero

Un rey indigno de un gran pueblo

Vamos ahora a referir a nuestros lectores la causa de la grande agitación que reinaba en el palacio de Axayácatl y que Tízoc no pudo averiguar en aquel momento por la extraordinaria prisa que se dio en salir de sus muros.

Los españoles y sus aliados corrían al patio principal del palacio, donde había ya un concurso numeroso contemplando un espectáculo extraordinario.

El cacique Cuauhpopoca, un hijo suyo y quince señores principales de su corte, acusados de complicidad en la muerte dada a los españoles de Veracruz en la batalla de Nauhtlan, acababan de entrar en aquel patio acompañados de los dos mensajeros que, como recordará el lector, había despachado en su busca el débil Motecuzoma.

El cacique, que como todos los grandes señores del Anáhuac había hecho el viaje en hombros de sus vasallos, acababa de apearse de la litera cubierta de plumas y telas preciosas en que había venido desde su capital. Rodeáronle al instante su hijo y los nobles que le acompañaban y, sin hablar una sola palabra, se pusieron a aguardar a los dos mensajeros que acababan de entrar en las antecámaras del emperador para darle cuenta de su misión.

Cuauhpopoca y sus vasallos tenían el aspecto enteramente tranquilo. Habían cumplido con su deber obedeciendo una orden superior que estaba en armonía con sus propios sentimientos, y la tranquilidad de su conciencia se reflejaba fielmente en sus semblantes.

Los españoles, sus aliados y algunos mexicanos que por varios motivos se hallaban reunidos en aquel momento en el palacio contemplaban a aquellos diecisiete guerreros con diversidad de sentimientos.

Los extranjeros los miraban con terror; los aliados, con esa especie de escozor que sienten los pícaros a la presencia de un hombre de bien, y los hijos de Tenochtitlan, con la sincera admiración que el pueblo siempre consagra a los hombres de verdadero mérito.

Los mensajeros no tardaron en salir de las habitaciones de Motecuzoma, y, a una señal que hicieron a Cuauhpopoca y sus compañeros, éstos pasaron a las antecámaras imperiales, donde los esperaban los oficiales encargados de introducirlos.

Allí se despojaron de sus sandalias, vistieron sobre sus ricos trajes el humillante saco de tela de maguey, y descalzos, humildes y con los ojos bajos pasaron a la sala de audiencia.

El débil monarca los aguardaba ya, sentado en su irrisorio trono.

Cuauhpopoca se adelantó con dignidad, hizo las tres reverencias prescritas en el ceremonial de la corte y aguardó a que le interrogase el soberano.

—¿Qué has hecho, desgraciado? —le preguntó con voz vacilante Motecuzoma.

—Cumplir con vuestras órdenes, gran señor —respondió imperturbable el cacique.

—¡Cumplir con mis órdenes! —repuso el desgraciado rey, poniéndose pálido de miedo—. ¿Yo te he mandado dar muerte a los extranjeros de Chiahuitztlá, que tú has sacrificado inhumanamente en la batalla de las llanuras de Nauhtlan?

—Vos me mandasteis reducir a los rebeldes totonacas que se habían negado a pagaros el tributo, y por eso los atacé con mis guerreros en donde los encontré reunidos.

—¡Miserable vasallo! —gritó exasperado, Motecuzoma—. Responde: ¿Yo, yo soy quien te ha ordenado sacrificar a esos mismos extranjeros a quienes recibo y regalo en mi corte?

—Vos me mandasteis atacar a los totonacos y yo los atacé en las llanuras de Nauhtlan. Si había en sus filas algunos extranjeros amigos vuestros, si algunos de esos extranjeros han muerto en la batalla, ¿qué culpa tiene vuestro fiel servidor, que solo se ha apresurado a cumplir vuestro mandato?

La palidez de Motecuzoma crecía a medida que hablaba Cuauhpopoca.

El acento de éste era tan seguro, había tal aplomo en su actitud respetuosa a la par que severa, que era imposible dudar que se expresaba con sinceridad.

—¡Esclavo! —dijo Motecuzoma con una voz balbuciente de cólera y temor—. Tú has hecho decir en Nauhtlan que mis amigos los extranjeros habían sido muertos por mi expreso mandato. ¿Te atreverás a sostener esa calumnia?

—Yo he dicho en público, gran señor, lo que acabo de repetiros aquí. Vos no me mandasteis respetar a los extranjeros si los encontraba en las filas de vuestros enemigos, y siento mucho que algunas de mis flechas les hayan dado la muerte. Pero bien sabéis que en el campo de batalla el guerrero es quien dispara la flecha, pero es la voluntad de los dioses la que la dirige.

—¡Basta! —gritó Motecuzoma encubriendo bajo este arranque de ira el temblor que agitaba todos sus miembros—. ¡Basta! Harto mal te has conducido esta vez con tu señor y vas a ser castigado al instante como súbdito traidor y desleal.

Y sin atreverse a fijar una mirada en el noble Cuauhpopoca, que continuaba en su impasibilidad severa y respetuosa, llamó a uno de los oficiales que aguardaban a la puerta de la sala, y señalándole al cacique y sus compañeros:

—Llévaselos a Malinche —le dijo—. Dile que los he examinado, que los creo culpables y que le faculto a que les imponga el castigo que merezcan.

Cuauhpopoca levantó sus ojos sobre el emperador y le lanzó una mirada que no expresaba tanto su desprecio como su asombro. Parecíale imposible que llegase a tal grado de abyección el gran señor del Anáhuac.

No solo entregaba traidoramente a sus vasallos inspirado por un sentimiento de cobardía, sino que abdicaba su soberanía en favor de sus indignos huéspedes.

Sin duda era cierto que lo tenían hechizado.

El hijo de Cuauhpopoca y sus quince guerreros, honra y gloria de la nobleza de Nauhtlan, habían sido envueltos en la misma sentencia sin haber sido escuchados.

Un instante después, el cacique y sus llamados cómplices comparecían ante la presencia de Hernán Cortés. Marina estaba a su lado.

—¿Eres vasallo de Motecuzoma? —preguntó el español al cacique.

—¿Y quién no lo es en el Anáhuac? —respondió con orgullo el noble Cuauhpopoca.

Hernán Cortés sabía lo que había pasado en la entrevista del cacique con Motecuzoma y contempló con admiración a aquel hombre que hablaba con orgullo de su rey, por quien acababa de ser vendido y humillado.

Como muchos de los hombres que tienen la pretensión de elevarse sobre los demás, Hernán Cortés miraba con aversión todo lo que era grande y noble, temeroso de que pudiese sobreponérsele. Así, pues, si no había preconcebido la idea de sacrificar a Cuauhpopoca, fue en aquel momento cuando la resolvió en su ánimo.

Al cabo de un instante de silencio, Hernán Cortés prosiguió:

—Varios caballeros cristianos han sido sacrificados por ti en las inmediaciones de Veracruz, y yo, que debo dar cuenta a mi soberano de esa desgracia, necesito saber por orden de quién han sido sacrificados.

—Dile a tu soberano —respondió con voz pausada y solemne Cuauhpopoca— que han sido muertos en una batalla a que no habían sido provocados.

—Pero ¿quién ordenó esa batalla? —preguntó Cortés con tenacidad.

Cuauhpopoca no dio señales de haber escuchado esta pregunta y continuó:

—Dile que se pusieron del lado de unos vasallos rebeldes y que los dioses del Anáhuac, que protegen al gran Motecuzoma, descargaron su cólera sobre los intrusos.

Hernán Cortés enrojeció de cólera.

—¿Quién ha ordenado ese asesinato? —gritó balbuciente.

—He respondido cuanto podía responderte —contestó con serena dignidad el cacique—. Ya no arrancarás una palabra más de mis labios.

—Este perro idólatra —murmuró Hernán Cortés— tiene el diablo en el cuerpo. Veamos si se atreve a cumplir su propósito.

Y arrojando sobre Cuauhpopoca una mirada amenazadora —amenaza inútil, porque el cacique ya no le miraba—, continuó:

—La prueba de que tu amo Motecuzoma es quien ha ordenado esa batalla es que la cabeza de un caballero cristiano ha sido cortada y remitida al emperador. Es verdad que éste la rechazó con horror, pero no se dignó reprender siquiera a quien se la había mandado.

Cuauhpopoca no solo no respondió, sino que ni se dignó levantar los ojos para mirar al español ni a su intérprete.

—¿Qué respondes a esto? —preguntó Hernán Cortés, pateando el suelo de rabia.

Cuauhpopoca continuaba impasible.

—¡Pagano miserable! —gritó Hernán Cortés, exasperado—. Vas a pagar tu

silencio con la hoguera.

Cuauhopoca se puso pálido. Pero no despegó los labios.

El capitán español comprendió que ya nada podía sacar de aquel hombre, que llevaba su heroísmo hasta a despreciar la hoguera.

Volviere entonces a su hijo y repitió el mismo interrogatorio. Pero aquel joven, que no llegaba todavía a la adolescencia, se mostró digno de su padre. No confesó nada de lo que deseaba Hernán Cortés.

Éste se dirigió entonces a los quince señores de Nauhtlan y los sujetó sucesivamente al mismo orden de preguntas y a la misma progresión de amenazas. Pero todo fue inútil. Aquellos héroes de tez cobriza se hubieran creído reos de alta traición si hubiesen contestado a las preguntas del enemigo de su patria y no tuvieron una palabra de reproche para el indigno rey que los abandonaba a los crueles extranjeros.

Hernán Cortés, ciego de cólera, llamó a uno de sus capitanes que había presenciado el interrogatorio y, señalándole al cacique y sus vasallos, le dijo:

—¡Contad a esos perros paganos y mandad preparar otras tantas hogueras para quemarlos!

El capitán se estremeció.

—¿Qué aguardáis? —le preguntó Hernán Cortés, viendo que permanecía inmóvil.

—¿Qué aguardo? —tartamudeó el capitán, a quien parecía tan audaz como peligrosa aquella sentencia—. Lo que..., lo que quiero haceros notar es que esos hombres son diecisiete.

—¿Y qué? —murmuró Hernán Cortés, encogiéndose de hombros con desprecio.

—¿Qué? Que acaso no tengamos en nuestros cuarteles leña bastante para diecisiete hogueras.

—¿Y eso os apura? —preguntó el general con una sonrisa sardónica.

Y, tras un instante de silencio, se dio repentinamente una palmada en la frente y añadió:

—Muy cerca de aquí, sobre una de las puertas del templo Mayor, ¿no recordáis haber visto un gran depósito de arcos, flechas, dardos y espadas?

—Si —respondió el capitán.

—Pues todas esas armas salvajes me parecen un excelente combustible para vuestras hogueras. Id a recogerlas y no os quejaréis de falta de leña.

El capitán retrocedió horrorizado.

—Todo el frente de este palacio —dijo— está inundado de un gran número de indios que van a hacerme pedazos cuando me vean despojar de esas armas al templo. Son armas que tienen depositadas allí para defenderse, y creerán...

—Creerán lo que vos les digáis —interrumpió el general—. Y vos les diréis que tomáis las armas por orden de su señor Motecuzoma. Les diréis también que por orden del mismo van a ser quemados vivos sus traidores vasallos que dieron muerte a nuestros camaradas en Quiabislan. Para que os crean mejor llevaréis cien españoles

que apoyen con sus armas cuanto digáis. Llevad también algunos aliados.

El capitán no tuvo ya que replicar y salió a cumplir las peligrosas órdenes del general.

Éste, entretanto, salió al patio principal del cuartel y dio las órdenes necesarias para que todos los soldados españoles y aliados se pusieran sobre las armas. En cuanto a embridar los caballos y cargar los cañones, la orden era inútil porque siempre lo estaban desde que tenían en prisión a Motecuzoma.

Media hora después estaban cumplidas con exactitud las órdenes del general.

Frente al palacio principal de Motecuzoma se levantaba una inmensa hoguera formada con todos los arcos, flechas y espadas de madera que se habían encontrado en la armería designada por Cortés. Habíanse clavado en tierra diecisiete postes para atar a los reos.

Un gran número de curiosos inundaba la plaza en que iba a tener lugar el suplicio, las azoteas de los palacios y casas vecinas y los muros, las escaleras y el atrio del templo Mayor. Este gentío estaba mudo y respetuoso, porque se había propagado la voz de que el gran señor del Anáhuac iba a imponer aquel terrible castigo a varios de sus vasallos rebeldes. El suplicio del luego no era muy común en el Anáhuac. Pero la multitud calculaba que el delito de los rebeldes debía ser muy grande cuando se les imponía tan severo castigo.

Cortés, sin embargo, abrigaba algunos recelos. Había visto la muchedumbre reunida en el lugar del suplicio y temía que ésta llegase a averiguar que no era el rey quien castigaba a sus vasallos, sino los extranjeros, que vengaban la muerte de sus camaradas. Cortés comprendía que, sospechado esto siquiera por la multitud, arrancarían a las víctimas de la hoguera, se arrojaría sobre los verdugos y los haría pedazos.

Ya conocen nuestros lectores al audaz aventurero. Se quitaba siempre el miedo con un nuevo acto de temeridad. Su sistema era el terror.

Comprendió que el único que podía hacer salir a la multitud de su error era el mismo emperador Motecuzoma. Creyó que en el momento del suplicio podía sentir algún remordimiento por la bajeza que acababa de cometer y temió que hiciese un esfuerzo supremo para ir a salvar a sus vasallos.

En un instante tomó su determinación. Conocía demasiado al débil Motecuzoma para dudar de los medios que debía adoptar para precaverse de él.

Llamó a cuatro de sus capitanes, ordenó a un soldado que cargase unos grillos y, precedidos de Marina, pasaron a la cámara en que se hallaba el emperador.

Motecuzoma estaba rodeado de algunos criados que escuchaban con respeto sus órdenes.

Ni Hernán Cortés ni ninguno de los que le acompañaban se quitaron la gorra de la cabeza, como tenían de costumbre al entrar a la cámara imperial.

Esta circunstancia no dejó de sobresaltar al emperador.

—Señor —dijo Hernán Cortés con dureza—, han sido ya examinados por mí

Cuauhpopoca y sus cómplices, y todos han confesado su crimen.

—También lo han confesado delante de mí —interrumpió Motecuzoma— y por eso te los he enviado para que los castigues.

—Ya los he condenado a la pena de muerte —repuso el general español—, y dentro de poco el fuego consumirá sus carnes frente a los muros de vuestro palacio.

Trastornase el semblante de Motecuzoma al escuchar estas palabras. Su rostro debía de ser en aquel instante un espejo fiel de su conciencia.

—Pero no es eso todo —añadió Cortés—. Al confesarse culpables vuestros vasallos han declarado que fuisteis vos quien ordenó la muerte de mis españoles.

Motecuzoma sintió un vuelco terrible en el corazón.

—Y como sería una injusticia castigar a los que solo fueron vuestros instrumentos y no castigaros a vos, quiero imponeros una pena aunque menor que la de vuestros vasallos, siquiera por la generosa hospitalidad que nos habéis dispensado en vuestra corte.

El remordimiento, la indignación y el asombro enmudecían al emperador.

Hernán Cortés se volvió entonces al soldado que traía los grillos y, señalándole con un ademán colérico al infeliz monarca, le dijo:

—Cumplid con lo que he mandado.

El soldado se acercó a Motecuzoma, tomó entre sus manos aquellos pies delicados que jamás habían pisado la tierra y los oprimió con la infame argolla.

Hernán Cortés y sus capitanes, inmóviles y severos, contemplaban con estoicismo la operación que ejecutaba el soldado como si se tratara de un delincuente vulgar.

La servidumbre de palacio que se hallaba presente se mantenía atónita y confusa ante aquel nuevo desacato a la majestad del rey.

Motecuzoma, aquel envilecido monarca que arrastraba su corona a los pies de cuatro miserables aventureros, al sentir oprimidos sus pies bajo el degradante hierro de los presidios rompió a llorar como una mujer.

Los criados, al ver el llanto de su señor, se arrojaron a sus plantas, levantaron entre sus manos los grillos para aliviarle de su inmundo peso, introdujeron sus mantas y sus pañuelos entre la argolla y sus carnes para que el hierro no lastimase sus pies.

Y mientras ejecutaban esta operación derramaban abundantes lágrimas y prorrumpían en tristísimos alaridos.

Y el desventurado monarca continuaba llorando cobardemente, y decía:

—¡Los dioses lo quieren! ¡Los dioses quieren!

Hernán Cortés arrojó una mirada de desprecio sobre aquella escena y, seguido de Marina y de sus capitanes, salió de la estancia.

Capítulo II

El suplicio

Seguía entretanto apiñándose la muchedumbre en la gran plaza del templo Mayor.

La hoguera estaba vigilada por doscientos tlaxcaltecas y veinticinco españoles. Estos vigilantes estaban muy unidos entre sí a fin de que la multitud no osase invadir el recinto del suplicio.

Continuaba reinando un silencio respetuoso entre los espectadores. Pero de súbito se propagó de un extremo a otro de la plaza un rumor sordo y confuso, como el que produciría una fuerte corriente de aire en una selva frondosa.

Varios brazos se extendieron hacia el palacio de Axayácatl, y los ojos de todos los espectadores se apartaron de la hoguera para mirar en la misma dirección.

De la gran puerta del palacio, en la cuyo frontispicio se hallaban esculpidas en piedra las armas de Axayácatl, salían los diecisiete sentenciados que una hora antes habían entrado por la misma puerta con la cabeza erguida y el semblante tranquilo.

Ahora iba cada uno de ellos, con los brazos atados sobre la espalda, entre dos de esos miserables totonacas a quienes habían vencido en leal batalla y que hoy los sujetaban cobardemente por las cuerdas de sus ataduras.

Los sentenciados caminaban uno en pos de otro, vigilados inmediatamente por los totonacas y, además, por una doble hilera de soldados españoles con espada al cinto y arcabuz al hombro.

Como la muchedumbre de la plaza era numerosa y podría encontrarse alguna dificultad en abrirse paso hasta el lugar del suplicio, rompían la marcha seis jinetes, perfectamente montados, a cuya cabeza iba el mismo Hernán Cortés.

Las piezas de artillería habían sido avocadas a los diversos ángulos de la plaza, y los artilleros vigilaban junto a ellas con una mecha encendida en la mano.

La fúnebre procesión marchaba lenta y trabajosamente entre la multitud al pausado toque de los tambores. Los caballos, que iban por delante, refrenados prudentemente por los jinetes, se abrían paso más bien por el terror que por la fuerza. Los espectadores retrocedían espantados ante aquellos monstruos de naturaleza desconocida que mascaban el brillante hierro y echaban espuma por la boca.

Un cuarto de hora tardaron los reos y su doble escolta en recorrer el corto espacio que mediaba entre la puerta de la casa de Axayácatl y la hoguera preparada frente al palacio principal de Motecuzoma.

Este cuarto de hora fue de terrible ansiedad para los españoles. A pesar de las precauciones que habían tomado para llevar a cabo su atentado sin ninguna dificultad, temían a cada instante que se les echase encima la multitud y arrebatase a los reos de su escolta.

Pero la multitud estaba muy ajena de pensar en ninguna demostración hostil. Creía que el gran señor del Anáhuac mandaba hacer aquella terrible injusticia en los delincuentes que veía atados, y solamente se admiraba de que, para vengar los ultrajes hechos a su poder, se valiese del auxilio de los extranjeros.

Además, estaba tan acostumbrada al sangriento espectáculo de los sacrificios, que se renovaba con harta frecuencia en la cima de los templos, que hasta miraba con alguna indiferencia aquel montón de arcos, flechas y espadas guardado por los tlaxcaltecas.

Sus miradas estaban clavadas tenazmente en los sentenciados como para leer en su rostro la impresión que les causaba la proximidad del suplicio. Aquel pueblo habituado ya con la idea de la muerte se cuidaba menos de compadecer a las víctimas que de animarles a sufrir con valor el tránsito de la vida a la eternidad.

Por fortuna, los sentenciados podían salir con honor de este examen. A no ser por sus ataduras y por los soldados que los escoltaban, se hubiera creído que marchaban a una fiesta. No se notaba la menor alteración en sus semblantes; sus ojos se fijaban con indiferencia en la hoguera que los aguardaba o vagaban sobre las cabezas de la muchedumbre; sus labios pronunciaban de cuando en cuando algunas palabras dirigidas a los mismos totonacas que los escoltaban; tenían, en una palabra, esa impasibilidad asombrosa, esa resignación sin ejemplo que los pueblos salvajes estiman como una de las primeras virtudes del guerrero.

Cuando llegaron al lugar del suplicio, los tlaxcaltecas que rodeaban la hoguera abrieron paso a los reos y a sus guardianes los totonacas. Éstos hicieron subir sobre la leña a las víctimas, las ataron a los postes y se retiraron.

Entonces cuatro tlaxcaltecas preparados de antemano se llegaron a los cuatro ángulos de la inmensa hoguera y, con las antorchas encendidas que llevaban en la mano, pegaron fuego a la leña.

Aquellas armas guardadas de muchos años atrás en el depósito del templo Mayor se habían convertido, por su antigüedad, en el más violento combustible.

El fuego cundió con admirable rapidez por toda la hoguera, y los sentenciados no tardaron en verse rodeados de llamas. Pero no hicieron un solo movimiento para defenderse, no exhalaban un solo gemido, no se contrajo un solo músculo de su semblante.

En medio de las llamas se alzó repentinamente una voz. Era la de Cuauhpopoca.

Hernán Cortés creyó que iba a confesar la complicidad de Motecuzoma y, echando por tierra a dos soldados tlaxcaltecas, se introdujo a caballo en el lugar del suplicio. Su proximidad a la hoguera era tal que sentía en su rostro el calor de las llamas.

Marina le había seguido como una sombra.

He aquí las palabras que pudo oír de la boca de Cuauhpopoca y que tradujo fielmente al general español:

«Los dioses son testigos de mi inocencia en el supuesto crimen que se me imputa.

Yo no he hecho más que lo que debe hacer todo hijo del Anáhuac que tenga una espada en las manos y sangre azteca en las venas. Combatir contra los rebeldes totonacas. La bendición de los dioses caiga sobre Motecuzoma; su maldición confunda a los extranjeros».

Cuando Hernán Cortés se impuso por Marina del sentido de estas palabras mandó que redoblasen los tambores. Pero la precaución era inútil. La escolta tlaxcalteca, fiel a su consigna, había cuidado de alejar demasiado a los curiosos.

Pero en medio del ruido de los tambores todavía se escuchó la voz de Cuauhpopoca, que decía:

«¡Hijo mío! ¡Valientes guerreros de Nauhtlan! No olvidéis en este último trance que habéis cumplido siempre vuestro deber y que vuestros enemigos os contemplan. Morid con valor y resignación, como hijos dignos del Anáhuac».

Y tras estas palabras entonó un cántico, solemne como una oración y inerte como el himno de la muerte. Pedía a los dioses del paraíso que le recibiesen en su seno, como a todos los guerreros que morían honrosamente en servicio de su patria.

Los demás sentenciados repitieron en coro este himno y, mientras lo permitieron las llamas del suplicio, se les pudo ver a todos con los ojos clavados en el cielo en una actitud verdaderamente sublime.

Hernán Cortés no pudo sufrir el espectáculo de esta resignación heroica. Volvió a salir del círculo del suplicio y fue a confundirse entre los demás jinetes españoles para echar una mirada sobre la multitud.

Los espectadores continuaban impassibles. Llegaba a sus oídos un rumor confuso de voces que parecía salir del fondo de la hoguera, y se figuraban que los reos pedían perdón a los dioses del crimen que habían cometido. Pero veían su inmovilidad en medio de las llamas y se alegraban de que los extranjeros y sus aliados viesan morir con heroísmo a los aztecas.

Muy pronto la noble figura de los sentenciados desapareció entre las llamas.

Muy pronto dejó de escucharse aquel canto monótono, pero lleno y robusto, que parecía elevarse al cielo tomando venganza. El fuego lo había consumido todo.

Pero hubo algo que no pudo perecer entonces..., que no perecerá jamás: la sed de sangre de los conquistadores, la villanía del rey, el heroísmo de las víctimas.

La historia ha consignado en sus páginas inmortales la infamia de los primeros y la gloria de los últimos. Nuestros ojos se han fijado mil veces sobre esas páginas de sangre y jamás hemos dejado de estremecernos al recorrerlas.

¡Nobles mártires del Anáhuac sacrificados a la cobardía de un rey y al canibalismo de vuestros enemigos: vuestro cadalso fue, como el de otros muchos que ha levantado en todo el ámbito de la tierra la injusticia de los hombres, el eterno pedestal de vuestra gloria!

La multitud no tardó en disolverse con indiferencia. Se había terminado el espectáculo con que la había obsequiado su señor Motecuzoma.

Hernán Cortés recogió entonces a sus españoles y a sus aliados y, atronando el

aire con clarines y tambores, entró gozoso y triunfante en sus cuarteles.

Inmediatamente se dirigió a la cámara de Motecuzoma. El afeminado rey continuaba llorando e imploraba a gritos la protección de sus dioses. Sus criados le bañaban todavía los pies con sus lágrimas y le procuraban aliviar del peso de los grillos.

El hipócrita extremeño apartó a los criados, se arrojó a las plantas del emperador y con sus propias manos, sacó de las piernas de éste la infamante argolla.

Las lágrimas se secaron al punto de los ojos de Motecuzoma y miró con ansiedad a su verdugo.

—Señor —dijo Hernán Cortés levantándose—. Ha terminado ya vuestro pequeño suplicio. Estáis ya libre y absuelto, mientras vuestros cómplices dan cuenta a Dios en la otra vida de sus crímenes. Vos también merecáis la muerte, pero he querido ser benigno con vos en consideración a los beneficios que me habéis hecho hasta aquí. Espero que no echéis nunca en olvido el servicio que acabo de prestaros.

El rostro del desventurado rey se inundó de alegría al escuchar estas palabras, y, para echar un sello a su cobardía, respondió:

—Te doy las gracias, Malinche, por haberme perdonado la vida. Voy a darte ahora una pequeña señal de mi gratitud y espero que más adelante se me presentarán nuevas ocasiones de manifestártela mejor.

Y del inagotable tesoro de Axayácatl, guardado en el mismo palacio y que ya habían comenzado a saquear los españoles, mandó sacar muchas alhajas de oro y telas preciosas que regaló inmediatamente a Cortés.

Los soldados que se hallaban presentes participaron también de esta cobarde liberalidad.

—Señor —dijo Hernán Cortés, satisfecho de este nuevo regalo—, para que no quede ningún resentimiento entre nosotros, para que veáis que los españoles somos esclavos de nuestra palabra, os cumplo ahora lo que os ofrecí desde el día en que os vinisteis a vivir entre nosotros. ¡Sois libre! Podéis volveros a vuestro palacio en el momento que os acomode.

Cuando el emperador escuchó la traducción de estas palabras de boca de Marina no fue dueño de reprimir una exclamación de alegría y aun hizo en su silla un movimiento instintivo para levantarse.

Pero Marina, que estaba ya prevenida por Cortés para este evento, le dijo al instante:

—Guardaos de acceder a los deseos de Malinche. Él quiere realmente dejaros en libertad de volver a vuestro palacio, pero yo sé que sus capitanes y soldados se oponen a esta medida y que están resueltos a atropellaros si intentáis salir de sus cuarteles.

Motecuzoma reflexionó un instante. ¿Qué iba a hacer a su palacio? En él estaría expuesto a que los extranjeros volviesen a invadirlo un día y cometiesen un nuevo desacato contra su persona.

Sus súbditos le habían perdido ya probablemente el respeto y no sería extraño que invadiesen su palacio antes que los españoles para pedirle cuenta del honor del Anáhuac, arrastrado a los pies del extranjero.

En el palacio de Axayácatl, al menos, los soldados europeos, por su propia conveniencia, protegerían su vida en caso de una sublevación.

Moteczuma tenía un apego extraordinario a la vida, circunstancia muy poco recomendable en un rey, y sobre todo en el rey de una nación que pasaba entonces por tan duras pruebas.

—Malinche —dijo a Hernán Cortes al cabo de un instante de silencio—, yo deseo seguir viviendo entre mis amigos los extranjeros hasta que tengan a bien salir de Tenochtitlan.

—Señor —respondió Hernán Cortés—, os damos gracias por el honor que nos dispensáis, y no dudéis que haremos todo lo posible por haceros agradable vuestra mansión entre nosotros.

Media hora después de esta escena no quedaba en el palacio de Axayácatl ni en el resto de la ciudad un solo indicio de la terrible conmoción que acababa de verificarse.

Moteczuma seguía administrando justicia a sus vasallos, los españoles dormían tranquilamente la siesta en sus cuarteles, y los mexicanos, retirados a sus casas, se entregaban a sus ocupaciones habituales.

Pero nos equivocamos. Quedaban unos cuantos carbones encendidos frente al palacio principal de Moteczuma.

Un joven que contemplaba con tristeza estas cenizas levantó repentinamente su cabeza, miró sucesivamente el atrio del templo Mayor y el palacio de Axayácatl, y volviendo a inclinar los ojos sobre la apagada hoguera:

—¡Nobles víctimas! —exclamó—. Si los dioses son impotentes para vengaros, yo os vengaré.

Aquel joven era Tízoc.

Capítulo III

Civilización europea

Cinco meses llevaban los españoles de residir en el palacio de Axayácatl y diez de haber desembarcado en las costas de Chalchiuhcuecan.

Este tiempo había bastado a tres o cuatro aventureros para adquirir algunos conocimientos en la lengua azteca, lo cual empezaba a facilitar la comunicación entre los mexicanos y sus incómodos huéspedes.

La historia menciona en primer lugar a un paje llamado Orteguilla, cuyos conocimientos en el idioma del Anáhuac eran tan extensos que Hernán Cortés le destinó al servicio inmediato de Motecuzoma. En virtud de este nombramiento, Orteguilla se pasaba los días en la cámara imperial, menos para servir al ilustre prisionero que para espiar por orden del general español lo que pasaba entre aquél y sus vasallos.

El novelista, que tiene la obligación de colocarse una línea más abajo que el historiador, menciona en segundo lugar a un paje llamado Villacampa, que podía rivalizar con el mismo Orteguilla en la habilidad de que acabamos de hablar, Villacampa era uno de esos hombres de aspecto bajo y repugnante en quienes es imposible fijar por mucho tiempo la vista. No era precisamente un hombre feo; pero sea que la fealdad de su alma se retratase en su rostro o por alguna de esas causas misteriosas que la Naturaleza no ha querido descubrir a los hombres, la verdad es que el semblante de Villacampa inspiraba muy pocas simpatías en el ejército.

Acaso esta circunstancia, que le retraía forzosamente de los círculos de sus compañeros de armas, le obligó a buscar relaciones entre los aliados y los mismos aztecas y aprender en consecuencia su idioma.

Pero luego que se hizo pública está habilidad, tan rara entre los bárbaros conquistadores, los mismos que antes huían de él empezaron a buscarle y el mismo Hernán Cortés no tardó en hacerle venir a su habitación.

El capitán y el paje tuvieron una larga conferencia secreta, de la cual salió el último con el rostro radiante de alegría. Pero esta alegría pareció repugnante a cuantos tuvieron lugar de observarla, a causa tal vez de lo poco simpático que era entre sus camaradas el infeliz Villacampa.

De la habitación de Hernán Cortés el paje se trasladó a la cámara en que se hallaba prisionera Geliztli. La desgraciada princesa hizo un gesto de disgusto a la súbita aparición de Villacampa. Pero como no estaba en el palacio de su padre sino en la cárcel de sus huéspedes, aguardó con los ojos bajos y el corazón oprimido a que se le explicase el motivo de una irrupción tan intempestiva.

Villacampa paseó una mirada por todos los ángulos de la habitación y, habiendo

tropezado sus ojos con los de la esclava que hacía siempre compañía a la princesa, le ordenó con un ademán imperativo que se saliese de la habitación. La esclava intentó resistirse, pero el paje invocó el nombre de Malinche y, a este nombre todopoderoso, aquélla no tuvo más recurso que obedecer.

Entonces el paje se volvió a la princesa y le dirigió un saludo cortés en el armonioso idioma del Anáhuac.

Geliztli levantó un instante sus ojos sobre Villacampa, porque era la primera vez que oía salir palabras aztecas de los labios de un español.

Pero le pareció tan repugnante la expresión que se pintaba en los ojos de éste, que muy pronto volvió a inclinar la cabeza sobre su pecho.

Villacampa estaba muy acostumbrado sin duda a producir este efecto entre cuantas personas le miraban, porque, sin turbarse en lo más mínimo, añadió al instante:

—Sé que ayer has sido bautizada en la capilla de este palacio y vengo a felicitarte por tan fausto acontecimiento.

—¿Eres acaso sacerdote entre tus compatriotas? —preguntó Geliztli.

Una sonrisa maliciosa contrajo ligeramente los labios de Villacampa.

—No —respondió—, no soy sacerdote. Pero soy algo mejor que eso. Soy confidente de Malinche.

—Yo creía —repuso con cierta severidad religiosa la princesa—, yo creía que nada era preferible entre los extranjeros a ser sacerdote de su religión.

Avergonzóse un tanto Villacampa al escuchar esta leccioncilla de los labios de una neófita que veinticuatro horas antes adoraba todavía a Huitzilopochtli. Pero, reponiéndose al momento, replicó:

—El sacerdocio es sin duda muy honroso entre los españoles, pero los ministros del culto cristiano no desempeñan en nuestra sociedad el papel que desempeñan entre los aztecas los sacerdotes de su sanguinario culto. No van a la guerra, como los ministros de Huitzilopochtli; no pasan del altar al trono, como Motecuzoma; ni pertenecen forzosamente a los consejos de los reyes, como los sumos sacerdotes del Anáhuac. Dedicados principalmente a predicar el culto entre sus hermanos, solo toman parte en los negocios públicos del Estado cuando expresamente los llama la voluntad del soberano. En este concepto te decía que, como confidente de Malinche, me considero superior a un sacerdote. Y para probarte hasta qué grado poseo la amistad del general, vengo a hacerte algunas reconvenciones en su nombre.

—¡Reconvenciones a mí!... —exclamó admirada la princesa.

—Sí —repuso Villacampa—. Malinche ha venido algunas veces a visitarte a tu habitación, y tú, en lugar de recibirle, has dado voces para llamar a tu esclava.

—Es verdad —tartamudeó Geliztli.

—Malinche ha sentido mucho no poseer el idioma del Anáhuac para explicarte el dolor que le ha causado tu desdén.

—Malinche ha entrado de noche en mi habitación con las precauciones que toma

un ladrón para introducirse en la casa ajena, y no es extraño que yo haya dado voces a mi compañera para pedir socorro.

Estas palabras fueron pronunciadas por Geliztli con tanta dignidad, que Villacampa bajó avergonzado los ojos a las esteras del pavimento, sin encontrar de pronto una disculpa con que defender a su protector.

Entretanto Geliztli continuó:

—Dile a Malinche que las princesas del Anáhuac solo son visitadas con licencia del emperador, y que cuando quiera dispensar a su prisionera la honra de una visita, que la haga a la luz del sol y en la compañía de alguna persona que me haga entender que ha obtenido la previa licencia de mi padre.

El tiempo que tardó la princesa en pronunciar este corto discurso bastó a Villacampa para recobrar su serenidad y, con ella, todo el cinismo de que necesitaba para cumplir con su infame comisión.

Tan luego, pues, como hubo terminado Geliztli, le replicó:

—Cuando un hombre ha quedado prendado de la belleza de una mujer, en lugar de buscar a sus padres para la licencia de una entrevista, en lugar de buscar un compañero o de presentarse a la luz del sol, busca las tinieblas de la noche y se recata de todos los hombres, porque el amor vive del misterio y el misterio constituye su principal placer.

La princesa escuchó estas palabras con una calma profunda, como si no hubiese comprendido el verdadero sentido con que el paje las pronunciaba.

Alentado por esta serenidad, cuya causa no penetraba todavía, Villacampa continuó de esta manera:

—Malinche quedó prendado de tu belleza desde el día en que te vio por primera vez en el palacio de tu padre, y le causa mucha pena conocer que tú estás muy lejos de corresponder a su amor.

Geliztli se puso pálida al escuchar estas palabras y, con un acento lleno de firmeza y dignidad, preguntó a Villacampa:

—Extranjero, ¿quién te ha autorizado para venir a hablarme de esa manera?

—¿Quién? —exclamó Villacampa fingiendo admiración—. El mismo que te recibió un día por esposa de las manos del emperador tu padre.

—Tú no estuviste presente a la audiencia en que mi padre me presentó a Malinche, y yo voy a contarte lo que pasó entonces para que sepas que el mismo Malinche me rehusó ante los aztecas y los extranjeros reunidos en sala.

—¡Él! ¿Él te rehusó?

—¡Sí! Dijo que ya era casado en su país y que la ley de los cristianos no le permitía casarse más que con una mujer.

Villacampa volvió a llenarse de confusión al escuchar esta respuesta, que no esperaba, y se encerró nuevamente en el silencio para buscar en su imaginación otro punto de ataque.

—Ya ves, extranjero —continuó entretanto la princesa—, que Malinche no puede

haberte autorizado para hablarme de amor cuando él mismo me ha rehusado por esposa ante los capitanes de tu nación y los consejeros de mi padre.

—Y, sin embargo —repuso Villacampa, desesperado de que el respeto que le inspiraba la princesa no le diese valor para hablarle con más libertad—, y, sin embargo, es Malinche quien me ha ordenado que te hable de la manera que acabo de hacerlo.

El rubor de la indignación coloreó por un instante las mejillas de la princesa; pero, haciendo un esfuerzo para conservar su serenidad, levantó sus negros ojos sobre el miserable mensajero de Cortés y le dijo:

—Extranjero: yo no soy más que la hija de un pobre rey a quien los guerreros de tu nación han aprisionado en su mismo palacio. No puedo, pues, exigir de ti ni de nadie el respeto que se debe a una princesa del Anáhuac. Pero si la desgracia de una pobre mujer te inspira alguna compasión, te suplico, por la madre en cuyo seno has bebido la existencia, que ceses de importunarme..., que no insultes más mi dolor..., que me dejes sola.

Y tras este ligero desahogo de aquel dolor encerrado por tanto tiempo en su pecho, algunas lágrimas brotaron de los ojos de Geliztli y corrieron libremente por sus mejillas.

Pero el cobarde Villacampa, en vez de compadecerse de esta delicada niña bajada de las gradas de un trono a la incomodidad de una prisión, se sintió con demasiado valor desde el momento en que comprendió que empezaba a faltarle a la princesa.

—No vengo a insultar tu dolor —le dijo—; vengo simplemente a proponerte un enlace admitido como ley en las costumbres de tu nación. ¿Acaso las esposas de los aztecas no están acostumbradas a dividir el tálamo nupcial con otras mujeres?

—Olvidas sin duda que ayer he recibido el baño sagrado de tus sacerdotes y que la ley cristiana, que me obliga ya como a vosotros, nos prohíbe así a Malinche como a mí unirnos en matrimonio.

—¡Oh! —exclamó Villacampa con una sonrisa cínica en los labios—. Tú no estás bien impuesta todavía de las costumbres de los cristianos, puesto que solo desde ayer perteneces a la comunidad católica. En nuestro país cuando un hombre ilustre como Malinche se enamora de una mujer y no puede casarse con ella, no prescinde por eso de su amor, sino que le busca un esposo.

Geliztli permaneció tranquila y serena, señal evidente de que su virginal pureza no le había permitido comprender la infamia que encerraban las palabras del miserable paje.

Pero de repente dio un grito: el peligro mismo que la rodeaba por todas partes hizo caer por un instante de sus ojos el velo del pudor y creyó comprender, aunque vagamente, algo de esa nefanda corrupción de Europa de que le hablaba su interlocutor.

Entonces se adelantó hacia él y, revistiéndose de la majestad de una reina, le señaló con un ademán imperioso la puerta de la habitación.

Villacampa volvió a sonreírse de la manera repugnante que acostumbraba, y, acercándose más a Geliztli, le dijo:

—No olvides, hermosa princesa, que Malinche te destina por esposo a un bello extranjero que no se cambiaría ni por el mismo emperador del Anáhuac.

Geliztli permaneció inmóvil y silenciosa, con la mano siempre extendida hacia la puerta.

Entonces el miserable, que jamás se había hecho la ilusión de alcanzar el éxito que deseaba en la primera entrevista, empezó a retroceder en la dirección que le marcaba la princesa, murmurando en español estas palabras:

—Pst. Cualquiera diría que estas mujeres salvajes tienen lo que en nuestro idioma se llama honor. Probablemente tendrá entre esos perros paganos algún amante de tez oscura y cabellos lacios. Pero que el capitán le haga una visita, y o no me llamo Villacampa o le hace olvidar en un instante al mejor de esos gentiles que se alimentan de carne humana, como las fieras.

Aquí llegaba de su soliloquio cuando se encontró con la puerta. Alzó entonces la cortina y desapareció.

Cuando Geliztli se encontró sola en su habitación se dejó caer sobre la silla que antes había ocupado y, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en las palmas de la mano, dejó correr libremente las lágrimas sobre sus mejillas.

¿Qué era lo que había venido a proponerle el miserable que acababa de abandonar su habitación?

Geliztli se hallaba sola, sola con su conciencia, sola con su pudor, y podía hacerse esta pregunta sin temor de que alguno sorprendiese el rubor que encendía sus mejillas.

Lo que había venido a proponerle el extranjero vil era el adulterio. El adulterio antes del matrimonio.

El adulterio, crimen casi desconocido en el Anáhuac y que causaba tal horror a los aztecas que lo castigaban con el más bárbaro de sus suplicios. Aplastaban entre dos piedras la cabeza del adúltero.

Pero lo que era enteramente desconocido entre los aztecas, lo que no podía existir nunca en aquel pueblo por lo mismo que las leyes autorizaban la poligamia, lo que hubiera hecho ruborizarse al hombre más prostituido del Anáhuac, lo que apenas podía adivinar vagamente la virginal pureza de aquella princesa salvaje era lo que había osado decirle Villacampa, lo que, según aseguraba, estaba en uso en la Europa cristiana que traía a la América la misión de civilizarla.

Dar su fe y su amor a un hombre ante los altares, con la conciencia de no respetar el juramento que se pronuncia. ¡Tomar un esposo sólo para cubrir un crimen!

¿Y a quién se le venía a proponer este crimen? A una de las hijas de la familia real de Acamapichtzin, acaso las únicas mujeres del Anáhuac que nunca podían pertenecer a un hombre sino en calidad de legítimas esposas.

¿A quién se venía a tentar con un amor infame, con un amor impuro? A una mujer

de corazón que amaba con el delirio del primer amor, a la hija de un rey que se hallaba pronto a rechazar la mano de un príncipe para echarse en los brazos de un oscuro hijo del pueblo.

El recuerdo de Tízoc secó repentinamente las lágrimas de los ojos de Geliztli, quien, levantándose de la silla que ocupaba, corrió a la puerta y llamó a su esclava.

Ésta, que se llamaba Xiloxóchitl, entró al instante en la habitación.

—Ve a la casa de mi primo Cuauhtemotzin —le dijo la joven princesa— busca a un joven guerrero que se llama Tízoc.

—¿El que introduje una mañana en vuestro aposento cuando habitabais en el palacio de vuestro padre?

—Si —respondió Geliztli, ruborizándose ligeramente—. Dile que, arrostrando cualquier obstáculo, venga a... ¡Pero no!... No le digas que venga.

Y la joven, imaginándose que el cuartel de los españoles no podía prestar garantía al joven guerrero, añadió:

—Dile que ya es tiempo de preparar la cacería.

—¿La cacería? —preguntó admirada Xiloxóchitl.

—¡Sí! Él te entenderá. Pero ruégale en mi nombre que sea pronto..., ¡pronto!...

La esclava inclinó la cabeza en señal de obediencia y salió de la habitación.

Capítulo IV

El sumo sacerdote Motecuzoma

Dos días después del suceso que acabamos de referir, presentaron en la sala de audiencia de Motecuzoma algunos sacerdotes de Huitzilopochtli y varios nobles y guerreros principales del Anáhuac.

Entre los sacerdotes se hallaba Tayatzin, aquel superior de los seminarios que, según recordará el lector, había educado a Tízoc y que ahora tenía el elevado carácter de sumo sacerdote del imperio.

El emperador comprendió que se trataba de algún asunto importante al ver el carácter de las personas que acababan de entrar en la sala.

Confírmale en esta opinión un hecho que no tenía antecedentes en los anales de su corte y que tendía a rebajar en algo la dignidad imperial.

Tayatzin hizo una seña desde la puerta de la sala, y todas las personas que se hallaban allí reunidas por haber obtenido audiencia se salieron inmediatamente de aquel lugar, inclinándose profundamente ante el sumo sacerdote.

Motecuzoma y aquellos próceres del Anáhuac quedaron solos en el salón.

Entonces, sacerdotes, nobles y guerreros se acercaron de uno en uno al trono imperial y saludaron al soberano conforme al ceremonial de la corte que ya conocen nuestros lectores. Cruzaron en seguida los brazos sobre su pecho y, mudos, inmóviles y con los ojos clavados en la alfombra, esperaron que les interrogase el emperador.

Motecuzoma sentía latir con violencia su corazón, porque temía que aquellos hombres que se hallaban ante su presencia en respetuoso ademán viniesen a reprenderle, en nombre de su pueblo, la conducta indigna que había observado hasta entonces con los ingratos extranjeros.

Al cabo de algunos instantes, que necesitó para reponerse de los temores que le agitaban, preguntó con voz apagada:

—Sacerdotes y capitanes del Anáhuac, ¿venís a depositar alguna súplica a los pies de mi trono? ¡Hablad! Estoy pronto a escucharos.

—Gran señor —respondió Tayatzin—, venimos a hablaros en nombre de los dioses y de todos vuestros vasallos del Anáhuac y os suplicamos que nos perdonéis el largo tiempo que vamos acaso a emplear en esta embajada, porque se trata de asuntos de sumo interés para el porvenir y la felicidad de vuestro pueblo.

Turbóse ligeramente Motecuzoma al ver realizados los temores que había concebido y, no teniendo valor para hablar, se contentó con hacer a Tayatzin una señal para que continuase.

El sumo sacerdote prosiguió en estos términos:

—Cinco meses hace, señor, que se presentaron en Tenochtitlan los extranjeros

blancos de Oriente, y desde entonces no ha habido un solo día que no se señale con algún insulto a la nación o algún desacato a vuestra persona. Hacía apenas tres días que Malinche residía en el palacio de Axayácatl de vuestro padre, cuando se presentó una mañana en el gran templo de Huitzilopochtli y, sin respeto a la imagen del dios de la guerra ante cuya presencia estaba, sin respeto a vuestra real persona, sin respeto a los numerosos sacerdotes reunidos en el atrio, sin respeto a los sagrados despojos de las víctimas inmoladas en el altar de los sacrificios, osó pronunciar un discurso sacrílego contra el venerado culto de nuestros padres y llevó su audacia hasta a proponernos que derribásemos de sus aras a Huitzilopochtli para colocar en su lugar a los dioses extranjeros.

—Pero yo rechacé con horror aquella proposición —interrumpió Motecuzoma—, y nadie sabe mejor que el sumo sacerdote del Anáhuac cuántos días he invertido en la penitencia y en la oración para aplacar la cólera del dios de la guerra.

—Si la cólera de Huitzilopochtli fue aplacada entonces con nuestras preces muy pronto volvió a excitarla un nuevo desacato de los extranjeros.

»Un día se presentó en vuestro palacio Malinche, acompañado de sus capitanes y de la mala hija del Anáhuac que le sirve de intérprete, y tuvo la audacia de arrancaros de vuestro trono y de conducirnos preso al palacio mismo de vuestro padre.

—Yo no vine preso..., yo seguí voluntariamente a los extranjeros.

—Eso fue lo que dijisteis entonces a vuestros súbditos que os salían al encuentro para ofrecerlos la libertad, y eso fue lo que les impidió arrojarse sobre vuestros opresores para arrancaros de sus garras. Poco después han sobrevenido otros sucesos que han venido a probar claramente la verdad de lo que os digo.

Motecuzoma inclinó la cabeza con abatimiento, porque comprendía la exactitud de cuanto le estaba diciendo el sumo sacerdote y toda su impudencia y su soberbia de rey no le hubiera bastado para contradecirle.

Entretanto, Tayatzin continuó:

—Pocos días después de este desacato a la majestad real, los extranjeros cometieron otro atentado que ha llenado de amargura a los capitanes de vuestros ejércitos. Diecisiete guerreros, que no habían cometido otro crimen que obedecer vuestras órdenes y combatir contra los enemigos del Anáhuac, fueron sentenciados a muerte por el audaz Malinche y quemados vivos a las puertas de vuestro palacio.

—Eran unos rebeldes —volvió a interrumpir el emperador Motecuzoma— y sufrieron un castigo proporcionado a su delito.

Tayatzin movió tristemente la cabeza en ademán de duda y prosiguió:

—Eso fue lo que creyó el pueblo que acudió en masa a contemplar el suplicio y lo que le impidió arrojarse sobre la encendida hoguera para librar a sus víctimas. Pero es tan cierto que no fuisteis vos quien ordenó el suplicio, que Malinche os echó una cadena a los pies para que no salieseis a reclamar a vuestros servidores.

Motecuzoma se sonrojó de vergüenza al recordar este degradante ultraje cuyo secreto creía encerrado entre los muros de su prisión.

—Pero esto es muy poco comparado con lo que ha acontecido después — prosiguió el implacable sacerdote—. Los reyes de Texcoco y de Tlacopan, vuestros ilustres aliados, los señores de Ixtapalapan y de Coyohuacan, el cacique de Tlatelolco y casi todos los nobles de Tenochtitlan, ¿dónde están ahora? ¿No gimen como vos bajo las cadenas de los extranjeros? ¿No se hallan presos donde vos lo estáis?

—¡Son también unos rebeldes! —tartamudeó el desgraciado Motecuzoma.

—¡Rebeldes! —exclamó con acento irónico Tayatzin—. ¡Sí: rebeldes porque intentaron levantarse un día contra los odiosos extranjeros para libraros de la incomprensible tiranía que ejercen sobre vos, rebeldes porque se armaron en defensa de su religión y de su patria, rebeldes porque convocaron al pueblo para combatir a sus enemigos!...

La lógica del sacerdote era incontestable y, a medida que avanzaba en sus acusaciones contra los extranjeros, levantaba un grado más la entonación de su voz, y su semblante, severo de ordinario, adquiría un aspecto terrible de amenaza.

El emperador, supersticioso como el último de sus vasallos, creía que los Libios del sacerdote no podían expresar otra cosa que la voluntad de los dioses, y, abatido y anonadado ante aquel juez severo de su conducta, empezó a escucharle con el temor de un reo que escucha la sentencia de un tribunal.

Tras un instante de silencio, Tayatzin continuó:

—Un día hicisteis llamar a vuestros más distinguidos vasallos y, en presencia de Malinche y de sus guerreros dijisteis que abdicabais el trono de vuestros mayores y que regalabais el señorío del Anáhuac a un soberano desconocido..., al rey de los extranjeros.

»Todos comprendieron que la tiranía de los hombres blancos os obligaba a hacer esta declaración, porque todos veían las lágrimas que al hacerla corrían de vuestros ojos. Todos lloraron con vos, no tanto por compasión a vuestras lágrimas cuanto por ver de qué manera tan extraña se perdía la nacionalidad azteca, comprada por nuestros padres al precio de su sangre.

Motecuzoma tembló sobre su trono al escuchar esta nueva acusación. Creyó ver a sus ilustres antecesores, desde Acapapichtzin hasta Ahuitzotl, levantarse milagrosamente de sus tumbas de Chapultepec para venir a echarle en cara su cobarde condescendencia.

—Aquella declaración —prosiguió Tayatzin— fue seguida de un acto que probó muy pronto a los aztecas el feo vicio de que adolecen sus nuevos amos. Los extranjeros exigieron un tributo en señal de vasallaje, y vos les regalasteis el tesoro de vuestro padre Axayácatl y nuestros vasallos arrancaron a sus hijas hasta el último pendiente de sus labios para saciar la codicia de nuestros huéspedes.

—¡Basta, basta! —exclamó aterrado el emperador.

—¡No! —gritó el fanático Tayatzin—. Todavía hay un atentado más que ha hecho temblar a los dioses sobre sus altares de piedra. Un día los extranjeros se presentaron en el santuario de Huitzilopochtli, barrieron una capilla consagrada al dios del aire,

como si los despojos de las víctimas fueran inmundicias, y sobre el altar en que antes descansaba el divino Quetzalcóatl colocaron sus falsos ídolos y les tributaron una adoración sacrílega.

Un silencio sepulcral siguió a estas terribles palabras del acusador. Motecuzoma, inmóvil y silencioso, parecía aguardar con resignación a que se pronunciase una sentencia digna de aquellas fuertes inculpaciones.

Los sacerdotes, los nobles y los guerreros, que hasta entonces habían asistido como simples espectadores a aquella escena, permanecían con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos clavados en tierra, como subyugados ante la doble majestad del emperador y del sumo sacerdote del Anáhuac.

El primero que rompió este silencio fue el mismo Tayatzin, quien dijo:

—Emperador Motecuzoma: vuestro vasallos, indignados por las condescendencias que tenéis para con los hombres blancos de Oriente, y los dioses del Anáhuac, agraviados por la presencia de los dioses extranjeros, vienen a demandaros una reparación por medio de nosotros, ya que vos sois el único que servís de escudo a los enemigos de la patria.

—¡Yo..., yo! —dijo balbuciente el desgraciado monarca.

—¡Sí, vos! —respondió el sumo sacerdote—. La nobleza y el pueblo, indignados de la preponderancia que los extranjeros van adquiriendo en la nación, han intentado muchas veces armarse contra éstos y venir a despedazarlos entre los muros de este palacio. ¿Y sabéis lo que los ha detenido? El temor de desagradaros, el temor de faltar al respeto debido al soberano, el temor de que hiera vuestro augusto pecho un dardo disparado contra vuestros huéspedes.

El sumo sacerdote se detuvo un instante como para hacer notar mejor a Motecuzoma las palabras que en seguida iban a pronunciar sus labios.

—Salid, señor, de este palacio —le dijo—, y los sacerdotes y los guerreros que estamos aquí reunidos os juramos, en nombre de todo el Anáhuac, que mañana estaréis ya vengado de los ultrajes que habéis recibido. Los extranjeros que no mueran en su defensa habrán expiado ya sus crímenes en el altar de los sacrificios.

Motecuzoma levantó con lentitud su cabeza y fijó sucesivamente sus ojos en cada uno de los próceres que se hallaban en el salón.

Y los sacerdotes, los nobles y los guerreros respondieron a esta muda interrogación levantando uno a uno su brazo hacia el trono y diciendo con acento solemne:

—¡Lo juramos!

Pero aquel rey era indigno de tales servidores. Después de esta noble protesta apartó los ojos de sus vasallos y volvió a caer en su habitual indolencia.

El sumo sacerdote clavó una mirada de desesperación en sus compañeros.

«¡Insistid!», le significaron éstos con otra mirada.

—Señor —dijo entonces Tayatzin volviéndose a Motecuzoma—, escuchad las súplicas de vuestros súbditos, que solo se dirigen al bien y prosperidad del Anáhuac.

Salid de este palacio donde vivís bajo la tutela de los extranjeros, recobrad vuestra autoridad y restableced el brillo de vuestra corona. No deis pábulo a que se diga lo que ya creen muchos de vuestros vasallos: que los extranjeros os tienen hechizado. Venid, señor. Venid a vivir otra vez entre vuestros súbditos.

Pero Motecuzoma continuaba inmóvil y silencioso.

—¡Señor! —exclamó con un ligero acento de impaciencia el sumo sacerdote—. ¿No decís que no estáis preso o en este palacio?

—Ciertamente que no respondió Motecuzoma.

—¿Por qué entonces os negáis a salir de él?

—¿Por qué? —tartamudeó el emperador—. Porque los dioses lo quieren así.

—¡No! —replicó Tayatzin—. ¡Los dioses no quieren vuestra humillación...! ¡Los dioses no quieren que sacrificuéis al Anáhuac!

El emperador clavó una mirada tímida y supersticiosa en el semblante de Tayatzin. El sumo sacerdote comprendió las ventajas que podían sacarse del nuevo giro que habían dado a las ideas de Motecuzoma sus últimas palabras y añadió:

—Ayer he consultado a los dioses, y Huitzilopochtli se ha dignado hacerme escuchar su divina palabra. La presencia de los extranjeros en Tenochtitlan lo tiene irritado y sólo puede aplacar sus iras la sangre de sus enemigos.

Motecuzoma palideció horriblemente.

Pero no quedó convencido. Todavía intentó argüir:

—Pero ¿cómo luchar —dijo— con esos extranjeros que disponen del trueno y del rayo que los mismos dioses han colocado en sus manos?

—Señor: salid de este palacio, y vuestros súbditos se encargarán de destruir a los extranjeros aunque perezcan ciento por cada uno de vuestros enemigos.

—No, no es posible salir de este palacio —dijo aterrorizado Motecuzoma—. Los extranjeros me asesinarían a mí y a todos los que me acompañasen antes que lográsemos salir de sus muros.

En aquel momento se destacó del grupo de los guerreros un joven de elevada estatura y de continente marcial, que se aproximó al trono hasta colocarse a la misma distancia que Tayatzin.

—Señor —dijo a Motecuzoma con la emoción natural que debía causarle la presencia del soberano—: si es lícito a un joven guerrero tomar parte en los graves consejos del gran señor del Anáhuac, dignaos escuchar un medio que he discurrido para libraros de los extranjeros sin que corra peligro vuestra preciosa existencia.

Motecuzoma fijó una mirada sobre este joven que parecía desconocer el severo ceremonial de la corte. Pero en lugar de reprenderle, le dijo:

—Eres muy joven. Debes de ser muy nuevo en el ejército, y, sin embargo, creo haberte visto alguna vez.

—Señor —respondió el mancebo—, me llamó Tízoc. Cuando era todavía sacerdote de Huitzilopochtli me presenté un día en la sala de audiencia de vuestro palacio para cantar un himno compuesto por el sumo sacerdote.

—Y bien, Tízoc —repuso Motecuzoma al cabo de un instante de silencio—, ¿cuál es ese medio que has discurrido para libertar a tu soberano de sus enemigos?

—Señor: yo creo, como vos, que si ahora intentaseis salir de aquí con nosotros ninguno llegaría con vida a la puerta de este palacio. Los extranjeros comprenden que la seguridad que disfrutaban en Tenochtitlan se la deben a vuestra presencia en sus cuarteles y se opondrán siempre con todas sus fuerzas a que salgáis de aquí. Pero empleemos, señor, la astucia, y acaso seremos más afortunados.

Todos los circunstantes, incluso el mismo Motecuzoma, se hallaban colgados de los labios de Tízoc. Su juventud, su bizarría, la misma emoción con que se explicaba y la importancia del consejo que acaso iba a salir de sus labios, daban un encanto indefinible a su discurso.

Tayatzin le contemplaba con esa tierna complacencia que disfruta un padre al ver a su hijo salir del círculo vulgar de los hombres.

—Señor —continuó Tízoc—, yo os he visto ir algunas veces a cazar al bosque de Chapultepec. Nosotros podemos esconder un buen número de guerreros en la espesura del bosque y caer un día durante la caza sobre los extranjeros y los tlaxcaltecas que os custodian, para arrancaros de su poder.

Todos los circunstantes, a excepción de Motecuzoma, hicieron un gesto de aprobación al escuchar estas palabras.

—Gran señor —añadió el joven guerrero, animado por esta buena acogida de sus compañeros—: todos los habitantes de Tenochtitlan se disputarán el honor de armarse para esta empresa, y nosotros no tendremos otro trabajo que el de impedir a todos vuestros vasallos que concurran a Chapultepec.

—Señalad el día de la caza —terció el sumo sacerdote—, y, aunque elijáis el día de mañana, no dudéis que todos los preparativos estarán dispuestos para el momento oportuno.

Un ligero temblor agitó el cuerpo de Motecuzoma; volviéndose a los leales vasallos que le rodeaban, les dijo con acento balbuciente:

—¡Un combate con los extranjeros! ¡Un combate con los descendientes de Quetzalcóatl! Desechad ese proyecto. Yo no quiero que por mí, escuchadlo bien, se derrame una sola gota de sangre de mis súbditos.

—¡Ah! —exclamó Tayatzin no pudiendo contener por más tiempo su indignación—. Decid más bien que no queréis que se derrame la sangre de vuestros huéspedes. Pues bien, emperador Motecuzoma: escuchad la voluntad de vuestros vasallos, escuchad la predicción de los dioses.

Motecuzoma abatió su cabeza y, pálido y consternado, fijó los ojos sobre la alfombra.

Tízoc había vuelto a confundirse entre sus compañeros, llevando la muerte en el corazón porque había fracasado la tentativa que acababa de hacer para salvar a su adorada Geliztli.

Los demás circunstantes continuaban escuchando en actitud respetuosa. Y entre el

silencio sepulcral que dominaba en el salón se oyó la voz del sumo sacerdote, que proseguía diciendo:

—Tus vasallos, cansados de tu debilidad y deseosos de tener un rey que los conduzca al combate en lugar de servir de escudo a sus enemigos, van a convocar a los electores de Tenochtitlan para elegir un nuevo soberano. Tu estatua de Chapultepec será derribada por el pueblo, tu efigie será borrada del lienzo sagrado de los emperadores del Anáhuac y tu nombre quedará proscrito para siempre en la memoria de los aztecas.

Un gemido sordo se escapó del pecho de Motecuzoma.

El sumo sacerdote prosiguió:

—Pero no serás tú solo el que sufra el castigo de tu cobarde conducta.

Los dioses emigrarán de Tenochtitlan, la lluvia del cielo faltará a los campos, y tus pobres vasallos morirán de hambre y maldiciendo tu memoria. Esto es lo que me encargan que te diga en su nombre los dioses protectores del Anáhuac.

Al terminar estas fatídicas palabras, el sumo sacerdote volvió las espaldas a Motecuzoma, como si no fuera ya emperador, y señaló con un ademán a los próceres que le acompañaban la puerta de la sala de audiencia.

Y nobles, sacerdotes y guerreros, sin inclinarse siquiera ante el solio del soberano, le volvieron también las espaldas y echaron a andar hacia la puerta.

Este movimiento hizo salir a Motecuzoma de su indolencia.

Levantó la cabeza y, al ver que se retiraban de su trono esos vasallos tan nobles, tan leales, tan decididos, al ver que le abandonaban, que le dejaban solo, sintió que el corazón se le oprimía fuertemente y que las lágrimas se agolpaban a sus ojos.

—¡Tayatzin! ¡Tayatzin! —dijo entonces con voz angustiada—. Una palabra en nombre de los dioses.

Tayatzin y sus acompañantes se detuvieron en medio de la sala.

—¡Acercaos! —añadió Motecuzoma— más bien como un igual que suplica que como un soberano que manda a sus vasallos.

Nobles, sacerdotes y guerreros obedecieron sin vacilar.

—Escuchad —continuó Motecuzoma—: yo deseo tanto como vosotros ver libre a Tenochtitlan de la presencia de a los extranjeros. Pero un combate con ellos me hace estremecer. Sus armas, que despiden el trueno y el rayo, asesinarían impunemente a la mitad de mis súbditos.

—¿Para qué nos habéis llamado entonces? —preguntó con cierta dureza el sumo sacerdote.

—Para proponeros un medio que no cueste al Anáhuac una sola gota de la sangre de sus hijos. Yo llamaré hoy mismo a Malinche, le intimaré la voluntad de los dioses y le ordenaré que salga de Tenochtitlan con todos los extranjeros y con todos sus aliados.

—Y de todo el imperio —añadió el sumo sacerdote.

—Y de todo el imperio —repitió Motecuzoma.

—Hacedlo —repuso Tayatzin—. Yo me voy a prosternar ahora ante el altar de Huitzilopochtli para pedirle que os ayude con su sobrenatural poder y mañana volveré a saber si Malinche se halla dispuesto a obedeceros.

Al terminar estas palabras Tayatzin hizo una profunda reverencia al soberano, y nobles, sacerdotes y guerreros despejaron respetuosamente la sala de audiencia.

Capítulo V

El sumo sacerdote. Geliztli

Aquel mismo día hizo llamar Motecuzoma al general español y, con un valor de que no se le hubiera creído capaz después de las humillaciones a que le habían sometido sus huéspedes, intimó a Hernán Cortés lo que él llamaba la voluntad de los dioses.

—Largos días —le dijo— os he hospedado en mi corte y creo que no tenéis que quejaros de la munificencia del soberano. Pero ya es tiempo de que os vayáis a vuestra patria. Así lo quieren los dioses y así lo exige la tranquilidad del Anáhuac. Mis súbditos andan alarmados con vuestra larga permanencia en el país y temo que un día se levanten todos en masa para destruirlos. ¡Idos, y yo os colmaré de nuevos presentes para que volváis ricos a vuestra patria!...

Sobresaltase Hernán Cortés al escuchar estas palabras y tuvo necesidad de guardar silencio un instante para que el emperador no conociese en su acento la impresión que le había causado la orden que acababa de recibir.

—Señor —respondió—, yo no puedo regresar a mi patria tan pronto como vos deseáis, porque los barcos en que he venido de Cuba los he destruido en Quiabislan.

Motecuzoma se mantuvo mudo al escuchar esta objeción.

—Sin embargo —prosiguió Hernán Cortés—, yo deseo cumplir con vuestras órdenes y para verificarlo no encuentro otro recurso que mandar construir nuevos bajeles para embarcar a todos mis españoles. Pero para esto necesito carpinteros y madera, y nada de esto tengo a mi alcance. Yo he visto cerca de Quiabislan unos hermosos pinares que me proporcionarían toda la madera que necesito. Si vos me dieseis licencia para disponer de esos pinares y me proporcionaseis algunos operarios que los cortasen y los trasladasen a mi villa de Veracruz, yo pondría inmediatamente en astillero mis bajeles.

—No tengo ningún inconveniente —repuso Motecuzoma—. Dad vuestras órdenes y seréis inmediatamente obedecido. Entretanto yo aplacaré a mis súbditos para que aguarden con calma a que se concluyan vuestras piraguas.

Así terminó esta conferencia, de que Hernán Cortés sacó grandes ventajas gracias a la rara presencia de espíritu que nunca le abandonaba.

En primer lugar, ganaba tiempo. Mientras se construían los bajeles, podían llegar noticias de la misión que habían llevado a España Montejo y Puertocarrero, o podían venirle refuerzos de la misma España o de la isla de Cuba. Entonces, con mejores elementos le los que ahora tenía, podía dar cima sus ambiciosos pensamientos.

En segundo lugar, se construían aquellos bajeles, que así podían servir para navegar en el golfo como para surcar el agua de las lagunas que rodeaban a Tenochtitlan, a fin de reducirla por tierra y agua en el caso probable de un sitio.

¡Tiene tantas peripecias una conquista!...

Después de su entrevista con Motecuzoma, Hernán Cortés hizo llamar al paje Orteguilla, que, como recordarán nuestros lectores, había sido destinado al servicio del emperador gracias a sus conocimientos en el idioma del Anáhuac.

Orteguilla, adivinando de qué se trataba, acudió temblando al llamamiento.

—Hoy han venido muchos indios a ver a Motecuzoma —le dijo el capitán.

—Si, señor —respondió el paje—. Y muchos de ellos eran papas.

(Éste era el nombre que los españoles daban a los sacerdotes principales del Anáhuac).

—¿Y cómo sabes tú que eran papas?

—Porque se lo he oído decir a los mismos indios que los vieron entrar.

—Tú estarías presente a la conferencia que tuvieron con Motecuzoma.

Orteguilla vaciló un instante. Hernán Cortés temió que fraguase una mentira.

—Dime únicamente la verdad —añadió— o te mando aplicar una carrera de baquetas.

Esta amenaza hizo estremecer al paje de pies a cabeza, y respondió:

—Yo no estaba precisamente en la sala cuando entraron los papas, pero...

—Pero entraste después.

—Tampoco.

Hernán Cortés hizo un gesto más espantoso todavía que la misma carrera de baquetas.

—Pero, señor capitán —se apresuró a añadir el paje—, si yo hubiese entrado en la sala, el emperador me habría señalado a los papas y éstos no habrían podido expresarse con entera libertad.

—¿Luego no escuchaste lo que eso perros dijeron a Motecuzoma?

—No perdí una sola palabra.

Desarrugose el ceño del capitán y miró con cierto interés al paje.

—Me coloqué en una de las puertas de la sala —prosiguió éste, animado con el bondadoso gesto de Cortés— y, oculto tras de la cortina, escuché y vi.

—Eres un chico provechoso —repuso el capitán—, y yo me encargo desde ahora de hacer tu carrera. Veamos —añadió— qué fue lo que dijeron los papas.

Orteguilla bajó los ojos.

—La verdad, señor —respondió temblando—, hablaban con tanta prisa y tanta vehemencia que no era fácil comprender sus discursos.

Hernán Cortés sintió tentaciones de estrangular al paje con sus propios dedos.

—Lo único que pude comprender —prosiguió Orteguilla— es que amenazaban a Motecuzoma con la cólera de sus dioses. También les oí pronunciar muchas veces vuestro nombre. El que hablaba más alto que todos y hacía temblar a Motecuzoma con sus amenazas es un viejo papa que trae el pelo muy largo y la manta muy llena de pinturas.

—¿Serás capaz de reconocer a ese papa?

—Entre otros ciento de su especie.

—Pues bien, mira cuidadosamente a todos los indios que entran a ver a Motecuzoma y, cuando veas entrar a ese papa, avísame inmediatamente.

Y Hernán Cortés volvió las espaldas al paje, quien no quedó poco satisfecho la de haber salido a tan poca costa de esta entrevista cuyas consecuencias temió tanto al principio.

Al día siguiente Tayatzin, fiel a su promesa, se presentó en la sala de audiencia. Motecuzoma le informó del resultado de su conferencia con el general español, y el sumo sacerdote, aunque no muy satisfecho de este resultado, se despidió del emperador, prometiéndole que transmitiría esta esperanza a sus vasallos.

Al salir de la sala de audiencia, el sumo sacerdote se internó en el palacio de Axayácatl y algunos momentos después entraba en la habitación de Geliztli.

La joven princesa soltó una exclamación de alegría al ver al sacerdote y se precipitó a su encuentro.

—Padre mío —le dijo—, los dioses del Anáhuac se han apiadado sin duda de mí, aunque haya abrazado la religión de los extranjeros, y por eso te han traído a mi presencia en los momentos en que más necesitó de tus sabios consejos.

—¿Tú has abrazado la religión de y los extranjeros? —preguntó el sumo sacerdote mirando con severidad a la princesa y deteniéndose en medio de la habitación.

Geliztli bajó los ojos avergonzada y se detuvo también delante de Tayatzin.

—¡Padre mío —dijo—, no se ha consultado mi voluntad para hacerme cambiar de religión! Un día los extranjeros me arrastraron al pequeño templo que han levantado a sus dioses en este palacio, un sacerdote blanco bañó mi cabeza con agua, y desde aquel instante me obligan todos los días a adorar a los ídolos extranjeros.

—Hija mía —repuso con acento de bondad el sumo sacerdote—, si los dioses de tu patria son siempre dueños de tu corazón, si el culto que reciben de ti los ídolos blancos es solamente exterior, todavía eres digna de la estimación de los patriotas aztecas y voy a darte al instante una prueba de lo mucho que te ama el anciano maestro de tu niñez.

—Te escucharé, señor, como cuando niña oía tus lecciones en el seminario.

—Pero sentémonos antes. He andado mucho esta mañana y necesito de algún reposo.

El anciano y la joven tomaron dos sillas y se sentaron muy cerca el uno del otro.

—Hija mía —prosiguió Tayatzin—, antes de explicarte el motivo que me trae a tu habitación quisiera pedirte perdón por lo mucho que involuntariamente te hice sufrir en tus primeros años.

—¿Tú, padre mío? —preguntó admirada Geliztli.

—¿No me oponía a que Tízoc te amase?

—¡Ah! —exclamó la princesa con las mejillas encendidas de rubor—. ¿Y ahora?

—Ahora —respondió Tayatzin— todo ha cambiado. Tízoc, mi amado hijo, no es

ya un sacerdote de Huitzilopochtli, es un joven guerrero que puede amar a una mujer sin temor a ofender a los dioses. Y no a una mujer del pueblo, no a la hija de un noble feudatario, sino a una princesa de Tenochtitlan, a una hija del mismo Motecuzoma. Los grandes servicios que ha prestado a la patria, los que tengo esperanzas de que le prestará en adelante, le hacen digno de una mujer que le lleve en dote el imperio del Anáhuac.

El rubor continuaba coloreando las mejillas de Geliztli y algunas lágrimas de placer brotaban de sus ojos.

—Pero antes de que llegue ese hermoso día —continuó el sacerdote—, él, tú, yo, los aztecas todos, tenemos que pasar por las grandes pruebas a que han querido someternos los dioses. Tízoc es fuerte como los añosos árboles de nuestros bosques y bravo como el león al arrojar sobre su presa. Roguemos a los dioses que nos conceda a todos la misma fortaleza y el mismo valor, un día el Anáhuac, en lugar de estar humillado a las plantas del extranjero, como ahora, se alzarán soberbio y majestuoso sobre todos sus enemigos como en los gloriosos tiempos de Ahuitzotl.

—Padre mío —dijo Geliztli—, si una pobre mujer puede contribuir con sus débiles esfuerzos a la salvación de la patria, señálame mi tarea y estoy pronta a obedecerte.

—¡Quién sabe, hija mía! —repuso el sacerdote—. Hasta el ave que canta en la víspera de una batalla suele decidir de la suerte de las naciones. Pero por ahora no se trata de exigirte ningún sacrificio. Solamente se quiere que aguardes con calma los grandes acontecimientos que se preparan para salvar al Anáhuac de sus opresores.

—Tízoc me había hablado de una cacería en Chapultepec...

—¡Ah! —exclamó Tayatzin exhalando de su pecho un suspiro—. Todo estaba preparado para esa cacería..., todo dispuesto para la fuga; pero ayer fue propuesta al emperador, y el emperador la rechazó.

La princesa bajó los ojos avergonzada. Sentía que le humillaba la cobardía de su padre.

—Tízoc me ha confiado —prosiguió el sumo sacerdote— el objeto secreto con que propuso a tu padre esa fuga.

Tenía la esperanza de que su hija pudiese huir con él.

—Y si no puedo huir pronto de esta casa, padre mío, ¿qué va a ser de mí?

—Tízoc me envía a tu lado para darte una esperanza.

—Pero ¿qué esperanza nos queda?

—Los extranjeros van a salir pronto de Tenochtitlan y de todo el Anáhuac. Solo aguardarán a que se concluyan las grandes piraguas que han mandado construir para regresar a su patria.

—Padre mío —preguntó la princesa bajando los ojos—, ¿Tízoc no os ha hablado del peligro de que me veo amenazada?

El sumo sacerdote movió la cabeza en ademán negativo.

—¿No os ha dicho que mi padre me dio por esposa a Malinche?

—¡Tú! —exclamó con vehemencia el sumo sacerdote—. ¿Tú esposa del extranjero?

—Nada temas —respondió Geliztli—. Yo me he resistido a aceptar a Malinche, con tanta más razón cuanto que él mismo ha dicho que no puede tomarme por esposa a causa de que se lo prohíben sus dioses. Pero él no cesa de importunarme con su amor..., con el amor impuro que se dice ha concebido por mí. Y como vivo fuera de mi casa, como habito un lugar donde todos le obedecen, tengo miedo, padre mío... Miedo de él, miedo de todo el que se acerca a mi habitación, y la vida que aquí arrastro es un continuo sobresalto.

Y tras estas palabras la joven princesa refirió a Tayatzin la visita de Villacampa y la infame proposición que le había hecho en nombre de Hernán Cortés.

El sumo sacerdote escuchó a la princesa con profunda atención y, cuando hubo terminado su relato, se levantó de la silla que ocupaba y empezó a pasearse agitadamente por la cámara.

Parecía que algún pensamiento terrible había germinado en su espíritu y que le devoraba alguna lucha interior.

Geliztli le seguía ávidamente con los ojos, y un estremecimiento involuntario recorría todos sus miembros al ver aquella adusta frente entregada a la reflexión.

El sumo sacerdote se detuvo repentinamente en medio de la habitación.

—¡Si! —exclamó entonces, como hablando consigo mismo—. Los dioses del Anáhuac son los que me inspiran este pensamiento. El enemigo de la patria caerá en el lazo, y su sangre será derramada en expiación en el altar de los sacrificios.

Y, levantando en seguida su cabeza, se dirigió a Geliztli con una sonrisa en los labios. Pero esta sonrisa era más feroz que cualquiera amenaza y hacía temblar en vez de inspirar confianza.

—¡Yo te saludo, noble virgen del Anáhuac! —dijo a la princesa tendiendo hacia ella su mano—. Los dioses la han escogido para salvar de la esclavitud al pueblo de tus mayores y han colocado en tus manos su porvenir. Dichosa tu que has merecido ser el instrumento de su venganza y cuyo nombre será repetido con gratitud de generación en generación por todos los habitantes del imperio.

Era tan solemne el acento con que el sumo sacerdote pronunciaba estas palabras, que Geliztli, dominada de un terror supersticioso, no osaba levantar los ojos para mirarle a la cara.

—Los dioses te han dado la belleza —continuó el sumo sacerdote— para inspirar al enemigo de la patria el amor que le domina y para arrojarle a la perdición cuando él piense arrojarle a tus brazos. Y su perdición será la salvación del imperio... Cuando él haya caído en el lazo, sus compatriotas se disiparán como el viento disipa las hojas secas de los árboles en un día de tempestad. Y los aztecas los perseguirán de ciudad en ciudad y de monte en monte hasta aniquilarlos a todos u obligarlos a huir por el gran lago de Chalchiuhcuecan. Y el Anáhuac volverá a florecer con su antiguo esplendor, y sus hijos volverán a respirar el aire de la libertad, y la heroína, la noble

mujer que hubiese salvado a su pueblo, no escuchará en derredor de sí más que las bendiciones de todos sus compatriotas.

Aquí se detuvo el sumo sacerdote y, adelantándose todavía más a la princesa, añadió:

—Tú me has dicho que deseabas contribuir a la salvación del Anáhuac.

Geliztli sintió un estremecimiento nervioso en todo su cuerpo y respondió con un ademán afirmativo.

—¡Pues bien! —prosiguió Tyatzin—. He aquí el puesto que te señalan los dioses en el combate..., en ese combate a que deben concurrir todos los aztecas para destruir el poder sobrenatural de sus enemigos.

Reinó en la cámara un instante de silencio, interrumpido únicamente por la respiración dificultosa que se escapaba del pecho de Geliztli, y al cabo del cual prosiguió el sacerdote:

—Fingirás acceder a los deseos de Malinche y le darás una cita en tu habitación.

Geliztli se levantó de su silla con el rostro pálido de indignación.

—¡Sacerdote de Huitzilopochtli! —exclamó con vehemencia—. ¿Sabes lo que osas proponer a la hija del gran señor del Anáhuac?

—Le propongo la salvación de su pueblo.

—Le propones su deshonra.

—Calla y escucha —repuso con severidad el sacerdote—. Son los dioses de nuestros padres los que hablan por mis labios.

Los ojos del sumo sacerdote despedían un brillo siniestro al pronunciar estas palabras, y la supersticiosa hija del Anáhuac sintió que los cabellos se le erizaban sobre la frente.

Un instante después continuó Tayatzin:

—Darás una cita al Malinche y prepararás un banquete para obsequiarle. Los extranjeros se entregan sin temor a los placeres de la mesa, y durante la comida podrás arrojar en alguno de sus platos una sustancia que yo prepararé.

La princesa levantó su cabeza para mirar al sumo sacerdote.

—Y el extranjero morirá, ¿no es verdad? —preguntó creyendo que empezaba a comprender.

—¡No! —respondió con acento feroz Tayatzin—. Huitzilopochtli tiene derecho a su sangre, y ésta se verterá al día siguiente en el templo Mayor de Tenochtitlan.

—Entonces... —objetó Geliztli.

—El extranjero quedará sumergido en un sueño profundo.

La princesa continuaba mirando al sumo sacerdote, porque aun no acaba de comprender su pensamiento.

—Cuando el sueño le haya privado del conocimiento —continuó Tayatzin—, irás tu misma a un lugar de este palacio que yo te designaré y dirás a un azteca que pronuncie mi nombre, estas palabras: «Ya es tiempo».

—¿Y entonces?

—Entonces nosotros, que contamos con algunos amigos entre los aliados mismos de Malinche, procuraremos sacar de aquí al extranjero dormido, protegidos por las sombras de la noche.

—¿Y luego? —preguntó la princesa.

—Al rayar el alba del día siguiente, Malinche será sacrificado en la cima del templo Mayor y su cabeza se fijará en una asta para presentarla a la vista de los extranjeros. Entonces los diez mil guerreros de Tenochtitlan que estarán preparados desde la noche anterior atacarán fuertemente este palacio, y sus defensores, viendo muerto a su capitán, procurarán huir o morirán a nuestras manos.

—Padre mío —dijo la princesa después de escuchar con profunda atención al sumo sacerdote—, yo creía que me proponías el sacrificio de mi virtud...

—¿Y ahora?

—Ahora, que sé que no tengo necesidad de envilecerme para contribuir a tus designios, estoy pronta a cumplir con tus mandatos.

—¡Noble hija del Anáhuac! —exclamó con ferviente entusiasmo el sacerdote—. La cobarde sangre de tu padre no se ha transmitido a tus venas, y los dioses han querido reparar con tu valor las faltas de su debilidad. ¡Bendita seas mil veces, heroica rama de Acamapichtzin! Tu nombre será repetido con veneración por todas las generaciones, y acaso llegue un día en que te erijan altares en sus templos.

—Una palabra, padre mío —repuso la princesa—: ¿no dices que los extranjeros han prometido a mi padre salir del Anáhuac?

—¿Pero cuándo, hija mía? —preguntó con viveza Tayatzin—. Cuando se hayan concluido sus grandes piraguas, cuya madera vegeta todavía en los bosques de Chiahuitzla. Entretanto, tu virtud pelagra y el Anáhuac continúa humillado. ¡Oh! —añadió con acento apasionado—. ¡No desmayes! El porvenir de la patria se halla en tus manos, y los dioses te castigarían si no supieses aprovechar esta oportunidad que te presentan para servirla.

Al terminar estas palabras el fanático sacerdote dirigió la postrera mirada a Geliztli, como para infundirla valor, y con paso grave salió de la habitación.

Capítulo VI

La Judit del Anáhuac

Era de noche.

La habitación de Geliztli presentaba una extraña mezcla de las costumbres casi salvajes del Anáhuac y de los hábitos un poco bárbaros todavía de Europa.

La cámara estaba adornada, como otra vez hemos dicho, con alfombras de estera, con tapices de tela de algodón y con unas cuantas sillas bajas y sin respaldo.

Pero en el centro se elevaba una mesa cubierta con blancos manteles, sobre los cuales descansaban una botella de vino, algunos vasos de vidrio y unos cuantos platos aztecas del famoso barro de Chololan. Todo esto se hallaba alumbrado por dos bujías colocadas sobre la misma mesa en candeleros de metal.

En los momentos en que introducimos al lector en la habitación, la princesa se hallaba sola contemplando con cierto terror supersticioso aquellos objetos europeos que tanto excitaban la admiración de los americanos.

Aquellos vasos de vidrio, al través de los cuales se transparentaban los objetos, aquellas bujías tan endeble y que producían, sin embargo, una luz bastante viva para iluminar toda la habitación, no parecían efectos fabricados por la mano de hombre, sino por seres sobrenaturales.

Pero la pueril admiración de la princesa fue de muy corta admiración. Otros pensamientos más graves preocupaban su espíritu.

Dentro de breves instantes iba a entrar en su habitación un hombre a quien ella tenía un lazo para entregarle dormido en manos de sus enemigos.

Un hombre que vendría a buscar el amor con que le brindaba y que solo encontraría la muerte.

Es verdad que ese hombre era el enemigo de la patria, el enemigo de los dioses. Pero esto no bastaba para tranquilizar a Geliztli.

La idea de que se valía de la traición para vengar al humillado Anáhuac no se apartaba un instante de su imaginación. Era un remordimiento cruel e incesante que le roía sin piedad las entrañas.

Pero no era esto todo. La muerte del caudillo español sería seguida de un combate rudo y sangriento en que morirían probablemente todos los extranjeros y algunos millares de guerreros aztecas.

¿Y a quién se debería todo esto? ¿A ella, a Geliztli, que había tenido la debilidad de hacer una promesa imprudente al fanático Tayatzin!

El sumo sacerdote le había traído anticipadamente, envuelto en un pedazo de tela de algodón, el narcótico que debía adormecer al caudillo.

Geliztli había guardado este funesto presente en su seno y sentía que le quemaba

la piel al hacer estas reflexiones.

Veía ya a Hernán Cortés dormido en su habitación, conducido luego a la cima del templo Mayor y clavada finalmente su cabeza en una asta que servía de bandera a los aztecas. Oía rumor del combate que se encendía después, el estampido de las armas de fuego de los extranjeros, el grito de guerra de los salvajes y las quejas y las imprecaciones de los moribundos. Contemplaba, finalmente, los cadáveres que yacían en tierra y la sangre que manaba de sus heridas, y su corazón se estremecía de espanto.

En vano invocaba la creencia tan generalizada en la América de entonces de que el paraíso estaba reservado para los guerreros que más enemigos de la patria hubiesen muerto en el campo de batalla.

—¡Ah! —exclamaba—. Sin duda porque soy una débil mujer no encuentro en mí las fuerzas suficientes para inmolar en el altar de los dioses al mayor enemigo del Anáhuac.

Cuando más agitada se hallaba la princesa con esta lucha interior, sonaron algunos pasos en el patio inmediato, la cortina de la puerta se alzó y dos extranjeros se presentaron en la habitación.

Gelitztli levantó tímidamente los ojos sobre ellos para mirarlos, Eran Hernán Cortés y Villacampa.

El odiado general de los extranjeros y su infame mediador. El mayor enemigo de la patria y el mayor enemigo de su virtud.

Gelitztli sintió renacer en su corazón todo su odio contra el primero, toda su repugnancia contra el segundo.

Se levantó, pálida y agitada, de la silla que ocupaba y correspondió fría mente al doble saludo que le hicieron el capitán y el paje.

Villacampa se volvió inmediatamente hacia la puerta y, sin salir de la habitación, alzó la cortina y miró hacia el patio.

Hernán Cortés se adelantó entonces hacia la princesa con la sonrisa en los labios y el brazo extendido hacia ella con la intención bien marcada de apoderarse de una de sus manos.

Gelitztli retrocedió instintivamente delante del caudillo, hasta sentir que sus espaldas tocaban contra el muro.

Hernán Cortés seguía avanzando. Pero repentinamente se oyó la voz de Villacampa, que decía:

—Ponedlo todo sobre la mesa y retiraos.

El capitán volvió la cabeza. Un negro, esclavo suyo, y dos criados más habían invadido la cámara trayendo en las manos los platos que debían servir para la cena.

Colocáronlos sobre la mesa, según la orden de Villacampa, y despejaron inmediatamente la habitación.

—Cuando usted guste —dijo el paje a Hernán Cortés, señalándole la mesa.

—Invitad, pues, a esa huraña princesa a que nos honre con su compañía.

—¡Huraña! —exclamó el paje con una sonrisa repugnante en los labios—. ¡Bah! ¿No os ha dado una cita?

—Pues miradla arrimada a esa pared —observó el capitán.

—Aguardad —repuso el paje.

Y acercándose a Geliztli le dijo algunas palabras en el idioma del Anáhuac, que, como es fácil de adivinar, Hernán Cortés no pudo comprender.

Entonces la princesa, siempre pálida, pero con paso firme, se acercó a la masa y se sentó al lado del capitán en la silla que éste le designaba.

Villacampa se sentó también, y dióse principio a la cena.

Hernán Cortés levantaba de cuando en cuando su mirada del plato para buscar los ojos de Geliztli. Pero no los encontraba jamás. La joven no tenía sobre su voluntad el dominio suficiente para mirar a la cara del hombre a quien pensaba asesinar.

—¿Sabéis —preguntó el capitán a Villacampa— que me parece muy poco enamorada vuestra princesa?

—¿De dónde deducís eso, señor capitán? —preguntó el paje.

—¡Toma! —respondió Hernán Cortés—. De que no levanta siquiera los ojos para mirarme.

—Señor capitán —repuso Villacampa con una sonrisa—, yo respeto vuestros conocimientos en materia de galantería; pero aquí me permitiré observaros que el encogimiento de esta bella princesa no dimana de que os tenga más o menos amor. Dimana simple y sencillamente de que nos tiene miedo... o respeto.

—¡Miedo!... ¡Respeto!...

—¿No nos tienen a nosotros por descendientes de sus dioses todos estos paganos?

—Tenéis razón. ¿Pero no habéis intentado nunca sacarla de su error?

—¡Nunca!

—¿Por qué?

—Por la misma razón que vos habéis tenido para no sacar del suyo a todos los indios que creen lo mismo. Es muy cómodo pasar por un ente sobrenatural entre gentes que tienen la modestia de creerse simples mortales. Vos habéis pensado que esa creencia ayudaba mucho a vuestros designios de conquistador, y yo he pensado que también podría servir al amante.

—Admiro mucho vuestra previsión —observó Hernán Cortés—. Pero, entre tanto, esa creencia solo hará de una estúpida admiradora de estos dioses de carne.

—¡Bah! —exclamó el paje con un acento picaresco—. Echad en su vaso un poco de ese vino que tenéis delante de vos, y yo os aseguro que no tardará en perder el respeto a vuestra divinidad.

Sonrióse ligeramente el capitán y apoderándose de la botella, echó una cantidad no escasa de vino en el vaso que Geliztli tenía delante de sí.

—Hermosa princesa —le dijo entonces Villacampa—, gustad de ese licor delicioso de los países de Oriente. Es un vino que hace la delicia de los extranjeros y acaso es más delicado que el que extraen vuestros compatriotas de la planta del

maguey.

La princesa se llevó a los labios el vaso y sorbió una cantidad insignificante de su contenido.

—Es delicioso —dijo— depositando el vaso sobre la mesa.

Villacampa tradujo esta frase al capitán.

—Pues excítadla a beber más —dijo éste, cambiando con el paje una mirada de inteligencia.

Cualquiera hubiera creído que había un plan preconcebido entre los dos españoles.

—Graciosa Geliztli —dijo Villacampa volviéndose a la princesa—, ya que os ha parecido delicioso el *octli*^[6] de mi patria, os invito a tomar en nuestra compañía la cantidad que habéis dejado en vuestro vaso.

—Extranjero —respondió la princesa sin apartar los ojos del mantel—, las mujeres aztecas no gustan jamás el vino en los banquetes y, cuando los convidados empiezan a beber, tienen el deber de retirarse de la mesa.

—Pero tú no estás ahora entre los aztecas sino entre dos de los extranjeros del Oriente, que tienen la costumbre de asociar siempre a la mujer en sus placeres.

Y sin aguardar la réplica de Geliztli, Villacampa empuñó a su vez la botella y echó una dosis regular, primero en el vaso de Cortés, luego en el suyo.

Entonces las tres personas que se hallaban sentadas a la mesa se llevaron simultáneamente el vaso a los labios y, con excepción de Geliztli, apuraron su contenido.

Villacampa y Hernán Cortés volvieron a cambiar otra mirada.

—¡Qué queréis! —exclamó el segundo—. A pesar del pomposo nombre de princesa con que la designáis, es tan bárbara como cualquiera de los vasallos de su padre y mal puede gustar de la bebida de las gentes civilizadas.

—Y a fe que se necesita ser un salvaje —exclamó Villacampa, chascando su lengua contra el paladar— para no gustar de ese vinillo de nuestra hermosa Andalucía. ¿Sabéis, señor capitán, que hacía poco menos de un año que no probaba el vino?

—¡Es muy posible!

—Como que desde Veracruz consumimos nuestra provisión y yo creía que no quedaba una sola gota en el ejercito. El mismo padre Olmedo me dijo ayer que dentro de poco tendría que dejar de decir misa por falta de vino. Figuraos el placer que habré experimentado al ver esta botella sobre la mesa.

—Pst —exclamó Hernán Cortés—. A buen seguro que no han de quedar otras dos como ésta en mi despensa.

—¡Y bien, señor capitán! Como es evidente que yo no he de probar una sola gota de esas dos botellas reservadas para vuestra señoría, permitidme recetarme otra dosis de la presente.

Y sin aguardar la venia del capitán, Villacampa volvió a empuñar la botella, llenó

su vaso hasta los bordes y lo apuró. Sirvió también a Cortés una dosis igual a la que quedaba en el vaso de Geliztli, pero aquél no la probó.

—Bebed cuanto queráis —repuso Hernán Cortés—. Pero no os olvidéis por eso de vuestra bella princesa que no aparta los ojos de su plato.

—A propósito, señor capitán: ¿por qué cada vez que me habláis de esa pagana la llamáis «vuestra princesa»?

—¡Bah! —respondió Hernán Cortés—; ¿no está convenido que será vuestra esposa?

Villacampa soltó una cínica y ruidosa carcajada que hizo estremecer a Geliztli sobre su silla sin adivinar el motivo.

—¡Vamos! —continuó el capitán—. Cumplid con vuestro deber de marido y conversad algo con vuestra esposa, siquiera para que admiremos sus lindos ojos.

—¡Pero qué diablos queréis que le diga! A no ser que le cuente la prisión de ese papa que ha venido a visitarla dos veces...

—¡Solemne pícaro es ese pagano! —interrumpió Hernán Cortés—. Ya yo le había prevenido a Orteguilla que me avisara la primera vez que se presentase en el cuartel después de la entrevista que tuvo con su rey. Al día siguiente se presentó, como he sabido después; pero yo no sé qué trazas se dio para que no le viese Orteguilla. Por fortuna volvió hace tres días, estuvo en esta habitación con la princesa y, al salir del cuartel, le sorprendió el paje, quien cumplió con mi orden de mandarlo aprehender.

—Y bien —repuso Villacampa—, como seguramente no os agradaría que yo le contase esos pormenores...

—¡Enamoradla entonces! —exclamó Hernán Cortés con una sonrisa que hubiera humillado a cualquier otro hombre que no llevase el nombre de Villacampa.

Una sonrisa repugnante se dibujó en los labios del miserable.

—Señor capitán —dijo a Cortés—, en materia de galantería os cedo la preferencia; y todo lo que puedo hacer para animar a esa bella estatua morena es traducir vuestras propias palabras.

—Preguntadle entonces en mi nombre cuál es la causa de su tristeza.

Villacampa se volvió a la princesa.

—Bella Geliztli —le dijo—, el Malinche siente mucho no poderte expresar en el idioma del Anáhuac la admiración que le causa tu belleza. Me encarga, sin embargo, que yo te manifieste el placer con que ha acudido a tu cita y la admiración y el dolor que le causa verte entregada a la melancolía.

—¿Sabéis, señor Villacampa —dijo a esta sazón el capitán—, que es muy incómodo hacer el amor a una mujer por medio de intérprete?

—¿Por qué? ¿Tenéis alguna queja del que os sirve en este momento?

—No, ninguna. Pero yo os he encargado hacer una pregunta en cuatro palabras y vos habéis pronunciado como cincuenta.

—No he hecho más que ampliar vuestro pensamiento —repuso Villacampa.

Y tradujo en seguida a Hernán Cortés la pregunta que había hecho a Geliztli.

—Sois la perla de los intérpretes —exclamó Cortés—. Solo os falta ahora exigir la respuesta de vuestra pregunta.

—El capitán insiste en saber la causa de vuestra tristeza —dijo Villacampa a Geliztli.

La princesa se estremeció al escuchar estas palabras como si hubiese sido tocada por alguno de esos aparatos eléctricos que se inventaron dos siglos después.

Al cabo de un instante de vacilación, y con una voz temblorosa, que así podía atribuirse al pudor como a la lucha interior que le devoraba, respondió:

—La mujer que ama solamente puede demostrar su amor y su placer cuando se halla sola con el objeto amado.

—¡Ea, señor capitán! —exclamó Villacampa—. ¿Qué me daréis en cambio de la brillante respuesta que voy a traduciros?

—¿Es buena?

—Como vos no la esperáis.

—Decid.

—Pero dadme mi recompensa antes, porque, de lo contrario, temo que no volváis a acordaros de mí.

—¿Qué queréis?

—Otro vaso de ese excelente vino que acaso no volveré a probar en mi vida.

Hernán Cortés llenó por tercera vez el vaso de Villacampa.

El paje lo sorbió trago a trago, como para hacer desesperar a Cortés.

—Señor capitán —dijo a éste, después de haber apurado hasta la última gota—, nuestra princesa es una mujer encantadora. Dice que está triste porque no está sola con la persona que ama.

—¡Por vida de...! —exclamó Hernán Cortés—. ¿Y os estáis ahí paladeando mi vino en lugar de buscar el camino de la puerta?

—Cuando yo os decía que tenía razón en pedir anticipadamente mi recompensa...

Hernán Cortés hizo un gesto imperioso, y el paje se levantó de la mesa.

Geliztli se puso más pálida que antes al advertir este movimiento.

—Os dejo sola con Malinche, según vuestro deseo —le dijo Villacampa.

Y, apartando la silla con sus pies, se dirigió a la puerta. Un instante después desaparecía de la habitación.

Pero en el momento en que la cortina caía tras él, Hernán Cortés dejó escapar un grito, se levantó de la mesa y corrió a la puerta.

Acababa de recordar que se había olvidado de dar una orden importante. Alzó la cortina y llamó a Villacampa.

Éste, que no había tenido tiempo de retirarse ni diez pasos, acudió al instante.

Preciso es que nuestros lectores se formen una idea exacta de la posición que en este momento guardaba cada uno de los personajes de esta escena.

¡Geliztli se había quedado sentada a la mesa y, más pálida y agitada que nunca, apretaba convulsivamente contra su seno un objeto invisible!

Hernán Cortés, vuelto de espaldas a la mesa, hablaba en secreto con Villacampa.

Villacampa, oculto en parte por la cortina y en parte por el cuerpo de Cortés, se mantenía en un lugar al que no llegaba la luz de las bujías, sin embargo de que se hallaba frente a la mesa.

—Id a dormir a mi habitación —decía el capitán al paje— y por ningún motivo digáis a nadie el lugar en que me encuentro. Si ocurre algún asunto verdaderamente grave, ya sabéis dónde estoy... Venid a buscarme vos mismo.

—Señor —arguyó el paje—, ¿olvidáis que también saben este lugar los criados que nos han servido la cena?

—Hacedlos llamar y encargadles el secreto, bajo pena de la vida.

—¡Señor, señor! —exclamó repentinamente el paje con cierta agitación.

—¿Qué hay? —preguntó Cortés.

—Os ruego que no volváis a ver hacia la habitación, a pesar de lo que voy a deciros. Geliztli se ha puesto en pie, ha sacado de su seno un objeto que no he podido distinguir y lo está arrojando en este momento en vuestro vaso.

Hernán Cortés sintió que los cabellos se le erizaban sobre la frente.

El espanto le embargó por algunos instantes el uso de la palabra. Pero pronto se repuso y preguntó:

—¿Estáis seguro de lo que decís?

—Tan seguro como que me llamo Villacampa. En este instante acaba de sentarse y dirige hacia vos una mirada recelosa. La veo temblar como si tuviera frío... ¡Oh! Esa mujer maquina algo contra vos. Basta mirarle la cara para comprenderlo. Y luego... esta cita, cuando se manifestó tan fiera y desdeñosa en nuestra primera entrevista. Y ese deseo de quedarse sola con vos...

Mientras Villacampa hablaba, Hernán Cortés meditaba. Al cabo de un instante había ya tomado su resolución.

—Vais a prestarme un servicio —le dijo a Villacampa—. Volved aquí dentro de un instante. Paraos en el lugar en que yo estoy ahora, de modo que os vea la princesa, y decid o haced lo que queráis para llamarle la atención. No necesito más que vuelva la cara hacia esta puerta por algunos instantes.

—Así lo haré, aunque no comprendo...

—Ya veréis y comprenderéis. ¡Idos!

Y antes de que el paje tuviera tiempo de replicar dejó caer la cortina y se volvió hacia la mesa. Su exterior aparecía tranquilo. Geliztli aventuró una mirada sobre él y le vio tan sereno como siempre.

Hernán Cortés se sentó tranquilamente en su silla y clavó una mirada en la princesa. Ésta parecía atacada de un acceso nervioso que no le permitía alzar los ojos del mantel.

Súbitamente se alzó la cortina de la puerta y apareció en el dintel un hombre. Era Villacampa.

—Señor capitán —dijo—, aquí estoy en cumplimiento de vuestras órdenes.

Geliztli levantó la cabeza con sobresalto y clavó sus ojos en el paje.

—Aprovechad el tiempo —continuó éste— ahora que la muchacha me mira con tanta desconfianza como si adivinara que vengo a arrancarle su presa.

Mientras Villacampa hablaba, Hernán Cortés cambió su vaso con el de la princesa, sin que ésta advirtiera nada. El cambio era tanto menos sospechoso cuanto que ambos vasos contenían igual cantidad de vino.

—¡Idos! —dijo Hernán Cortés al paje—. Ya no necesito más de vuestra presencia.

—Sin embargo... —tartamudeó Villacampa.

—Idos, repito —insistió el capitán—, y que no se me incomode para nada.

El paje dejó caer la cortina y desapareció.

Geliztli respiró entonces con fuerza, como si hubiesen aliviado de algún peso enorme su corazón. En seguida volvió los ojos sobre Hernán Cortés. El capitán la miraba con la más apacible de sus sonrisas. Geliztli quiso también ensayar una sonrisa para alejar de su convidado cualquiera sospecha que hubiese podido concebir. Pero sus labios se crisparon sin producirla. Aquella princesa salvaje no acertaba a ser hipócrita.

Entonces se apoderó de su vaso como por un movimiento galvánico, hizo seña a Hernán Cortés de que tomase el suyo y ambos se llevaron simultáneamente el vino a los labios.

El español y la princesa se devoraban mutuamente con los ojos. El primero aparecía tranquilo. Pero la princesa había adquirido la palidez de un cadáver, y era tal el temblor que agitaba sus dedos que algunas gotas del vino que bebía cayeron sobre el mantel.

Uno y otro apuraban trago a trago aquel delicioso licor. Un instante después, y por un movimiento casi simultáneo, ambos bajaron el brazo y depositaron los vasos sobre la mesa. Estaban vacíos.

Transcurrieron algunos instantes de inmovilidad y de silencio que al capitán y a la princesa parecieron siglos. El español creyó que, para disimular mejor, debía hacer el papel de enamorado. Extendió, pues, su brazo y buscó a tientas la mano de la princesa.

Geliztli se estremeció a este contacto, pero le abandonó su mano. Hernán Cortés le levantó entonces a la altura de sus labios e intentó besarla.

Pero Geliztli no fue ya dueña de sí misma y retiró violentamente su mano. El español volvió a bajar su brazo para buscar aquella mano, suave como la seda, que acababa de derramar un veneno en su vaso.

La princesa no solo se resistió sino que se levantó de la mesa y dio algunos pasos hacia la puerta. Hernán Cortés se levantó también, abandonó la mesa y la siguió. Geliztli continuaba andando hacia la puerta.

Entonces el español se detuvo en medio de la habitación y levantó sus brazos en ademán de súplica como para rogar a su compañera que no le abandonase. Geliztli se

detuvo.

Pero en aquel instante creyó sentir una lasitud extraordinaria en todos sus miembros y una pesadez incomprensible que cerraba involuntariamente sus párpados.

Por uno de esos movimientos instintivos que hacen buscar los contrastes en circunstancias de esta naturaleza, Geliztli abrió desmesuradamente los ojos para fijarlos sobre el español. Hernán Cortés continuaba mirándola con ademán suplicante.

Geliztli le contempló un momento con esos ojos azorados de las personas que luchan entre el sueño y la vigilia y que miran sin ver.

Pero, sintiendo que las fuerzas le flaqueaban ya hasta el punto de no poder mantenerse en pie, se acercó a una silla y cayó pesadamente en ella.

Entonces volvió a hacer un esfuerzo para abrir los ojos y mirar a Cortés. El español continuaba mirándola. Pero ya no era suplicante su actitud. Una sonrisa extraña, una sonrisa que parecía de triunfo, se dibujaba en sus labios.

La princesa le contemplaba alelada. Pero de repente dio un grito y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se levantó de la silla como impulsada por un resorte.

Acababa de sospechar vagamente lo que había sucedido. Sin duda ella había bebido el brebaje que había dispuesto para el español. ¿Pero cómo?

¡Ah! El extranjero era el hijo predilecto de los dioses y ellos sin duda habían hecho emigrar el narcótico al vaso de la infeliz azteca y en medio de aquel sueño involuntario que se apoderaba visiblemente de todos sus miembros, un pensamiento súbito hirió la imaginación de la princesa.

Iba a caer irremisiblemente en un sueño profundo, cuya duración era incierta. ¡Y estaba sola! Sola con aquel odiado extranjero que le había declarada sus impúdicos deseos por medio de Villacampa.

El pudor le hizo ensayar el último esfuerzo, e intentó dar un paso hacia la puerta. Pero aquel esfuerzo le hizo perder el equilibrio y cayó pesadamente sobre el pavimento.

Entonces quiso gritar..., pedir socorro. Pero el narcótico de Tayatzin le había quitado hasta la facultad de hablar.

Lanzó la última mirada, una mirada opaca sobre el español. La misma sonrisa infernal se dibujaba en sus labios.

La princesa se agitó con un movimiento convulsivo y apartó los ojos de aquella visión diabólica.

Entonces le pareció que se apagaban las luces y que la habitación quedaba sumergida en la más completa oscuridad.

Después..., nada...; aquel sueño pesado y profundo que el gran sacerdote del Anáhuac había preparado para su mayor enemigo.

Capítulo VII

Un recuerdo de Diego Velázquez

Ocho días después del suceso referido en el capítulo anterior, Motecuzoma mandó rogar a Hernán Cortés, por medio de Orteguilla, que pasase a su habitación.

El general español acudió temblando al llamamiento, porque creía que el emperador iba a reiterarle la orden de abandonar el Anáhuac.

—Malinche —le dijo Motecuzoma— ya no tienes necesidad de construir tus grandes piraguas para volver a tu patria.

—¡Cómo! —exclamó Hernán Cortés agradablemente sorprendido—. ¿Acaso me retiráis ya la orden de partir?

—Al contrario. Es probable que os volváis a vuestra patria más pronto de lo que pensáis.

Una nube oscureció la frente de Hernán Cortés.

—Porque han llevado a Chalchiuhcuecan —continuó el emperador— dieciocho naves extranjeras muy semejantes a las que habéis destruido en Chiahuitzla.

Hernán Cortés volvió a pasar súbitamente del temor a la alegría.

—¡Dieciocho naves españolas! —exclamó—. ¿Estáis bien cierto de eso?

—Mirad —respondió Motecuzoma.

Y extendió ante los ojos del capitán una tela en la cual se hallaba escrito por medio de jeroglíficos aztecas el hecho que le revelaba el emperador.

Esta pintura tenía una exacta semejanza con la que había visto trazar a los enviados de Teuhtlile en su tienda en Chalchiuhcuecan.

Representaba una nave europea con sus mástiles y velamen. Bajo el casco de la nave se contaban dieciocho puntos que representaban el número de las embarcaciones. Algunos soldados, con su traje europeo y su arcabuz al hombro, ocupaban otra parte del lienzo. Bajo de ellos se veían tres de esos signos jeroglíficos que los aztecas empleaban para designar la cantidad numérica de cuatrocientos. Algunos cañones y otros objetos de menor importancia ocupaban el resto de la tela.

—¿Qué decís de esto? —preguntó Cortés a Alvarado, que examinaba con él la pintura.

—Lo que yo digo —respondió éste— es que la Providencia se ha dignado al fin escuchar nuestros votos y nos envía el socorro de que tanto necesitamos.

—Así lo había yo creído de pronto —repuso el general—. Pero, reflexionándolo mejor, ¿de dónde queréis que nos vengan dieciocho naves con mil doscientos soldados de socorro?

—Cerca de un año hace que mandamos a la corte a Montejo y Puertocarrero. Éstos habrán visto a su majestad, le habrán presentado el oro y plata le enviamos, y la

corte, comprendiendo la importancia de nuestro descubrimiento, nos mandará ese auxilio poderoso para que llevemos al cabo nuestra empresa.

Hernán Cortés movió su cabeza en ademán de duda.

—No conocéis bien la corte —le dijo—. Acordaos que el presidente del Consejo de Indias es el obispo Fonseca, pariente de Diego Velázquez. Éste se hallará prevenido contra nuestra empresa por solo estarlo su pariente. Acordaos de la enemistad que juró a Cristóbal Colón por un disgusto pasajero.

—Pero si esta flota no viene de España, ¿de dónde queréis que venga?

—¡Quién sabe! —murmuró Hernán Cortés—. Pero ¿no tenemos en la isla de Cuba un enemigo implacable?

—¡Ah!... ¡Bah! —exclamó Alvarado—. ¿De dónde queréis que Velázquez saque dieciocho naves y mil doscientos soldados? A nosotros no nos dio más de once naves y seiscientos hombres, a pesar de que vos y algunos de nosotros contribuyeron en más de la mitad a los gastos de la armada.

—El odio es la pasión más poderosa en cierta clase de hombres. En fin..., ¡quiera el cielo que tengáis razón! Por ahora, lo que conviene hacer comprender al campamento es que nos ha llegado un poderoso socorro de la corte. Tiempo nos quedará para desengañarlo si es que se confirman mis temores.

Y volviéndose a Motecuzoma, que veía la conferencia sin comprenderla, le dijo:

—Señor, os agradezco mucho la nueva que acabáis de comunicarme. Pronto tendré noticias de mis compatriotas y no tardaré en participáros las.

Dichas estas palabras, salió de la habitación seguido de los pocos españoles que habían asistido a la entrevista.

Un momento después reinaba una alegría extraordinaria en el palacio de Axayácatl. Los soldados vitoreaban a la madre patria, los jinetes hacían correr locamente a sus caballos, y los artilleros hacían salvas en los falconetes.

Pero esta alegría duró solamente algunas horas, porque en la tarde se presentó en el cuartel un soldado de los que se hallaban de guarnición en Veracruz.

Todos sus camaradas le rodearon al instante. «¡Pedro de Solís!», exclamaban con admiración. Y le contemplaban de pies a cabeza, como para asegurarse de que no se engañaban.

—¿Habéis hecho solo el viaje de Veracruz a Temistitán? —le preguntaban con asombro.

—¿Por qué no? —respondía con cierta petulancia Solís.

—¡Toma! Atravesar un solo cristiano entre tantos perros infieles...

—¡Bah! Desde que don Hernando Cortés aprisionó al Motecuzoma no hay indio que deje de temblar al aspecto de cualquier español.

Los soldados se miraron entre sí con cierto aire de satisfacción.

—Pero estoy perdiendo un tiempo precioso —dijo Solís—. Traigo una carta de nuestro gobernador Sandoval para el capitán. Enseñadme su habitación.

—¡No, no! —exclamaron en coro los soldados—. Decidnos antes qué hay del

socorro que nos ha llegado de España.

Pedro de Solís dirigió una mirada de asombro a sus camaradas.

—¡Del Socorro! —balbuceó entre dientes—. Mi misión es secreta —añadió en voz alta—. Llévame a donde está el capitán, y él os dirá, si le parece conveniente, lo que diga la carta.

Los soldados se apartaron con resignación y dejaron pasar al mensajero a la habitación de Cortés.

El general se hallaba encerrado con algunos de sus capitanes, comunicándoles reservadamente sus temores con respecto a la flota que había llegado a la costa.

Al ver entrar a Pedro de Solís, Hernán Cortés soltó una exclamación de gozo.

—¿Venís de Villa Rica? —le preguntó presuroso.

—Con esta carta de vuestro gobernador Gonzalo de Sandoval —respondió el mensajero.

Y presentó al general una carta que acababa de extraer de su jubón.

Hernán Cortés tomó la carta, rompió precipitadamente la cubierta y leyó para sí.

A medida que avanzaba en su lectura, los capitanes que se hallaban presentes comprendían que no debían ser muy buenas las noticias de Sandoval, según el gesto que contraía el semblante del lector.

Un momento después, Hernán Cortés separó los ojos de la carta y echó una mirada en derredor de sí. Todos los que le rodeaban eran muy adictos a su persona.

—Amigos míos —les dijo—, se han confirmado mis temores. ¡Leed!

Pedro de Alvarado alargó la mano, tomó la carta y se puso a recorrerla con los ojos.

—¡En voz alta! —añadió Hernán Cortés.

Alvarado obedeció y leyó:

«Han llegado a la costa donde nosotros desembarcamos el año pasado dieciocho naves con cerca de mil cuatrocientos soldados, entre los cuales se cuentan ochenta de a caballo, noventa ballesteros y sesenta escopeteros. Es ejército que manda contra nosotros el gobernador de Cuba a pretexto de que somos rebeldes y traidores, y el capitán de toda esa gente, llamado Pánfilo de Narváez, jura que ha de llevaros encadenado a la capital de aquella isla».

»Voy a referiros lo que he podido averiguar sobre esta expedición.

»Cuando Francisco de Montejo y Alonso Hernández Puertocarrero pasaron a España con cartas vuestras y de los regidores de esta Villa Rica tocaron en uno de los puertos de la isla de Cuba, no obstante vuestras terminantes disposiciones en contrario. Al instante cundió por toda la isla la noticia de la riqueza de este país y de lo que llamaron allí vuestra sublevación.

»Diego Velázquez se llenó de enojo contra vos y contra todos nosotros y juró desde entonces nuestra perdición.

»Nuestros enviados llegaron a España a principios de octubre del año anterior. Hallábase a la sazón en Sevilla un Benito Martín, capellán del gobernador de Cuba,

quien inmediatamente se presentó una queja a la Real Casa de Indias acusando a Montejo y Puertocarrero de rebeldes contra las autoridades de aquella isla y traidores a la corona de Castilla. A consecuencia de esta acusación el buque fue confiscado y nuestros enviados, que milagrosamente no fueron aprehendidos, pasaron inmediatamente a Medellín, buscaron a don Martín Cortés, vuestro hermano, y los tres juntos se pusieron en marcha para ver al monarca.

»Éste, que se hallaba haciendo los preparativos de un viaje a Alemania, que acababa de elegirle emperador, andaba entonces visitando a España, y nuestros comisionados le alcanzaron en Tordesillas. Carlos V acababa de recrearse con los presentes de oro y plata que le enviamos de esta Villa Rica y escuchó benignamente a Montejo y Puertocarrero. Indudablemente, habrían conseguido éstos sus pretensiones a no haberse interpuesto el obispo Fonseca, pariente como sabéis de Diego Velázquez y presidente del Consejo de Indias. Su majestad le dio oídos, e impaciente por marcharse a Alemania, despidió a nuestros comisionados, asegurándoles que a su vuelta les haría saber su resolución.

»Velázquez, sin aguardar ninguna resolución de España y apoyado únicamente en el nombramiento de adelantado de estas tierras que solicitó y obtuvo de la corte, se puso entretanto a preparar la expedición que ha llegado a la costa para castigar lo que llama nuestra rebelión. Tuvo intenciones al principio de colocarse él mismo al frente de la armada; pero impidiósele su mucha obesidad y dio entonces el mando a Pánfilo de Narváez.

»La noticia de la expedición que se preparaba contra nosotros llegó a la Española. La Real Audiencia se estremeció de las consecuencias que podía traer un choque de las armas españolas en esta tierra de infieles, y, deseosa de evitar este conflicto, diputó de su mismo seno al licenciado Ayllón para que pasase a Cuba y obligase al gobernador a desistir de su intento. Pero Velázquez recibió al licenciado con aspereza, contestó a todos sus razonamientos con que él debía hacer obedecer su autoridad y acabó por negar a la Real Audiencia la facultad de entrometerse en sus negocios.

»Viendo el oidor el poco éxito de su misión cerca de Velázquez y sabiendo que Narváez iba a darse muy pronto a la vela, se metió en una de las carabelas de la expedición e hizo el viaje con nuestros enemigos, creyendo que de este modo podría evitar entre ellos y nosotros un rompimiento. Dícese que Narváez viene muy disgustado de él, y de esto os podrán informar mejor los prisioneros que os mando...».

—¡Ah! —exclamó Hernán Cortés, interrumpiendo la lectura de la carta—. ¿Dónde están esos prisioneros?

Esta pregunta iba dirigida a Pedro de Solís, que estaba de pie en medio de la habitación y que había escuchado, como todos, el contenido de la carta.

—Señor —respondió el enviado de Sandoval—, los he dejado en un punto que se llama Xóloc, y yo me he adelantado con la carta, según mis instrucciones.

—¿Pero quiénes son los prisioneros? —preguntó impaciente Cortés.

—Un clérigo, un escribano y cuatro soldados —respondió con flema el enviado—. El primero se llama el padre Guevara; el fiel de fechos, Vergara, y los otros cuatro..., perdonad, señor capitán, no recuerdo en este instante los nombres de los soldados.

—Yo no os pregunto nombres —repuso Cortés—. Lo que os pregunto es el delito de esos hombres que traéis presos en nombre del gobernador.

—¡El delito de esos hombres! Decid más bien los delitos, señor capitán. En primer lugar, son del ejército de Narváez.

—¡Ah! —exclamaron algunos de los circunstantes.

—En segundo lugar, se presentaron un día en la Villa Rica y pretendieron obligar al gobernador a que se rindiese a Narváez como delegado del gobernador de Cuba.

—A que se rindiese, ¿eh? —preguntó Alvarado con una sonrisa de fisga.

—Si, señor —repuso Solís—. El padre Guevara dirigió al gobernador una arenga para demostrarle que Velázquez era el único que tenía derecho para conquistar y poblar estos países; que para este objeto le había honrado la corte con el título de adelantado; que vos y todos los que seguimos vuestra bandera somos rebeldes y traidores y que, en consecuencia, le intimaba que rindiese a Narváez la ciudad de que se titulaba gobernador y los soldados que se hallaban bajo sus órdenes.

—¿Y Sandoval? —preguntó impaciente Hernán Cortés.

—Don Gonzalo de Sandoval —continuó Solís— se puso rojo de cólera al escuchar al bendito padre y le aseguró que solo su santo hábito podía librarle del castigo que merecía su insolencia. Y le enseñó la horca que pocos días antes había mandado levantar en la plaza misma de la Villa para colgar al primero que osase desconocer su autoridad.

—¡Valiente Sandoval! —exclamó Cortés en un arranque de entusiasmo.

—¡Oh! —prosiguió el enviado—. El padre no se intimidó con esta amenaza y dijo que debía cumplir hasta el fin con su misión. Entonces llamó al escribano que le acompañaba y le ordenó que diese fe de las palabras que acababa de proferir el gobernador. El escribano se llevó la mano a la oreja, donde traía prendida una pluma.

—¿Y Sandoval permitió...?

—No, señor. Hizo saber al fiel de fechos que, si se atrevía a escribir una sola letra en su presencia, le mandaría azotar en medio de la plaza de la Villa.

Una carcajada universal interrumpió por un instante al enviado.

—Pero el padre tampoco se intimidó con esta segunda amenaza —continuó Solís— y ordenó al escribano que leyese las provisiones que traía en el seno.

—¡Provisiones! —exclamó Hernán Cortés, palideciendo ligeramente—. De la corte sin duda.

—Lo ignoro, señor capitán —repuso el enviado—. El gobernador se negó a escuchar la lectura de los papeles que el escribano sacaba ya de su seno, alegando que él no era más que un teniente de vuestra merced y que las provisiones o cualesquiera

clase de papeles que trajese debían leerse a vos en persona en esta ciudad de Tenochtitlan. El clérigo quiso insistir; pero el gobernador, que había perdido ya la paciencia, hizo llamar a varios indios que trabajaban en la fortaleza, les ordenó que cargasen al clérigo, al notario y a los cuatro soldados y los trajesen presos a esta ciudad.

—¡Que los cargasen! —interrumpió Alvarado como si no hubiese entendido bien la frase de que se había valido Solís.

—Sí, señor —prosiguió éste—. Los indios los colocaron en una especie de redes que llaman hamacas, sujetaron éstas en un palo y, cargándolos dos indios por cada una de sus extremidades, los han traído hasta Xóloc, como os dije antes.

—¡Santo Dios! —exclamó Cortés—. ¿Y de ese modo tan incómodo y ridículo ha sido conducido un sacerdote y un notario que acaso es del rey? Señor Alonso de Ávila —añadió dirigiéndose a uno de los capitanes—, tomad dos caballos, id adonde están los presos, haced que monten el clérigo y el escribano y traedlos inmediatamente a mi presencia.

Alonso de Ávila salió de la habitación para cumplir con estas órdenes.

Media hora después volvió a presentarse a Cortés con el clérigo y el notario.

—¡Virgen purísima! —exclamó el primero mirando con espanto en derredor de sí—. ¿Estamos ya por fin entre cristianos?

—Siempre lo habéis estado —murmuró una voz a sus espaldas.

El clérigo se volvió vivamente y reconoció en el que le hablaba al padre de Solís, jefe de los soldados que le habían custodiado desde Veracruz.

—Vos —murmuró—, vos no sois cristiano, puesto que habéis tratado con tan poco comedimiento a un ministro del altar.

—Todo lo que se ha hecho con vos ha sido sin mi conocimiento —dijo a esta sazón Hernán Cortés—, y yo estoy dispuesto a haceros olvidar los malos tratamientos que habéis recibido hasta aquí.

—¿Sois el capitán don Fernando Cortés? —preguntó Guevara, mirándole fijamente.

—Y un servidor vuestro, padre mío —respondió el capitán.

El padre alzó de su cabeza la gorra que la cubría.

—Ya el capitán Alonso de Ávila —dijo— me explicó el horror que os ha causado el modo con que hemos sido conducidos hasta esta ciudad.

—Desde este momento han cesado todos vuestros padecimientos —repuso Cortés.

Y como para probar que estas palabras no encerraban una vana promesa, el capitán hizo sentar inmediatamente al clérigo y al notario a una mesa abundantemente servida que les hizo olvidar por un instante los sufrimientos del viaje. Esta comida tan oportuna empezó a predisponer al clérigo en favor de Cortés.

El capitán habló luego del tesoro de Axayácatl y presentó a Guevara algunas piezas de oro para que él mismo juzgase de su valor.

El bendito padre no supo resistir al peso de este talismán y anunció a Cortés que se hallaba dispuesto a interponer todo su influjo para evitar un conflicto entre él y Narváez.

Hernán Cortés se aprovechó de las buenas disposiciones del padre, tomó la pluma y escribió varias cartas. Una era para el mismo Pánfilo Narváez, otra el licenciado Ayllón, y otras para varias personas que conocía y que, según el mismo clérigo, habían venido con la armada.

El objeto de todas estas cartas era procurar una conciliación con Narváez.

Hablábase en ellas del peligro que correrían en el Anáhuac las armas cristianas si los infieles las veían volverse unas contra otras; excitábase a Narváez y a sus compañeros a que uniesen sus esfuerzos con los del ejército de Cortés; asegurábase que esto bastaría para hacer rodar en poco tiempo, el vacilante trono de Motecuzoma, y el capitán concluía ofreciendo montones de oro a todos los que tomasen parte en tan gloriosa empresa.

Instruido bien de su papel, el padre Guevara se regresó al día siguiente al campamento de Narváez, acompañado del notario y de sus cuatro compañeros de infortunio.

Pero juzgando Cortés poco suficiente el paso que acababa de dar, reunió su consejo de capitanes, les expuso con franqueza la gravedad de la situación y les consultó sobre el medio que debía adoptarse en caso de que sus cartas y la mediación del padre Guevara no obtuviesen el éxito que se deseaba.

—Amigos míos —les dijo el capitán en conclusión—, creo que debemos apurar todos los medios para atraer a Narváez a nuestro partido. Un combate con él sería de funestas consecuencias para nuestra causa. Vencidos o vencedores, siempre tendríamos que lamentar la pérdida de algunos de nuestros camaradas. ¿Y quién nos asegura que saldremos vencedores? Nuestro número está bastante disminuido. Sandoval tiene más de cincuenta hombres frescos y sanos que no han agotado sus fuerzas, como nosotros, en penosas marchas y numerosos combates. Pensadlo bien, señores; la situación es grave y creo que deben adoptarse todos los medios que aconseja la prudencia antes de llegar a las manos.

Ésta era la opinión de todos los consejeros, y, después de una ligera discusión, se acordó mandar un nuevo comisionado al campamento de Narváez.

Se temió que el primero no tuviese bastante valor para trabajar en favor de la conciliación y se pensó en elegir otro que estuviese más identificado con la causa de Cortés.

La elección recayó en el padre Olmedo, capellán del ejército.

Los clérigos en aquella época no solo eran los mediadores entre el hombre y Dios, sino también entre estos pícaros individuos de la especie humana que, en todos los tiempos y en todos los países, han de trabajar tanto para destruirse entre sí.

Hernán Cortés repitió sus cartas a Narváez y al licenciado Ayllón. Escribió también a Andrés del Duero, aquel secretario de Velázquez que tanto había trabajado

en otro tiempo para que éste le nombrase jefe de la expedición con que vino a México, y que ahora se hallaba en el ejército de Narváez.

El padre Olmedo llevaba instrucciones de hablar principalmente con cada uno de estos individuos y con la oficiales y soldados más influyentes del ejército. Debía decirles a unos y a otros que Cortés se hallaba dispuesto a recibirlos a todos con los brazos abiertos y a hacerles partícipes en la gloria y utilidades de la empresa. Para que sus palabras tuviesen mayor peso debía acompañar a cada discurso unas cuantas piezas de plata u oro del inagotable tesoro de Axayácatl. Si Narváez se negaba a todo avenimiento, el comisionado debía tener hasta el desesperado recurso de una insurrección.

Cargado de estas instrucciones y de una buena cantidad de oro, el capellán del ejército salió de Tenochtitlan para esta misión de nuevo género.

Algunas novedades habían ocurrida a la sazón en el campamento de Narváez. En primer lugar, cansado de que el licenciado Ayllón no cesase de aconsejarle todos los días un avenimiento con Cortés, le mandó prender una mañana, la embarcó en una carabela y la despachó para Cuba. Pero el licenciado sedujo durante el viaje al capitán del buque y, sin tocar en Cuba, pasó a Santo Domingo, donde se vengó, levantando, un informe de lo ocurrido, que elevó a la corte.

En segundo lugar, Narváez había abandonado su primer pensamiento de fundar una ciudad en la costa y había pasado a Cempoala, donde el obeso cacique que ya conocen nuestros lectores le había recibido generosamente, creyéndole amigo y compañero de Cortés.

A pesar del sagrado carácter del comisionado, Narváez le recibió con arrogancia. Repitió su frase sacramental de que Hernán Cortés era un traidor y aseguró al fraile que le llevaría encadenado a Cuba.

Estas balandronadas no desanimaron al padre Olmedo, quien se metió de lleno entre los oficiales y soldados y empezó a sembrar la cizaña entre el ejército. Como sus palabras iban acompañadas siempre de oro y como aseguraba que Hernán Cortés daría más todavía, empezó a ser acogido favorablemente en todos los círculos.

Y fue tanto lo que adelantó en sus trabajos el santo misionero de la Cruz, que Narváez, alarmado, pensó en prenderle y remitirle a Cuba como al desgraciado de Ayllón. Pero entonces se interpuso Andrés del Duero y consiguió hacerle salir secretamente para el campamento de Cortés.

Entretanto, llegó a México una carta de Sandoval en que pedía al general que reforzase a Veracruz si no quería que cayese en poder de sus enemigos.

Hernán Cortés conoció que ya era tiempo de obrar y volvió a reunir a sus capitanes.

—Señores —les dijo—, hemos agotado ya todos los medios que aconseja la prudencia. Ninguno ha surtido el éxito que deseábamos. No nos queda otro recurso que el de medir nuestras armas con Narváez.

—Señor capitán —dijo Alvarado con esa fe ciega que había tenido siempre en la

superioridad de Cortés—, mandad y obedeceremos.

—Escuchad —dijo éste—: ya que no nos queda otro recurso que defender con las armas nuestros derechos, lo más importante es procurar vencer en una sola batalla a nuestros enemigos. ¿Dónde y quién ha de dar esta batalla? Si aguardásemos aquí a Narváez, reforzaría sus filas, con la guarnición de Veracruz a la cual vencería fácilmente, por su corto número, con todos los indios que encontrase en su camino y con los de esta ciudad, pues los ha estado halagando diciéndoles que viene a libertar a Motecuzoma. Podría caer, pues, sobre nosotros con doscientos o trescientos mil hombres, que nos despedazarían en un instante.

Ninguno de los circunstantes pestañeó siquiera al escuchar estas palabras y continuaron mirando a Cortés con la infinita confianza que les inspiraba su genio.

Entretanto, el capitán prosiguió:

—Si, por el contrario, nosotros salimos en busca de Narváez, que no nos espera, y caemos inopinadamente sobre su campamento...

—¿Pero abandonamos a Temistitán? —interrumpió, con sorpresa, Alvarado.

—No tal —repuso Cortés—. Vos os quedaréis aquí con una pequeña guarnición.

—¿Sabéis el número de españoles con que contamos en este momento?

—Unos doscientos veinte hombres —respondió el capitán sin vacilar.

—Exactamente —repuso Alvarado.

—¡Y bien! Os dejo ciento cincuenta cristianos y todo el ejército aliado.

—¿Y vos os vais a buscar a Narváez con solo setenta hombres?

—¿Por qué no? Mi ejército se aumentará en Cholula con los ciento cincuenta hombres de Velázquez de León y con cincuenta o sesenta de la guarnición de Villa Rica.

Con estas palabras terminó el consejo.

Al día siguiente, Hernán Cortés salió de Tenochtitlan con sus setenta españoles. Motecuzoma le acompañó hasta el fuerte de Xóloc y se despidió de él asegurándole que rogaría a los dioses para que triunfase de sus enemigos.

Capítulo VIII

Donde se prueba que la fortuna no abandonaba a Hernán Cortés ni en las situaciones más difíciles

Hernán Cortés tomó desde luego el camino de Cholula. En esta ciudad encontró a Juan Velázquez de León con los ciento cincuenta españoles que, pocos días antes, había sacado de México para fundar una colonia en Coatzacoalco.

Aunque Cortés había manifestado en el consejo que encontraría allí a Velázquez, no dejaba de abrigar algunos temores. Se recordará que éste era pariente muy inmediato del gobernador de Cuba, que en Chalchiuhcuecan se había sublevado contra Cortés y que éste había tenido necesidad de imponerle un severo castigo. No faltaba razón para temer que ahora, que había llegado Narváez con poderes amplios del gobernador de Cuba para castigar a Cortés, Velázquez de León recordase sus antiguos resentimientos y aprovecharse esta oportunidad para tomar una venganza.

Así, pues, su presencia en Cholula causó tal alegría a Hernán Cortés, que echó los brazos al cuello de su antiguo enemigo y le renovó las protestas que antes le había hecho de hacer su fortuna cuando terminase la conquista.

Aumentada la fuerza de Hernán Cortés con este importante refuerzo, se prosiguió la marcha sin pérdida de tiempo hasta Tlaxcala.

En esta ciudad recibió el capitán noticias del campamento enemigo. Traíalas el mismo padre Olmedo, que se presentó a Cortés cubierto de polvo y lodo.

—¡Válgame Dios, padre! —exclamó Hernán Cortés al verle—. Yo creía que el bueno de Narváez os había tragado, según lo que tardabais en dar la vuelta al campamento.

—Señor capitán —respondió alegremente el fraile—, si el Narváez no me ha tragado no ha sido por falta de voluntad, sino porque no me han faltado amigos entre los suyos.

Y contó a Hernán Cortés el modo brusco con que le había recibido Narváez, y el veneno que había introducido en el campamento de Cempoala con el tesoro de Axayácatl, y los buenos servicios de Duero para librarle de las garras de aquél.

—¿Y os sentís con ánimo de volver a Cempoala? —preguntó Cortés al fraile después de concluida su narración.

—Si vuestra merced lo cree necesario...

—Lo creo al menos conveniente —repuso Hernán Cortés—. Iréis con Juan Velázquez de León, que, como pariente inmediato del gobernador de Cuba será recibido con mucha deferencia por Narváez.

Y llamando aparte a Velázquez de León, le dijo:

—Amigo mío: aunque había resuelto ya no entrar en más pláticas con Narváez, quiero todavía intentar por vuestro conducto el último medio de conciliación. Id a Cempoala, decid a Narváez que le renuevo mi promesa de enriquecerle si quiere tomar parte en nuestra empresa, decid lo mismo a todos los capitanes y soldados que lo acompañan y distribuid entre los que os parezca mejor el oro que lleva el padre Olmedo, vuestro compañero de comisión. Llevad sobre vuestro traje todas las cadenas y joyas de oro con que os ha regalado Motecuzoma y haced morir de envidia a todos esos míseros soldados de Narváez.

Velázquez de León y el padre Olmedo partieron a Cempoala.

Entretanto, el pequeño ejército continuó su marcha. Al llegar apenas a los límites de la tierra caliente se les unió otro refuerzo, que no por ser corto carecía de importancia. Era Sandoval con sesenta de los vecinos de Veracruz que venían a correr la suerte de su capitán.

Sandoval traía también noticias muy importantes del campamento enemigo.

Había disfrazado de indios a dos españoles, y éstos se habían introducido en Cempoala vendiendo algunas frutas de la tierra y soltando a la ventura alguna palabra azteca que habían aprendido en Chiahuitztlá. Los de Narváez se habían engañado completamente con el disfraz, y merced a esta circunstancia los dos espías pudieron ver y estudiar detenidamente las posiciones de Narváez.

Hernán Cortés mandó regalar algunos tejuelos de oro a los dos soldados de Sandoval y continuó aproximándose a Cempoala.

Pero todavía tuvo otro encuentro en el camino. Repentinamente se presentaron a sus ojos Velázquez de León y el padre Olmedo, que volvían ya del campamento de Narváez.

—¡Cómo! —exclamó Hernán Cortés al verlos—. ¿Tan pronto habéis ya cumplido con vuestra comisión?

—Oíd y juzgad —repuso Velázquez de León—. Apenas supo Narváez mi llegada a su campamento salió a recibirme alborozado, creyendo que os había defeccionado y que iba a engrosar sus filas. Le desengañé al instante y le di cuenta de mi comisión. Narváez, por toda respuesta, me volvió las espaldas.

—Y ese recibimiento os desagradó, sin duda, y os regresasteis.

—No, capitán —repuso Velázquez—. Tenía que hablar todavía con varios individuos del ejército, según vuestras instrucciones, y con este objeto me quedé.

—¿Y conseguisteis algo?

—Había hablado con muy pocos capitanes cuando recibí un recado de Narváez, que me invitaba a comer a la casa en que estaba alojado.

—¡Hola! Sin duda empezaba a ablandarse.

—Así lo creí al principio. Pero muy pronto me desengañé. Durante la comida, algunos de sus capitanes, que estaban sentados con nosotros a la mesa, profirieron varias palabras contra vos.

—Llamándome probablemente desleal y traidor.

—Yo no pude sufrir con paciencia aquellos discursos y les dije que cualquiera que tuviese de vos la opinión que acababa de manifestarse, se sirviera apartarse de la mesa un poco conmigo para saber mi respuesta.

—¡Valiente amigo! —exclamó Hernán Cortés, estrechando la mano de su interlocutor.

Velázquez de León continuó:

—Entonces se alzó de la mesa un mozo, pariente mío y del gobernador de Cuba, que se llama como éste Diego Velázquez, y me dijo que él se hallaba dispuesto a sostener que el capitán don Fernando Cortés era rebelde y traidor. Díjome además que yo no debía de tener sangre de Velázquez en las venas, puesto que me atrevía a defender a un hombre que se había rebelado contra mi deudo el gobernador de Cuba.

—Supongo que al escuchar estas palabras sacaríais la espada...

—Bien me conocéis, capitán, puesto que adivináis con tanto acierto mis acciones. Saqué en efecto la espada cuando aún no había acabado de hablar el mancebo. Pero Duero y otros amigos nuestros que se hallaban presentes me detuvieron antes que llegase a mi adversario y me hicieron comprender que era una locura batirme en aquel lugar rodeado de enemigos.

—Sobrábales razón —interrumpió Hernán Cortés.

—Señor capitán —repuso Velázquez—, ya sabéis que en circunstancias de esa naturaleza la razón del hombre desaparece. Yo no hubiera envainado la espada si los amigos del joven Velázquez no le hubiesen hecho desaparecer de la sala. Desde ese momento comprendí que yo no valía nada para comisionado y, buscando a mi compañero el padre Olmedo, nos salimos juntos de Cempoala.

—¡Ah! —exclamó Hernán Cortés—. Ya se hace preciso castigar tanta arrogancia.

Y el pequeño ejército volvió a emprender su marcha tantas veces interrumpida. Pero todavía debía ser interrumpida la última vez por nuevos comisionados.

Éstos eran enviados por Narváez, y Hernán Cortés soltó una exclamación de alegría al reconocer entre ellos a su antiguo amigo el secretario Duero.

Corrió a sus brazos, le estrechó con su corazón y le dijo con acento conmovido:

—Querido amigo, no contaba con volver a veros.

—¿Por qué? —preguntó Duero afectando la misma emoción, que el capitán.

—¡Ay amigo mío! —respondió Cortés, desprendiéndose de sus brazos—. Son tan terribles las aventuras en que me he visto envuelto desde que nos separamos...

—Pero habéis salido rico de ellas, a lo que parece —interrumpió el secretario.

Y con una mirada ávida de codicia recorría las cadenas, anillos y demás alhajas de oro que así Hernán Cortés como sus capitanes y soldados llevaban con profusión sobre sus vestidos rotos y cubiertos de polvo. Algunas de aquellas cadenas eran tan largas que daban varias vueltas alrededor del cuello de los que las traían.

Hernán Cortés se sonrió ligeramente, recordando que el antiguo secretario tenía derecho a una parte de aquel oro, puesto que se lo había prometido formalmente si conseguía de Diego Velázquez el nombramiento que consiguió.

—Vos también seréis rico —le dijo—. ¿Creéis que he olvidado la promesa que os hice en Cuba a vos y a Amador de Lares?

—Amador de Lares ha muerto, amigo mío.

—Tanto mejor para vos. La parte del difunto acrecerá la vuestra.

Una sonrisa que parecía de duda contrajo los labios del secretario.

—Estáis haciendo castillos en el aire —dijo a su interlocutor—. ¿Quién os ha dicho que esas riquezas serán vuestras mañana?

—A menos que yo me muera...

—Lo cual no tiene nada de difícil, puesto que tenéis a pocas leguas un ejército dispuesto a daros una batalla.

—¿Y creéis que el señor Narváez me mate? —preguntó con fisga el capitán.

—O que os cargue de cadenas y os; mande preso al gobernador de Cuba.

—¿Pero no tengo entre mis amigos —continuó Hernán Cortés en el mismo tono — a un señor Andrés del Duero que se dignará interceder por mi?

—Burlaos cuanto queráis —repuso un tanto amostazado el secretario. La verdad es que Narváez tiene un ejército cuatro veces mayor que el vuestro y que es muy fácil que os desbarate a la primera embestida.

—Amigo mío, los tlaxcaltecas llegaron a arrojar sobre mí hasta cien mil combatientes y no pudieron desbarata a mis quinientos españoles.

—¡Oh! ¿Queréis comparar a los soldados de Narváez con infelices indios?

Hernán Cortés consideró un instante en silencio a su interlocutor.

—Amigo mío —le dijo—, supongo que no habréis venido aquí a discutir estérilmente el éxito de una batalla entre mis tropas y las de Narváez. Si traéis alguna comisión, exponedla francamente y veamos el partido que puede sacarse de esta entrevista.

El secretario extrajo de su jubón una carta y, presentándosela a Hernán Cortés, le dijo:

—Os traigo esta carta de Pánfilo de Narváez, cuyo contenido sé de memoria. En ella os requiere de nuevo a que reconozcáis su autoridad suprema sobre esta tierra y, en cambio, os ofrece echar un velo sobre lo pasado. Pone sus naves a la disposición de los que quieran regresarse a Cuba y ofrece dejarlos embarcar con todas sus riquezas, sin meterse en averiguaciones.

Hernán Cortés rompió la cubierta de la carta y vio confirmadas en ella las palabras del secretario.

—Amigo mío —le dijo éste—, yo os aconsejo que aceptéis las condiciones de este avenimiento. Es el medio más honroso que tenéis de salir del apuro en que os encontráis, porque os repito que os sería probablemente adverso el resultado de una batalla.

—Decidme —preguntó Hernán Cortés—: ¿Narváez trae algún despacho directo de su majestad para que yo le reconozca como superior? Si lo trae, mucho ha tardado en mostrarlo. Pero que me lo enseñe y yo no tardaré ni un instante en obedecerle.

—Trae sus despachos firmados por Diego Velázquez, que está nombrado por su majestad el rey adelantado de estos países.

—Y yo tengo mis despachos firmados por el Ayuntamiento de la Villa Rica de Veracruz, cuya aprobación se halla pendiente en la corte. Y como no reconozco en esta tierra más autoridad que la de la citada villa, solo cederé mis derechos ante una orden expresa de su majestad.

Ante esta firmeza de carácter empezó a doblegarse la voluntad de Duero. Hernán Cortés le renovó su promesa de hacerle partícipe en las utilidades de la empresa, le regaló algunos objetos de oro, y el secretario volvió a Cempoala más dispuesto en favor de Cortés que del que le había enviado a reducirlo.

Al día siguiente, las tropas de Hernán Cortés se detuvieron a las márgenes de un riachuelo cuyas aguas habían aumentado de tal manera las lluvias que era imposible vadearlo.

El riachuelo distaba una legua del campamento enemigo. Hernán Cortés permitió a sus soldados que se echasen sobre la menuda yerba que alfombraba la ribera, para descansar de las fatigas de la marcha. Él, entretanto, se puso a meditar.

El sol empezaba a ocultarse tras de los bosques del ocaso. El calor del día estaba mitigado por una lluvia ligera que a ratos dejaban caer las nubes que vagaban en el firmamento. Los rudos soldados de Cortés, habituados a los rigores de aquella penosa campaña, apenas si se dignaban sacudir las gotas de agua que humedecían sus rotos vestidos y sus semblantes tostados por el sol.

Muy pronto la noche envolvió entre sus sombras al campamento. La luna se abría paso trabajosamente entre los densos vapores de las nubes y solo alumbraba a intervalos aquel vivac que parecía entregado al reposo, pero que en realidad vigilaba.

Suenan de súbito el pífano y el tambor, tan conocidos en el ejército; los soldados se levantan presurosos, toman sus armas y corren al llamamiento.

Hernán Cortés se halla en pie, rodeado de sus capitanes y guarecido bajo las ramas de un árbol corpulento. Dos hogueras encendidas a corta distancia alumbran su semblante varonil y el de los hombres que le acompañan.

En un instante se halla reunido todo el ejército bajo las ramas de aquel árbol.

Hernán Cortés hace callar entonces el pífano y el tambor, pasea una mirada entre todos los circunstantes, como para asegurarse de que no falta en aquella reunión ninguno de sus compañeros de empresa, y pronuncia las siguientes palabras:

—Señores: Pocas veces, acaso ninguna, desde que desembarcamos en las playas de este hermoso país, nos hemos encontrado en circunstancias tan difíciles como la presente. Por un lado tenemos millares de millares de gentiles que desearían arrojarse sobre nosotros y despedazarnos para librar a su rey cautivo y vengar a sus dioses. Por el otro tenemos un ejército de cristianos, cuatro veces mayor que el nuestro, que amenaza aniquilarnos si no vamos a rendir a sus pies el producto de nuestros afanes. Ahora más que nunca, amigos míos, necesitamos del esfuerzo que hemos desplegado en tantas batallas y de la misericordia divina que nos ha acorrido siempre en nuestras

cuitas.

»¿Quiénes son esos cristianos que vienen a arrebatarnos la gloria de nuestra empresa? Unos enviados de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, el mismo que nos dio poder a nosotros para conquistar y poblar esta Nueva España. Pero me equivoco: nosotros somos algo más que unos comisionados del gobernador de Cuba. Desde que fundamos la Villa Rica de Veracruz nos independimos de su autoridad para el mejor servicio del rey y mayor gloria de dios.

»Vosotros os reunisteis en una comunidad civil, nombrasteis vuestras autoridades y les disteis todos vuestros poderes. Estas autoridades me nombraron a mí capitán general y justicia mayor de la tierra, no porque faltasen entre vosotros caballeros esforzados que pudiesen ejercer este encargo tan bien o mejor que yo, sino en consideración que yo había hecho de mis bienes propios la mitad de los gastos de la expedición. Pero no contentos con esto sometisteis todos vuestros actos a la aprobación de su majestad y enviasteis a la corte unos comisionados que se encargasen de encarecerle vuestros servicios.

»Desde aquel momento ¿qué es para nosotros el gobernador de Cuba? ¡Nada! ¿Qué derecho tiene para arrebatarnos la gloria y las utilidades de nuestra empresa? ¡Ninguno! Nosotros dependemos directamente de su majestad, que tiene ya noticias de nosotros y sabe cuánto nos afanamos por servirle. Si su majestad creyera que somos rebeldes y traidores, como tiene la osadía de apellidarnos Velázquez, ¿por qué no manda castigarnos?; ¿por qué no me destituye?; ¿por qué Narváez, en lugar de órdenes de Velázquez, no trae despachos firmados por el rey?

»Amigos y compañeros: nunca como en esta ocasión, repito, se necesita de vuestro valor. Vencer o morir: tal debe ser nuestra divisa en el encuentro que vamos a tener con nuestros enemigos. ¿Sabéis cuál sería nuestra suerte si fuésemos vencidos? Narváez nos cargaría de cadenas como a grandes criminales y nos llevaría en triunfo a Cuba. El gobernador haría levantar en la plaza pública una horca y nos colgaría a todos para escarmiento de rebeldes y traidores.

»Pero esto no sucederá nunca. Nosotros debemos vencer. La justicia está de nuestra parte, y Dios protege nuestra causa. Vamos a buscar a Narváez y enseñémosle que los soldados que han vencido a los tlaxcaltecas y aprisionado a un rey en medio de su corte valen cada uno por diez de los suyos».

Aquí terminó Cortés su arenga y Velázquez de León le manifestó, en nombre de todo el ejército, que todos sabrían cumplir con su deber.

—Todavía más —añadió el altivo pariente del gobernador de Cuba—. No solamente estamos decididos todos a emplear nuestros mayores esfuerzo para derrotar a Narváez, sino que os prevenimos que si os viésemos flaquear o dar algún nuevo paso para entrar en tratados con nuestros enemigos os daríamos de estocadas en presencia de todo el ejército.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Cortés, quien estrechó a Velázquez entre sus brazos.

Capítulo IX

Continuación del anterior. La batalla

—Y ahora, señores —dijo Hernán Cortés, apartándose a un lado con sus capitanes—, creo que no debemos perder el tiempo y que esta misma noche debe empeñarse la batalla.

Algunos de los capitanes hicieron un movimiento de admiración.

—Señor —dijo uno—, observad que la noche está oscura y lluviosa y que las aguas de este río han crecido de tal manera que no será posible vadearlo.

—Lo mismo que me hacéis observar —repuso Hernán Cortés— me ha decidido precisamente a dar esta noche la batalla. Narváez habrá hecho las mismas observaciones que vos; creará imposible que nos aventuremos en este riachuelo y dormiré a pierna tendida en sus colchones como un reverendo en su celda. Nuestro ataque será, pues, una sorpresa, y en las sorpresas el que ataca tiene todas las posibilidades del triunfo. ¿No lo creéis así, señores? —Todas las cabezas se inclinaron en señal de asentimiento.

El que había hecho la objeción procuró ocultarse entre las sombras.

—Vosotros recordaréis perfectamente —continuó Hernán Cortés— la plaza Mayor de Cempoala, donde Narváez ha situado su campamento. En el centro se eleva el adoratorio principal sobre una altura en forma de pirámide, cuya cima se sube por un gran número de escalones de piedra.

—Me acuerdo como si lo estuviera viendo —interrumpió una voz.

—Sobre esa cima —continuó Cortés— hay una torrecilla o templete, techado de paja, donde los indios ocultaban a sus dioses que nosotros derribamos un día.

—Y en donde después pusimos una imagen de la Virgen María —añadió otra voz.

—Recordaréis también —prosiguió Cortés— que este adoratorio principal se halla entre otros dos templos inferiores al primero.

Todos los circunstantes dieron a entender con sus ademanes que eran exactas las descripciones topográficas del capitán.

—Pues bien —repuso éste—, he aquí cuáles son las posiciones de Narváez tales cuales han sido observadas hoy por una persona digna de crédito. Ha situado su artillería al pie de la colina en que se eleva el templo Mayor.

Destinará probablemente una parte de su caballería a sostener sus cañones, La cima del templo la ocupa él mismo con sus arcabuceros y ballesteros.

—El templo Mayor es entonces su posición principal.

—No por eso se ha olvidado de los dos adoratorios vecinos. Sus capitanes Diego Velázquez y Salvatierra se han fortificado en ellos con el resto del ejército.

—¿Y creéis que guarden estas posiciones hasta esta noche? —preguntó

Velázquez.

—Son las que han ocupado —respondió con seguridad Hernán Cortés después de la excursión que han hecho en la tarde fuera de Cempoala.

—¡Cómo! —exclamó Cristóbal de Olid.

—¿Acaso intentaban atacarnos?

—Probablemente —repuso Cortés—; Pero apenas se habían alejado media legua de su campamento, cuando la lluvia empezó a caer a torrentes y los soldados, sintiéndose mojados, empezaron a murmurar. «Es una locura —decían— arrostrar inútilmente estos torrentes de agua cuando podíamos dormir ahora tranquilamente en nuestro campamento y salir mañana en busca de esos traidores». Narváez escuchó estas quejas y como él también tenía más deseo de dormir que de mojarse, contramarchó de muy buena voluntad a Cempoala.

Hernán Cortés daba estos pormenores con tanta seguridad, que los capitanes se persuadieron de que los sabía por medio de algún espía. Esto no era cierto, sin embargo. Los sabía por un conducto más fidedigno:

Mientras los soldados reposaban a las márgenes del río, un indio le había traído una carta del campamento mismo de Narváez. Esta carta que algunos historiadores atribuyen a Duero, le daba todos los detalles y noticias que acababa de repetir con fidelidad a sus capitanes.

Al cabo de un instante de silencio, Hernán Cortés continuó:

—Conocidas ya las posiciones del enemigo, fácilmente comprenderéis las instrucciones que voy a daros. Vos, señor Gonzalo de Sandoval, que habéis sido honrado en la Villa Rica de Veracruz con el sobrenombre de alguacil mayor, imponeos de esta orden que es de la incumbencia de vuestro empleo.

Y buscando en la oscuridad la mano de Sandoval, colocó un papel aun sus dedos. El alguacil mayor se acercó a la hoguera más próxima, desdobló el papel y leyó:

«Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor de esta Nueva España por su Majestad, yo os mando que prendáis el cuerpo de Pánfilo de Narváez, o si se defendiese, mátele, que así conviene al servicio de Dios y de su Majestad... Dado en este Real del río de las Canoas», etc.

La orden estaba firmada Hernando y refrendada por su secretario, Pedro de Hernández.

Gonzalo de Sandoval se guardó el papel en el pecho, y volviendo a incorporarse al grupo que formaban los capitanes alrededor de Cortés:

—Cumpliré con vuestra orden —dijo a este último— o moriré en la demanda.

—Creo que sesenta hombres os bastarán para eso —le dijo el general—. Pero como la empresa es arriesgada os permito que los elijáis a vuestra satisfacción.

—No haré a nuestros compañeros la injuria de creer a unos inferiores a otros —repuso con delicadeza Sandoval—. Tomaré, capitán, los que me deis.

—Sois el espejo de los caballeros —replicó Hernán Cortés—. Los señores Alonso de Ávila y Diego de Ordaz participarán con vos de las glorias de ese peligro.

Ávila y Ordaz se inclinaron con orgullosa satisfacción ante el general.

—Vos, señor Velázquez de León —continuó Hernán Cortés—, os dirigiréis con cuarenta hombres al adoratorio que ocupa vuestro pariente Diego Velázquez y le prenderéis en nombre del rey.

—Que me place, señor capitán —repuso con alegría Velázquez de León—. Supongo que el mancebo se defenderá, y esto me vengará de sus baladronadas.

—Pero aguardad —interrumpió Cortés—. Vos no os dirigiréis desde luego a las posiciones de vuestro pariente. Concurriréis primero al asalto del adoratorio principal, que comenzaremos por quitar su artillería al enemigo. Vos, señor Cristóbal de Olid, estáis encargado de mandar ese peligroso ataque, de que depende principalmente el éxito de la batalla. Tomaréis todas las fuerzas, excepto los sesenta hombres de Sandoval y veinte que yo me reservo para acudir a donde sea más necesario.

Cristóbal de Olid se inclinó ante el capitán.

—Cuando hayáis tomado la artillería —continuó Cortés— ayudaréis a Sandoval, que tiene que escalar la cima del templo para prender a Narváez.

Cristóbal de Olid volvió a inclinarse en la oscuridad.

—Y ahora, señores —concluyó el capitán—, encomendemos a Dios nuestras almas y marchemos.

Dada esta orden y comunicado a los capitanes el santo de aquella noche, que era Espíritu Santo por ser víspera de Pentecostés, los soldados empezaron a vadear el río en silencio.

El pífano y el tambor estaban mudos por orden expresa del general. Esta precaución daba una probabilidad más en favor de la sorpresa que se intentaba.

El ejército estaba armado de unas grandes lanzas que Hernán Cortés había mandado construir anticipadamente en un pueblo que acababa de reconocer el señorío de Castilla y que se llamaba Chinantla. Los chinantecas se habían esmerado en la construcción de aquellas lanzas, y los soldados de Cortés, que se habían ensayado en su manejo, fiaban en ellas la mitad del éxito del combate.

Pero no solamente debían servirles para la batalla. Los soldados se resbalaban al poner el pie en las piedras lisas que formaban el lecho del río. Entonces hincaban en el fondo sus largas lanzas chinantecas y, apoyados en ellas y guardando el equilibrio entre las sombras de la noche, lograban pasar a la orilla opuesta.

Era tal, sin embargo, la abundancia de las aguas, que dos soldados fueron arrebatados por la impetuosidad de la corriente.

Cuando todo el ejército hubo vadeado el río, la luna apareció tras un es peso nubarrón que la había ocultado hasta entonces y alumbró el terreno con su plateada claridad. Los soldados miraron en derredor de sí.

De súbito una exclamación de alegría salió de los labios de todos, Acababan de descubrir en un claro del bosque una cruz rústica de madera que ellos mismos habían plantado allí después de la destrucción de los ídolos de Cempoala.

—Amigos míos —dijo Hernán Cortés—, el cielo sin duda protege nuestra empresa puesto que hace salir a nuestro encuentro el signo santo de la redención.

Y corriendo donde estaba la cruz se postró de hinojos ante su base de piedra; todos los soldados se creyeron obligados a imitarle y se arrodillaron también.

Por un instante la luna no alumbró más que una confusa multitud de cabezas abatidas ante aquella insignia santa elevada en medio de la soledad. Sobre esas cabezas se destacaban las largas lanzas chinantecas, en cuyas brillantes cuchillas se quebraban los rayos del astro de la noche.

Repentinamente se alzó de entre la multitud el padre Olmedo, capellán del ejército, y con voz robusta y sonora comenzó a recitar una oración que todos los circunstantes repitieron en coro. Entonces el sacerdote levantó el brazo y bendijo al ejército, invocando el santo nombre de Dios.

Al ver a aquellos hombres arrodillados ante dos toscos pedazos de atados con mimbres, al ver a aquel sacerdote de venerable aspecto, cuya espaciosa frente iluminaba la luna, un espectador cualquiera se hubiera creído transportado a los primitivos tiempos de la Iglesia en que los monasterios se elevaban en medio de los páramos.

Y, sin embargo, aquellos hombres que oraban así, aquellos hombres que eran a absueltos por un sacerdote cristiano, habían saqueado pocos meses antes los tesoros de Motecuzoma, habían violado a las vírgenes del Anáhuac y habían manchado sus manos con la sangre de las víctimas indefensas en Cholula.

Los soldados se levantaron confiados en que Dios los ayudaría contra Narváez merced a aquella breve oración. Los pocos jinetes que iban en el ejército ataron sus caballos a los árboles del bosque, dejaron todos los trenes pesados que conducían y continuaron su marcha.

De súbito, los soldados que caminaban a la vanguardia oyeron delante de sí la carrera de un hombre. Comprendieron que podía ser un centinela avanzado de Narváez, y dos soldados se precipitaron tras él.

Algunos instantes después otra sombra se deslizó entre los árboles y emprendió también la carrera en la misma dirección. El jefe de la vanguardia destacó otros dos hombres en su seguimiento.

Los soldados de Narváez corrían como liebres perseguidas en una cacería.

Los de Cortés devoraban el espacio.

Repentinamente resonó el bosque con una doble exclamación de triunfo. Uno de los perseguidos había sido alcanzado.

El otro seguía huyendo hacia el campamento de Narváez y apenas se percibían ya sus pisadas y las de los soldados que corrían tras él.

El aprehendido fue conducido a presencia de Hernán Cortés.

—¡Ah! —exclamó el general—. Ahora vamos a confirmar nuestras noticias sobre las posiciones del enemigo. ¡Ea —añadió dirigiéndose al soldado de Narváez—, desembuchad todo lo que sepáis! Pero cuidado con engañarme, porque os haré

ahorcar en las ramas del primer árbol que encontremos en el camino.

El soldado se despojó de la gorra que llevaba en la cabeza y dijo:

—Señor capitán: ya que queréis que os diga la verdad, os aconsejo que no vayáis a Cempoala, porque es segura vuestra derrota.

—Yo no os pido consejos —repuso Cortés con altanería—. Lo que deseo saber, lo que os pregunto, es que me digáis lo que en este instante se hace en el campamento de Narváez.

—Lo que es en este instante —respondió con sangre fría el soldado—, mi compañero, que no ha podido ser alcanzado por los vuestros, habrá dado ya la alarma en Cempoala y el señor Narváez estará dando sus órdenes para recibirlos.

Hernán Cortés se mordió los labios en la oscuridad y continuó:

¿Qué ha hecho Narváez de su caballería?

—Señor capitán —respondió con modesta dignidad el soldado—, es inútil que continuéis vuestras preguntas. Yo no he de vender a mis compañeros.

—¡Miserable! —exclamó, irritado el capitán—. Voy a dejarte colgado en este lugar.

Y le señaló un árbol cuyas ramas se extendían sobre el mismo camino que seguía el ejército.

Como este interrogatorio se hacía sin dejar de andar hacia el campamento de Narváez, el soldado se detuvo repentinamente y se paró bajo las ramas del árbol.

—Estoy pronto a morir —dijo con firmeza.

Esta entereza espartana desarmó a Cortés. Descolgó de su cuello una cadena de oro y, poniéndola en manos del soldado, le dijo con dulzura:

—¡Eres un valiente! Ve a incorporarte a la retaguardia y cuidado con intentar huir, porque entonces mis soldados te ensartarían en la punta de sus lanzas.

El soldado tomó la cadena, la ocultó en su jubón y desapareció en la oscuridad.

Algunos instantes después regresaron los otros dos hombres que habían perseguido al segundo centinela. Habían llegado hasta las primeras casas de Cempoala sin lograr dar alcance al perseguido. Éste había entrado dando voces en la ciudad de que se acercaba el enemigo.

Esta circunstancia hizo a Hernán Cortés redoblar su marcha, temeroso de que se malograra su sorpresa.

Pero cuál no sería su admiración cuando, al llegar a los suburbios de Cempoala, encontró a la ciudad sumergida en el más profundo silencio.

Narváez había llamado visionario al centinela y había continuado durmiendo.

Hernán Cortés recomendó más que nunca prudencia a sus soldados, y el pequeño ejército se aventuró con cautela en las calles de la dormida ciudad.

Pero sus precauciones no tuvieron entonces el mejor éxito, porque repentinamente se dejaron oír voces de alarma en el campamento enemigo y el sonido de los tambores y de los clarines que interrumpían el silencio de la noche.

—Apretad el paso ahora —dijo Hernán Cortés a sus soldados sin desconcertarse.

Y llamando a su lado a Sandoval le hizo notar una luz que brillaba a poca distancia en la oscuridad de la noche.

—Esa luz —le dijo— está en el adoratorio principal, en el alojamiento de Narváez sin duda. ¡No la perdáis de vista!

En aquel momento desembocaron los invasores en la calle principal, que conducía en línea recta al campamento de Narváez.

La falda del templo Mayor se iluminó repentinamente, y varias detonaciones de artillería hicieron temblar en sus bases los endebles edificios de la ciudad.

Las balas de los cañones pasaron silbando formidablemente sobre las cabezas de los soldados de Cortés. Tres de ellos cayeron, sin embargo, en medio de la calle, espantosamente mutilados por el bárbaro proyectil.

Los soldados se arrimaron entonces a las dos aceras de la calle y continuaron avanzando en silencio hacia el adoratorio principal, protegidos por la oscuridad.

Los de Narváez continuaron sus fuegos; pero no habiendo advertido la estrategia de sus enemigos, no les hacían daño alguno con sus proyectiles.

Cortés caminaba tras del último soldado calculando con la vista la distancia.

Repentinamente lanzó el grito convenido de antemano.

—¡Espíritu Santo y a ellos! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Los soldados rompieran violentamente sus filas, en un instante devoraron el espacio que los separaba del templo Mayor y cayeron como un torrente impetuoso sobre los aturdidos artilleros de Narváez.

Revolviéronse amigos y enemigos en una espantosa confusión. Los artilleros pugnaban todavía por dar fuego a sus cañones con las mechas encendidas que agitaban en sus manos; pero se lo impedían las largas lanzas de sus adversarios, que amenazaban su pecho cuando intentaban acercarse a la batería.

Sandoval aprovechó esta confusión para lanzarse con sus sesenta soldados a las escaleras del templo. Los soldados que defendían la cima a las órdenes inmediatas de Narváez empezaron a arrojar sobre los asaltantes un diluvio de balas y de ballestas.

El animoso Sandoval y sus bravos compañeros se cubrían con sus rotos escudos y avanzaban impertérritos bajo los proyectiles del enemigo.

Ninguno de los soldados de Cortés estaba ocioso. El general mismo y sus veinte hombres la habían emprendido con la caballería y la habían dispersado al instante.

Faltando a la artillería este apoyo, los artilleros abandonaron sus cañones y buscaron su salvación en la fuga. Pero entonces los soldados de Narváez, que dominaban esta posición desde la cima del adoratorio, empezaron a arrojar una lluvia de proyectiles contra los de Cortés, que ya intentaban volver la artillería contra sus enemigos.

Entretanto, el valiente Sandoval continuaba su peligrosa ascensión.

Ya había sido rechazado una vez al poner el pie en la plataforma.

Empezaba ya a bajar las escaleras, pero sin volver las espaldas al enemigo, cuando vino a su socorro una parte del victorioso escuadrón de Olid. Hizo entonces

un esfuerzo supremo y no tardó en llegar con todos los suyos a la plataforma.

Allí se trabó un nuevo y sangriento combate. Narváez animaba a sus soldados con la palabra y con el ejemplo y acudía a los lugares de mayor peligro.

Pero las largas lanzas chinantecas daban una superioridad incalculable a los soldados de Cortés. Los de Narváez ya no se atrevían a hacer uso de las armas de fuego, porque amigos y enemigos se hallaban revueltos en espantosa confusión.

Entre el rumor de la batalla se alzó repentinamente una voz muy conocida de todos los combatientes.

—¡Santa María! —gritaba—. ¡Socórreme..., me han muerto!

Era la voz de Narváez, quien, amén de otras heridas, acababa de recibir un lanzazo en el ojo izquierdo que le había derribado por tierra.

Un grito unánime se alzó entonces entre los soldados de Cortés.

—¡Victoria! —decían—. ¡Victoria por los del Espíritu Santo!

Los de Narváez levantaron a su herido general y lo metieron al santuario, que, como recordará el lector, estaba techado de paja. Colocáronse entonces en la puerta decididos a defender hasta el último extremo y comenzó de nuevo el combate.

Un soldado de Cortés llamado Martín López se desprendió repentinamente de sus compañeros, se acercó a la hoguera que ardía en la plataforma, tomó un tizón y pegó fuego al techo del santuario.

Sus defensores lanzaron gritos de maldición y salieron en desorden de su recinto.

Entonces un soldado llamado Farfán se lanzó sobre Narváez, que apenas podía moverse, y, ayudado de otros compañeros suyos que sobrevinieron inmediatamente, le aprehendieron y cargaron inmediatamente de cadenas.

La prisión de Narváez hizo cesar desde luego el combate. Sus soldados se precipitaron por las escaleras del templo sin escuchar las voces de los de Cortés, que les prometían a gritos el perdón.

Los defensores de los dos adoratorios inmediatos apenas osaron defenderse. Cuando vieron abocada contra ellos su propia artillería y supieron la suerte de su general, se rindieron a discreción. Todos fueron perdonados generosamente, a excepción de Diego Velázquez y Salvatierra, que fueron cargados de cadenas, como su comandante.

Hernán Cortés entró en la habitación de Narváez a descansar de las fatigas de la batalla, encontró al vencido general en manos de un cirujano que estaba reconociendo sus heridas.

El desgraciado miró a su vencedor con el único ojo que le quedaba sano, y le dijo:

—Mucho tenéis que agradecer al cielo la victoria que acabáis de conseguir. Y sobre todo —añadió con un ahogado suspiro— el haber aprehendido mi persona.

—Mucho tengo que agradecerle, en efecto —respondió el soberbio vencedor—, pero os aseguro que la menor hazaña que he hecho en este país es haber aprehendido vuestra persona.

Hernán Cortés destinó el resto de la noche a recibir a los oficiales de Narváez,

que venían a presentarle sus respetos, y a atraerse a los soldados vencidos que andaban fugitivos por la ciudad.

Cuando brilló la luz del día siguiente, todos sus enemigos de ayer le habían reconocido ya como a su general y le habían prometido seguir su suerte.

¡Un golpe de la fortuna había triplicado inesperadamente sus fuerzas! Pero cuando el ejercito se hallaba más ufano con su triunfo he aquí que se recibe una carta de Alvarado que nubla la frente del general y apaga en los labios de los soldados el cántico de la victoria.

Capítulo X

Tonátiuh

Veamos ahora lo que había sucedido en Tenochtitlan mientras Cortés derrotaba a Narváez en Cempoala.

Pero antes tenemos que cumplir la palabra que varias veces hemos empeñado a nuestros lectores de describirles el templo Mayor de la ciudad, dedicado al dios de la guerra.

Este soberbio edificio se levantaba en el centro de la gran capital del Anáhuac y ocupaba el espacio que hoy ocupa la catedral, parte de la plaza Mayor y parte de las calles y edificios que se ven ahora a espaldas del templo cristiano.

El *Teocalli* propiamente dicho se hallaba encerrado dentro de un muro de piedra y cal bastante grueso, de ocho pies de altura y coronado de almenas o merlones en toda su longitud. La parte exterior se hallaba adornada con inmensas serpientes realzadas, ese emblema sagrado que se empleaba con tanta frecuencia en la escultura azteca. El muro tenía la forma de un cuadro: cada lado tenía ochenta y seis toesas de longitud y en el centro de cada uno se elevaba una enorme puerta coronada de una especie de arsenal, donde se guardaban toda clase de armas para la defensa de la ciudad. Estas cuatro puertas, que miraban a los cuatro puntos cardinales, estaban enfiladas con las principales calles de la ciudad. La puerta del oriente conducía por un camino recto al lago de Texcoco y las otras tres a las magníficas calzadas de Ixtapalapan, Tacuba o Tlacopan y Tepeyacac.

En el centro de este cuadro se levantaba una enorme construcción piramidal de tierra maciza, revestida exteriormente de piedras labradas. Componíase de cinco cuerpos, de los cuales el primero era mayor que el segundo, el segundo que el tercero y así sucesivamente hasta el quinto, menor que todos los anteriores. Esta forma de construcción dejaba en la parte superior de cada cuerpo, menos en el último, un espacio o corredor abierto por el cual podían andar de frente cuatro personas unidas.

En el ángulo del mediodía estaba practicada una escalera de piedra que conducía hasta la cima y compuesta de ciento catorce escalones, cada uno de la altura de un pie. Como esta escalera ocupaba el espacio excedente de un tramo a otro, no era continuada, sino que se componía de tantas partes o trozos cuantos eran los cuerpos del edificio. Subido el primer trozo o tramo, había quedar una vuelta entera por el corredor de que hemos hablado y alrededor de la base del segundo cuerpo para encontrar el otro tramo que conducía a la parir superior de éste. Lo mismo sucedía para subir a los demás, de manera que para llegar al último, sea al atrio superior del templo, había que dar vuelta cuatro veces al edificio.

Este atrio superior era una plataforma toda enlosada de piedras lisas y tan vasta

como propia para contener a la larga jerarquía de sacerdotes que asistían a las ceremonias religiosas. Sobre esta plataforma se levantaba la gran piedra de los sacrificios, cuya cara superior era convexa para facilitar al sumo sacerdote la diabólica tarea de abrir el pecho a la víctima y arrancarle el corazón.

En la extremidad oriental se levantaban dos torres, compuesta cada una de tres cuerpos, de lo cuales el primero era de piedra y cal y los dos últimos de madera preciosamente labrada. Una de las torres era el santuario de Tezcatlipoca y otra el de Huitzilopochtli y demás dioses de la guerra. El primer cuerpo era propiamente el santuario, donde se guardaban los dioses en sus altares. Los otros dos cuerpos estaban destinados a contener los utensilios que servían para el culto.

Tal era el templo Mayor de la gran capital del Anáhuac.

Entre el *teocalli* y el muro exterior se elevaban otros cuarenta santuarios destinados al culto de los demás dioses del imperio. En el mismo espacio se levantaban también las habitaciones de los sacerdotes y los seminarios donde se educaba a los jóvenes de la primera nobleza. En el mismo espacio, por último había una plazuela donde se verificaban los bailes sagrados en las ceremonias que lo requerían.

Rogamos al lector tenga presente esta descripción para lo que hemos de referirle en este capítulo y los siguientes.

Pocos días después de la salida de Hernán Cortés de Tenochtitlan, Motecuzoma mandó llamar a Alvarado, como acostumbraba hacerlo con el general.

El alcaide de aquella fortaleza acudió inmediatamente a la cámara de su real prisionero.

—Tonátiuh^[7] —le dijo el monarca—, mañana es la gran fiesta de Huitzilopochtli, que se acostumbra celebrar en el templo Mayor con toda la pompa del culto de nuestros padres. He querido prevenírtelo para decirte que el gran señor del Anáhuac tiene la obligación de asistir a esta ceremonia solemne.

—Señor —respondió respetuosamente Alvarado, porque Hernán Cortés le había prevenido que tratase con toda deferencia al soberano—; señor, ya sabéis que Malinche me ha dejado órdenes terminantes que no me es permitido quebrantar.

—¿Y qué órdenes son ésas? —se aventuró a preguntar el emperador.

—Una de ellas es que no os permita salir del palacio de Axayácatl.

Motecuzoma se sintió herido en su dignidad real y guardó silencio.

—Por lo demás —continuó Alvarado— yo no me opongo a que se celebre esa fiesta, con la condición de que no se sacrifique en ella ninguna víctima humana.

Motecuzoma no despegó los labios. Alvarado concluyó:

—Mis soldados y yo asistiremos a la fiesta para cerciorarnos de que no se quebrantarán mis prohibiciones.

Inclinó la cabeza ante el soberano y salió de la habitación.

Pero un momento después volvió a presentarse ante Motecuzoma para decirle:

—También es condición indispensable que no lleven armas los que concurran a la

fiesta.

Hizo una nueva inclinación y desapareció.

Al día siguiente el atrio inferior del templo se hallaba inundado de una concurrencia no muy numerosa, ya sea porque en aquella fiesta tomaban más bien parte los sacerdotes y los nobles que el pueblo, o a causa de que la asistencia de los extranjeros la hacia poco simpática o sospechosa a los habitantes de Tenochtitlan.

A pesar de esta circunstancia, había mucho que admirar en el atrio del templo.

Los nobles estaban lujosamente vestidos. Se habían ataviado con sus mejores galas para honrar al dios de la guerra y, aparte de sus hermosas capas bordadas de plumas y de pelo de conejo, eran de admirar los brazaletes, los pendientes y los collares de oro que adornaban sus brazos, sus orejas y sus piernas. Brillaban también algunas piedras preciosas y partículas de oro en los bordados de su capa, en las extremidades de su ceñidor y en los cordones que sujetaban sus sandalias.

Cada uno de aquellos nobles valía un tesoro.

Había también algunos hombres del pueblo y varios hidalgos que, aunque no ostentaban todo el lujo de los nobles, no dejaban de llevar por eso algunas alhajas de oro y plata en que consistía acaso toda su riqueza.

Solo los sacerdotes no llevaban ningún adorno, porque la austeridad de sus costumbres les impedía gastarlos.

Prohibidos los sacrificios humanos por los españoles, la parte principal de la fiesta la constituía el baile sagrado. Pero como los extranjeros no se habían presentado aún en el templo, los sacerdotes no habían querido comenzar por deferencia a aquéllos.

En el centro del atrio estaba ya colocada la música. Consistía ésta en un *huéhuetl* y en un *teponaztli*. Era el primero una especie de tambor curiosamente labrado y pintado, cuya parte superior estaba cubierta de una piel de ciervo curtida que se sujetaba por unas cuerdas al cilindro de madera o cuerpo principal del tambor. Un hombre que tenía delante de sí este instrumento se ocupaba en templanarlo, tocando pausadamente la piel con los dedos de la mano izquierda y apretando o aflojando las cuerdas con la derecha.

El *teponaztli* era un trozo de madera también cilíndrico y hueco, pero sin piel en las extremidades. Tenía en el centro dos aberturas paralelas en forma de rayas y poco distantes la una de la otra. Otro hombre, que se hallaba de cuclillas junto a este segundo instrumento, golpeaba suavemente en el espacio que mediaba entre las dos aberturas con unos palillos cubiertos de resina en sus extremidades.

Repentinamente se observó un movimiento general en la concurrencia.

Era que los españoles acababan de entrar al recinto sagrado. Venían armados como para asistir a un combate. Pero esta circunstancia no llamó la atención a los mexicanos, porque jamás habían visto un extranjero sin armas.

Alvarado empezó por colocar algunos soldados a las cuatro puertas del muro que rodeaba al atrio y luego fue a ocupar, con los que le quedaban, el lugar que le

designaron los sacerdotes. Este otro incidente si llamó la atención de algunos aztecas; pero, preocupados con su fiesta, no tardaron en olvidarlo.

Un instante después de la llegada de Alvarado, los sacerdotes dieron la señal para que comenzase la solemnidad.

Los nobles más ancianos y los sacerdotes se agolparon entonces al centro del atrio y formaron un triple círculo alrededor de los músicos. Los demás nobles se acercaron en seguida y formaron otro círculo triple, pero más extenso alrededor del primero. Los hombres del pueblo y los jóvenes se aproximaron luego y formaron un tercer círculo de la misma naturaleza alrededor del segundo.

El *huéhuetl* y el *teponaztli* hicieron oír entonces sus poco armoniosas vibraciones, y todos los danzantes empezaron a girar bailando alrededor de los músicos.

Este baile se verificaba con tal arte, que a pesar de que los plebeyos tenían que girar en un círculo mucho más extenso que los sacerdotes, no se apartaban nunca de las líneas rectas o radios que formaban entre si los danzantes.

Los españoles hubieran admirado la profunda destreza con que se ejecutaba este baile si se lo hubiesen permitido los perversos designios que en aquel momento se agitaban en su imaginación. A la vista del oro y piedras preciosas de que estaban adornados los danzantes, sus ojos se sentían deslumbrados y la sed del pillaje empezaba devorar interiormente sus corazones.

—¿Sabéis —decía uno de los soldados a Pedro de Alvarado— que cada uno de esos idólatras trae sobre su cuerpo, una verdadera mina de oro?

—La verdad es —respondió el capitán siguiendo con ojos codiciosos a un noble que en aquel momento se agitaba delante de él con las convulsiones de aquella danza salvaje—, la verdad es que con solo el oro que hay entre estos danzantes tendríamos cada uno de nosotros para hacernos ricos por toda nuestra vida.

Un relámpago de codicia brilló en los ojos de todos los españoles que rodeaban a Alvarado.

—¡Bah! —exclamó uno—. ¡Y nos sería tan fácil hacernos de todas esas riquezas!

—¿De qué modo? —preguntó una voz.

—Nosotros estamos armados; ellos, no... Nuestros soldados guardan las puertas y..., y no se nos escaparía uno solo.

Un estremecimiento general recorrió todo el círculo de los españoles.

—Pero —objetó el menos cruel de aquellos tigres feroces— los gritos que arrojen esos desdichados cuando nos abalancemos sobre ellos van a sublevar a todos los indios de la ciudad contra nosotros.

—O correrán a esconderse en sus montañas por el miedo que les infunda nuestro arrojito. ¿No recordáis cómo se dejaron matar los de Cholula?

—Señores —volvió a objetar el que había recibido esta respuesta—, el capitán don Fernando Cortés nos reconvendrá por esta matanza.

—Nosotros le diremos que recordamos la de Cholula y quisimos imitar su ejemplo.

—¡Oh! en Cholula se había descubierto una conspiración...

—¿Y quién nos impide decir que aquí hemos descubierto otra?

—Sería necesario probarla.

—La probaremos cuando el capitán nos pruebe la de Cholula.

El humano soldado no supo que contestar a esta réplica y guardó silencio.

Otro soldado se separó entonces del grupo que rodeaba a Alvarado y fue a dar algunas órdenes a los centinelas que guardaban las puertas.

Entretanto, los mexicanos continuaban su baile. Gruesas gotas de sudor caían ya de su frente a causa de la agitación, pero no por eso habían perdido un solo instante la línea que debían seguir en la danza ni habían dejado de agitar en su mano derecha el *ayacaxtli* al compás de la música.

Repentinamente se oyó la voz de Alvarado que daba el grito de guerra de los españoles:

—¡Santiago y a ellos!

El miserable invocaba al santo patrón de las Españas para un asesinato.

Sus soldados desnudaron entonces sus aceros y cayeron sobre los danzantes indefensos.

El *huéhuetl* y el *teponaztli* dejaron de sonar al instante y solo se escucharon ya los agudos gritos de los indios, que pedían misericordia o demandaban venganza.

Las primeras víctimas cayeron bañadas en su sangre en el lugar mismo donde se verificaba la danza *sagrada*. ¡Tan *inesperado* y brusco fue el ataque de los españoles!

Los que no habían sido heridos a la primera embestida se dieron a correr por todo el atrio, lanzando gritos de espanto.

Los asesinos se precipitaron en pos suya y los derribaron en la carrera con las cuchillas de sus lanzas. Una vez en tierra los concluían con sus espadas o sus puñales y se lanzaban sobre nuevas víctimas.

Algunos indios corrían a las puertas en demanda de salvación. Pero allí los recibieron las largas picas de los centinelas, y los fugitivos retrocedieron llenos de espanto.

Otros se arrojaban al muro del atrio, intentando escalarlo. Pero como éste tenía ocho pies de altura, según hemos dicho, los desgraciados no conseguían su objeto y volvían a caer al interior del atrio, de donde no se levantaban jamás.

No quedó con vida uno solo de los aztecas que se hallaban en el atrio. La sangre corría como si hubiera llovido, según la expresión de un historiador.

Las losas del pavimento se hallaban regadas de miembros palpitantes que solo parecían conservar un resto de vida para pedir venganza.

Los asesinos se arrojaron, ávidos de codicia, sobre aquellos despojos sangrientos y empezaron a arrancar todo el oro y joyas que brillaba entre la sangre.

Cuando se hubieron persuadido de que no quedaba ninguna partícula de oro entre los restos de sus víctimas, se retiraron de aquel lugar de desolación y entraron triunfantes en sus cuarteles.

Pero muy pronto empezó el cielo a tomar venganza de aquellos horribles asesinatos.

Apenas se habían retirado los españoles del atrio cuando los mexicanos, que sin duda habían escuchado los aullidos de las víctimas, inundaron en tropel el lugar de la catástrofe. Un grito unánime se escapó de sus labios y se desparramaron por las calles y plazas contando a sus compatriotas el sangriento suceso y convocándolos para vengar aquel atentado.

No hubo un solo mexicano que se negase a tomar las armas, y pocos instantes después el palacio de Axayácatl se hallaba cercado de una inmensa muchedumbre que arrojaba piedras y flechas a los asesinos.

Los españoles temblaron al ver la actitud de aquel pueblo guerrero que acudía a vengar a sus compatriotas.

Pero sacaron fuerza de su propia cobardía y acudieron a sus muros. Verdad era que comprendían que si no luchaban, su muerte era inevitable.

Cortés había dejado en Tenochtitlan toda su artillería y a ella acudieron los españoles como el medio más eficaz de defensa.

Cada tiro de cañón abría una brecha espantosa entre la compacta masa de aztecas que cercaban el palacio. Pero los que estaban más próximos hacían desaparecer instantáneamente los cadáveres y nuevos enjambres de indios se colocaban en lugar de los muertos.

Y, lanzando gritos de venganza, levantaban sus arcos y arrojaban diluvios de flechas sobre los sitiados.

Los españoles y los aliados se multiplicaban para acudir a todos los puntos atacados. Siete de los primeros y un centenar de los últimos habían quedado convertidos en cadáveres. El número de los heridos era incontable.

Repentinamente advirtieron los españoles que los mexicanos habían empezado a demoler un lienzo del muro que les servía de defensa.

Los más animosos se sintieron desfallecer porque comprendieron que, una vez revueltos con sus enemigos dentro del recinto del palacio, no quedaría uno solo con vida.

Abocaron los cañones contra los que demolían el muro y comenzaron a vomitar fuego sobre ellos. Pero los valientes aztecas se arrojaban sobre los cadáveres mutilados por las falconetes y continuaban la terrible obra de la demolición.

Alvarado reunió principalmente a algunos de sus capitanes en la azotea, en donde se había constituido para dirigir las operaciones. Enseñó a sus compañeros el muro que empezaba a caer a trozos y la furiosa muchedumbre que hervía a sus pies, y les dijo:

—Dentro de un cuarto de hora esa pared habrá caído del todo y cada uno de nosotros tendrá sobre si un centenar de enemigos. ¿Qué hacemos?

—¡Huyamos! —dijo una voz.

—¡Huir! —exclamó Alvarado con irritante ironía—. Si no hemos podido

defendernos entre nuestros muros, ¿cómo podremos defendernos sin ellos? A buen seguro que no podríamos salir ni de la plaza principal.

—Muramos aquí entonces —dijo otra voz con esa resignación sombría que de la desesperación.

—Me ocurre una idea —dijo el tercero—. Esa estúpida muchedumbre no sabe respetar más que a sus ídolos y a su rey. Saquemos a Motecuzoma sobre esta azotea: desde aquí puede ser visto y oído por esos paganos; hagámosle que les diga algunas palabras y acaso logremos calmar el tumulto.

—Acepto desde luego ese pensamiento —dijo Alvarado.

Y seguido de dos españoles a quienes designó con el dedo, bajó inmediatamente a la cámara de Motecuzoma.

—Señor —dijo al emperador—, todo vuestro pueblo rodea en este momento nuestros cuarteles. Nosotros podíamos dispersarlo a cañonazos, porque sabéis cuán terribles son nuestras armas. Pero no queriendo derramar inútilmente la sangre de vuestros vasallos, deseamos antes apelar a otro recurso. ¿Queréis mostraros a la multitud y ordenarle que desista de su ataque?

El débil monarca no opuso ninguna resistencia. Fingió creer todo lo que le decía Alvarado y se dejó conducir a la azotea entre varios españoles.

La supersticiosa muchedumbre, al ver al monarca, suspendió sus hostilidades y guardó un profundo silencio. Algunos de aquellos feroces guerreros arrojaron sus armas lejos de sí y se prosternaron de rodillas.

Motecuzoma pronunció una larga arenga, que ninguno de los españoles que le rodeaban pudo comprender. El paje Orteguilla, que les servía de intérprete, no había osado subir con ellos a la azotea.

La muchedumbre escuchó con respeto al soberano y no tardó en disolverse.

Los españoles, rendidos de fatiga, pudieron dormir tranquilamente aquella noche. Su real prisionero los había salvado por un momento.

Y decimos por un momento porque al día siguiente amaneció el palacio de Axayácatl rodeado todo de fortificaciones. Los aztecas velaban armados tras ellas y parecían muy dispuestos a defenderlas.

Pero no se limitaron a esto sus precauciones. Mandaron cerrar el mercado de Tlatelolco a fin de que Alvarado, caso de que lograra burlar la vigilancia, no pudiese proveerse de víveres. Pero Alvarado no lo intentó por entonces, porque se hallaba todavía abundante de provisiones.

Solo una vez lograron engañar a los sitiadores dos tlaxcaltecas que Alvarado envió a Cortés. Éstos eran los mensajeros de la carta que hemos visto recibir al general en Cempoala después de su triunfo sobre Narváez.

Capítulo XI

Una voz desconocida y una mano invisible

Desde que Hernán Cortés tuvo noticias de la difícil situación en que se hallaba Alvarado, emprendió su marcha grandes jornadas hacia Tenochtitlan.

Su triunfo sobre Narváez había aumentado de una manera considerable su ejército. En Tlaxcala pasó revista a sus tropas y se encontró con noventa y seis jinetes y mil trescientos peones españoles. Con esta fuerza y con dos mil tlaxcaltecas que le dio la república hizo su entrada en México a 21 de junio de 1520.

Los mexicanos, sea por lo numeroso de su ejército o por cualquiera otra razón que no ha podido penetrar la historia, no opusieron a su entrada ninguna resistencia.

Pero esta tranquilidad aparente era semejante a la calma que en el océano precede a la tempestad.

Las calles se hallaban desiertas, la ciudad estaba envuelta en un silencio sepulcral y, en lugar de la muchedumbre opusieron a su entrada ninguna resistencia.

Pero esta tranquilidad aparente era semejante a la calma que en el océano precede a la tempestad.

Las calles se hallaban desiertas, la ciudad estaba envuelta en un silencio sepulcral y, en lugar de la muchedumbre, que otras veces había acompañado a los extranjeros, solo se veían de trecho en trecho algunos aztecas armados que huían a la aproximación del ejército. Preocupado Hernán Cortés con este indicio siniestro entró con torvo semblante en el palacio de Axayácatl a la cabeza de sus tropas.

Moteczuma, que por miedo a sus vasallos no había salido a recibirle hasta Xóloc, le aguardaba en el patio del palacio. El desgraciado monarca pronunció algunas palabras para felicitarle por su triunfo sobre Narváez. Pero el orgulloso español pasó delante del soberano sin dignarse arrojar sobre él una mirada siquiera.

Moteczuma se retiró a sus aposentos penetrado del más vivo dolor.

Hernán Cortés buscó con los ojos a Alvarado entre la muchedumbre de españoles que habían salido a recibirle, como a su salvador, hasta las puertas del palacio.

El futuro conquistador de Guatemala, avergonzado sin duda con lo mal que había cumplido su encargo, se hallaba medio oculto en un rincón, contemplando el desfile del numeroso ejército que venía a sacarle de sus cuitas.

Pero cuando los ojos del general le encontraron, a pesar de sus precauciones, se adelantó hacia él y, saludándole profundamente, le dijo:

—Os felicito por el brillante triunfo que acabáis de alcanzar.

—Siento en el alma no poder deciros otro tanto —respondió con acento desabrido el general—. ¿Por qué encuentro sobre las armas a la ciudad que os dejé tan tranquila?

Alvarado estaba ya preparado para responder a esta pregunta y habló de una conspiración que había descubierto semejante a la de Cholula.

—¡Ah! —exclamó Hernán Cortés, retirándose—. Estoy seguro de que si hubierais observado al pie de la letra mis instrucciones no se hubiera venido a mezclar esta amargura a nuestros triunfos de Cempoala.

Palideció Alvarado al escuchar esta dura reconvención y se retiró a su aposento a devorar en silencio su cólera.

Pero no tardó en irle a buscar allí el mismo Hernán Cortés y le dirigió algunas palabras de afabilidad para hacerle olvidar las anteriores.

¿Qué derecho tenía para reconvénir al asesino de Tenochtitlan el asesino de Cholula, el verdugo de Cuauhpopoca y de los héroes de Nauhtlan?

¿Obró algo en el ánimo de Hernán Cortés este sentimiento al ir a buscar a Alvarado? Lo ignoramos. Pero lo que principalmente le obligó a dar este paso fue que, siendo Alvarado uno de los mejores oficiales del ejército, le convenía tenerle contento en la crisis que atravesaban ahora los españoles en el Anáhuac.

Con las nuevas fuerzas que trajo Hernán Cortés, el ejército invasor ascendía ya a más de nueve mil hombres: mil quinientos españoles y el resto de aliados.

Los primeros estaban alojados en los varios departamentos del palacio. Para los segundos se habían construido unos cobertizos de paja en el gran patio del cuartel.

Hernán Cortés comprendió que muy pronto iban a faltarle víveres para mantener a tan excesivo número de gentes. Con tal motivo mandó decir a Motecuzoma que hiciese abrir el mercado si no quería morir de hambre él mismo con todos los españoles en el palacio de Axayácatl.

Motecuzoma respondió que para dar aquella orden necesitaba de algunos de los personajes que el general español tenía presos en su cuartel.

Hernán Cortés puso entonces en libertad al príncipe Cuitlahuatzin, hermano de Motecuzoma y señor de Ixtapalapan, como recordará el lector. Creyó que este príncipe tendría bastante autoridad sobre sus compatriotas y que no solo haría abrir el mercado, sino que los persuadiría a que depusiesen las armas.

Pero Cuitlahuatzin, en lugar de servir a los propósitos de Hernán Cortés, luego que se vio en libertad recogió la corona que había dejado escapar de sus sienes el débil Motecuzoma y se puso a la cabeza de sus vasallos para atacar formidablemente a los españoles.

El día en que éstos hicieron su entrada en Tenochtitlan los mexicanos no cometieron ningún acto de hostilidad contra sus cuarteles.

Hernán Cortés se hizo por un momento la ilusión de creer que su sola presencia había bastado para calmar la efervescencia de la ciudad, y en la carta que puso al día siguiente al jefe de la guarnición que había dejado en Veracruz le noticiaba que la paz se había restablecido completamente en Tenochtitlan.

Pero muy poco tiempo le duró esta ilusión.

Medía hora hacía apenas que había partido el mensajero de la carta, cuando

volvió al cuartel herido por una flecha y con el semblante trastornado de espanto.

Hernán Cortés le interrogó con severidad sobre el motivo de aquella vuelta intempestiva.

—Señor —respondió el mensajero, que era un tlaxcalteca—, tus enemigos han levantado los puentes de las calzadas y no he encontrado por dónde salir de la ciudad.

Hernán Cortés palideció ligeramente al escuchar estas palabras y miró con recelo al tlaxcalteca, temeroso de que éste quisiera engañarle.

—Hubieras buscado una barca para salir —le dijo.

—Lo intenté —repuso el tlaxcalteca—, pero no hubo un solo barquero que quisiera pasarme en su canoa. Quise entonces arrojarme al agua, pero los aztecas, que vigilaban el canal y que conocían mis intenciones, dispararon contra mí sus flechas y me causaron la herida que ves.

Al decir esto el tlaxcalteca enseñó la ancha herida abierta en su pecho y que manaba sangre. Hernán Cortés miraba el pecho ensangrentado del mensajero y todavía parecía dudar.

—En las calles —continuó éste— he encontrado muchos mexicanos armados, las azoteas de las casas empezaban a cubrirse de combatientes, y sus instrumentos de guerra resuenan por todos los ámbitos de la ciudad.

—¡A las armas! —gritó en aquel momento una voz desde la azotea del palacio.

—¡A las armas, a las armas! —repitieron los demás soldados apostados de centinelas en los muros.

Hernán Cortés corrió a las azoteas para juzgar del motivo que ponía en alarma al cuartel. Una inmensa muchedumbre de combatientes, una masa abigarrada de indios avanzaba en tropel hacia el palacio.

Habían sido reparados los muros, que durante la ausencia del general habían sufrido tan rudo ataque de los mexicanos. Habíanse practicado varias aberturas para los trece cañones con que ya contaba el ejército y otras más pequeñas para los arcabuces y escopetas.

Los mexicanos comenzaron sus hostilidades arrojando un diluvio de flechas y de piedras que inundaron el patio principal del cuartel.

Los extranjeros respondieron con el formidable estampido de sus cañones. Centenares de víctimas cayeron abatidas por los proyectiles extranjeros.

Pero los animosos mexicanos, en lugar de retroceder, arrojaron una nueva multitud de piedras y flechas sobre el palacio y siguieron avanzando.

Los cañones y los arcabuces continuaban cebándose en los mexicanos. Como éstos formaban una masa compacta, las balas hacían un estrago horroroso en sus filas.

Pero a pesar de todo seguían avanzando.

Y llegó un momento en que avanzaron tanto que empezaron a escalar los muros.

Los españoles los recibieron con sus largas picas desde el recinto en que se hallaban guardados, y los pocos aztecas que se habían atrevido a intentar el asalto tuvieron que retroceder.

Pero alcanzaron a dar fuego a algunos de los cobertizos en que se guarecían los aliados, y los sitiados los vieron arder, sin poder remediarlo, porque el agua andaba muy escasa en el cuartel.

Sobrevino en este momento la noche, y los sitiadores suspendieron el combate.

Pero al día siguiente lo renovaron con mayor ímpetu.

Los sitiadores concibieron el proyecto de incendiar el cuartel y, con mayor arrojo que el primer día, se aproximaron a los muros y pegaron fuego dondequiera que encontraron materias inflamables.

Los cobertizos de los aliados empezaron a arder casi simultáneamente, y los españoles se vieron seriamente amenazados de perecer todos bajo las llamas.

A falta de agua no tenían más que un recurso para apagar el incendio. Este recurso era desesperado y de fatales consecuencias tal vez. Pero era el único derribar los muros para arrojar sus escombros sobre las llamas.

Así se hizo. Los aliados demolieron instantáneamente un gran trozo de la muralla, y el incendio quedó sepultado bajo la tierra de que estaba construido.

Los cañones fueron separados entonces de las troneras y traídos a esta inmensa brecha que la necesidad había hecho abrir a los mismos sitiados.

Pero los sitiadores, a pesar del estrago que hacía en ellos la artillería, o a causa tal vez del mismo estrago, empezaron a arrojarse sobre ella con tanto valor que los artilleros comprendían ya que pronto iban a ser despojados de sus cañones.

En las críticas circunstancias Hernán Cortés recordó que Alvarado había sido salvado por Motecuzoma en un aprieto semejante.

El padre Olmedo y Cristóbal de Olid se hallaban en aquel instante a su lado.

—Id —les dijo— al aposento de Motecuzoma a instarle en mi nombre a que venga a arengar a sus vasallos. Prometedle cuanto exija.

Cristóbal de Olid y el padre Olmedo pasaron al regio aposento.

—Señor —dijeron al emperador—, Malinche se duele de la sangre azteca que se ve obligado a derramar en defensa de su vida, de la vuestra y de todos sus soldados. Cree que si queréis economizar la sangre de vuestros vasallos debéis hacer ahora lo que hicisteis días pasados a súplica de Tonátiuh: arengar al pueblo desde el terrado de este palacio para que deponga las armas.

Motecuzoma estaba pálido, un círculo amoratado rodeaba sus párpados, y era fácil descubrir en sus mejillas algunas huellas de recientes lágrimas.

Levantó su melancólico semblante hacia los dos extranjeros y, con un acento de profundo abatimiento, les dijo:

—Decidle al Malinche que ya no quiero hacer nada por él, ni por mí, ni por mis vasallos. Que ya solo quiero llorar y morir.

—Señor —repuso el capellán del ejército—, no os entreguéis de ese modo a la desesperación. Recordad que unas cuantas palabras vuestras bastarían para librar de la muerte a un gran número de hombres.

Una triste sonrisa de ironía contrajo los labios del desgraciado rey.

—¿Creéis —le preguntó— que los aztecas escucharían ahora mi voz? Yo he mirado ayer la batalla desde una de las almenas de este palacio y he visto a mi hermano Cuitlahuatzin mandando el combate con sus insignias de general. Esto me hace sospechar que mis vasallos le han elegido ya rey y que en este momento yo no soy a sus ojos más que un enemigo como cualquiera de vosotros. ¿Qué éxito queréis que tengan ahora mis palabras sobre esos hombres que ya no son mis súbditos?

—Señor —terció Cristóbal de Olid—, Malinche os faculta para que digáis a la multitud que saldrá de Tenochtitlan tan pronto como los aztecas depongan las armas. Creo que esta promesa hará que seáis escuchado con todo respeto que merecéis.

—¡Ay! —suspiró el monarca—. Ya los aztecas no deben tener mucha fe en mis palabras. ¿No les prometí un día que saldríais todos del Anáhuac?

—Señor —insistió Cristóbal de Olid—, Malinche os empeña su palabra de que esta vez saldrá de Tenochtitlan tan pronto como vuestros súbditos depongan su actitud hostil.

Moteczuma, más bien por debilidad que por convicción, accedió al fin a los deseos de Cortés. Púsose sobre los hombros sus insignias reales, como para protestar contra la nueva elección que acababan de hacer sus vasallos, y, precedido de dos oficiales que llevaban en sus manos las varas de oro, insignias de la dignidad real, se dejó conducir al terrado del palacio, donde ya les esperaban doscientos españoles que Hernán Cortés había dispuesto para guardarle.

A la aparición del rey, a la vista de su rico traje imperial, al movimiento que hacían los oficiales con sus varas de oro, la multitud, como en días anteriores, se sobrecogió de respeto, suspendió el combate y guardó silencio. Algunos aztecas llevaron su veneración hasta postrarse de rodillas.

Moteczuma no esperaba esta respetuosa acogida. Sintió que el corazón se le dilataba dentro del pecho y paseó una mirada de satisfacción y orgullo sobre la abatida multitud.

Todavía se sentía rey. Todavía sus vasallos no osaban mirarle a la cara, temerosos de ser ofuscados por la majestad del trono.

Este dulce sentimiento le dio valere para hablar y, con la majestad que solía en mejores tiempos, pronuncio las siguientes palabras:

—¿Por qué os veo armados, oh mexicanos, delante del palacio que habita vuestro rey? Si es porque me creéis prisionero, ya os he dicho otra vez que estoy aquí por mi voluntad y que podría trasladarme a mi antigua habitación tan pronto como lo desease. Si es porque aun permanecen los extranjeros en Tenochtitlan, ellos me han dado ya su palabra de que saldrán de la ciudad tan pronto como depongáis las armas. Cesad, pues, en vuestras hostilidades y no tardaréis en recoger el fruto de vuestra prudencia.

Un silencio sepulcral sucedió a estas palabras. El pueblo se disponía ya sin duda a retirarse para obedecer las órdenes de Moteczuma, cuando se alzó entre la multitud una voz para reprender al rey su pusilanimidad.

—Rey cobarde —dijo aquella voz—, eres débil como una mujer. No mereces gobernar un pueblo tan valiente como el del Anáhuac.

Y sobre las olas de cabezas humanas que se agitaban delante del terrado se vio surgir un arco que disparó instantáneamente una flecha. La flecha cortó el aire, silbando siniestramente y fue a clavarse en un brazo del emperador.

Una vez perdido el respeto a la majestad real por aquella voz desconocida, por aquel brazo invisible, la multitud prorrumpió en una grito espantosa, apostrofando al rey de cobarde y de traidor.

Y en medio de aquella grito que estremecía de pavor a los sitiados, los sitiadores arrojaron un diluvio de piedras y de flechas sobre el terrado en que se hallaba Motecuzoma.

Dos de aquellas piedras alcanzaron al soberano: una, en una pierna; otra, en la cabeza. Entonces sus oficiales le levantaron en sus brazos y le condujeron a su aposento.

No tardó en presentársele un cirujano español que Cortés le enviaba para que reconociera y curase sus heridas. El cirujano practicó un reconocimiento y vendó las heridas.

Pero apenas se quedó solo Motecuzoma arrancó con furor sus vendas y dijo a sus criados, que intentaban impedirselo.

—¡Dejadme! Mis súbditos me han insultado, y yo no puedo sobrevivir a esta desgracia. Los dioses quieren mi muerte, y serían inútiles todos vuestros esfuerzos para salvarme.

Entretanto, el palacio de Axayácatl seguía sitiado por aquella imponente muchedumbre que había jurado la muerte de sus enemigos. Las piedras y las flechas que habían hecho llover sobre los sitiados cubrían ya completamente las azoteas y el gran patio del cuartel.

Hernán Cortés quiso ensayar otro recurso. Subió al terrado donde acababa de ser herido Motecuzoma y llamó a algunos de los nobles y sacerdotes que parecían capitanear a la multitud.

—¿Por qué me hacéis tan cruda guerra? —les dijo—. ¿No comprendéis que esta guerra redundará más en perjuicio vuestro que en el mío? ¿No veis que vuestros guerreros caen a centenares ante el poder de mis armas?

—¿Qué importa eso? —dijo una voz entre la multitud—. Aunque por cada diez mil aztecas solo muriese un extranjero, siempre vosotros os acabaríais antes que nosotros. Seguid aniquilando a nuestros guerreros con vuestras armas infernales; pero nosotros os juramos, en nombre de los dioses, que no saldréis uno solo con vida del recinto de Tenochtitlan.

Un aullido espantoso siguió a estas palabras, y el aire no tardó en poblarse de flechas y de piedras que fueron a morir sobre el terrado.

—¡Oíd, oíd! —prosiguió Hernán Cortés cuando se hubo calmado la grito—. Si lo que deseáis es libraros de nuestra presencia, yo os prometo salir de Tenochtitlan con

todos mis guerreros tan pronto como depongáis las armas.

—Otra vez has hecho la misma promesa —respondió un noble al pie del terrado —, y no solo no la cumpliste sino que volviste con mayor número de extranjeros a Tenochtitlan. ¡Malinche, eres un hombre sin fe y sin palabra!... pero confiamos en que los dioses te pondrán en nuestras manos para saciar nuestra justa venganza.

Hernán Cortés se estremeció al escuchar estas palabras y bajó del terrado.

En estos momentos sobrevino la noche y cesó por entonces el ataque.

Al día siguiente pensó Hernán Cortés anonadar a sus enemigos con un golpe de audacia.

En lugar de aguardarlos en su cuartel, hizo una salida con varios españoles y aliados y se estuvo batiendo medio día con los aztecas que inundaban las calles.

Una semana entera duraron estos combates, que sólo se interrumpían durante la noche. Los españoles se batían con desesperación dentro y fuera de sus cuarteles. Los mexicanos desplegaron un valor inaudito y parecían dispuestos a cumplir su juramento de no dejar salir con vida un solo extranjero de Tenochtitlan.

Quinientos nobles se situaron un día en la cima del templo Mayor y desde allí causaron tanto daño a los defensores del palacio de Axayácatl, que éstos se resolvieron a desalojarlos de aquella fuerte posición a costa de cualquier sacrificio.

Hernán Cortés, a la cabeza de sus mejores soldados, se dirigió al *teocalli* y, precedido de sus terribles mosquetes, empezó a escalar la peligrosa cima.

Los nobles aztecas, a pesar de la inferioridad de sus armas, defendieron el asilo de sus dioses hasta el último grado del heroísmo. Los extranjeros triunfaron, es verdad, pero hasta que no hubo muerto el último de sus defensores. Las gradas del templo quedaron regadas con sus cadáveres y su sangre.

Capítulo XII

El astrólogo

En los primeros días de aquella semana tan fecunda en grandes acontecimientos circuló en el palacio de Axayácatl una noticia que produjo honda sensación entre todos sus defensores. Motecuzoma había muerto.

Esta muerte se halla envuelta todavía entre las sombras del más profundo misterio. Los historiadores nacionales aseguran que el emperador fue muerto por los españoles. Los historiadores españoles aseguran que murió de las heridas que los mexicanos le infirieron en el terrado.

¿Cuál de las dos versiones es la más probable? A nosotros nos parece que la segunda.

La naturaleza de nuestro libro no nos permite entrar en esta cuestión histórica que nuestros lectores podrán encontrar extensamente examinada en Clavijero y Prescott.

La primera cuenta con este apoyo: las heridas que recibió Motecuzoma en el terrado eran tan leves que no se concibe cómo hayan podido ocasionarle la muerte.

La segunda se apoya en un raciocinio. Motecuzoma había sido siempre la égida que había defendido a los españoles. Sin su intervención, muchas veces habrían perecido a manos de los aztecas. ¿Qué interés, pues, podrían tener en matarle?

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que la mayor parte de los soldados españoles se estremecieron de miedo cuando supieron la muerte del emperador.

Comprendían que el respeto que los mexicanos profesaban a su señor había defendido hasta entonces el palacio de Axayácatl tanto o más que sus mismos cañones. Faltando el soberano, los ataques al cuartel serían cada vez más rudos y crueles.

Nuestros lectores recordarán que entre los personajes que Hernán Cortés tenía presos en sus cuarteles se hallaba Tayatzin, uno de los sumos sacerdotes del Anáhuac. El general español sacó a éste de la prisión, le entregó el cadáver de Motecuzoma y, con muchos de sus antiguos servidores, le envió al campamento enemigo.

Hernán Cortés había encargado al sumo sacerdote que dijese a sus compatriotas que el emperador había muerto a consecuencia de las heridas que había recibido en el terrado.

Pero Tayatzin, al enseñar el cadáver a la multitud de combatientes que pululaban en la ciudad, se había limitado a decirles estas palabras:

—Era un gran rey... ¡Venguémosle!

—¡Sí, venguémosle! —repetían todos al contemplar aquellos tristes despojos.

Y los magnánimos aztecas lloraban a aquel rey que los había entregado al extranjero por su debilidad y lanzaban gritos de maldición contra los españoles.

Éstos escuchaban desde sus cuarteles aquellas voces, que demandaban venganza a los dioses, y temblaban de pavor tras de sus débiles muros.

Entretanto, los combates se sucedían unos a otros sin intermisión.

Los españoles peleaban dentro y fuera de sus cuarteles.

Los mexicanos morían a millares; pero como si aquella sangre, que regaba las calles de su capital tuviese la virtud de reproducirse, nuevos combatientes parecían brotar del centro de la tierra para aniquilar a los imprudentes extranjeros.

Éstos se hallaban transidos de miedo y rendidos de fatiga. Ocho días hacía que peleaban sin descanso y, lo que era peor todavía, sin esperanza de ningún éxito favorable. En estos combates sucesivos habían muerto ya más de cien españoles, y los demás, incluso el general y sus mejores capitanes, estaban casi todos heridos.

No era posible sostener por más tiempo aquella situación difícil. Permanecer en Tenochtitlan equivalía a aguardar una muerte segura.

Pero la evacuación de la ciudad ofrecía también grandes dificultades.

En las salidas que los españoles habían hecho fuera de sus cuarteles habían observado que estaban levantados los puentes que cubrían los canales de las calzadas.

Hernán Cortés había hecho derribar las casas inmediatas para rellenar con los escombros los canales. Pero cuando el combate le conducía al día siguiente por el mismo sitio, ya los aztecas habían separado los escombros y el agua seguía corriendo tranquilamente por el foso.

Hernán Cortés llamó a consejo a sus capitanes. La dificultad de la situación no era parra nadie un misterio, y así se limitó simple y sencillamente a pedirles su opinión en aquellas graves circunstancias.

Recordóles que los indomables aztecas no eran el único enemigo contra quien tenían que combatir; tenían otro enemigo más temible todavía: el hambre. Era ya tal la escasez de víveres en el campamento, que solo se daba a los soldados la ración necesaria para no morir de inanición.

No hubo mucho que discutir en el consejo. Todo el mundo convino en que era necesario salir a la mayor brevedad posible de Tenochtitlan.

Sobre el modo con que debía verificarse esta salida hubo diversidad de opiniones. Alvarado, Sandoval, Velázquez de León y los más animosos capitanes opinaban que debía verificarse a la luz del sol, aunque hubiese que pelear desde la salida del cuartel hasta las últimas calles de la ciudad.

Los más débiles opinaban que debía hacerse de noche, y se fundaban en que acaso podrían salir de la ciudad sin ser sentidos por el enemigo y en que los pueblos del Anáhuac no acostumbraban batirse durante la noche. Pero, sobre todo, se fundaban en el testimonio de un soldado llamado Botello.

—¿Quién es ese Botello? —preguntó uno de los oficiales de Narváez, que no había tenido tiempo de conocer a los antiguos soldados de Cortés.

—Un astrólogo —respondió una voz.

—Y un astrólogo —añadió Hernán Cortés— cuyas predicciones he visto muchas

veces realizadas.

Todos los circunstantes sintieron correr por su cuerpo un estremecimiento nervioso.

—Haced venid al astrólogo —dijo Hernán Cortés a uno de los capitanes que asistían al consejo.

El capitán que había recibido esta orden se separó de la habitación y, un instante después, volvió acompañado de un soldado, en cuyo semblante se fijaron al punto todas las miradas.

Era un hombre como de cincuenta años, pálido, macilento, cubierto casi de andrajos, y cuyos ojos no se apartaban nunca del suelo.

Levantóse la mugrienta gorra que cubría su cabeza, al encontrarse en presencia del general, y le saludó con una profunda inclinación de cabeza.

—¿Habéis hablado con alguien —le preguntó Hernán Cortés— de nuestra salida de Tenochtitlan?

—A los que me han preguntado cuál sería el fin de nuestras desgracias —respondió el astrólogo— les he contestado que sólo podía salvarnos una salida de la ciudad.

—¿Y habéis manifestado vuestra opinión sobre la hora de esa salida?

—He dicho que la mejor hora sería la medianoche.

—¿Y por qué no de día?

—Porque ninguno de nosotros escaparía con vida del furor de los paganos.

Todos los circunstantes, incluso el mismo general, sintieron un nuevo estremecimiento que recorría todos sus miembros.

Al cabo de un instante de silencio que Hernán Cortés necesitó para reponerse, continuó de este modo sus preguntas:

—¿En qué se funda esa opinión?

—En el libro que Dios ha escrito en los cielos —respondió el astrólogo con solemnidad.

Muchos de los capitanes palidieron al escuchar estas palabras. No hubo uno solo que no sintiese un vuelco terrible en el corazón.

—¿Luego creéis que debemos salir de noche? —añadió el general.

—Si no queréis que mueran todos los hombres que Dios ha colocado bajo vuestras órdenes.

Hernán Cortés hizo una seña, y el astrólogo se retiró al instante.

Ya no hubo más discusión en el consejo. Los españoles que se burlaban de los aztecas porque creían en las predicciones de sus sacerdotes se fiaron en la opinión de un farsante que acaso no tenía otro origen que su miedo.

Cara les debía costar esta superstición.

La tarde de aquel mismo día vio entrar Geliztli en su habitación al paje Villacampa.

La princesa, que se hallaba como clavada en el centro de la cámara con los brazos

caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho, levantó los ojos para mirar al paje y retrocedió instintivamente delante de él hasta colocarse cerca del muro.

—Supongo que estaréis ahora contenta —le dijo Villacampa con una de aquellas sonrisas repugnantes de que ya hemos hablado a nuestros lectores. La princesa, como si no hubiese escuchado al paje, no respondió una sola palabra.

—¿No sabéis acaso lo que pasa? —continuó admirado Villacampa.

Geliztli movió la cabeza en ademán negativo, sin levantar los ojos del suelo.

—En la noche de hoy salen los extranjeros de Tenochtitlan.

—¡Ah! —exclamó la princesa, cuyas mejillas se tiñeron de un carmín momentáneo—. ¿Conque al fin huyen los extranjeros?

Una nueva sonrisa se dibujó en los labios de Villacampa.

—Sí, hermosa princesa —le dijo—, huyen de Tenochtitlan. Pero lo que acaso ignoras, lo que tal vez va a apagar la alegría que parece causarte esa fuga, es la noticia de que tú tendrás que huir con los extranjeros.

Geliztli permaneció impasible. Había vuelto a caer en la especie de enajenamiento en que la había encontrado el paje, y ya no parecía prestar ninguna atención a sus palabras.

—Huirás con nosotros —prosiguió el paje—. Eres nuestra prisionera, y Malinche tiene el derecho de conducirte adonde quiera que vaya.

Al oír el nombre de Hernán Cortés un estremecimiento galvánico recorrió el cuerpo de la princesa y levantó los ojos sobre su interlocutor.

Villacampa comprendió que era ésta una oportunidad de hacerse escuchar.

—Hermosa princesa —le dijo—, vengo a excitarte a que le prepares para la marcha. Malinche me ha dispensado la honra de confiarte a mi cuidado, y yo seré quien te escolte a nuestra salida.

—¡Tú! —exclamó Geliztli.

—¿No soy tu esposo? —preguntó el paje.

Geliztli pareció insensible a estas palabras que en otras circunstancias le habrían repugnado.

—¡Oh! —prosiguió Villacampa—. Y te prevengo que como soy un celoso y amo mucho a mi mujer, la mataré al primer movimiento que haga para escaparse.

—¿La matarás? —preguntó Geliztli adelantándose a su interlocutor—. ¿Crees que tendrás valor para matarla?

—¿Por qué no? —dijo Villacampa con la más horrible de sus sonrisas—. Con esa condición me ha confiado Malinche tu persona. Prometió a tu padre, en su lecho de muerte, que velaría por todos sus hijos, y Malinche es un hombre que sabe cumplir con su palabra.

—¡Muy bien! —repuso la princesa casi con alegría—. Estoy pronta a seguirte.

Villacampa salió un poco preocupado de la habitación. ¿Por qué la princesa no había manifestado ningún sentimiento al saber que debía seguir a los extranjeros, ella que tanto los odiaba y amaba tanto su libertad? ¿Por qué había recibido con

satisfacción la noticia de que sería muerta en caso de que intentase huir? ¿Acaso la princesa había perdido la razón?

Pero muy pronto dejó de ocuparse Villacampa de estos pensamientos para dedicarse únicamente a los preparativos de la marcha.

El general hacía mucho tiempo que no se ocupaba de otra cosa.

Había mandado construir un puente portátil de madera que debía servir para el paso del ejército sobre los fosos que cortaban la calzada de Tlacopan, por donde debía verificarse la fuga. Confióse este puente a un oficial llamado Magarino y se le dieron cuarenta soldados para que lo arrojase sucesivamente sobre las cortaduras y lo defendiese hasta el último trance.

Hernán Cortés se ocupó en seguida de las riquezas que había reunido en su alojamiento. El rico tesoro de Axayácatl y los abundantes regalos que incesantemente había recibido de Motecuzoma habían sido reducidos a barras y tejos de oro y de plata, que se hallaban esparcidos por el suelo en una cámara de palacio.

El general llamó a los regidores y demás autoridades nombradas en Villa Rica, les entregó el quinto de aquel tesoro que correspondía al rey y les ordenó que los condujesen con todas las seguridades posibles, pretextando que el maldado del ejército no le permitía desempeñar por sí mismo aquella comisión.

Enseñó luego a sus soldados las riquezas fabulosas apiladas en el centro de la cámara, como en un cuento de las *Mil y una noches*, y les dijo:

—Tomad lo que queráis. Pero os prevengo que no conviene llevar mucho peso para estar mejor dispuestos a la defensa.

Algunos soldados se arrojaron sobre aquellas riquezas y llenaron de oro sus vestidos y sus alforjas. Los más prudentes se contentaron con tomar algunas joyas de mucho valor y de poco peso.

El último preparativo del general español fue una escena de sangre. Comprendió que los príncipes y nobles que tenía prisioneros embarazarían su marcha y aun procurarían impedirle si los llevaba consigo.

Era preciso, pues, o darles libertad o matarlos. Hernán Cortés se decidió por este último extremo. Mandó dar a todos garrote, y sus cadáveres fueron arrojados a un lugar desierto inmediato al palacio de Axayácatl.

Solo fueron exceptuados del patíbulo la princesa Geliztli y algunos otros pocos prisioneros de menor importancia.

Capítulo XIII

La Noche Triste

Llegó por fin aquella noche tan ansiosamente esperada por los españoles. Negros y espesos nubarrones cubrían la atmósfera, la oscuridad era profunda, y una lluvia menuda, pero incesante, caía sobre la tierra.

A las doce de la noche el padre Olmedo dijo una misa en la capilla construida en el cuartel. Concluyó la sagrada ceremonia con una absolución del celebrante, que todos los españoles recibieron con golpes de pecho.

Abriéronse entonces las puertas del palacio de Axayácatl y el ejército empezó a desfilar en silencio por la gran plaza del templo Mayor.

La vanguardia, compuesta de veinte jinetes y doscientos infantes españoles, iba al mando de Gonzalo de Sandoval.

El centro, a las órdenes inmediatas de Cortés, se componía de cinco jinetes y cien infantes. En él se conducían los prisioneros, la gente de servicio y el bagaje del ejército.

La retaguardia, que era el puesto más peligroso, se componía de todo el resto de las tropas españolas e iba alas órdenes de Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León.

Los aliados iban repartidos en los tres cuerpos del ejército.

La inmensa plaza Mayor estaba desierta. La lobreguez de la noche había hecho huir a todos los combatientes que la habían ocupado durante el día.

Merced a esta circunstancia, el ejército pudo atravesar toda la plaza sin ser sentido. Tomó entonces la gran calzada de Tlacopan —por creerla menos vigilada que las demás— y continuó con todo el recato que pudo su marcha.

Pero no era posible que los fugitivos guardasen un silencio absoluto. Los cascos de los caballos y los pesados trenes de la artillería resonaban fatídicamente sobre el pavimento de la calzada. Las hogueras encendidas en la cima de los templos reflejaban sus rayos en las armas y cascos de acero y proyectaban sombras acusadoras en las paredes de los edificios.

En el momento en que los españoles llegaban a la primera cortadura de la calzada oyóse una voz en la plataforma del templo más próximo y luego otra y otras en los demás templos de la gran capital. Muy pronto se mezcló a aquellas voces el ruido de los tambores y de la corneta sagrada que convocaba al pueblo a la defensa.

Entonces la ciudad pareció despertar del profundo letargo en que se hallaba sumergida, y un sordo rumor, como el que anuncia desde lejos la tempestad, recorrió todos los ámbitos de la población.

De cuando en cuando se elevaba sobre este rumor una voz que gritaba:

—¡A las armas, a las armas, valientes aztecas, que ya huyen los extranjeros!

Los españoles se estremecían en sus filas y apretaban el paso.

Magarino, fiel a su consigna, se había anticipado a la misma vanguardia y acababa de echar el puente sobre la primera cortadura.

Sandoval, con sus veinte jinetes, sus doscientos infantes españoles y sus tropas auxiliares, pasó felizmente al lado opuesto del canal.

Y empezó a pasar el centro, compuesto, como hemos dicho, de la parte más numerosa y pesada del ejército.

Pero he aquí que repentinamente cae sobre los fugitivos una lluvia de flechas y de piedras arrojadas en la oscuridad por manos invisibles.

Un instante después los canales que desembocan en la calle se inundan de canoas, las azoteas se ven coronadas de combatientes y el aire resuena con el formidable grito de guerra de los aztecas.

Y se traba un combate sangriento desde el frente del ejército, ocupado por los jinetes de Sandoval, hasta los últimos aliados, que marchan a las espaldas de Alvarado.

El centro continuaba desfilando por el puente bajo un diluvio de proyectiles. Como el puente era angosto, muy pocos eran los soldados que podían pasar a la vez y la operación se hacía con demasiada lentitud.

Aún no había empezado a pasar la retaguardia cuando llegó un correo de Sandoval pidiendo el puente, porque había llegado ya a la segunda cortadura y no tenía modo de pasarla.

Recibió la orden de detenerse y de combatir sin tregua hasta que acabase de pasar todo el ejército.

Más de una hora duró el desfile del centro.

Siguió luego la retaguardia, y Alvarado dio tanta prisa a sus soldados que muy pronto se hallaban todos al extremo opuesto de la cortadura.

Entonces Magarino y sus cuarenta soldados intentaron levantar el puente. Pero les fue imposible.

Las extremidades de los maderos sobre que se hallaba construido se habían enterrado de tal manera en las paredes de la calzada con el peso de los soldados y de los bagajes que habían pasado encima, que todos sus esfuerzos fueron impotentes para levantar la pesada máquina.

Añádase a esto que la operación se hacía en las tinieblas de la noche y bajo los proyectiles de los aztecas, y se comprenderá que Magarino y sus compañeros no tardaron en abandonar la empresa, viéndose aislados del resto del ejército.

Por lo demás, los mexicanos no tardaron en arrojar sobre el puente y hacerlo pedazos, temerosos acaso de que sus enemigos volviesen a recogerlo.

Los fugitivos se encontraron entonces detenidos entre la primera y segunda cortadura. Los edificios eran ya muy escasos a la orilla de la calzada, y a derecha e izquierda se veía la laguna tan henchida de canoas que cubrían casi completamente la

superficie de las aguas.

La noticia de que el puente se había roto no tardó en circular por todo el ejército.

Un terror pánico se apoderó de los fugitivos. Ya no podía volverse adelante ni atrás. Los dos lados de la calzada estaban amenazados por enemigos tan audaces, que se les veía saltar de las canoas a tierra y esgrimir sus mazas y sus espadas de obsidiana contra los extranjeros y sus aliados.

Entonces se acabaron el valor y la disciplina militar. Ya no hubo jefe, no hubo oficiales, no hubo soldados. Cada fugitivo tuvo que atenerse a sus propios esfuerzos para defenderse de los enemigos que picaban su retaguardia y de los que le salían al encuentro saltando de las canoas. Un vago instinto les decía que solo adelante podría encontrarse la salvación, y todos sus conatos tendían a llegar a la segunda cortadura.

Sandoval, que se había detenido a la orilla del foso, aguardando el puente, no tardó en verse rodeado de un número infinito de enemigos que le asediaban por los costados y por el frente.

Batíanse sus soldados con el valor que da la desesperación, cuando se sintieron empujados por el centro del ejército que, ya desmoralizado, buscaba su salvación en la fuga.

Entonces los soldados de la vanguardia se arrojaron al canal de grado o por fuerza para pasarlo a nado o como pudiesen. Los indios de las canoas se echaban sobre los que caían al canal, y el agua de los lagos no tardó en teñirse con la sangre de los combatientes.

Algunos lograban pasar a la orilla opuesta con el traje desgarrado y el cuerpo cubierto de heridas. Pero la mayor parte quedaban muertos en el foso; y los que eran apresados vivos, inmediatamente se les conducía al templo más próximo para ser sacrificados.

El centro corrió la misma suerte que la vanguardia. Llegó su vez a los soldados que lo componían de pasar la cortadura fatal.

Hemos dicho que los prisioneros iban en el centro.

Villacampa caminaba casi cosido al vestido de Geliztli y rodeado de un buen número de tlaxcaltecas que se hallaban bajo sus inmediatas órdenes.

Repentinamente llega a la calzada una barca henchida de guerreros, salta a tierra un azteca de elevada estatura, y los demás, que parecen reconocerle como jefe, saltan tras él. Levantan inmediatamente sus espadas y se arrojan sobre la escolta.

Un tlaxcalteca poseído de terror alzó, de súbito la voz y gritó:

—No nos matéis, valientes aztecas, y os prometemos en cambio una rica presa.

Uno de los aztecas respondió:

—¿Qué mejor presa podemos apetecer que los cuerpos de los traidores para ofrecer en holocausto a los dioses?

—¿Ni una hija de Motecuzoma? —replicó el tlaxcalteca.

—¡Una hija de Motecuzoma! —exclamó en la oscuridad una voz que hizo temblar a Geliztli.

La princesa se acercó cuanto pudo a Villacampa y deslizó en su oído esta frase:

—¿Oyes esa voz?

—Sí —respondió el paje, cuyos dientes crujían de miedo.

—Es la voz de un guerrero, llamado Tízoc, que me arrancará muy pronto de tu poder aunque te opongas tú con todos tus tlaxcaltecas.

—Entonces me ha llegado la hora de matarte —repuso el miserable.

—¡Hiere! —dijo con voz tranquila la princesa sin apartarse del sitio que ocupaba.

—¡Ah, ah! —exclamó el paje—. Se me figura que no me crees con el valor suficiente para matarte.

—Al contrario: porque te creo bastante cobarde para asesinar a una mujer, te suplico que hieras.

—¿Entonces deseas morir?

—Sí, antes que caer en manos de ese hombre —respondió sordamente la princesa.

El miserable llevó la mano a su cuerpo para buscar el puñal que traía pendiente del cinto. Pero, en aquel instante, Tízoc, que había abatido a todos los tlaxcaltecas que osaron ponerse delante de él, se acercó al grupo que formaban el español y la princesa.

Se apoderó con la mano izquierda de un brazo de Geliztli y levantó su terrible espada sobre Villacampa.

El menguado paje tuvo voluntad de huir; pero, antes de que lograra dar un paso, la pesada arma del Anáhuac cayó impetuosamente sobre su cabeza y le derribó en tierra sin vida.

Entonces Tízoc levantó entre sus brazos a la princesa, como si fuera una pluma, corrió con tan preciosa carga a su canoa y la depositó allí. Llamó luego a cuatro de sus guerreros, les dijo en voz baja algunas palabras, y éstos, con Geliztli en la canoa, abandonaron el lugar del combate.

Tízoc se detuvo un instante a verlos partir; pero luego que la barca se perdió entre las tinieblas de la noche, se llevó la mano a los ojos para enjugar las lágrimas de satisfacción que brotaban de sus párpados y volvió con nuevo ardor al combate.

Éste se hallaba casi terminado ya con la total derrota de los españoles.

Una gran parte del cuerpo del ejército había perecido al pasar la segunda cortadura. Los cañones, el tesoro de Axayácatl, todo el bagaje del ejército había caído al fondo del canal. Vinieron sobre estos objetos los cadáveres de los españoles, de los aliados y de los aztecas que se disputaban encarnizadamente aquel paso, y llenaron de tal manera el foso que la retaguardia pudo pasar perfectamente sobre aquel puente de carne.

Los destrozados restos del ejército volaron a la tercera y última cortadura.

Tuvieron la fortuna de que sus enemigos, que habían creído destrozarlos en la anterior, no los aguardaban allí. Arrojárse entonces al agua, y la mayor parte pudo pasar sana y salva al extremo opuesto.

Pero no sucedió lo mismo con la retaguardia. Ésta fue asediada tan crudamente en el trecho que mediaba entre el segundo y tercer foso, que pereció casi toda a manos de sus enemigos.

Alvarado, aguijoneado por el miedo, avanzaba delante de todos, olvidando que dejaba en el mayor peligro a Velázquez de León y a muchos de los hombres confiados a su cuidado.

Llegó casi solo a la cortadura, y era tal el número de aztecas que le amenazaban, que comprendió que si se arrojaba al agua, un centenar de enemigos se arrojaría sobre él y le haría pedazos en el foso.

Entonces concibió uno de esos atrevidos pensamientos que sugiere la desesperación y que solo se llevan al cabo una vez en la vida.

Hincó la cuchilla de su lanza en el fondo del canal, apoyó la otra extremidad en su cuerpo y, tomando un impulso extraordinario, saltó a la orilla opuesta con ligereza.

Este prodigio de agilidad dejó tan atónitos a los aztecas, que no se atrevieron ya a perseguir a Alvarado a pesar de que huía solo por el camino de Tlacopan.

En Popotla se encontró con Hernán Cortés, Gonzalo de Sandoval y algunos otros caballeros, que salían a su encuentro. Éstos fijaban sus asombrados ojos en Alvarado y en vano buscaban a su derredor a los valientes compañeros de su desgracia.

—¿Y Velázquez de León? —preguntó, balbuciente, Hernán Cortés.

—¡Ha muerto! —respondió con voz sorda Alvarado.

—¿Y Francisco de Morla, y Francisco Saucedo, y Amador de Lariz?

—¡Todos han muerto, todos! Yo me he salvado por un milagro de la Providencia.

—Pero los habéis abandonado...

—Como vosotros me abandonasteis a mí —repuso Alvarado con amargura.

Hernán Cortés no había tenido tiempo de escuchar este reproche.

Acababa de caer sentado al pie de un árbol corpulento y, a la primera luz de la mañana, que coloreaba ya el horizonte, contemplaba los miserables restos de su ejército que se apiñaban en derredor suyo, transidos de dolor y de fatiga.

En vano buscaba entre aquellos rostros pálidos y demudados a muchos de sus antiguos compañeros que le habían seguido desde Cuba. ¡Habían muerto!

Entonces no pudo sufrir ya más. Un torrente de lágrimas, las primeras acaso que derramaba en su vida, brotaban de sus ojos y corrían libremente por sus mejillas.

¿Lloraba la muerte de sus amigos?... ¿Lloraba la humillación de su derrota?

Este acontecimiento dejó una huella profunda en los anales del Anáhuac.

La noche en que se verificó la derrota recibió de los españoles el nombre de *Noche Triste* y, bajo esta denominación es conocida en la historia.

El sitio donde se hallaba el foso que saltó Pedro de Alvarado se llamó el Salto de Alvarado.

Y el árbol bajo el cual lloró Cortés el «Árbol de la Noche Triste». Todavía se enseña ahora al viajero el secular *ahuéhuatl*, encerrado dentro de los muros de la iglesia de Popotla.

Capítulo XIV

La confesión

Dejemos a los españoles llorando su desgracia en la pequeña aldea de Popotla y sigamos a Geliztli, la heroína de nuestra historia, que, como recordará el lector, había sido transportada a una barca por los guerreros de Tízoc.

Éstos se introdujeron por el dédalo de canales que surcaban la ciudad en todas direcciones, y no tardaron en detenerse al pie de una casa de hermosa apariencia.

Hicieron pegar la barca al pequeño terraplén que se alzaba delante de la puerta, y dos de los guerreros saltaron a tierra con ligereza.

Uno de ellos ofreció entonces su mano a Geliztli para ayudarla a subir el terraplén.

—¿Qué casa es ésta? —preguntó la princesa a uno de los guerreros que se habían quedado en la barca.

—Es la de tu primo Cuauhtemotzin —respondió el guerrero.

La princesa se estremeció, y, si las tinieblas de la noche lo hubiesen permitido, habría sido fácil observar la palidez momentánea que cubrió su semblante.

—¿Y por qué me habéis traído aquí? —preguntó al cabo de un instante de silencio.

—Porque es la orden que recibimos de nuestro capitán.

El guerrero que había saltado a tierra continuaba presentando su mano a Geliztli. Pero ésta, en vez de aceptarla, se había retirado al fondo de la barca.

—Señora —dijo uno de los conductores—, nada tienes que temer de la casa a que te hemos conducido. Serás recibida por la esposa del noble Cuauhtemotzin, para quien traemos un recado de nuestro capitán.

—¡Nunca, nunca! —exclamó la princesa con terror—. ¡Escucha! —añadió dirigiéndose al que acababa de hablarla—. ¿No puedes conducirme a tu casa?

—Mi casa, señora —respondió el guerrero aturdido—, no es digna de recibir a la ilustre hija del emperador Motecuzoma.

—Pero puesto que ella lo solicita... —repuso Geliztli—. ¿Tienes alguna familia?

—Solo una joven, señora, con quien me he desposado hace dos meses.

—Pues vamos allí —dijo la princesa con acento de autoridad.

El guerrero vaciló un instante.

—¿Qué aguardas? —preguntó Geliztli con impaciencia.

El guerrero llamó a sus compañeros y se pusieron a hablar en voz baja.

Entretanto, el Oriente empezaba a colorearse con las rosadas tintas de la aurora.

La princesa, que parecía temer a la luz del día, interrumpió al cabo de un momento la conferencia de sus conductores para repetirles su orden de marcha.

—Señora —dijo el guerrero con quien acababa de hablar—, las órdenes de nuestro capitán son terminantes y nos castigaría si os llevásemos a mi casa.

—¡Cómo! —exclamó colérica la princesa—. ¿Rehusaríais obedecer a la hija de vuestro antiguo señor?

Los conductores inclinaron la cabeza ante esta insistencia, volvieron a empuñar sus remos y se alejaron de la casa de Cuauhtemotzin bogando hacia el rumbo de la calzada de Iztapalapan.

Un cuarto de hora después la barca se detenía ante una casa de pobre y rústica arquitectura. Sobre cuatro paredes bajas de adobe descansaban un techo compuesto de hojas de maguey. La entrada que daba hacia el canal estaba cubierta con una cortina de estera.

Geliztli saltó a tierra, sin apoyarse en ninguno de sus conductores, y entró en la casa. Uno de los guerreros saltó tras ella y entró también. Era el propietario de aquella mísera cabaña.

Su joven esposa salió a su encuentro y no se quedó poco asombrada de verle entrar acompañado de Geliztli, cuyo ilustre nacimiento acusaban las joyas de que estaba adornada.

—Xocotzin —le dijo el guerrero—, la joven que se halla en tu presencia...

—Os pide hospedaje por el día de hoy —interrumpió Geliztli, temerosa de que el imprudente guerrero revelase a Xocotzin su nombre o su nacimiento.

La joven esposa, en lugar de responder, miraba alternativamente a su marido y a Geliztli con cierta especie de inquietud y de recelo.

El guerrero estaba también embarazado, porque le causaba pena ver a la hija del orgulloso Motecuzoma entre las paredes de su rústico albergue.

La princesa le sacó de su embarazo con estas palabras:

—Ve a donde te llama el deber. Cuando se haya concluido el combate y vuelvas aquí, ya yo habré tomado mi resolución.

El guerrero inclinó la cabeza en señal de asentimiento y salió de la cabaña.

Geliztli se volvió entonces a la joven, que no cesaba de mirarla, y le dijo:

—Hermosa Xocotzin, dentro de breves instantes acaso volverá tu esposo acompañado de un guerrero de quien necesito huir. ¿Podrás proporcionarme un albergue donde no pueda encontrarme?

—Señora —respondió Xocotzin—, mi esposo te ha traído aquí, y yo no sé...

—Nada temas por eso —repuso la princesa—. Tu esposo me ha visto hoy por la primera vez al rayar el día y yo soy quien le ha obligado a traerme aquí.

—Pero si me pregunta...

—Le dirás que tuviste un momento de descuido, que yo aproveché este momento para salir y que no viste la dirección en que huí.

Xocotzin vacilaba. Geliztli empezó a despojarse de las joyas que adornaban sus piernas y sus brazos para ofrecérselas a la joven en cambio del servicio que solicitaba.

Pero Xocotzin se negaba, alegando que no tenía bastantes relaciones en aquella parte de la ciudad para ofrecerle un asilo seguro.

Repentinamente se alzó la cortina de la puerta y dos hombres aparecieron en el dintel.

El primero era Tízoc. El segundo el esposo de Xocotzin. La princesa dio un grito y cayó sentada sobre un banco.

Xocotzin vio que su esposo le hacía una seña y, precedido de él, salió de la cabaña.

La princesa y Tízoc quedaron solos.

Gelitztli, pálida y desconcertada, no osaba fijar los ojos en el guerrero. Éste la miró un instante en silencio y, con voz pausada, le dijo:

—Duéleme verte en esta mísera cabaña. Pero los hombres a cuyo cuidado te confié me han dicho que rehusaste entrar a la casa de Cuauhtemotzin.

—Es verdad —respondió la princesa con voz apagada.

Siguió a estas palabras un instante de silencio, durante el cual Gelitztli continuaba esquivando las miradas de Tízoc, clavadas tenazmente sobre su semblante.

—Ignoro —continuó el guerrero— la causa que te ha obligado a rehusar la hospitalidad de Cuauhtemotzin. Pero, si esa causa no es muy poderosa, espero que muy pronto mudarás de resolución, porque, después de muerto tu padre, ningún asilo es más digno de ti que la casa de tus parientes más inmediatos. En el canal nos espera una barca que nos conducirá allí en breves instantes.

—¡Nunca! —exclamó Gelitztli con energía.

El asombro de Tízoc crecía por grados. El acento con que la princesa ha pronunciado esta palabra parecía indicar que su resolución era invariable.

Tízoc adelantó algunos pasos hacia la princesa y le dijo:

—Acabas de pasar por una dura prueba. Tus ojos, acostumbrados a fijarse únicamente en las tranquilas habitaciones del palacio de tu padre, acaban de contemplar una horrible batalla en que la sangre y los cadáveres de los combatientes han oprimido el corazón de los guerreros más experimentados. Dime que ese espectáculo ha trastornado tu espíritu... Porque, de lo contrario, ¿cómo podías rehusar la hospitalidad del príncipe más noble de tu familia?

Gelitztli parecía embebida en algún pensamiento secreto que embargaba todas sus potencias y que le impedía escuchar a su interlocutor.

—Pero supongo —continuó éste— que no tratarás permanecer en esta pobre cabaña.

La princesa movió la cabeza en ademán negativo.

—¿Adónde irás entonces?

—Aún no lo sé —respondió la joven sin mirar al guerrero.

Tízoc empezaba a temer verdaderamente que el espectáculo de sangre que la princesa había contemplado durante la noche hubiese trastornado su juicio.

Acaso, para disipar esta duda, le dijo:

—Voy a buscar al noble Cuauhtemotzin para que él mismo te conduzca a su casa. Y dio algunos pasos en dirección a la puerta.

—¡Detente! —exclamó la joven con un acento lleno de terror.

Tízoc se detuvo y, clavando en la princesa una mirada de compasión, le dijo:

—¡Geliztli! Se ha obrado en todo tu ser una revolución que yo no comprendo. En nombre de los dioses, ¿qué es lo que tienes?

Y, adelantándose nuevamente a la joven, extendió hacia ella su brazo e intentó apoderarse de su mano.

Pero Geliztli se levantó violentamente del banco que ocupaba y retrocedió algunos pasos delante del guerrero.

Tízoc se quedó parado y miró un instante a la princesa con asombro. Pero muy pronto se dibujó en sus labios una sonrisa y con un acento lleno de amargura, dijo:

—Perdonadme, señora. Había olvidado que corre por vuestras venas la ilustre sangre de Motecuzoma y que un pobre hijo del pueblo como yo no es digno de tocar vuestra augusta mano. Pero como os habíais dignado concederme un día vuestro amor, creía..., creía...

Y el joven no pudo concluir su frase. El dolor puso un nudo a su garganta, y dos lágrimas involuntarias brotaron ardientemente bajo sus párpados.

Geliztli levantó los ojos por primera vez sobre el guerrero, y, al ver aquel semblante varonil trastornado por el dolor, la estoica entereza de que se había armado pareció abandonarla por un instante y sus ojos se enrojecieron, pero sin dejar escapar una lágrima.

—Tízoc —le dijo—, no eres tú el que es indigno de mi amor. Es mi mano la que es indigna de ser tocada por ti.

—¡Oh! —exclamó Tízoc, intentando todavía adelantarse hacia la princesa.

La joven extendió su brazo para detenerle.

—No —le dijo— no te acerques a mí... Escucha. Yo quería evitar esta explicación... Por eso había intentado huir, pero la fatalidad me lo ha impedido...

Tízoc continuaba mirando a la joven con espanto. Pero repentinamente palideció como un cadáver, sus ojos se inyectaron de sangre y un mugido se escapó de su pecho. Una idea terrible acababa de cruzar por su imaginación.

«¡Mi mano es indigna de ser tocada por ti!», había dicho Geliztli. ¿Qué significaba esta frase en los labios de la princesa?

Tízoc levantó la cabeza y, lanzando sobre la joven una mirada imposible de describir, con voz ahogada le dijo:

—¡Habla!

Geliztli, que había vuelto a apartar los ojos de su interlocutor, continuó:

—Quise un día prestar al Anáhuac un servicio eminente... El sumo sacerdote me dijo que los dioses exigían de mí este sacrificio..., me dio un narcótico para adormecer a Malinche. Pero la fatalidad que persigue hoy a todos los aztecas lo dispuso de otro modo. ¿Cómo fue? Yo lo ignoro todavía... Pero el narcótico

destinado para Malinche... ¡lo bebí yo!

Tízoc escuchaba a la princesa con avidez. A medida que ésta avanzaba en su confesión se aumentaba la palidez del antiguo sacerdote.

Gelitztli pronunciaba sus frases entrecortadas, sin mirar al guerrero y como si estuviese hablando consigo misma.

Al cabo de un instante, continuó:

—Cuando sentí que las fuerzas me faltaban, cuando caí desplomada sobre el suelo de mi habitación..., el infernal extranjero me miraba con una sonrisa feroz. ¡Oh, el narcótico de Tayatzin era terrible! ¡No desperté sino hasta el día siguiente... cuando el sol empezaba a descender en el horizonte!

Gelitztli se interrumpió un instante, ocultó luego su rostro en sus manos y, dejándose caer sobre un banco, murmuró con voz apenas inteligible:

El infame abusó de mi sueño..., no tardé en conocer que era madre...

Siguió a esta confesión un silencio sepulcral, interrumpido únicamente por los sollozos que se escapaban del pecho de Gelitztli.

Tízoc había quedado inmóvil y mudo. Pero esta insensibilidad aparente era más terrible todavía que cualquiera demostración exterior. En la tirantez de sus facciones, en la palidez mate de su cutis era fácil adivinar la lucha interior que lo devoraba.

Pero poco a poco se obró en él una reacción visible. Su rostro pareció serenarse y, mirando con cierta especie de compasión aquellas lágrimas que se deslizaban entre los dedos de la princesa, le dijo:

—Evitabas mi presencia para no verte obligada a hacerme la explicación que acabo de escuchar. Ahora, que lo sé todo, supongo que no intentarás huir de mí.

La princesa permaneció impasible.

—Al menos —añadió Tízoc— ¿me prometes no salir de esta cabaña hasta el mediodía en que vuelva a verte?

Gelitztli, sin apartar las manos de su semblante, inclinó la cabeza en señal de afirmación.

Tízoc arrojó la última mirada sobre aquella pobre princesa agobiada bajo el peso del dolor y de la vergüenza, y con paso tranquilo salió de la cabaña.

Capítulo XV

Un nuevo rasgo del carácter de Tízoc

El sol empezaba a descender en el horizonte cuando Tízoc volvió a la casa donde se había refugiado Geliztli. Encontró a la joven princesa en la misma posición en que la había dejado.

Sentada sobre el mismo banco, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza oculta entre sus manos. Inmóvil, como una estatua, apenas separó un instante los dedos para mirar a Tízoc. Pero luego que le reconoció, volvió a cubrir su semblante.

Tízoc estaba todavía pálido, pero sereno. Aquella incursión que había hecho fuera de la cabaña le había probado bastante bien.

El aire libre y el calor del sol parecían haber disipado las tintas sombrías que la terrible confesión de la princesa había hecho aparecer en su semblante.

Ahora sólo conservaba cierto aspecto de gravedad que no se amoldaba mucho con su juventud.

Pero Tízoc, en aquellas cortas horas de ausencia, había vivido doble número de años.

Después de un instante de silencio que el guerrero empleó en mirar a Geliztli, con un sentimiento de ternura mezclado de compasión, le dijo:

—El motivo que te ha obligado a rehusar la hospitalidad de Cuauhtemotzin es, en mi concepto, tan poderoso que el tiempo que he estado ausente de esta cabaña lo he dedicado a buscar una casa donde puedas refugiarte y a formar un proyecto para el porvenir.

Geliztli no dio señales de haber escuchado estas palabras.

—La casa —continuó Tízoc— no es ciertamente un alojamiento digno de una princesa de tu nacimiento. Pero tampoco es tan mezquina como esta cabaña, y espero que quedarás contenta de mi elección.

—¡Oh! —exclamó Geliztli con un acento de profunda amargura—. ¿Soy yo acaso digna de vivir siquiera entre los hombres? ¿La joven esposa que vive bajo este rústico techo no es mil veces más digna de estimación que yo?

Tízoc sintió en sus ojos ese escozor que precede a las lágrimas. Pero, haciendo un esfuerzo para contenerlas y como si las sentidas palabras de la princesa no hubiesen hecho ninguna impresión en su espíritu, continuó:

—El proyecto que he formado durante mi ausencia creo que también merecerá tu aprobación. Hacemos correr la voz de que has muerto en la batalla de anoche.

Geliztli separó las manos de su semblante y dirigió a su interlocutor una mirada profunda, como si quisiese leer en su rostro algo más de lo que expresaban sus palabras.

Tízoc continuó:

—Nadie tendrá dificultad en creer esta noticia, porque todo el mundo sabe que vivías en el cuartel de los españoles, que éstos sacaron consigo a todos sus prisioneros y que los aztecas dispararon diluvios de flechas en la oscuridad sobre todos los grupos de extranjeros que huían por la calzada. Además, se han encontrado muchos cadáveres de mujeres entre los de los guerreros, y, como todos han sido violentamente sepultados, ninguno podrá asegurar que tú no te hallabas entre las víctimas.

—¡Ah! —exclamó Geliztli con acento sombrío—. ¡Plugiera a los dioses que yo descansase ahora sobre el helado lecho de la tumba!

—¿Y la creencia general de que hemos muerto no es igual a la muerte misma? Cuando se divulgue la noticia de tu fallecimiento, todos los que han tenido la dicha de conocerte te llorarán algunos días recordando tus virtudes. Pero pronto les consolará la idea de que has ido a aumentar en el paraíso el número de las diosas protectoras del Anáhuac.

—Si —murmuraba Geliztli, como hablando consigo misma—. Los aztecas no sabrán nunca mi dolor..., ignorarán siempre mi vergüenza. Pero yo, yo misma..., ¿podré olvidar nunca? ¡Oh Tízoc!... Levanta sobre esta infeliz mujer tu valiente espada y arráncale una vida que detesta...

Tízoc parecía no escuchar a la joven princesa y continuaba exponiendo su plan:

—El encierro en que has vivido hasta aquí en el palacio de tu padre favorece mucho nuestro proyecto. Muy pocas personas te conocen en Tenochtitlan, y, con cuidarte un poco en la nueva casa que vas a habitar, esas personas no te verán nunca. Jamás habrá, por consiguiente, una sola que se atreva a desmentir tu muerte.

—Tízoc —volvió a interrumpir la princesa—, tienes un corazón noble y generoso. Adivinaste que yo necesitaba de la soledad y del aislamiento para ocultar mi vergüenza y me has buscado un asilo donde pueda llorar a solas mi desventura. ¡Oh! Por grande que sea mi dolor, yo pediré algunas veces a los dioses que te recompensen el bien que me has hecho. Llévame allá, Tízoc. Ya tengo deseos de verme en mi nueva habitación para dar rienda suelta a mis lágrimas. Nadie sabrá que vive allí la hija del gran señor del Anáhuac. Los que me vean alguna vez creerán que soy una pobre muchacha extraviada que ha huido de la casa de sus padres, y..., y cuando...

La princesa se interrumpió un instante como si le hubiese faltado valor para pronunciar las palabras próximas ya a salir de sus labios.

—Y cuando —añadió al fin—, cuando el hijo del crimen haya salido de mi seno...

Tízoc se estremeció a estas palabras, y se hizo más intensa la palidez de su rostro.

—Nadie sabrá al menos —concluyó la princesa— que se ha deshonrado Geliztli..., una hija de Motecuzoma...

Transcurrió un instante de embarazoso silencio durante el cual no osaban mirarse

los dos interlocutores. Cada uno de ellos parecía embebido en sus propios pensamientos.

—Esta mañana —dijo repentinamente Tízoc— he presenciado un espectáculo sangriento que me ha sido imposible evitar. Una pobre muchacha que había sido obligada a servir en el cuartel de los extranjeros atravesaba la calle procurando disimular su estado. Repentinamente se alzó una voz que la acusaba de haber amado a un enemigo del Anáhuac y de llevar en su seno el fruto de aquel amor criminal.

Geliztli, que al principio había escuchado a Tízoc con indiferencia, levantó esta vez su cabeza para mirarle con ansiedad.

Tízoc prosiguió:

—Apenas se alzó aquella voz acusadora, un gran número de gentes del pueblo se agolpó alrededor de la joven y varios hombres se apoderaron de ella, gritando: «¡Llévemola a sacrificar!». «¡Sí, sí! —gritaron otras muchas voces—. ¡Al templo, al templo con ella!». Pero repentinamente se alzó entre la muchedumbre la voz de un sacerdote, que decía: «¡No! ¡La que ha manchado su cuerpo con el amor de un enemigo de los dioses no es digna de morir en las aras de Huitzilopochtli! ¡Castigadla vosotros aquí, aquí mismo!».

Geliztli continuaba escuchando con ansiedad, Tízoc concluyó:

—El sacerdote desapareció al instante, pero sus palabras habían condenado ya a la desventurada joven. Un diluvio de piedras llovió al instante sobre su cabeza, y aquella víctima acaso inocente no tardó en caer exánime a los pies de sus verdugos, que la insultaban todavía después de su muerte.

—¡Ah! —exclamó Geliztli—. Es muy terrible morir así. Y sin embargo...

Y dirigió una mirada hacia la puerta de la cabaña como si tuviese la ambición de ir a arrostrar aquel sangriento martirio de manos del pueblo.

—Todo esto —dijo Tízoc— te hará comprender las precauciones que tienes que adoptar en tu nueva habitación para no ser insultada de la misma manera.

—¿Qué importa la muerte cuando se lleva consigo la deshonra?

—¿Y si la muerte y la deshonra pudieran evitarse? —preguntó tímidamente Tízoc.

—¡Evitarse! —murmuró Geliztli, mirando con asombro al guerrero.

—¿Por qué no? —repuso éste—. Escucha, Geliztli. Tú has sido víctima de una infamia..., de una infamia como solo podía haberla concebido uno de esos miserables extranjeros que tantos males han causado al Anáhuac. Pero tu alma se conserva pura todavía..., las virtudes de que te adornaron los dioses son todavía tu mejor adorno..., la belleza de tu rostro te hace todavía superior a todas las mujeres de Tenochtitlan.

La princesa continuaba mirando sorprendida a Tízoc, como si no acertase a comprender el objeto a que le conduciría tan extraño razonamiento.

—Yo he estado pensando en esto —prosiguió Tízoc— en las pocas horas que me he separado de ti, y me he preguntado: «¿Por qué Geliztli no encontraría un azteca que se casase con ella?».

—¡Casarme! —exclamó Geliztli con un acento imposible de describir.

—¡Oh! No sería ciertamente tu esposo un príncipe de la casa real de Acamapichtzin. Pero supuesto que hemos convenido en que se divulgue la noticia de tu muerte..., puesto que has consentido en descender de la altura del trono para confundirte con las mujeres del pueblo, ¿faltará un hombre honrado que aspire a la dicha de hacerte olvidar tu dolor?

Geliztli ocultó su rostro en sus manos.

—Los que te conocen —añadió el guerrero—, los que han sabido apreciar tus virtudes, ¿dudarán siquiera un momento de que has sido víctima de una infamia?

—¡Ah! —murmuró la princesa, sollozando—. ¿Por qué te complaces en destrozar mi corazón? ¿Por qué hablar de amor, de dicha, de una vida honrada a la que está condenada a sufrir eternamente?

Tízoc dirigió una mirada llena de compasión sobre aquella pobre mujer que lloraba una falta que no había cometido, y, como si no hubiese escuchado las anteriores palabras, continuó:

—Tu matrimonio nos acarrearía grandes ventajas y nos evitaría muchos peligros. En primer lugar, una joven soltera, bella como tú, que viviese sola en una casa de la ciudad, excitaría forzosamente la curiosidad de los vecinos. De la curiosidad se pasaría a la maledicencia, de la maledicencia a saber quién eras... Y ya sabes cuánto nos importa que nadie llegue nunca a saber tu nombre.

La princesa continuaba escuchando en silencio. Su seno se levantaba ligeramente de cuando en cuando para dejar escapar un sollozo.

—En segundo lugar —prosiguió el guerrero con voz apenas inteligible—, sabiendo que eres casada nadie osará sospechar jamás que el niño que llevas en tu seno sea el hijo de un enemigo del Anáhuac.

Geliztli apretó más las manos sobre su rostro, temerosa de que las miradas de Tízoc pudiesen penetrar entre los intersticios que dejaban sus dedos.

Pero en aquel momento el joven guerrero estaba muy lejos de pensar en mirar a su interlocutora, porque el recuerdo que acababa de evocar hacía bullir de indignación la sangre en sus venas.

Tras un instante de pausa, Tízoc volvió a levantar la voz y continuó:

—Sabiendo tu matrimonio el vecindario, nadie se cuidará de saber tu nombre; los maledicentes sellarán sus labios y no habrá quien piense en exponerte a la vergüenza del pueblo. Pero hay todavía más... ¿Sabes lo que sería de ese niño si se llegase a averiguar que era hijo de un extranjero?

Geliztli sintió correr por todo su cuerpo un estremecimiento nervioso.

—¡Oh! —exclamó el guerrero—. Yo conozco muy bien a los sacerdotes de Huitzilopochtli. Arrancarían al hijo de Malinche de tu regazo y, sin tener compasión de su tierna edad, le ahogarían en el lago o le arrancarían el corazón en el templo.

La princesa dejó escapar un ligero grito.

—Todo eso se evitaría casándote. Tu esposo adoptaría al niño, y nadie osaría

nunca arrancarle de sus brazos.

—Tízoc —murmuró la princesa—, ya te he suplicado que no sigas desgarrando mi corazón. ¿Quién puede consentir en casarse con una mujer deshonrada?

—¿Quién? ¿Quién consentiría?... A no ser que fueses muy exigente...

—Tízoc, amigo mío..., hermano mío, ¿por qué te burlas de mí?

—¡Oh, no me llames hermano!

—¿Puedes ser ya otra cosa para mí?

—¡No, no me llames hermano! Las leyes de los aztecas prohíben a los hermanos casarse entre sí..., y yo..., y yo...

La princesa se quedó mirando sin pestañear a su interlocutor, esperando con ansiedad que terminase su frase.

—Y yo..., y yo —balbuceó Tízoc— soy ese hombre que aspira a casarse contigo.

—¡Tú! —exclamó Geliztli retrocediendo asombrada ante el guerrero.

—¡Ah, sin duda te parezco un esposo muy poco digno de ti!

Geliztli se enjugó con la mano las lágrimas que brotaban de sus ojos, miró al guerrero y, revistiéndose de cierto aire de solemnidad, le dijo:

—Tízoc, sabes cuánto te he amado, cuánto te amo aún... si es que la infamia de que he sido víctima me permite todavía albergar un sentimiento tan delicado en el corazón. Las palabras que acabas de pronunciar me indican que no me equivoqué al juzgarte el más noble de los aztecas.

—¡Ah! —exclamó Tízoc creyendo ya en su triunfo.

—Pero, hermano mío —añadió la princesa—, yo no acepto tu sacrificio.

—¡Sacrificio! ¿Llamas sacrificio a lo que sería para mí la suprema felicidad?

Una triste sonrisa se dibujó en los labios de Geliztli, quien prosiguió:

—Tízoc, yo leo en el fondo de tu noble corazón como los sacerdotes leen en el lienzo sagrado de Quetzalcóatl. Tú te has dicho: «Esa pobre muchacha está expuesta a la maledicencia del vulgo..., el furor popular puede castigar un día su desgracia o su crimen... La libraré de todos esos peligros casándome con ella».

Tízoc inclinó la cabeza sobre su pecho, sin atreverse a replicar a la joven princesa por temor de herir aquella susceptibilidad extremada.

—Pero yo te lo repito, Tízoc: no quiero aceptar tu sacrificio. Tú tienes un porvenir brillante, tu valor y tus virtudes te colocarán muy pronto a la altura de los primeros capitanes del Anáhuac, y las mujeres más hermosas de Tenochtitlan se disputarán el honor de llamarte esposo. Tízoc, no desperdicies los dones con que los dioses te brindan. Goza de tu dicha y resérvate para una mujer digna de ti.

—Geliztli, yo no conozco en la extensa ciudad de Tenochtitlan una mujer que me parezca más digna de ser amada que tú.

—¡Ah! —suspiró la princesa—. En otro tiempo esas palabras me hubieran hecho ruborizar de placer. Hoy, al escucharlas, siento que la sangre huye de mis venas. ¿No ves cómo palidece mi semblante?

—¿Te niegas a hacer mi felicidad? —preguntó Tízoc con lágrimas en los ojos.

—¡Yo..., yo...! ¿Puedo acaso hacer ya la felicidad de nadie?

—Cuando yo te lo suplico...

—¡Tízoc! Te estimo demasiado para consentir en ese matrimonio.

—Escucha, Geliztli. Quiero hablarte con toda la sinceridad de mi alma. Si las palabras que voy a pronunciar ahora no te deciden, creeré..., creeré que te repugna mucho un matrimonio con el pobre Tízoc, con el humilde sacerdote de Huitzilopochtli que acaba de transformarse en guerrero.

Tízoc se detuvo un instante como para calcular mejor el valor de las frases que iban a salir de sus labios.

Geliztli le escuchaba inmóvil y silenciosa con los ojos inclinados sobre el pavimento.

—Si el amor que encendiste en mi corazón hubiera podido apagarse, ¿crees que sería capaz de amar a otra mujer? ¡No! Si la llama del amor pudiese extinguirse en mi pecho, la mujer más hermosa del mundo sería impotente para volver a encenderla.

—¡Tízoc! ¡Tízoc! —interrumpió la princesa—. Yo no soy digna de escuchar esas palabras.

—Así, pues —continuó el guerrero—, aun cuando yo no te amase, no haría ningún sacrificio..., no renunciaría a nada uniendo mi suerte a la tuya. ¿Qué es lo que renuncia, qué sacrifica el que a nada aspira? Muerto mi amor, Geliztli, el mundo es para mí un vasto cementerio en que nada me atrae.

La princesa se ahogaba con sus sollozos. Tízoc concluyó:

—Hecha esta confesión, Geliztli, yo te preguntó: ¿quieres negarme el placer de salvarte? Tú me has llamado hermano... Pues bien, seamos hermanos en realidad. Pero consiente en que un sacerdote anude nuestros vestidos para que nos crean esposos, para que nadie murmure de ti, para que un día el fanático pueblo de Tenochtitlan no te sacrifique, no sacrifique a tu hijo...

Geliztli cayó de rodillas y, no permitiéndole hablar los sollozos que se escapaban de su pecho, regó con sus lagrimas los pies del generoso Tízoc. Éste se inclinó sobre ella, la tomó de las manos y la obligó a levantarse.

—¿Consientes ahora? —le preguntó con dulzura.

—¡Ay! —respondió la princesa—. Yo he pedido mil veces la muerte a los dioses. No se han dignado escuchar todavía mis votos, pero no tardará mucho... Yo lo espero así. Yo consiento, Tízoc, porque estoy firmemente persuadida de que tu sacrificio no se prolongará mucho.

—Ven, pues —dijo Tízoc.

Y echó a andar hacia la puerta de la cabaña seguido de la princesa. Una ligera piragua se balanceaba en las aguas del canal.

Tízoc saltó a ella, dio la mano a la princesa, y ésta se sentó, pálida y triste, en el fondo de la barca. Un toldo de mantas la defendía de los rayos del sol.

El guerrero empuñó entonces su largo remo, y la canoa empezó a deslizarse ligeramente sobre la cristalina superficie del canal.

Capítulo XVI

La boda

El encierro en que la princesa había vivido durante toda su vida no le permitía conocer bastante la topografía de la ciudad para saber el lugar a que la conducía Tízoc.

Hacía un cuarto de hora que el ligero esquife bogaba tranquilamente entre dos hileras de casas cuando se detuvo a las espaldas de un edificio cuyo frente daba a una de las tres calzadas principales de la ciudad.

Tízoc clavó un remo en el fondo del canal y saltó a tierra. Geliztli se apoyó en la mano que le presentaba su conductor y saltó también.

—¿Hemos llegado? —le preguntó mirando con asombro en derredor suyo.

—Sí —respondió Tízoc.

—Pero ésta me parece una mansión bastante espléndida para la que desea ocultar su ilustre nacimiento.

—No es ésta la casa que debes habitar. Es el lugar en que te aguardan las nobles matronas que deben conducirte a la casa de tu esposo para que se verifique el matrimonio.

—¡El matrimonio! —exclamó Geliztli estremeciéndose—. ¿Tan pronto?

—La ceremonia tendrá lugar hoy mismo al ocultarse el sol en el ocaso, según está prevenido en el ceremonial del Anáhuac. He querido que no se omita ninguna de las solemnidades, para que todos los vecinos del cuartel donde vas a habitar sepan que te has casado conmigo.

Geliztli inclinó la cabeza sobre su pecho. Tízoc añadió:

—No olvides que te llamas Ilancuéitl. Éste es el nombre con que te he designado a las mujeres que te aguardan en este lugar. Voy a dejarte con ellas para aguardarte luego en la casa que habitarás en adelante. Sígueme.

Tízoc y la princesa entraron entonces en la casa. El primero habló unas cuantas palabras con una mujer que salió a recibirle y, dirigiendo una mirada de despedida a la princesa, salió de la casa.

Pero en lugar de tomar la barca que había dejado a espaldas del edificio, salió a la calle formada por la calzada de que acabamos de hablar.

Diez minutos después se detenía frente a una casa de bonita apariencia que se levantaba al lado derecho de la calzada.

Ésta era la mansión destinada para Geliztli y en ella debía verificarse la boda.

Componíase de una sola pieza, como la mayor parte de las casas aztecas. No contenía entonces otros muebles que unas cuantas sillas de juncos y una estera curiosamente labrada y extendida en el centro de la habitación.

No lejos de la estera veíanse apilados algunos haces de leña que debían encenderse en el momento de la celebración de la boda. Los cuatro ángulos de la estancia hallábanse adornados con cañas verdes y espinas de maguey, con las cuales debían sacarse sangre los esposos para hacer penitencia, según el rito establecido en el Anáhuac.

La casa solo contenía dos puertas: una que daba a la calle, y otra a un extenso patio donde algunas mujeres del puebla se ocupaban en preparar el banquete que debía seguir a la boda.

Empezaba el sol a ocultarse en el horizonte, cuando se dejó oír una música triste y monótona, como todas las de los aztecas, que avanzaba hacia la casa.

Tízoc y todos los convidados, que se habían reunido ya en la habitación, salieron entonces a la puerta de la calle precedidos de cuatro mujeres que llevaban luces en las manos.

El acompañamiento con que Geliztli avanzaba hacia la casa de su futuro era verdaderamente numeroso. Dos hileras de mujeres primorosamente vestidas marchaban a cada uno de los lados de la calle. La luz rojiza que arrojaban las teas que llevaban en la mano luchaba todavía con el crepúsculo de la tarde.

En el centro de esta procesión caminaba Geliztli entre dos nobles matronas que hacían las veces de sus padres, exhortándola a cumplir con los deberes que iba a imponerle su nuevo estado. Cerraban la marcha los músicos y unos cuantos ociosos que por curiosidad se habían unido al acompañamiento.

Cuando la procesión hubo llegado a la casa en que la aguardaba Tízoc, éste se adelantó a la princesa, levantó un incensario que llevaba en la mano y arrojó su perfumado vapor sobre el rostro de la que iba a ser su compañera. Geliztli tomó entonces un pebetero de barro de mano de una de las mujeres que la rodeaban e incensó también a su esposo.

En seguida la tomó Tízoc de la mano y, seguidos de todos los convidados del acompañamiento de la princesa, entraron en la habitación.

Los dos esposos se colocaron entonces sobre la estera, que, como hemos dicho, se hallaba extendida en el centro de la sala. Un sacerdote llamado al efecto tomó una extremidad de la camisa de Geliztli y la ató a la capa de Tízoc.

La princesa se estremeció al sentir que tocaban su vestido, porque comprendió que quedaba ya consumado aquel sacrificio que, por compasión a ella, se había impuesto el joven guerrero.

Sacóla de sus tristes reflexiones la voz del sacerdote, que la excitaba a cumplir con el resto del ceremonial. Geliztli tartamudeó algunas palabras de disculpa, se adelantó al fuego que ardía cerca de la estera y dio siete vueltas alrededor de él.

Volvió en seguida adonde estaba Tízoc y, tomando ambos el incensario que les presentaba el sacerdote, ofrecieron a los dioses el humo del copal que se desprendía de los carbones encendidos para que se dignasen bendecir su unión.

Terminada esta ceremonia, varios criados invadieron la sala para preparar el

banquete. Arrojaron sobre el pavimento gruesas esteras de juncos, las cubrieron con blancos manteles y pusieron sobre éstos las fuentes de barro en que humeaban todavía los succulentos manjares de la cocina azteca. Las tortillas de maíz y los jarros del pulque estaban servidos con la mayor abundancia.

Tízoc y Geliztli comieron separados de los demás en la misma estera donde el sacerdote había verificado el matrimonio.

Durante la comida, los convidados, que, como comprenderá el lector, fijaban muy a menudo sus miradas en los dos esposos, empezaron a notar que aquellos dos jóvenes tan gallardos, tan arrogantes, tan favorecidos por el cielo con todas las dotes físicas y morales, más parecían dos reos condenados a un inmediato suplicio que dos amantes llegados con el matrimonio al apogeo de la felicidad.

Geliztli estaba pálida y sombría y no se había atrevido a levantar una sola vez los ojos ni sobre su esposo ni sobre concurrentes Tízoc estaba grave y sereno; pero su gravedad no parecía propia de aquellos momentos, en que debía sonreírle el amor.

Los convidados se entregaban a mil extrañas conjeturas para poder penetrar el sombrío misterio que parecía envolver aquella unión. Si se añade a esto que la esposa era desconocida para todos los circunstantes, que había tenido padres que la presentasen a los padres del novio, según la costumbre establecida entre los aztecas, se comprenderá hasta qué grado estaba excitada la curiosidad de la concurren.

—Yo he visto más de cien matrimonios —decía una grave matrona—: en casi todos he visto a la novia derramar lágrimas; pero pálida y triste como ésta... ¡nunca!

—Yo tampoco he visto nunca a un novio tan serio como Tízoc —añadió otra.

Pero pronto los vapores del vino hicieron cambiar el curso de estos sombríos pensamientos.

Todos empezaron a emitir en voz alta sus ideas, hablóse de la derrota que acababan de sufrir los españoles y comentóse de mil maneras este acontecimiento tan glorioso para el Anáhuac.

Repentinamente se alzó entre los convidados una voz que gritaba:

—¡A bailar, a bailar!

Todos los circunstantes, a excepción de los esposos, abandonaron las esteras en que comían y se lanzaron impetuosamente al patio.

Pocos instantes después, hombres y mujeres formaban varios círculos alrededor del *huéhuatl* y del *teponaztli* y comenzaba el baile favorito de los aztecas.

Luego que Tízoc y Geliztli se quedaron solos, se retiraron ambos a sus respectivos lechos.

Consistían éstos en dos esteras de juncos, cubiertas con blancas sábanas, y los separaba un corto espacio en que las matronas habían colocado varias plumas y la piedra preciosa llamada *chalchíhuatl*. El rito azteca exigía que, durante aquella noche y las tres siguientes, los esposos se entregasen a la oración y a la penitencia, mientras los convidados los vigilaban en el patio inmediato. Los castigos más terribles del cielo estaban reservados para los esposos que osasen contravenir a este precepto sagrado.

Tízoc y Geliztli eran demasiado religiosos para no cumplirlo al pie de la letra.

Ambos, pues, oraron fervorosamente, no para que los dioses bendijeran su unión, porque es preciso confesar que ninguno de los dos esposos se imaginaba que aquel enlace pudiese ser feliz. Tízoc oró para que el cielo se dignase tener compasión de aquella pobre joven tan villanamente ultrajada por lo» extranjeros, y Geliztli para que derramase todos sus bienes sobre aquel ilustre guerrero que tan noblemente se sacrificaba por ella.

En la noche del cuarto día, después de un espléndido banquete con que Tízoc regaló a sus convidados, éstos retiraron definitivamente de la casa en que se había celebrado el matrimonio, deseando a los esposos toda clase de prosperidades.

Las matronas que habían conducido: Geliztli a su nueva habitación se retiraron también, después de exhortarla por última vez a cumplir con los deberes que le imponía su estado.

Estaban ya terminadas las ceremonias del matrimonio, y desde aquel momento los esposos se pertenecían un a otro.

Cuando el último convidado se hubo retirado de la sala, Tízoc se volvió hacia la princesa, que, pálida y confusa, acababa de sentarse sobre una silla de juncos.

—Se ha realizado ya nuestro proyecto —le dijo con acento tranquilo el guerrero. Tu verdadero nombre ha que dado sepultado en el olvido, y todo el barrio donde vas a habitar ahora te ha visto tomar un esposo con todas la solemnidades consagradas por nuestro rito. Nadie te inquietará en adelante..., nadie te preguntará quién eres, sabiendo que has tomado por esposo a Tízoc.

La princesa escuchaba en silencio, sin atreverse a levantar los ojos para mira al guerrero.

Tízoc continuó:

—Xiloxóchitl, la esclava que te ha servido desde tu niñez, está aguardando en el patio inmediato a que yo la llame. El día de nuestra boda la encontré en la calle, le referí mi proyecto y ella lo aplaudió, derramando lágrimas de gozo. Hizo más...: ofreció continuar en tu servicio, jurando guardar un profundo secreto sobre tu existencia anterior.

Tízoc se detuvo un instante, como para tomar aliento, y prosiguió:

—Ella será desde ahora tu única compañera. ¡Yo...! Yo, en los días de peligro por que atraviesa el Anáhuac, necesito hallarme junto al ilustre Cuauhtemotzin, el general de los ejércitos aztecas, par salvar a la patria.

Y avanzando algunos pasos hacia la princesa y tendiéndole la mano en señal de despedida, añadió:

—Que los dioses queden contigo. No sé cuándo volveremos a vernos... Pero, yo te prometo cuantas veces me lo permita la guerra, vendré a visitarte, siquiera para que no se murmure de mi..., siquiera para que no se diga que amo muy poco a mi esposa.

Geliztli se apoderó temblando de la mano que le extendía Tízoc. Pero repentinamente se levantó, cayó de rodillas ante él y, con el rostro inundado de

lágrimas, le dijo:

—Tízoc, yo te agradezco el sacrificio que te has impuesto por mí... ¡Que los dioses te bendigan, que derramen sobre ti todas las bendiciones del cielo!...

Y como un esclavo que tributa a su señor el respeto que le debe, como un mortal que rinde el culto debido a un ser sobrenatural, Geliztli apoyó sus labios sobre la callosa mano del guerrero que tenía entre las suyas.

Tízoc retiró vivamente su mano porque sintió que aquel ligero beso encendía la sangre en sus venas.

Tartamudeó luego algunas palabras incomprensibles y, con paso vacilante, salió de la habitación.

Geliztli se quedó por mucho tiempo arrodillada en el mismo sitio regando el suelo con sus lágrimas.

Capítulo XVII

Últimas discusiones en el senado

Hemos dejado a los españoles en Tlacopan descansando de las fatigas de aquella terrible batalla que había arrancado a Hernán Cortés lágrimas de despecho.

La humillación de la derrota, la pérdida de una tercera parte de sus europeos y la notable disminución que se observaba en las filas de los aliados le impidieron cerrar un instante los ojos, mientras sus fatigadas tropas se entregaban un momento al reposo.

Aquel mismo día continuó el ejército su marcha hacia Tlaxcala. Caminaba Hernán Cortés, preocupado con el recibimiento que le haría aquella república. La amistad que le había jurado, la alianza que el senado había hecho con él, el odio inveterado que tenían los tlaxcaltecas a los mexicanos no bastaba a tranquilizar el ánimo del general español.

Cuando la república le había jurado aquella amistad, era porque le creía invencible; si le había confiado sus tropas, había sido con la seguridad de que la vengaría de sus eternos enemigos los mexicanos. Hoy, que le vería derrotado, disminuido considerablemente su ejército y lanzado ignominiosamente de Tenochtitlan, ¿le recibiría con arcos y flores como cuando la primera vez había entrado victorioso en su capital?

¿No preferiría armar a todos sus guerreros para darle el golpe de gracia y captarse así la voluntad de los mexicanos, para que le perdonasen la alianza que había hecho con los extranjeros? ¿Tendría nada de extraño que aquella nación salvaje a quien en otro tiempo había humillado en tres derrotas sucesivas le volviese las espaldas en el momento de la desgracia?

Entregado Hernán Cortés a estas tristes reflexiones llegó con su ejército, al tercer día de marcha, a las inmediaciones de Otompan.

Allí le sobrevino una nueva calamidad. Presentóse a su vista un ejército poderoso, cuyo número centuplicó a sus ojos el miedo. Hubo soldado español que contase doscientos mil combatientes, pero ésta era una exageración ridícula, porque los mexicanos no habían seguido a los fugitivos y ningún pueblo de aquellas cercanías hubiera podido levantar, por si solo y en tan corto espacio de tiempo, tal número de guerreros.

Hernán Cortés desplegó ante el enemigo los mutilados restos de su ejército, pronunció una de sus mejores arengas para animarlos a la lucha y dio la señal del combate.

Acaso habría sido ésta la última batalla que los españoles hubiesen dado por entonces en el Nuevo Mundo si el astuto extremeño no se hubiera valido de un ardid

para amedrentar a sus contrarios.

El general del ejército enemigo venía sobre unas andas, que cargaban cuatro de sus soldados, espléndidamente vestido y llevando atado a un brazo el estandarte de la nación a que pertenecía. Consistía éste en una red de oro que pendía de una asta primorosamente pintada.

Hernán Cortés recordó haber oído decir que cuando los aztecas habían perdido al general o el estandarte que conducía, se creían irremisiblemente derrotados.

Llamó entonces a Sandoval, a Olid y Ávila, se rodeó de sus soldados más animosos y, abriéndose paso con la punta de sus espadas entre la muchedumbre enemiga, logró llegar hasta donde estaba el general y derribarle de la litera. El desgraciado murió al instante y el estandarte de oro cayó en poder de los audaces españoles.

Los indios huyeron despavoridos a esconderse tras las montañas vecinas. El ejército continuó su marcha y al día siguiente entró en los dominios de Tlaxcala.

Hernán Cortés, preocupado siempre con la actitud que tomaría la república después de su desastre de Tenochtitlan, se detuvo en un pueblo de la frontera para observar a sus aliados y adoptar el partido que creyese más conveniente.

Pero muy pronto comprendió que sus temores habían sido infundados. Los cuatro señores de la república, seguidos de un numeroso acompañamiento, no tardaron en ir a visitarle a la aldea en que había acampado. Le manifestaron su sentimiento por el revés de la *Noche Triste*, le animaron a seguir combatiendo y le prometieron todos los guerreros de Tlaxcala para vengar su derrota.

Hernán Cortés les dio las gracias por su generosidad y, tres días después, se presentó con su ejército en la capital de la república. Los tlaxcaltecas recibieron a sus aliados con mayor entusiasmo que la primera vez.

La muchedumbre se agolpaba en las calles, regaba de flores y de ramas su tránsito, y se les dispuso una abundante comida y un alojamiento magnífico.

Reanimábanse los españoles con esta lealtad inesperada, y el espíritu ambicioso de Hernán Cortés veía aclararse ante sus ojos el porvenir.

Pero verificóse repentinamente un acontecimiento que oscureció por algunos instantes, con la nube de la duda, aquellos magníficos horizontes.

Un día se presentaron en Tlaxcala cuatro embajadores del nuevo emperador del Anáhuac.

Reunióse precipitadamente el senado, y los cuatro enviados de Cuitlahuatzin, adornados con los atributos de su elevada misión, fueron introducidos en su recinto.

El de mayor edad tomó entonces la palabra y dijo:

—Nobles y valientes tlaxcaltecas: El ilustre Cuitlahuatzin, gran señor del Anáhuac, nos envía a vosotros para proponeros una alianza que ponga término a las desavenencias que nos han dividido hasta aquí. Tlaxcala y Tenochtitlan son dos pueblos que debían vivir eternamente unidos entre sí, porque el color de nuestra piel, el idioma que hablamos, el traje que vestimos, los dioses que veneramos en nuestros

altares, el culto que les tributamos, nos están revelando que descendemos todos del mismo origen. Tiempo es ya de que se verifique esta unión, principalmente ahora en que los extranjeros blancos venidos del gran lago de Chalchiuhcuecan pueden ser destruidos con un solo esfuerzo de vuestro animoso pueblo. ¿Qué esperáis de esos extranjeros sacrílegos? ¿Creéis que agradecerán algún día la generosa hospitalidad con que les habéis brindado en la hora de su desgracia? Ved lo que han hecho con el débil Motecuzoma. Los recibió en su capital, los alojó en el palacio de su padre, satisfizo su voracidad con el tributo de cien ciudades y consumió en obsequiarlos los inmensos tesoros apilados por sus mayores. ¿Cómo pagaron tantos beneficios? Ya lo sabéis. Le redujeron a prisión, le vejaron, le insultaron, asesinaron a la flor de sus guerreros, a la flor de su nobleza, profanaron los altares de los dioses, destruyeron sus templos y condenaron a las llamas los más bellos edificios de Tenochtitlan. Tlaxcaltecas: abrid los ojos. Los extranjeros que hoy abrigáis en vuestro seno morderán mañana vuestra carne para infiltraros su veneno. Harán con vosotros lo que hicieron con el desgraciado Motecuzoma. Volved sobre vuestros pasos. Declaraos enemigos de los sacrílegos extranjeros, y todas las naciones del Anáhuac bendecirán vuestro nombre; el gran señor de Tenochtitlan hará con la república una alianza firme y duradera, la cólera de los dioses será aplacada con la sangre de las víctimas y harán llover sobre vuestro pueblo todas las bendiciones del cielo. Todo el senado escuchó con profunda atención este largo discurso.

Cuando la última palabra se hubo extinguido en los labios del embajador, Maxiscatzin, en nombre de sus colegas, le respondió:

—Hemos escuchado lo que nos propone el gran señor de Tenochtitlan. Retiraos a la casa donde habéis sido alojados. Allí se os hará saber muy pronto la resolución del senado.

Los cuatro embajadores hicieron una profunda reverencia y despejaron la sala.

Los senadores, luego que se quedaron solos, se miraron, unos a otros con curiosidad, como si cada uno pretendiese adivinar la opinión de su compañero en la expresión de su semblante.

Al cabo de un instante de silencio el joven Xicoténcatl alzó la voz y dijo:

Las proposiciones que acabamos de escuchar son una prueba palpable del amor que los dioses profesan a Tlaxcala. ¿Qué mayor felicidad para la república que formar una alianza con el poderoso señor de Tenochtitlan? La paz quedaría para siempre establecida en nuestro territorio, porque éste es el único país del Anáhuac capaz de provocar nuestra cólera. El comercio entre las dos naciones nos proveería de muchos artículos de que hace tantos años estamos privados, y nuestros hermanos y nuestros hijos nos bendecirían eternamente por la prosperidad que daría al pueblo nuestra sabiduría. Tlaxcaltecas: el que ha vencido varias veces a los mexicanos en los campos de batalla es el primero que os aconseja hoy que aceptéis su alianza.

—Mancebo —interrumpió con severidad Maxiscatzin—, ¿no has oído a qué precio se impone esa alianza a la república?

—Al precio de declarar la guerra a los extranjeros.

—¡Y bien! ¿Crees que la noble república de Tlaxcala, que ayer ha jurado amistad a los extranjeros, puede romperla hoy solo para complacer a Cuitlahuatzin?

—Lo que yo sé —replicó con arrogancia Xicotécatl— es que los extranjeros son el enemigo común de nuestra raza, de nuestra religión, de nuestras costumbres. Lo que yo sé es que, desde que esos pretendidos descendientes de Quetzalcóatl pisaron nuestro territorio, los dioses, airados sin duda por la protección que les habéis dispensado, han echo llover todo género de calamidades sobre la república. ¿Qué es del valor de nuestros guerreros, celebrado desde tiempo inmemorial en toda la gran mesa del Anáhuac? Preguntádselo a los extranjeros, que derrotaron tres veces nuestro ejército; preguntádselo a los aztecas, que nos han lanzado ignominiosamente de su capital. ¡Ay! Antes de que los blancos pisasen nuestro territorio nunca los tlaxcaltecas volvían la espalda a sus enemigos. Los acontecimientos nos están indicando el partido que debemos adoptar. Unámonos con los mexicanos para destruir a los extranjeros, y la república de Tlaxcala volverá a ser respetada, como siempre, de todos los pueblos que la rodean.

Un murmullo de aprobación acogió estas enérgicas palabras. Pero era fácil notar que aquella demostración partía únicamente de los pocos jóvenes que ocupaban asiento en la asamblea.

Maxiscatzin se levantó indignado de su banco, y arrojando una mirada de cólera sobre aquella falange juvenil que se atrevía a contrariar sus designios:

—Tlaxcaltecas —dijo—, ¿así permitís que se os hable de una perfidia en este recinto sagrado donde se han concertado todas las grandes acciones que han hecho célebre el nombre de la república? ¡Perfidia, sí! ¿Qué otro nombre merece la acción a que quiere induciros ese mal aconsejado mancebo? ¡Haber hecho alianza con los extranjeros cuando los creíamos invencibles y declaramos enemigos suyos hoy que están en la desgracia! ¡Oh! ¡Esto no sería nunca digno de la noble, de la leal, de la magnánima nación que nos legaron nuestros padres!

La cólera enrojó el rostro de Xicotécatl al ver la interpretación que el anciano Maxiscatzin daba a sus palabras.

—Yo no os aconsejo una infamia —replicó—. Yo no os digo que os apoderéis a traición de los extranjeros para entregarlos maniatados a sus enemigos. Yo os propongo que les ordenéis que salgan de nuestro territorio y que, si rehúsan obedeceros, nos unamos con los aztecas para vencerlos en leal batalla.

—¡Nunca! —exclamó con vehemencia el octogenario—. El gran señor de Tenochtitlan ha sido siempre pérfido y desleal con la república y ningún motivo hay para creer que observará ahora una conducta menos inicua. Después que le ayudásemos a destruir a los extranjeros volvería sus armas contra Tlaxcala, como lo ha hecho siempre para proveer de víctimas a sus sacerdotes. Los extranjeros son nuestros aliados naturales y con su valor destruiremos un día el tiránico poder de los aztecas.

Una amarga sonrisa contrajo los labios de Xicotécatl, y añadió:

—Y cuando gracias a nuestra alianza hayan reducido a escombros a Tenochtitlan, mexicanos y tlaxcaltecas seremos para siempre esclavos de los extranjeros.

—Ellos no serán nunca ingratos con la república.

—Como no lo fueron nunca con Motecuzoma. Ellos atribuirán vuestra generosidad a debilidad, y llegará un día en que lloraréis con lágrimas de sangre el error que cometéis.

Estas palabras irritaron de tal manera al susceptible Maxiscatzin, que alzó su brazo y, empujando al guerrero hacia la puerta, con voz airada le dijo:

—¡Retírate!

Una sonrisa desdeñosa se dibujó en los labios de Xicotécatl. ¿Cómo aquel débil octogenario se atrevía a medir sus fuerzas con él?

Levantó los ojos para observar el efecto que había producido la acción de Maxiscatzin.

Todos los ancianos de que se componía el senado parecían aprobar con su aspecto severo la conducta de aquél y le señalaban con los ojos la puerta de la sala.

Xicotécatl no fue dueño ya de contenerse:

—Débiles ancianos —les dijo—, aceptad la alianza que se os propone y la juventud tlaxcalteca expulsará de Anáhuac a los pérfidos extranjeros. Tened valor para hacer la felicidad de vuestra patria.

Maxiscatzin volvió a levantar su brazo y, con una fuerza de que no se le hubiera creído capaz en vista de sus años, precipitó a Xicotécatl por las gradas del edificio.

Este acontecimiento era verdaderamente extraordinario en la circunspección que aquella asamblea observaba siempre en sus deliberaciones.

En medio del silencio que reinó en la sala después de la expulsión del guerrero, se alzó la voz del anciano Xicotécatl, quien dijo:

—El joven a quien acabáis de despedir ha faltado al profundo respeto que se debe a esta augusta asamblea. Para que este ejemplo pernicioso no corrompa a la juventud de Tlaxcala se hace necesario imponerle un castigo proporcionado a su culpa.

Ninguna voz se alzó en defensa del joven Xicotécatl, señal evidente de que todos aquellos adustos ancianos participaban de la misma opinión. Acaso alguno habría tomado la palabra para apoyar al anciano senador si no le hubiese detenido la consideración de que éste acusaba a su propio hijo.

Entonces el octogenario volvió a tomar la palabra y, con lágrimas en los ojos, propuso al senado que mandase prender a su hijo. Todos los senadores inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

Un momento después se prendía en su misma casa al general de los ejércitos tlaxcaltecas, que no tenía otro delito que amar demasiado a su patria y leer con más acierto en el porvenir que aquellos próceres, débiles y gastados.

Entretanto, el senado continuaba ocupándose de la embajada de Cuitlahuatzin.

El castigo que acababa de imponerse al joven Xicotécatl era un indicio bastante

claro de la disposición en que se hallaba la asamblea.

La discusión tuvo desde entonces muy poco interés, y al cabo de un instante ya se había acordado la respuesta que debía darse al gran señor de Tenochtitlan.

El senado no rehusaba la alianza que se proponía a la república, pero se negaba a aceptarla si se le exigía como condición precisa el sacrificio de los extranjeros.

Esta respuesta, que parecía dictada por un gran sentimiento de generosidad, era tan astuta y doble como la que el año anterior se había dado a los cempoaltecas.

La república temía tanto a Hernán Cortés como al poderoso señor de Tenochtitlan y con estas palabras creía dejar satisfechos a ambos.

Buscóse a los embajadores de Cuitlahuatzin para comunicarles la resolución del senado. Pero habían ya desaparecido de la casa en que se les había alojado.

Cierta agitación que habían notado en las clases del pueblo les había infundido el temor de ser tratados como los embajadores cempoaltecas enviados diez meses antes por Hernán Cortés, y habían emprendido secretamente la vuelta a Tenochtitlan.

Los españoles supieron muy pronto lo que había acaecido en el senado.

Hernán Cortés hizo una visita a Maxiscatzin, acompañado de sus principales capitanes, y le dio las gracias por la generosa consecuencia que el senado guardaba a los españoles a pesar de sus últimos reveses.

—Extranjero —respondió Maxiscatzin—, la república ha sabido ser siempre tan fiel con sus aliados como terrible con sus enemigos. Tlaxcala se hundirá contigo o librárá para siempre al Anáhuac del tiránico poder de los señores de Tenochtitlan.

—Vuelvo a daros las gracias por vuestros generosos sentimientos —repuso Hernán Cortés—; y ya que me dispensáis esa amistad que tanto me honra, voy a hacer os una súplica en favor de joven a quien estimo mucho y que ha caído en vuestra desgracia.

El anciano Maxiscatzin miró lleno de asombro a su interlocutor.

—Hablo del joven Xicoténcatl —añadió Hernán Cortés con hipócrita modestia.

—¿Sabéis que su mismo padre fue quien propuso al senado el castigo que se le ha impuesto?

—Todo lo sé, pero eso no me impide rogaros que repitáis mi súplica al anciano Xicoténcatl y a todos vuestros colegas para que se ponga en libertad a ese valiente mancebo que ha tenido tantas veces el honor de dar la victoria a vuestras armas.

Ningún senador se atrevió a oponerse a los deseos del general español.

El joven Xicoténcatl fue puesto inmediatamente en libertad, y el primer español que le encontró en la calle corrió al alojamiento de Hernán Cortés a darle la noticia.

—Ya lo esperaba —dijo tranquilamente el general—. Yo mismo había intercedido por él, y el senado me estima demasiado para no obsequiar en cuanto puede mis deseos.

El soldado retrocedió espantado y, haciendo un ligero saludo, se retiró del aposento.

«En libertad..., ¡sí! —murmuró Hernán Cortés con una sonrisa terrible en los

labios—. Pero pronto saldrá conmigo a la guerra y yo encontraré entonces una ocasión para castigarle mejor que esos débiles senadores. ¡Meterle en una jaula cuando debía ya haber pagado en la horca sus imprudentes palabras!».

Capítulo XVIII

Preparativos

La derrota que en la *Noche Triste* habían sufrido los españoles en Tenochtitlan no había hecho desmayar un solo instante a Hernán Cortés en sus propósitos.

Los primeros días que pasó en Tlaxcala los empleó en combinar su plan.

Necesitaba, en primer lugar, de algunas embarcaciones para oponer a las innumerables canoas que los indios hacían jugar en el lago y en los canales de Tenochtitlan.

Si hubiese tenido estas embarcaciones al salir de aquella ciudad, acaso se habría evitado el desastre de la *Noche Triste*, en que tantos españoles y aliados habían perecido en los fosos después de la destrucción del puente portátil.

Mandó, pues, cortar la madera necesaria para sus buques y pidió al senado de Tlaxcala que le diese trescientos hombres de carga para conducir desde Villa Rica las jarcias, clavazón y demás materiales de la flota que el año anterior había destruido en Chiahuitztlá.

Dedicóse, en segundo lugar, a instruir a sus fieles aliados los tlaxcaltecas en el arte de la guerra para que pudiesen batirse ventajosamente con los aztecas, enemigos irreconciliables de la república.

Empezó también a acopiar todas las provisiones necesarias para la grande empresa que iba a acometer y cuya duración y dificultades no podían ocultarse a aquellos mismos hombres que habían llorado con lágrimas de sangre desastrosa salida de Tenochtitlan.

Hernán Cortés no era hombre que podía permanecer mucho tiempo en inacción. Aprovechó, pues, la primera oportunidad que se le presentó para probar a sus enemigos y a sus aliados que la victoria seguía todavía sonriendo a sus armas.

La provincia de Tepeyacac, que confinaba con la república de Tlaxcala, se había sometido a los españoles después de la matanza que éstos habían hecho en Cholula. Pero el desastre de la *Noche triste* hizo creer a los señores de aquel pueblo que los extranjeros estaban perdidos para siempre y, queriendo atraerse las simpatías de los aztecas, habían sorprendido y matado a algunos españoles que se dirigían de Villa Rica a Tenochtitlan.

Hernán Cortés resolvió castigar este atentado y salió con este objeto de la capital de la república con cuatrocientos veinte españoles y seis mil guerreros tlaxcaltecas.

Después de algunos combates parciales, en que obtuvo siempre la victoria y en que cayeron en su poder varias ciudades de segundo orden, se presentó en la capital de la provincia, orgulloso con sus triunfos y precedido de la fama de las terribles venganzas que acababa de ejecutar.

La ciudad no opuso ninguna resistencia e imploró la compasión del vencedor. Pero Hernán Cortés no se dejó ablandar con sus súplicas. Declaró esclavos a la mayor parte de sus habitantes y los hizo marcar con un hierro candente.

De Tepeyac marcharon los españoles Cuauhquechollan, en cuyas inmediaciones derrotó a un ejército azteca, mandado en persona por el emperador Cuitlahuatzin.

Sometida aquella provincia, no tardaron en someterse igualmente las de Itzacan, Jalatzingo, Tecamachalco y Tochtépec. Lo mismo hicieron otros ya pueblos circunvecinos.

Los españoles y sus aliados no tardaron en dar la vuelta a Tlaxcala, cargados con los despojos de tantas victorias. El pueblo y el senado los recibieron con aclamaciones de júbilo, porque en los triunfos de Hernán Cortés creían ver el futuro engrandecimiento de la república.

¿Qué sucedía entretanto en Tenochtitlan?

Los mexicanos, después de haber expulsado de la ciudad a sus enemigos, se dedicaron con ahínco a reconstruir los edificios públicos y privados que habían sido demolidos o sufrido algún detrimento durante la guerra. Limpiáronse los fosos, los puentes levadizos volvieron a ser colocados y mandaron construir una exorbitante cantidad de armas para reponer las que los españoles habían arrancado de los depósitos del templo Mayor.

Mandaron luego comisionados a todos los pueblos circunvecinos y a todas las ciudades tributarias del imperio para excitarlas a levantar tropas a fin de que los esfuerzos unidos de todos los aztecas pudiesen acabar de una vez con los sacrílegos extranjeros.

Cuitlahuatzin decía que ningún azteca debía dejar de armarse en defensa de la patria y él mismo quiso dar el ejemplo poniéndose al frente del ejército que marchó a proteger a Cuauhquechollan.

Ya hemos visto la suerte que corrió el ejército imperial en esta infausta jornada. Pero este revés no bastó para desanimar a los patriotas aztecas, que continuaron preparándose para defender a la capital del Anáhuac de un asedio que creían ya inminente.

Cuando más animados estaban con sus preparativos, sobrevino una gran desgracia que estaban muy lejos de aguardar.

El emperador Cuitlahuatzin, en la fuerza de su juventud y de sus ilusiones, acababa de morir de una enfermedad desconocida hasta entonces en toda la extensión del Anáhuac.

Un negro, esclavo de Narváez y que había residido mucho tiempo en Cempoala, fue atacado de viruelas en esta ciudad, y de allí se comunicó el mal con increíble rapidez a todas las demás poblaciones del imperio.

Los médicos aztecas se quedaban pasmados ante aquella horrible enfermedad que desfiguraba a los pacientes y los hacía morir entre los más atroces suplicios. Ignoraban aún el medio de combatirla, y el funesto presente de los conquistadores se

cebaba impunemente en un número extraordinario de víctimas.

Cuitlahuatzin fue sepultado en Chapultepec con la pompa y ceremonias acostumbradas en los funerales de los emperadores aztecas. ¡Aquéllas debían ser las últimas cenizas que los mexicanos depositaban en el regio panteón de los soberanos de Tenochtitlan!

Reuniéronse luego los electores del imperio para designar a la persona que debía ocupar el trono que acababa de dejar vacante la temprana muerte de Cuitlahuatzin.

El trono del Anáhuac no era por cierto en aquellas circunstancias un lecho de rosas.

Necesitábase de un hombre bastante experimentado en la guerra y en el arte de gobernar, que tuviese bastante valor y bastante patriotismo para combatir heroicamente contra los extranjeró, a quienes tenía ensorbecidos la debilidad de Motecuzoma.

La elección recayó en el príncipe Cuauhtemotzin, sobrino de los dos últimos soberanos, y con quien el lector ha hecho ya conocimiento en uno de los capítulos anteriores.

Cuauhtemotzin era todavía un joven de veinticinco años; pero había demostrado ya tanto valor en los combates y tanto juicio y sabiduría en los consejos de Motecuzoma y Cuitlahuatzin, que ninguno de los electores se atrevió a negarle su voto a pesar de su juventud.

Cuando éstos se trasladaron a la casa del príncipe a participarle su decisión, Cuauhtemotzin les dio las gracias sin modestia y sin orgullo y les dijo que aceptaba por lo mismo que eran muy difíciles las circunstancias que atravesaba entonces el Anáhuac.

¡Ah! El animoso príncipe no presentía tal vez que el cetro que en aquel instante colocaban en sus manos los electores debía convertirse muy pronto en la palma del martirio.

Por este tiempo Hernán Cortés había ya concluido sus preparativos para la nueva expedición que proyectaba sobre Tenochtitlan.

Habiendo pasado revista a sus tropas, se encontró con cuarenta jinetes y quinientos cincuenta soldados españoles. Los aliados ascendían a la fabulosa suma de ciento cincuenta mil combatientes, entre tlaxcaltecas, huexotcingos, cholultecas y tepeyaqueses.

El 28 de diciembre de 1520, después de haber dirigido una alocución guerrera a sus soldados, Hernán Cortés se puso en marcha para Texcoco con todas sus tropas españolas y una gran parte de las de los aliados. Por supuesto que se oyó previamente misa y se invocó el auxilio del Espíritu Santo para aquella empresa sanguinaria que debía arrancar tantas almas de las garras del príncipe de las tinieblas.

No es nuestro ánimo referir pormenorizadamente las guerras que emprendió Cortés en el valle de México y otros pueblos vecinos antes de asediar definitivamente a Tenochtitlan.

Una ligerísima reseña de aquellos importantes acontecimientos bastará a nuestro objeto.

La noche del día en que Hernán Cortés llegó a Texcoco, fugóse de la ciudad el rey Cuauhtemotzin y se refugió en Tenochtitlan, con gran pesar del caudillo español, que hubiera deseado haberlo a las manos, como había hecho con su antecesor.

Hernán Cortés hizo llamar entonces al príncipe Ixtlilxóchitl, a quien tenía detenido no se sabe por qué motivo en Tlaxcala, y obligó al pueblo a aceptar por rey a aquel joven que, aguijoneado por su ambición, se había declarado hacía mucho tiempo amigo de los españoles.

Tres ciudades inmediatas a Texcoco mandaron inmediatamente sus embajadores a Cortés y le ofrecieron su alianza, a pesar de las amenazas de los mexicanos.

Establecido el cuartel general en Texcoco, la primera expedición se hizo contra Ixtapalapan. Hernán Cortés salió a ella en persona con una gran parte de sus tropas. Éstas no encontraron casi ninguna resistencia en la ciudad; pero tres horas después de haberla ocupado salían violentamente de ella, a causa de que sus vecinos habían soltado los diques y aquel bello paraíso del Anáhuac empezaba a inundarse con el agua de las lagunas.

Otompan, Chalco, Mízquic y otras muchas ciudades, intimidadas acaso con la suerte que habían corrido Ixtapalapan, no tardaron en enviar sus embajadores a Texcoco para solicitar la alianza de los españoles, que Hernán Cortés, como es de suponerse, aceptó de muy buena voluntad.

Por este tiempo llegaron al campamento los materiales de los bergantines que Cortés había preparado y mandado traer con mucha anticipación.

Martín López, el ingeniero de la expedición, había construido un bergantín, y, a semejanza de éste, los carpinteros tlaxcaltecas se habían ocupado en la construcción de los otros doce.

Mientras se armaban y arreglaban convenientemente para ser echados al agua en el lago de Texcoco, Hernán Cortés se empeñó en nuevas conquistas y expediciones sobre los pueblos vecinos a fin de que los mexicanos se encontrasen aislados completamente en los momentos en que se emprendiese el asedio de Tenochtitlan.

Xaltocan, Tlacopan, Huaxtepec, Yacapichtla, Xochimilco, Cuauhnáhuac y otras muchas provincias y ciudades más o menos inmediatas a México cayeron sucesivamente en poder de los españoles y de sus fieles aliados los tlaxcaltecas.

Era llegado ya el momento de botar los bergantines al agua y de hacer los últimos preparativos para sitiar a la ciudad, cuando ocurrió en el campamento un grave suceso que por poco da al traste con los ambiciosos proyectos del caudillo español.

Presentóse una tarde en el alojamiento de Cortés un soldado castellano, quien, después de pedirle perdón por un crimen que había intentado cometer, le reveló que existía en el campamento una conspiración acaudillada por los antiguos parciales de Diego Velázquez.

Hernán Cortés quiso saber pormenores y sujetó al denunciante a un escrupuloso

interrogatorio.

—¿Qué objeto tiene esa conspiración? —preguntó con aparente serenidad.

—Mataros a vos, a los capitanes Sandoval, Olid y Alvarado y otros amigos vuestros; retirarse luego a la Villa Rica, embarcarse en las naves que trajeron a Pánfilo de Narváez y su expedición y hacerse a la vela para la isla de Cuba.

Una sonrisa forzada se dibujó en los labios del general, y murmuró:

—¿Tan fácil creen esas gentes matarme a mí y a mis más valientes capitanes?

—Os habrían asesinado a traición —respondió sordamente el denunciante—. Los conspiradores debían presentarse aquí en el momento en que estuviéseris sentado a la mesa comiendo con vuestros capitanes, según acostumbráis; habrían sacado entonces de su seno unos papeles, fingiendo que había llegado un correo de Villa Rica, y, mientras todos os entretuviéseris en abrir los paquetes, se habrían arrojado sobre vosotros para coseros a puñaladas.

—¡Ah! —exclamó Hernán cortés con una satisfacción irónica—. El plan no me parece mal combinado, y mucho me alegraría de saber los nombres de tan ingeniosos conspiradores.

—Yo no conozco más que al jefe —dijo el denunciante—. Es un antiguo soldado de Narváez, que se llama Antonio Villafaña. Pero yo he visto en sus manos una lista que contiene los nombres de todos los conjurados.

Hernán Cortés mandó llamar inmediatamente a Alvarado, Olid y Sandoval, impúsoles en secreto de lo que ocurría, y todos juntos se trasladaron sin pérdida de tiempo al alojamiento de Villafaña.

El jefe de la conspiración se hallaba en aquel momento en conferencia privada con otros dos soldados antiguos de Narváez, que fueron aprehendidos al instante.

Villafaña, al ver entrar al general, se levantó de la silla que ocupaba y, por un movimiento instintivo, se llevó la mano a su pecho.

—Ya sé que ocultáis un papel entre vuestro jubón —le dijo Hernán Cortés adelantándose—. Dádmelo.

El jefe de los conjurados sacó efectivamente del pecho la lista de sus cómplices y se llevó la mano a la boca con la intención bien marcada de tragarse el papel.

Pero la mano de Hernán Cortés detuvo a tiempo su brazo y arrancó de sus dedos la lista.

El general recorrió con los ojos los nombres de aquellos enemigos ocultos y una sonrisa de decepción contrajo ligeramente sus labios.

Había allí hombres en cuyos brazos se habría arrojado el día anterior lleno de confianza.

En la noche se reunió un consejo de guerra, presidido por el mismo Hernán Cortés, para juzgar a los conjurados.

Cuando amaneció el día siguiente, todo el mundo pudo contemplar el cadáver de Villafaña colgado de una ventana del cuartel de los españoles.

El consejo de guerra había condenado a muerte al jefe de los conjurados, y había

sido ahorcado durante la noche sin dejarle más tiempo que el necesario para confesar sus culpas ante el capellán del ejército.

En aquella misma mañana, Hernán Cortés hizo formar a sus españoles delante del cuartel y, enseñándoles el cadáver de Villafaña, les reveló la conspiración que se había urdido en las tinieblas para detener su empresa en el momento mismo en que tocaba a su fin.

Díjoles que aquélla habría sido la suerte de todos los conjurados si el capitán hubiese podido averiguar sus nombres. Pero que Villafaña había burlado a la justicia, llevándose a la boca la lista de sus cómplices en el momento de ser aprehendido.

Concluyó su arenga exhortando a sus soldados a la fidelidad y hablándoles de la gloria y riqueza con que sería premiada su constancia si, como era de esperarse, daba fin a su gloriosa empresa con la conquista de Tenochtitlan.

Hernán Cortés era un general muy hábil. Al hacer pedazos la lista de los conjurados para que no quedase ningún indicio de su delito, había conseguido dos objetos importantes.

El primero, ser servido con más celo y eficacia por los delincuentes, por temor de que la menor omisión o desliz hiciese recaer sobre sus personas alguna sospecha del capitán.

El segundo, no disminuir con un severo castigo aquel pequeño ejército que tenía que pelear con millares de enemigos para coronar su empresa colosal.

Pocos días después tuvo lugar en el campamento un acontecimiento notable.

La construcción de los bergantines se había ya terminado, y el 28 de abril de 1521 fueron botados al agua y bendecidos por el padre Olmedo a presencia de todo el ejército.

Cuando aquellas pequeñas embarcaciones desplegaron sus velas y comenzaron a surcar las aguas del lago, españoles y aliados prorrumpieron en entusiastas aclamaciones porque creían ver el logro de todos sus deseos en aquel milagro obrado por el genio y la actividad de su jefe.

Cantóse en seguida un solemne Tedeum, y todos los aventureros que habían confesado y comulgado aquella mañana asistieron a él con el corazón henchido de regocijo y de esperanzas.

Estaban ya concluidos todos los preparativos para el asedio de Tenochtitlan. No faltaba por hacer más que la distribución del ejército para comenzar la obra.

Con este objeto hizo Hernán Cortés una reseña de sus tropas y de sus provisiones.

Desde su salida de Tlaxcala a aquella fecha, unas y otras se habían aumentado considerablemente con varios recursos que le habían llegado de las Antillas y de la misma España.

Contaba con ochenta y seis jinetes, ochocientos treinta infantes españoles, tres grandes cañones de hierro, quince menores de cobre, mil libras castellanas de pólvora y una gran cantidad de balas y de saetas.

En cuanto al ejército aliado, solo la república de Tlaxcala había mandado ya

cincuenta mil combatientes que habían llegado a Texcoco a las órdenes de Xicotécatl. Huexotcingo, Cholula y las demás ciudades aliadas de los españoles habían reunido ya tan exorbitante número de guerreros, que durante el asedio de México ascendieron a doscientos mil.

La distribución del ejército se hizo de la manera siguiente:

Pedro de Alvarado debía situarse en Tlacopan para impedir que entrasen recursos a los aliados por aquel punto. Cortés le dio dos cañones, treinta caballos, ciento sesenta peones españoles y veinticinco mil tlaxcaltecas.

Cristóbal de Olid fue destinado a Coyohuacan, con dos cañones, treinta y tres caballos, ciento sesenta y ocho peones españoles y veinticinco mil aliados.

Gonzalo de Sandoval debía destruir la ciudad de Iztapalapan y situarse en sus inmediaciones con dos cañones, veinticuatro jinetes, ciento sesenta y tres peones españoles y todos los aliados de Chalco, Huexotcingo y Cholula, que ascendían a más de treinta mil.

Hernán Cortés se reservó el mando de los bergantines porque creyó que en ellos era más necesaria que en ninguna otra parte su presencia. La flotilla estaba dotada con trescientos veinticinco españoles y trece falconetes.

Dadas estas disposiciones, Alvarado y Olid partieron juntos de Texcoco para ocupar el puesto que les había sido designado en la distribución.

Pero antes de llegar a Tlacopan tuvo lugar un incidente que no debemos dejar de referir a nuestros lectores:

Iba entre los tlaxcaltecas mandados por Xicotécatl un primo de éste llamado Pilteuctli, el cual fue herido en una disputa por un soldado español.

Resentido Xicotécatl de este ultraje inferido a su pariente, y disgustado sobre todo con aquella odiosa alianza extranjera tan contraria a sus sentimientos patrióticos, llamó a Pilteuctli y algunos compatriotas suyos y, una mañana, abandonaron juntos el campamento tomando el camino de Tlaxcala.

Alarmóse Alvarado al saber esta noticia y mandó violentamente un propio a Texcoco participando a Hernán Cortés la deserción de Xicotécatl.

El caudillo español comprendió que era llegada la ocasión que hacía mucho tiempo esperaba de vengar el odio que el general tlaxcalteca profesaba a los aventureros.

Mandó a Alonso de Ojeda en persecución del fugitivo y, cuando le tuvo en su poder, mandó levantar una horca en las inmediaciones de Texcoco.

Xicotécatl fue conducido al suplicio y ejecutado durante la noche por temor de que los tlaxcaltecas intentasen sublevarse contra los extranjeros para impedir la ejecución. Así terminó sus días aquel ilustre caudillo que tantos días de gloria había dado a su patria.

Hernán Cortés estaba satisfecho. El general tlaxcalteca era su constante pesadilla y su presencia en el campamento hacía huir el sueño de sus párpados.

El ejército aliado le sería fiel en adelante y le ayudaría sin temor a sojuzgar a los

aztecas.

Ya no habría quien les recordase a cada instante que los extranjeros eran los mayores enemigos de los dioses y de la patria. Ya no se alzaría de la tumba aquella voz profética para anunciarles que, al ayudar a los españoles en su obra de destrucción, estaban forjando sus propias cadenas.

Capítulo XIX

¡Pobre madre!

Tiempo es ya de que el lector se traslade con nosotros a la ciudad de Tenochtitlan. A principios de aquel año que debía ser tan fatal para el Anáhuac, Geliztli había dado a luz un niño.

Aquel fruto del crimen que Xiloxóchitl había recibido del seno maternal era hermoso como un sol.

Cuando la princesa, postrada en el lecho del dolor, arrojó sobre él la primera mirada, un sentimiento inexplicable oprimió su corazón.

Creyó ver en el semblante de aquel niño retratadas las facciones del hombre que había abusado de ella; creyó notar en la finura de su cutis un color que no era el de las razas aborígenes; y en lugar de ese inmenso cariño de madre que sublima y santifica a la mujer, sintió hacia su hijo..., hacia el hijo de sus entrañas, una especie de terror, una repugnancia inexplicable.

Aquel niño, que era el retrato vivo de Malinche (el enemigo de la patria, el ladrón de su honra, el asesino de su padre), iba a prolongar indefinidamente su tortura.

Cada vez que sus ojos se fijasen sobre él recordaría necesariamente al caudillo español y la infamia de que había sido víctima, y ningún acontecimiento humano, por ruidoso que fuese, bastaría nunca para borrar de su memoria tan odiosos recuerdos.

¡Ah! Sin duda los dioses del Anáhuac la castigaban por haber adorado un día a los dioses extranjeros y por haberse prestado a ayudar a Tayatzin en el lazo traidor que había urdido en las tinieblas para asesinar al extranjero.

Éstas eran las dos únicas acciones que Geliztli sentía pesar sobre su conciencia, y en el fondo de su corazón se confesaba culpable y digna del más severo castigo.

Aquel niño, pues, era la pena impuesta a sus crímenes. Viviría constantemente a su lado, como un perpetuo remordimiento, porque mientras más atroces habían sido sus delitos, más severa debía ser la penitencia que por ellos sufriera.

La princesa se había incorporado sobre su lecho al hacer estas reflexiones y, con los ojos fijos en sus rodillas en actitud de abatimiento, pedía a los dioses que se dignasen compadecerla.

Xiloxóchitl tenía en sus brazos al niño, y la infeliz princesa, aunque le tenía presente en su imaginación, no osaba levantar los ojos para mirarle.

Pero repentinamente la esclava se arrodilló ante el lecho, murmurando:

—¡Mírale! Es el niño más hermoso que haya nacido jamás bajo el cielo del Anáhuac.

Y levantándole sobre las palmas de la mano, lo acercó al rostro de la princesa como si intentase provocarla a depositar el primer beso sobre su tierno semblante.

Una sonrisa deliciosa se dibujó en los labios de la princesa, tendió hacia el niño sus brazos e inclinó su cabeza sobre él como para besarle.

Pero esto fue instantáneo. Apenas sus ojos contemplaron aquel rostro infantil, retiró violentamente su cabeza y extendió su mano hacia la esclava como para rechazarla lejos de sí.

Xiloxóchitl, sin abandonar su posición, miró llena de espanto a la princesa. Pero ésta había vuelto a inclinar la cabeza con abatimiento y no pudo ver el efecto que su extraña repulsión había producido en la esclava.

Un momento después, ésta, que miraba al niño sin saciarse, pronunció estas palabras:

—Mira cómo agita sus tiernos labios. Parece que te pide el alimento que los dioses han depositado en tu pecho.

Ninguna voz se alzó de la cama para responder a la esclava. Ésta levantó entonces los ojos y aventuró una mirada sobre el lecho. Geliztli estaba desmayada.

La infeliz madre no había podido resistir al dolor moral que despedazaba su alma y había caído en esta insensibilidad momentánea, como si los dioses del Anáhuac, a quienes invocaba de todo corazón, hubiesen querido dar aquella tregua a su angustia.

Xiloxóchitl buscó una nodriza que alimentase al niño mientras su pobre madre se ponía en estado de cumplir con aquel deber que le imponía la naturaleza.

Pero pasaron muchos días y la princesa no daba todavía señales de recobrar la salud.

El médico azteca que velaba a la cabecera de su lecho apuraba todos los conocimientos adquiridos por sus antepasados y por sí mismo en el arte de la medicina, y la rebelde dolencia no había podido ceder a sus esfuerzos.

La princesa, sin otra enfermedad aparente que una calentura tenaz que enardecía su piel, se empeoraba visiblemente de día en día y ningún esfuerzo humano parecía bastante para levantarla del lecho en que yacía desde el nacimiento de su hijo.

Xiloxóchitl estaba verdaderamente alarmada. En los accesos de delirio que con harta frecuencia atacaban a Geliztli, la enferma había dicho cosas espantosas que habían hecho estremecer a la fiel esclava.

Los nombres de Malinche y de Tayatzin se hallaban continuamente en sus labios, y, cuando solía mentar a su hijo, un estremecimiento nervioso recorría todo su cuerpo.

Cuando la enferma recobraba el conocimiento, empezaba a recorrer con la mirada todos los ángulos de la habitación. Sus ojos se detenían un instante en el niño que la nodriza tenía en sus brazos.

Mirábale con indecible ternura; había momento en que parecía envidiar a aquella mujer extraña que daba a su hijo la leche de sus pechos. Algunas veces vio Xiloxóchitl brillar una lágrima entre sus párpados. Pero todo esto era instantáneo.

La princesa, después de haber cedido un momento a su amor de madre retiraba violentamente la mirada de su hijo, volvía a reclinar la cabeza sobre la almohada de

estera y cerraba los la ojos.

Era que Geliztli continuaba siendo víctima de los terribles sentimientos que la habían agitado desde el día en que nació su hijo.

Había momentos en que la desgraciada princesa creía amarle con ese cariño intenso y profundo que Dios ha concedido a todas las madres.

Entonces se creía más feliz que todas las criaturas que habitaban la tierra, experimentaba un vivísimo deseo de saltar de su lecho, correr a donde estaba el niño, arrebatarse de los brazos de su nodriza y cubrir de besos y de lágrimas su tierno semblante.

Pero cuando abría los ojos y los fijaba sobre el niño, cuando notaba aquella semejanza entre él y el odiado extranjero, cuando esta circunstancia le hacía recordar la escena del narcótico, cerrábase violentamente sus párpados como para no ver aquel reproche vivo de sus debilidades con Tayatzin.

Y cuando con los ojos cerrados y la cabeza inclinada sobre la almohada, recorría el pasado con el pensamiento y se atrevía a aventurar una mirada en el porvenir, su imaginación calenturienta concebía proyectos espantosos que la hacían estremecer.

Una noche en que Xiloxóchitl velaba, según costumbre, a la cabecera de su lecho, la enferma, presa de uno de sus frecuentes delirios, pronunció las siguientes palabras:

—¡Tayatzin! Tú me empujaste al crimen..., y los dioses me han castigado. Malinche, el miserable extranjero a quien tendimos un lazo..., no cayó en él, pero se vengó cruelmente, fue más cruel conmigo que con Cuauhpopoca..., que con todos sus enemigos... Me robó mi amor, me robó mi porvenir; hizo de mí la más infeliz de las mujeres... El hijo del crimen ha nacido..., y yo, yo que debía amarle... porque es el hijo de mis entrañas, porque le he alimentado con mi sangre, porque los dioses quieren que todas las madres amen a sus hijos..., ¡horror!..., ¡maldición!..., veo en él las facciones del maldito extranjero y le odio, le detesto... ¡Tayatzin! ¡Dioses todos del Anáhuac!... ¡Tened compasión de mí, maldecidme!... ¡Aborrezco a mi hijo!

Al terminar estas palabras la enferma se estremeció sobre su lecho, abrió un instante sus ojos de una manera espantosa y volvió a quedar inmóvil.

Un instante después el delirio abrió por segunda vez sus labios, y continuó:

—Tízoc me lo ha dicho..., lo recuerdo muy bien. Si los sacerdotes llegaran a saber que ese niño es hijo de Malinche, le ahogarían en el lago o le sacrificarían en el templo de Huitzilopochtli... Tayatzin, yo me muero... ¿Por qué dejas morir a tu víctima? ¿Por qué no vienes a revelarles la voluntad de los dioses? Si Huitzilopochtli quiere una víctima más..., si su sangre puede servir para aplacar la cólera de los dioses..., para dar al Anáhuac la victoria sobre los extranjeros..., ¡tómale! ¡Sálvese la patria y muera yo!

Estremeciósese Xiloxóchitl al escuchar estas palabras, porque creyó comprender el pensamiento de la enferma a pesar de la incoherencia con que la hacía explicarse el delirio.

La esclava empezaba a comprender mejor que el médico la extraña enfermedad

que tenía postrada a Geliztli hacía mucho tiempo en la cama.

Desde aquel instante pudo ya explicarse la conmoción que agitaba a la princesa cada vez que nombraba a su hijo..., las extrañas miradas que le lanzaba desde su lecho.

Xiloxóchitl habría deseado comunicar alguna persona sus observaciones para saber si convendría separar al niño de la habitación o tomar otra determinación cualquiera para salvar a la pobre madre de las garras de aquella terrible enfermedad.

Pero ¿a quién dirigirse? La nodriza sabía menos que ella y era incapaz de comprenderla.

El médico era una persona extraña, y no se creía facultada para comunicarle un secreto que había obligado a la princesa a tomar tantas precauciones.

El único que podía darle un consejo sobre el particular era Tízoc. Pero ¿dónde estaba Tízoc?

Desde el día de la boda, en que se había despedido de Geliztli, no había vuelto a poner los pies en la casa.

Una mañana en que Xiloxóchitl se hallaba entregada a estas reflexiones, la enferma abrió los ojos y, sin buscar esta vez a su hijo con la mirada, llamó a la esclava por su nombre.

—Aquí estoy —respondió ésta.

—¿Nadie nos oye? —preguntó Geliztli.

—Nadie.

La princesa guardó silencio un instante, al cabo del cual continuó:

—Ve al templo Mayor, pregunta por Tayatzin, el sumo sacerdote, y cuando te halles en su presencia solicita de él una audiencia secreta. Entonces le dirás que no es cierto que yo haya muerto, como se ha divulgado, que me hallo gravemente enferma y que deseo hablar con él antes de morir.

Estremeciéndose Xiloxóchitl al escuchar este discurso, porque al instante recordó involuntariamente las palabras que la princesa había pronunciado en su delirio.

Este recuerdo la hizo cavilar un momento y permanecer clavada en su sitio.

—¿Qué aguardas? —le preguntó la Princesa.

—Señora —tartamudeó la esclava—, muy bien sabéis cuán peligroso es revelar vuestro secreto, aunque esto se haga al sumo sacerdote...

—Obedece —interrumpió con acento imperioso la princesa.

Y volvió a reclinar la cabeza sobre la almohada como si no tuviese ya necesidad de pronunciar otra palabra para hacer obedecer sus ordenes.

Xiloxóchitl salió de la casa para ir en busca del sumo sacerdote. Era tal el hábito que había adquirido de obedecer a la princesa, que, aunque comprendía el peligro del paso que iba a dar, ningún poder humano habría bastado para detenerla en la habitación de Geliztli.

Pero, una vez en la calle, Xiloxóchitl entró en reflexiones consigo misma. El sumo sacerdote era indudablemente el hombre con quien menos debía consultarse la

princesa en el estado febril a que la había reducido su enfermedad.

Las frases incoherentes que había pronunciado durante su delirio indicaban el riesgo que corría de apelar a la conciencia del fanático Tayatzin.

La esclava hubiera dado gustosa diez años de su vida por encontrar a Tízoc en el corto trayecto de su casa al templo de Huitzilopochtli.

Más habituada a obedecer que a pensar, el joven guerrero habría sido el único obstáculo capaz de detenerla en su marcha. Desgraciadamente, Tízoc no se atravesó en su camino y Xiloxóchitl llegó al templo Mayor resuelta a cumplir con el mandato de la princesa.

La esclava era bastante conocida en el templo y no encontró ningún embarazo para llegar hasta la habitación del sumo sacerdote.

Tayatzin se sorprendió agradablemente cuando supo que la princesa vivía y prometió que al día siguiente estaría a la cabecera del lecho de la enferma para consolarla.

Capítulo XX

La conciencia de un sacerdote

Tayatzin fue fiel a su promesa. En la mañana del día siguiente se presentó en la habitación de Geliztli.

El primer objeto con que tropezaron sus ojos al entrar en la sala, fue el niño a quien la nodriza columpiaba sonriendo en sus brazos.

Tayatzin se detuvo súbitamente ante este espectáculo y miró al niño con fijeza.

Un instante le bastó para advertir aquella extraordinaria semejanza que contribuía al tormento de la desgracia de la princesa.

Un mundo de reflexiones surgió en aquel momento en el cerebro del sacerdote. Creyó comprender de golpe un gran parte de la verdad, y una nube sombría oscureció su frente.

Adelantóse con paso trémulo hacia el lecho de la enferma, sin dejar de mirar de reojo a aquel niño inocente, que, ajeno de lo que pasaba en su derredor, continuaba bebiendo tranquilamente la vida en el seno de su nodriza.

Xiloxóchitl esperaba al sacerdote a la cabecera de la cama. Tayatzin levantó sobre ella los ojos y, con acento breve e imperioso, le dijo:

—Necesito conferenciar a solas con la princesa. Salid de aquí todos.

Y, al pronunciar estas palabras, envolvió con su mirada a la esclava y a la nodriza. Xiloxóchitl y la nodriza obedecieron temblando y despejaron la habitación.

Tayatzin arrojó entonces una mirada sobre el lecho.

La princesa, con los ojos cerrados y la cabeza reclinada sobre la almohada, respiraba con bastante regularidad. Era fácil comprender que se hallaba entregada a un sueño tranquilo.

El sacerdote levantó su mano y la colocó sobre la frente de la princesa. Aquella frente estaba ardiendo y Tayatzin sintió que quemaba su piel.

Un estremecimiento galvánico recorrió el cuerpo de la enferma, y ésta al cabo de un instante, abrió los ojos y sus pupilas se fijaron en las del sumo sacerdote.

—¡Tayatzin! —exclamó con espanto.

Y volvió a cerrar los ojos, creyéndose víctima todavía de una de sus continuas pesadillas.

El sacerdote colocó por segunda vez la mano sobre la frente de la enferma de dijo:

—Me has mandado llamar con tu esclava y he acudido a tu llamamiento.

Estremecióse nuevamente Geliztli, y volviendo a mirar a Tayatzin:

—Perdonad, padre mío —dijo con voz balbuciente—. Hace mucho tiempo que estoy enferma. Creía que estaba delirando y había cerrado los ojos para no mirar al

espectro.

—¿Acaso me veías a menudo en tu delirio?

—Siempre, padre mío..., ¡siempre! ¿No sois vos quien me entregó a Malinche?

Estremeciéndose el sacerdote al escuchar estas palabras, dichas con cierto acento de reproche, y, mirando a la enferma con fijeza, tartamudeó:

—No comprendo...

—¿No comprendéis? —exclamó la princesa con un brillo siniestro en la mirada.

El sacerdote no tuvo fuerzas para responder y se limitó a mover la cabeza en ademán negativo.

La princesa continuó:

—¿No sois vos quien me entregó una sustancia para adormecer al extranjero?

—Sí —murmuró Tayatzin.

—Yo eché esa sustancia en el vaso de Malinche, pero yo fui sin duda quien bebió el *octli* envenenado, porque un momento después caí en el suelo sumergida en un sueño profundo.

Volvió a temblar el sacerdote al escuchar estas palabras y su semblante pálido y demudado se inclinó sobre su pecho.

—Aquel sueño procurado por vos —continuó la princesa— me dejó sola y sin defensa en poder de ese miserable..., el más miserable de todos los hombres.

—Luego ese niño que he visto al entrar... —tartamudeó Tayatzin.

—Es el hijo del crimen —interrumpió con voz sorda la princesa.

—¡Maldición! —murmuró entre dientes el fanático sacerdote.

Reinó en la habitación un instante de silencio durante el cual sólo se escuchaba la fatigada respiración de la enferma.

La princesa levantó repentinamente los ojos de las sábanas que cubrían su cuerpo, y mirando con dureza al sacerdote, con acento de reconvención, le dijo:

—¡Sois vos quien me ha empujado al crimen! ¡Libradme de los tormentos que sufro!

El sacerdote levantó la cabeza para mirar a la enferma. Ésta se hallaba pálida y demudada. Pero acaso era mayor la palidez que aquella entrevista de tan cortos instantes había esparcido en el semblante de Tayatzin.

—Desde que nació ese niño —continuó la princesa— sufro un tormento indecible..., un tormento que no sabré explicaros, pero que es seguramente mayor que el que sufren los enemigos de los dioses en la mansión de los réprobos.

El sacerdote guardaba un silencio tenaz. Hubiérase dicho que un remordimiento cruel agitaba su conciencia y que este remordimiento era el que daba a su semblante aquel aspecto sombrío.

—Algunas veces —prosiguió Geliztli— creo amar a ese niño, como todas las madres aman a sus hijos..., como la pantera misma ama a sus cachorros. En esos momentos quisiera arrojarme sobre él, arrancarle de los brazos de su nodriza y alimentado en mi seno. ¡Oh! Y cuando yo pienso en esto..., y creo sentir en mis

pechos la impresión de sus tiernos labios, y creo tocar con mis dedos su rosada piel, y creo acechar su primera sonrisa..., ¡oh! siento entonces volver la salud a mi cuerpo, me parece más hermoso todo lo que me rodea y creo que los dioses, me sonríen desde el cielo en que habitan.

La enferma se detuvo un instante, como para tomar aliento, y continuó:

—Pero otras veces..., y esto es casi siempre..., la vista de ese niño hace estremecer todo mi cuerpo. Sus facciones me recuerdan al extranjero a quien debe el ser, y me horrorizo de haberle alimentado en mis entrañas. ¡Ah! Y si no fuera porque creo que los dioses me lo han enviado para mi eterno remordimiento..., si no temiera excitar su cólera, si no fuera porque me siento madre... Perdonadme, padre mío, iba a decir una cosa insensata.

Los ojos del sacerdote despidieron una llama siniestra y, mirando concierta especie de ferocidad salvaje a la princesa exclamó:

—Nada, nada de lo que has pensado, hija mía, temas decir... Por insensato que te parezca, acaso sean los dioses mismos los que te hayan inspirado ese pensamiento.

—¡Oh! No, no —murmuró la princesa—. Es tan horrible..., tan espantoso...

—Habla, sin embargo —insistió el sacerdote—. ¿No me has mandado llamar para comunicarme todos tus pensamientos, todas tus angustias?

—¡Es verdad! ¡Es verdad! Pero ¿me aconsejaréis...? ¿Imploraréis la protección de los dioses para que hagan cesar estas dudas, hija mía?, pero antes es preciso que me lo comuniques todo.

—Pues bien, padre mío; momentos ha habido en que he necesitado recordar que soy madre para no arrojarme sobre ese niño y ahogarle entre mis brazos.

Y al decir estas palabras la infeliz princesa se estremecía sobre su lecho.

Tayatzin guardó un profundo silencio, como si la terrible revelación que acababa de hacerle la enferma no hubiese herido una sola fibra de su conciencia sacerdotal.

—Otras veces —continuó la princesa con acento tembloroso—, otras veces he creído que conseguiría aplacar la cólera de los dioses si tuviese el valor suficiente para sacrificarles mi amor de madre.

El sacerdote irguió su cabeza y dirigió a la enferma una mirada terrible, como la mirada que debe tener la fiera en el momento de arrojarse sobre su presa.

—Sí —murmuró Geliztli con voz apenas inteligible—. Momentos ha habido en que he deseado mandar al templo Mayor a mi hijo para que sea sacrificado en sus altares. ¡Perdón, padre mío!... ¿No es verdad que esto es horrible?

—Los dioses, hija mía —respondió sentenciosamente el feroz sacerdote—, los dioses recompensan siempre con usura el sacrificio que les hacemos.

La princesa hizo un esfuerzo supremo y se incorporó sobre las sábanas.

—¡Callad! —exclamó con vehemencia—. No creáis lo que os he dicho... ¡Perdonadme! Es que estoy loca..., es que deliro..., es que no sé lo que os estoy diciendo.

—Entonces —repuso con frialdad Tayatzin— ¿para qué me habéis mandado

llamar?

La princesa miró con asombro a su interlocutor. Parecía que aquel feroz sacerdote sólo comprendía que pudiese ser llamado para disponer una escena de sangre.

—Para que me consoléis —respondió al cabo de un instante la princesa—; para que me digáis que ese niño, que es mi hijo, no es un castigo que me a han impuesto los dioses...; para que me obliguéis a alimentarle con mi sangre...; para que me ordenéis en nombre de los dioses que deseche todo temor y vea en él lo que es: ¡un hijo mío!

Tayatzin reflexionó un instante.

—Ese niño —dijo— será tu eterno suplicio. Mientras viva a tu lado, tú no gozarás un instante de reposo..., no te levantarás nunca del lecho en que yaces..., los proyectos que acabas de confesarme no cesarán de bullir en tu imaginación.

Geliztli inclinó la cabeza sobre su pecho, como si intentase hacer comprender con aquel mudo ademán que creía exactas las observaciones del sacerdote.

Éste continuó:

—Si quieres que cesen tus tormentos, haz que ese niño sea criado lejos de ti.

—Temo que se separe un solo instante de mí porque su extraordinaria semejanza con Malinche haría adivinar tarde o temprano la verdad.

—Yo le llevaré al templo Mayor, y la misma nodriza que ahora tiene le criará ante mi vista.

—¡Vos! —exclamó la princesa, estremeciéndose—. ¿Vos le llevaríais al templo?

—¿Por qué no, hija mía? Allí se educaría más tarde para el sacerdocio y purgaría con la austeridad de su vida el crimen de su nacimiento.

—¡Nunca, nunca! —exclamó Geliztli con energía.

El sacerdote dulcificó cuanto pudo la expresión de su mirada y preguntó:

—¿No te ha contado Tízoc alguna vez la historia de sus primeros años?

—Sí.

—¿Y no recuerdas que, a pesar de ser hijo de un enemigo de la patria, yo le crié y eduqué para el sacerdocio en cumplimiento de una promesa que había hecho a su madre moribunda?

—Sí..., también lo recuerdo.

—Entonces —arguyó triunfante el sumo sacerdote—, ¿por qué dudas?

La princesa no respondió, porque en aquel instante un torrente de lágrimas inundó sus mejillas.

La pobre madre se había salvado. Hacía mucho tiempo que no había llorado... Hacía mucho tiempo que sus ojos no derramaban una sola lágrima para refrescar la fiebre que la devoraba.

—Nada temas, hija mía —le dijo el sacerdote al cabo de un instante de silencio—. Los dioses dirigen mis acciones y no dudes que todo lo que yo haga será para cumplir su voluntad.

Geliztli acabó por someterse, como siempre, a las exigencias de Tayatzin.

El niño fue llevado desde aquel día al templo juntamente con su nodriza. Desde aquel día la salud de la princesa empezó a mejorar notablemente.

La ausencia de aquel recuerdo vivo del extranjero, la confianza de que su hijo viviría seguro en el recinto de un templo, infundieron una gran tranquilidad a su espíritu...

Aquella terrible lucha entre su amor de madre y su odio a todo lo que pertenecía a Malinche no volvió a atormentarla en sus horas de insomnio.

La enferma se halló muy pronto en estado de abandonar la cama. El esculapio azteca atribuyó aquel mérito a sus yerbas. Pero Tayatzin, Xiloxóchitl y la misma princesa sabían a qué atenerse.

Habían transcurrido cuatro meses desde el día del alumbramiento de la princesa.

Una mañana entró Xiloxóchitl sumamente agitada en la habitación y dijo algunas palabras al oído de Geliztli, que cosía un vestido sobre una estera.

La princesa dio un grito terrible, corrió a la puerta y se lanzó a la calle.

Xiloxóchitl se precipitó tras ella. Pero era tal la prisa que se había dado Geliztli, que no pudo distinguirla entre la multitud de gente que se dirigía en aquel momento hacia la plaza del templo Mayor.

Capítulo XXI

El sacrificio

Entretanto, los españoles habían acabado ya de poner el sitio a Tenochtitlan.

Conforme a las disposiciones de Cortés, Alvarado estaba situado ya en Tlacopan, Olid en Coyohuacan, Sandoval en Tepeyacac y el mismo general en el fuerte de Xóloc, de que otras veces hemos hablado a nuestros lectores.

No entra en el plan de nuestra narración referir los combates que habían empeñado los mexicanos para defender, aunque inútilmente, estas posiciones.

La ciudad estaba ya incomunicada con la tierra firme y roto el acueducto de Chapultepec, único conducto por donde podía entrar agua potable a los sitiados.

Los bergantines estaban encargados de impedir que las canoas introdujesen víveres.

Los aztecas, lejos de desanimarse con estos formidables preparativos, se excitaban mutuamente a pelear con valor e imploraban llenos de fe la protección de sus dioses.

Las preocupaciones arraigadas en la nación les hacían multiplicar los sacrificios en los templos, porque éste era el modo más frecuente de implorar el auxilio divino.

Entre estos sacrificios ninguno llamó más poderosamente la atención del pueblo que el que debía verificarse en la cima del templo de Huitzilopochtli la mañana de que hemos hablado al fin del capítulo anterior.

Había circulado en la ciudad un rumor que había excitado en alto grado la curiosidad general.

Decíase que el dios de la guerra había revelado a sus sacerdotes un crimen terrible que hasta entonces había permanecido oculto entre las sombras del misterio.

Una joven azteca había cometido la infamia de amar a un extranjero, a un enemigo de la patria, y de este amor impuro había nacido un niño.

Los sacerdotes habían corrido al albergue designado por Huitzilopochtli: la madre había huido, pero el niño había sido recogido por sus perseguidores.

Y este hijo del crimen debía ser la víctima dispuesta para el sacrificio de aquel día.

Por eso había visto Xiloxóchitl, al correr tras de la princesa, aquella inmensa muchedumbre que se dirigía precipitadamente a la plaza del templo Mayor.

El pueblo, fanático, aplaudía el celo de los sacerdotes de Huitzilopochtli y esperaba con fe que la sangre de aquella víctima inocente desarmase la cólera de los dioses.

Y éste era el sentimiento que le impulsaba a acudir en masa a presenciar el sacrificio.

Era una de esas mañanas de junio tan hermosas en el valle de México. La atmósfera estaba limpia de vapores y el sol brillaba en el horizonte con todo su esplendor. El tibio calor de sus rayos había disipado la humedad de la noche, y el ambiente que se respiraba venía impregnado con el aroma de los huertos inmediatos.

La inmensa plaza Mayor de Tenochtitlan se hallaba inundada de una numerosa muchedumbre que se agitaba incesantemente, como las olas de un mar embravecido.

Todas las miradas se hallaban fijas en la mole colosal del templo, que en aquel instante se hallaba desierto. No la veía más que la vacilante claridad de la hoguera encendida ante el altar de Huitzilopochtli, que elevaba al cielo una densa columna de humo.

La muchedumbre comentaba de mil maneras distintas la historia de la víctima que había circulado por toda la ciudad, y ansiaba clavar sus ojos en aquel niño, fruto de un amor criminal y, hasta cierto punto, sacrílego.

Los piadosos aztecas lamentaban la fuga de aquella mujer culpable que había entregado su amor a un enemigo de la patria. Pero confiaban en que la mirada de Huitzilopochtli la seguiría a donde quiera que huyese y que el dios implacable revelaría un día su existencia, como había revelado la de su hijo.

Repentinamente callaron todas las voces, cesaron todos los movimientos. Sonó una música sagrada en el recinto del templo, y la multitud, habituada a aquellos espectáculos sangrientos, comprendió que iba a comenzar la ceremonia.

Un instante después apareció en las escaleras del templo una larga procesión de sacerdotes, a cuya cabeza subía Tayatzin, el pontífice de aquel culto inhumano.

Los sacerdotes llevaban el cuerpo pintado con jeroglíficos misteriosos, vestían unas capas negras, bordadas con los emblemas de su terrible misión, su larga y enmarañada cabellera, manchada con sangre, caía en desorden sobre sus espaldas.

Subían las gradas del templo cantando con voz monótona un himno sagrado, acompañado con los melancólicos acordes del *huéhuetl* y del *teponaztli*.

Seguía a los sacerdotes la víctima, colocada en unas andas, cubierta de ricas vestiduras y adornada de flores. Había sido sentada y atada en aquella especie de trono portátil por el temor de que su tierna edad la hiciese caer antes de llegar al altar del sacrificio.

El niño, como si hubiese podido comprender el trágico fin que le reservaban sus verdugos, lloraba y gritaba, forcejeando entre sus ataduras. Aquellos gritos infantiles hacían un contraste horroroso con el canto monótono de los sacerdotes.

Y entre aquel concurso numeroso no se alzó una voz para protestar contra aquel frío asesinato que se iba a cometer en la persona de un niño inocente.

No hubo una sola lágrima de piedad ante aquel espectáculo desgarrador. Lejos de esto, muy pronto se sintió enardecida con un nuevo rumor que los sacerdotes hicieron circular de boca en boca.

—El niño es hijo de Malinche. Las facciones del maldito extranjero están retratadas en su semblante.

Y la multitud, ávida de saciar sus miradas en el rostro de la víctima, reflujo hasta la base del templo desde las extremidades más remotas de la plaza.

Entretanto, la procesión sagrada continuaba subiendo las escaleras del templo. Cuando hubo llegado al fin del primer tramo dio una vuelta alrededor del segundo cuerpo, porque así lo exigía la forma de su construcción, y comenzó luego a subir el siguiente.

La ascensión se verificaba entre el canto de los sacerdotes, los tristes acentos de la música sagrada y los alaridos de la víctima.

El humo de varias resinas olorosas llenaba de perfumes el ambiente. La multitud contemplaba el espectáculo en religioso silencio.

Cuando la procesión hubo llegado al último tramo de la escalera, los seis sacerdotes que llevaban el nombre de sacrificadores subieron solos a la cima del templo.

Uno de ellos tomó al niño de las andas y lo echó boca arriba sobre la piedra de los sacrificios.

Entonces cuatro de aquellos infames ministros de Satanás sujetaron al niño por los brazos y las piernas; el quinto apretó su garganta con el círculo sagrado, y Tayatzin, el inmundo pontífice, levantó en alto su cuchilla de obsidiana.

La muchedumbre, que espiaba con avidez sus menores movimientos, cayó en aquel instante de rodillas en toda la inmensa extensión de la plaza. Todas las cabezas se abatieron y un recogimiento pavoroso dominó a los espectadores.

Pero repentinamente apareció, en una de las extremidades de la plaza, una mujer agitada y con el cabello en desorden, que pugnando por abrirse paso entre la apretada muchedumbre, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Mi hijo!... ¡Es mi hijo!... ¡Deteneos!

Pero era ya demasiado tarde. Cuando el débil eco de esta voz llegó a los oídos del sumo sacerdote había abierto ya el pecho del niño y tenía en sus manos el corazón ensangrentado de la víctima.

Su tierno cuerpo se retorció aún con las últimas convulsiones de la agonía en la inmunda piedra de los sacrificios.

Gelitzli, la infeliz madre que había llegado únicamente para ver morir a su hijo, lanzó entonces un grito desgarrador y cayó desplomada sobre las losas de la plaza.

Y la fanática muchedumbre, que había escuchado sus palabras, en lugar de compadecerse de aquel inmenso dolor, se precipitó sobre ella, gritando:

—¡Es la mala hija del Anáhuac que se atrevió a amar al extranjero! ¡Que muera..., que muera también como su hijo!

Y antes de que la princesa pudiese comprender siquiera las intenciones de la multitud, fue alzada por cien brazos sobre las cabezas de todos los espectadores y conducida con precipitación al templo.

Los sacerdotes, que aún no habían abandonado la cima, comprendieron que el pueblo les traía una nueva víctima, y una sonrisa sardónica contraía sus labios.

Sólo Tayatzin temblaba y palidecía, porque creía adivinar el nombre de la víctima y sabía cuán difícil era arrancarla de las garras de los sacrificadores.

Por la primera vez en su vida, acaso, el sanguinario sacerdote sintió su corazón oprimido por el remordimiento y se creyó sin valor para abrir el pecho de aquella mujer a quien él mismo había precipitado en una larga cadena de infortunios.

En el momento en que los conductores de Geliztli llegaban al pie del templo, advirtiéndose entre la muchedumbre que inundaba la plaza un movimiento general y multitud de gritos y de voces poblaron el aire.

—¡Los extranjeros! —decían aquellas voces—. Los extranjeros han entrado en la ciudad... Ya llegan..., ya llegan.

En efecto, en aquel instante desembocaban por el ángulo sudoeste de la plaza principal un gran número de soldados españoles, precedidos de varios jinetes, entre los cuales se hallaba el mismo Hernán Cortés.

Nuestra pluma es impotente para describir el espanto y la confusión que reinó entre la muchedumbre en este momento de suprema angustia.

No había entre aquel numeroso concurso un solo guerrero, porque todos se hallaban distribuidos en los puestos militares que se habían creado para la defensa de la ciudad.

¿Quién habría creído a los extranjeros capaces de penetrar tan bruscamente hasta el lejano recinto de la plaza Mayor?

La muchedumbre empezó a huir desordenadamente en una dirección contraria a la que traían los españoles. Pero he aquí que desemboca por la calzada de Tlacopan una tropa numerosa de soldados aztecas que ha visto la dirección tomada por los extranjeros y acude en defensa de sus dioses. El empuje de su carrera obliga otra vez a los fugitivos a retroceder al centro de la plaza.

Los españoles disparan sus armas de fuego, los aztecas lanzan al aire su grito de guerra, y las mujeres, los niños y los ancianos hacen oír aullidos de espanto.

Las balas y las saetas no tardaron en cebarse entre la compacta muchedumbre, y varias manchas de sangre empezaron a teñir las losas del pavimento.

En medio de aquella espantosa confusión los jinetes españoles se lanzan al templo, hollando bajo los cascos de sus caballos cuanto encuentran en su tránsito.

Los soldados aztecas se abren paso al mismo tiempo entre la multitud, porque comprenden que los extranjeros intentan profanar por segunda vez el templo de Huitzilopochtli.

Los conductores de Geliztli habían abandonado a su víctima en las primeras gradas del templo y habían corrido a confundirse entre los demás espectadores.

La princesa, siempre pálida, con el cabello en desorden, trastornada, comprendiendo apenas lo que pasaba en derredor suyo, alzó la cabeza al escuchar el ruido que los cascos de los caballos hacían sobre las baldosas del atrio.

¡Cuál fue su espanto al reconocer, en el primer jinete que se adelantaba hacia ella, al miserable extranjero cuya sombra le perseguía de día y de noche!

Un grito agudo se escapó de sus labios y se puso en pie sobre las gradas del templo, con el rostro desencajado y los ojos hundidos en sus órbitas, como un espectro evocado de su tumba.

Hernán Cortés la miraba con espanto y hubo un instante en que se arrepintió de haberse dejado conducir en su ardor hasta aquel lugar desastroso.

Transcurrieron algunos segundos de mortal agonía en que el español y la princesa se contemplaron mutuamente con la inmovilidad de las estatuas.

Repentinamente se interpuso entre ambos un guerrero azteca de elevada estatura, que alzó su formidable espada y la descargó sobre Hernán Cortés.

Éste retrocedió vivamente y escapó del golpe. Pero no pudo salvar a su caballo, que recibió una herida profunda en la cabeza y cayó moribundo.

Una pierna del jinete quedó aplastada bajo el vientre del caballo. Al ver caído a su general, todos los españoles que le habían acompañado hasta el templo se arrojaron al lugar del desastre para socorrerle.

El guerrero azteca que había ejecutado esta hazaña se aprovechó de este momento de desorden para acercarse a la princesa, que yacía tendida sobre las gradas del templo.

Geliztli extendió sus brazos hacia el guerrero y con voz apagada, murmuró:

—¡Tízoc!... ¡Tízoc!

Y cerró los ojos, dejó caer sus brazos y quedó desmayada.

Tízoc arrojó una mirada sobre los españoles que continuaban haciendo todavía esfuerzos prodigiosos para levantar a su general.

Entonces se aproximó a Geliztli, la levantó en sus brazos como si fuera una pluma y, con tan preciosa carga, se confundió entre la muchedumbre y abandonó el lugar del combate.

Un cuarto de hora después los españoles se retiraban de la plaza después de haber matado a muchos de los sacerdotes que se empeñaron en defender el templo.

La muchedumbre se había dispersado casi en su totalidad durante la batalla.

Sólo quedaron en la plaza unos cuantos cadáveres mutilados y manchas de sangre que enrojecían las gradas del templo y las baldosas del atrio.

Capítulo XXII

Cuauhtemotzin

Desde aquel día los españoles empezaron a entrar diariamente en la ciudad, precedidos de sus terribles armas de fuego, que se cebaban crudamente en las masas de los guerreros aztecas.

En estas incursiones diarias, no solamente perecía un gran número de los defensores de la ciudad, sino también todos los edificios que los sitiadores tenían tiempo de demoler.

Hernán Cortés había notado que sus tropas recibían un daño considerable de las azoteas, pobladas siempre de combatientes, y jamás entraba en la ciudad sin llevar un buen número de gastadores tlaxcaltecas, cuya única misión era demoler edificios.

Rellenábanse los fosos con sus escombros; pero los mexicanos los limpiaban durante la noche, y cuando los sitiadores volvían al día siguiente se encontraban con la misma dificultad que había causado su derrota de la Noche Triste.

Los aztecas se defendían con heroísmo. La historia de la defensa de Tenochtitlan es una epopeya en que se encuentran hazañas dignas de ser cantadas por Homero.

Pero el valor de los sitiados debía estrellarse contra la fatalidad. Las armas de los contrarios eran de una superioridad incalculable.

Los españoles, defendidos con sus ligeras corazas de algodón, estaban a cubierto de las flechas enemigas. Los infelices aztecas no tenían defensa de ninguna clase contra el plomo extranjero.

En cada combate que se empeñaba morían mil de los segundos por uno de los primeros. Y como si esto no hubiese sido bastante, también tenían contra sí la superioridad numérica.

Doscientos mil aliados ayudaban a los extranjeros en su obra de desolación, y no eran por cierto los menos crueles cuando se trataba de matar o de destruir.

Un mes hacía que había comenzado el asedio. Las tres cuartas partes de la ciudad habían caído ya en poder de los sitiadores, y las tropas auxiliares se aumentaban cada día con los guerreros de las ciudades inmediatas.

No era, pues, difícil calcular la suerte que correría en muy breve tiempo aquella sultana del Anáhuac, asentada como una maga en medio de las lagunas.

El valeroso Cuauhtemotzin se había retirado a Tlatelolco, con todos los nobles y guerreros que quisieron seguirle, para defenderse allí hasta el último trance.

Los víveres habían empezado a escasear en la ciudad, y las mujeres y los niños, a quienes no alcanzaba la ración del soldado, vagaban pálidos y macilentos entre los escombros de la arruinada metrópoli.

Una gran parte de los defensores de Tenochtitlan había sucumbido y ningún poder

humano podía librarla de caer en manos de los sitiadores.

El corazón mismo de Hernán Cortés se compadeció de tan dura situación, y mandó una embajada a Cuauhtemotzin para excitarle a que se rindiese.

El animoso emperador reunió en su palacio de Tlatelolco a los sacerdotes, a los guerreros y a los nobles de su corte y les impuso de las proposiciones de Malinche.

Y los nobles, los guerreros y los sacerdotes respondieron a una voz:

—Muramos antes que rendirnos.

—Es ese también mi deseo —respondió el valiente Cuauhtemotzin.

Y continuó la guerra.

Y los defensores de la ciudad continuaron regando con su sangre aquella tierra ingrata que defendían sin fruto alguno.

Y los zapadores tlaxcaltecas continuaban demoliendo edificios. Y la escasez de víveres era tan absoluta, que el hambre había invadido ya hasta el palacio del mismo emperador.

Los soldados se presentaban pálidos y macilentos en las fortificaciones levantadas en Tlatelolco, y algunas veces se vio caer la espada de sus manos porque carecían de fuerzas para sostenerla.

Las mujeres y los niños cavaban la tierra, buscando raíces de árboles para alimentarse. Y cuando no encontraron raíces de árboles ni insectos, empezaron a alimentarse con carne humana.

Los cadáveres de los aliados y de sus mismos amigos surtían abundantemente a esta necesidad.

Los soldados, viendo sufrir a sus mujeres y a sus hijos, comenzaron a desmayar.

Pero Cuauhtemotzin, más empeñado que nunca en defender hasta el último extremo el legado de sus mayores, rechazó una segunda intimación que le dirigió Cortés.

Siete octavas partes de la ciudad se hallaban ya reducidas a escombros.

Tlatelolco era el único barrio que quedaba en pie en medio de tanta ruina.

Los habitantes de Tenochtitlan que ya no tenían casas en qué habitar se guarecían bajo unos portales construidos en la plaza principal de aquel cuartel.

Y cubiertos de andrajos y acosados por el hambre y la sed se pasaban los días y las noches echados indolentemente sobre las baldosas del portal.

Una nueva calamidad vino a aumentar en los últimos días las angustias de aquel pueblo infortunado.

Los cadáveres regados en las plazas y en las calles eran ya tan numerosos que no era posible que los sitiados diesen a todos sepultura.

La atmósfera se cargó de miasmas deletéreos y una peste desconocida hasta entonces en Tenochtitlan empezó a ayudar a los sitiadores en su obra de destrucción.

El 13 de agosto de 1521, día eternamente memorable en los anales de nuestra historia, los españoles se resolvieron a dar el último ataque a Tlatelolco.

Cuando llegaron a aquel último asilo de los valientes mexicanos, encontraron las

azoteas y las fortificaciones coronadas de combatientes.

Los soldados de Cuauhtemotzin estaban extenuados por el hambre y agobiados bajo el peso de todas las calamidades que el cielo había amontonado sobre sus cabezas.

Pero en la altivez de su continente y en la fiereza de su mirada se adivinaba la resolución de defender hasta con la última gota de su sangre aquel corto pedazo de su patria que aún no habían conseguido arrancarle sus enemigos.

Hernán Cortés quiso tentar todavía el último esfuerzo para llegar a un avenimiento, no por compasión a Cuauhtemotzin y sus guerreros, sino por el temor de que en un combate se perdiesen los tesoros de los reyes, que, según se decía públicamente en la ciudad, habían sido trasladados a Tlatelolco.

Pero Cuauhtemotzin respondió, con la misma entereza del primer día, que defendería hasta donde le fuese posible la sagrada herencia de sus mayores.

Diose entonces la señal del asalto, y los españoles y sus aliados se arrojaron con furor sobre las fortificaciones del campamento.

Aquél fue uno de los combates más sangrientos que se dieron en el transcurso del sitio. Pero el éxito no podía ser dudoso. Los extenuados defensores de Tenochtitlan se batieron con desesperación.

Pero los sitiadores tenían una superioridad infinita sobre ellos y no tardaron en escalar hasta las azoteas, donde se había parapetado la flor de los guerreros.

Muchos de aquellos indómitos aztecas prefirieron arrojarse al agua del lago para ahogarse que rendirse ante sus bárbaros vencedores.

Cuando el combate hubo concluido, cuando españoles y aliados arrojaban gritos de victoria entre los cadáveres y los escombros que los rodeaban, Hernán Cortés se acordó de Cuauhtemotzin y preguntó a varios prisioneros por el alojamiento del emperador.

Los prisioneros señalaron una casa situada en la plaza misma de Tlatelolco, y Hernán Cortés, seguido de algunos españoles, se dirigió a ella.

Pero ni Cuauhtemotzin ni ningún miembro de la familia imperial se encontraba en la habitación.

El general español tomó sus informes y no tardó en averiguar que el emperador y su familia habían huido en una barca al caer Tlatelolco en poder de los extranjeros.

Hernán Cortés recibió esta noticia ante un buen número de soldados españoles tan interesados como él en saber el paradero de Cuauhtemotzin y sus tesoros.

Arrojó una mirada en derredor de sí, sus ojos se fijaron en un hidalgo español llamado García de Holguín, y le preguntó:

—¿Dónde está vuestro bergantín?

—Allí —respondió el hidalgo.

Y señaló con el dedo una barca con las velas hinchadas todavía por la brisa de la tarde, que se columpiaba a corta distancia en las aguas tranquilas del lago.

—Id al instante —le dijo Hernán Cortés—, con remos y vela, en persecución de

Cuauhtemotzin. Su barca no ha de estar muy distante, puesto que acaba de huir.

Holguín se informó inmediatamente de la dirección que había tomado Cuauhtemotzin y se trasladó violentamente a su bergantín.

Hízose al instante a la vela y empezó a surcar con rapidez las aguas del lago. Medía hora después sus ojos distinguieron un corto número de canoas que huían delante de él.

El viento era favorable, y el bergantín se deslizaba rápidamente sobre la superficie del agua.

Sin embargo, Holguín hizo tomar sus remos a varios de los soldados que le acompañaban, a fin de marchar todavía con mayor velocidad.

Al cabo de otra media hora ya se distinguía entre la flotilla una canoa empavesada con su toldo blanco lleno de bordados y flecos de distintos colores.

—Aquella debe ser la barca del emperador —murmuró entre dientes Holguín.

Y excitó a sus remeros para que redoblasen sus esfuerzos.

La flotilla india carecía de los elementos necesarios para huir de aquella embarcación europea que se le venía encima a velas desplegadas.

Los aztecas no conocían otro medio de navegar que los remos, y, a pesar de que cada barca iba dotada de doce remeros, los fugitivos no tardaron en comprender que muy pronto iban a ser alcanzados por el bergantín español, que navegaba mucho más veloz.

La barca empavesada no tardó en detenerse en medio del lago, mientras que el resto de la flotilla continuaba a toda prisa su fuga.

El bergantín se fue al instante sobre ella, y los soldados que venían a bordo tendieron sus mosquetes en ademán de disparar sobre los fugitivos.

Escuchóse entonces una voz tranquila de la canoa que decía:

—Inútiles son vuestras amenazas, puesto que, desde el momento en quinos detuvimos aquí, debéis haber comprendido que ha sido con la intención de rendimos.

—¿Está ahí el emperador? —preguntó en azteca el intérprete del bergantín.

La noble y majestuosa figura de Cuauhtemotzin se puso en pie en el fondo de la barca y respondió:

—¡Aquí estoy! Soy vuestro prisionero.

Y, arrojando una mirada sobre las mujeres que iban con él en la barca y que lloraban en silencio a la vista de aquel infortunio, añadió:

—Sólo os suplico que guardéis a la reina mi esposa y a las damas que la acompañan las consideraciones debidas a su sexo y condición.

Y con un ademán lleno de majestad se trasladó al bergantín español.

Dio en seguida su mano a la reina para que pasase también al bergantín, y, cuando todas sus damas se le hubieron reunido, olvidándose que ya no era rey, dijo a los españoles, que le contemplaban llenos de admiración:

—¡Marchemos!

El bergantín se hizo a la vela, y el cautivo rey no tardó en encontrarse en la

presencia de Hernán Cortés en el terrado de una hermosa casa de Tlatelolco.

Cuauhtemotzin se adelantó con serena majestad hacia el vencedor y, con un acento digno de su ilustre nacimiento y de su inmenso infortunio, le dijo:

—He hecho cuanto he podido para defender mi pueblo y mi corona. Si por mi conducta he excitado vuestro enojo..., soy vuestro prisionero, haced de mí lo que queráis. Los dioses no pueden hacerme ya más desgraciado de lo que soy.

Y como Hernán Cortés no le respondió de pronto porque en aquel instante estaba ocupado en admirar la dignidad y la belleza varonil de su real prisionero, éste llevó la mano a un puñal que el extranjero traía pendiente de la cintura y añadió:

—Matadme, ya que los dioses no me han permitido defender la herencia de mis abuelos.

Hernán Cortés detuvo el brazo de Cuauhtemotzin y respondió:

—No eres mi prisionero. Lo eres del mayor rey del Oriente, que sabrá apreciar muy pronto tu valor y tus desgracias y acaso te devolverá un día la corona.

Estas palabras parecían indicar que el vencedor sabía respetar el infortunio de su real cautivo.

Pero sólo eran hijas de su hipocresía, porque pocos días después se verificó un acontecimiento que imprimió una nueva mancha sobre la frente del feroz conquistador.

Diose tortura a Cuauhtemotzin para obligarle a confesar el lugar en que había escondido los tesoros de sus mayores.

El sueño dorado de los conquistadores de México había sido el fabuloso tesoro apilado durante muchos años por los emperadores aztecas. Así, pues, cuando los españoles, después de saquear todas las casas de Tlatelolco, sólo se encontraron pequeños objetos con que no se creyeron recompensados de sus afanes, calmaron contra Cuauhtemotzin, diciendo que había mandado arrojar al agua los tesoros de la corona.

Y esto fue lo que movió a Hernán Cortés a dar tortura a su prisionero.

Sus panegiristas intentan disculparlo diciendo que fue inducido a esta crueldad por el tesorero Alderete y otros aventureros. ¿Pero qué disculpa es ésta para un general que dominaba completamente a sus soldados?

Cuauhtemotzin y el rey de Tlacopan, a quien se acusaba de cómplice del primero, fueron conducidos al patio de una casa abandonada y atados sobre una especie de parrilla.

Entonces el tesorero Alderete tomó la palabra y les dijo:

—Si no confesáis dónde habéis escondido el tesoro de Motecuzoma se os bañarán los pies con el aceite que veis hervir en ese brasero.

Las víctimas arrojaron una mirada indiferente sobre el fuego en que hervía el aceite en una vasija y no se dignaron responder al tesorero.

Éste llamó entonces a sus ayudantes, los cuales trajeron la resina ardiendo y bañaron con ella los pies de los dos soberanos.

Los dos mártires se retorcieron de dolor sobre la parrilla. Pero no exhalaban un solo gemido... no pronunciaron una palabra.

Alderete hizo una nueva seña, y otros dos ayudantes acercaron a las plantas de las víctimas unas teas encendidas mientras los dos primeros continuaban bañándolas con aceite.

El rey de Tlacopan sintió desmayar su valor.

—Señor —dijo a Cuauhtemotzin—, ved lo que sufro.

El animoso emperador se volvió entonces a su aliado y, con voz tranquila, le dijo:

—¿Estoy yo acaso en un lecho de rosas?

Y por más esfuerzos que hicieron el tesorero y sus satélites para redoblar sus tormentos, no arrancaron una palabra más de los labios de sus víctimas.

Pocos instantes después llegó Hernán Cortés y mandó cesar el suplicio. Pero era ya demasiado tarde.

Consiguió por entonces salvar la vida a sus prisioneros. Pero no ha conseguido hasta hoy ni conseguirá jamás lavar la mancha que este atentado ha impreso sobre su nombre.

Capítulo XXIII

Unión eterna

Tízoc se hallaba en el número de los aztecas que defendieron hasta el último instante la patria de sus mayores.

Cuando los españoles asaltaron a Tlatelolco y fue ya imposible toda defensa, el joven guerrero se arrojó al agua desde una azotea en que había estado combatiendo con valor.

Pero en lugar de acogerse a las barcas como Cuauhtemotzin y su corte, nadó vigorosamente por el canal hasta llegar a una extremidad del cuartel mismo de Tlatelolco adonde apenas llegaba el rumor de los gritos de victoria que arrojaban los vencedores.

Aquella parte de la ciudad no había sido fortificada, por creerla insignificante los sitiados, y el combate no se había extendido hasta allí.

Tízoc saltó a tierra con ligereza y arrojó una mirada en derredor. Fuera de algunos aztecas fugitivos que corrían hacia el lago, donde se balanceaban algunas canoas, ningún ser humano que pudiese infundirle sospechas se descubría en lontananza.

El guerrero se internó entonces en una calle lóbrega y tortuosa, se detuvo luego frente a una casa de rústica apariencia y, alzando la cortina de estera que cubría la puerta, entró.

En un rincón de la habitación se veía a una mujer, arrojada sobre un petate, que parecía dormir. Otra mujer, sentada a la cabecera del lecho, velaba su sueño.

La primera era Geliztli. La segunda Xiloxóchitl.

Al ruido que hicieron los pasos de Tízoc al entrar en la habitación, la esclava levantó los ojos y, tan pronto como reconoció al guerrero, voló a su encuentro.

Colocó un dedo en sus labios, como para recomendarle el silencio, y le señaló con una mirada a la princesa.

—¿Duerme? —preguntó en voz baja Tízoc.

—Sí —respondió la esclava en el mismo tono—. Y desde el día en que la librasteis del sacrificio es ésta la primera vez que la veo dormir con un sueño tan tranquilo.

—¿Ha estado mala?

—¡Oh! —exclamó Xiloxóchitl—. La peligrosa enfermedad que le atacó después del nacimiento de su hijo no me causó tanto miedo como la que ha tenido ahora. Momentos hay en que se queda insensible sobre su lecho y mil veces la hubiera creído muerta si no hubiese escuchado las palabras que pronuncia en medio de su sueño. ¡Oh!... Y si hubieseis oído los insensatos discursos que salen de sus labios...

Tízoc, con los ojos fijos en el lecho de la princesa, parecía no escuchar ya a la

esclava.

Tras una ligera interrupción, ésta continuó:

—¡Cuántas veces me he estremecido, cuántas veces he llorado al oírla delirar! Llama a voces a su hijo, se acusa de haberle hecho morir, de haber confiado en la palabra del sumo sacerdote, y pide a los dioses que le quiten la vida para dejar de sufrir... Otras veces apostrofa a Malinche y a Tayatzin, los cubre de improperios y los amenaza con el castigo del cielo. También os llama a vos; pero cuando pronuncia vuestro nombre, de sus ojos cerrados se deslizan lágrimas en abundancia.

La esclava se detuvo un instante para mirar a Tízoc. Dos lágrimas acababan de brotar de los ojos del guerrero ay rodaban silenciosamente por sus mejillas.

Xiloxóchitl prosiguió con voz conmovida:

—Otras veces tiene sueños espantosos. Cree ver a su hijo demandando venganza ante los dioses, y entonces pronuncia a gritos mi nombre y me pide una arma para quitarse la vida...

—¡Basta! —exclamó Tízoc, sintiendo en todo su cuerpo un estremecimiento nervioso.

—Os lo contaba todo —repuso la esclava— para que hicieseis llamar un agorero que la curase. Ésa ha sido su vida desde que la trajisteis aquí la mañana del sacrificio, y, como os he dicho ya, ésta es la primera vez que la veo dormir así.

—Y, sin embargo —murmuró Tízoc, moviendo tristemente su cabeza—, es necesario despertarla de ese sueño reparador.

—¡Despertarla!

—Sí; no hay tiempo que perder... Tenemos necesidad de huir.

Y sin entrar en más explicaciones con Xiloxóchitl, que le miraba alelada, se adelantó Tízoc al lecho de la princesa y la miró en silencio.

Geliztli..., aquella regia belleza que no tenía rival en Tenochtitlan, parecía ya un cadáver. Su semblante estaba descarnado, sus mejillas habían perdido el color y un círculo amoratado rodeaba sus párpados.

Tízoc colocó su mano sobre un brazo de la enferma, que yacía fuera de las sábanas. La princesa abrió los ojos y los fijó un instante en el semblante del guerrero.

Apartólos luego y, clavando en el cielo una mirada, murmuró:

—Benditos seáis mil veces, dioses de Anáhuac, que apartáis ahora de mí las visiones terribles. Ésta es la más tierna y la más inofensiva de las que pueblan mis sueños.

Tízoc sintió subir a sus ojos un torrente de lágrimas. Pero haciendo un esfuerzo supremo para contenerlas, a fin de que no las viese la princesa, con acento conmovido le dijo:

—No soy una visión. Soy el mejor de tus amigos que viene a verte y consolarte.

—¡Ah! —exclamó la princesa, como sorprendida de oír hablar al que creía una sombra—. Como no te había vuelto a ver desde aquel día terrible...

Y como Tízoc conservaba todavía en su mano el brazo de la princesa, lo sintió

estremecerse bajo sus dedos al recuerdo de aquella mañana fatal.

—No había venido —dijo el guerrero— porque la defensa de la ciudad exigía mi presencia en el puesto que me había señalado Cuauhtemotzin.

—¿Y ahora? —preguntó Geliztli mirando fijamente a su interlocutor.

—Ahora... la ciudad ha caído en poder de los extranjeros y he tenido la desgracia de no morir en su defensa.

—¡La ciudad en poder de los extranjeros! —exclamó Geliztli poniéndose más pálida de lo que estaba, aunque esto habría parecido antes imposible.

—Nada temas —repuso el guerrero—. Sin duda los dioses han querido conservarme la vida, a pesar de mis deseos, para que tenga el placer de salvarte por segunda vez... ¡Vamos! Sólo he venido a buscarte.

Una sonrisa melancólica se dibujó en los labios de la princesa.

—Sálvate solo, Tízoc —le dijo—. Yo no puedo huir..., no puedo levantarme siquiera de mi lecho.

—Tampoco podías levantarte cuando te saqué de la plaza de Huitzilopochtli. Te alzaría ahora, como entonces, en mis brazos, y huiríamos juntos muy lejos de aquí.

—Sería para ti una carga inútil y pesada. ¿Qué pueden hacer de mí los extranjeros? ¿Matarme? Mucho tiempo hace que pido a los dioses la muerte... Por lo demás, no harían más que anticiparla muy pocos instantes.

Y sonriendo luego con una mezcla de satisfacción y amargura, añadió:

—¿Qué otra cosa pueden codiciar de mí? ¿Mi belleza? Hace mucho tiempo que la fatalidad marchitó para siempre mi juventud.

—Y, sin embargo —replicó Tízoc—, yo no huiré nunca sin llevarte conmigo.

En aquel instante se oyó un rumor lejano, como el de varias voces que entonaban un canto de alegría.

Xiloxóchitl corrió a la puerta y no tardó en volver diciendo que una tropa de extranjeros, que parecían andar saqueando las casas, se dirigía hacia aquel lugar.

—No perdamos tiempo —dijo Tízoc.

Y se inclinó sobre el lecho de la princesa como para levantarla en sus brazos. Geliztli le detuvo con un ademán.

—Te estorbaré en tu fuga —le dijo.

—Pero no puedo abandonarte a los insultos de esos miserables.

—¡Oh! —exclamó la princesa—. Yo creía poder resistir su presencia; pero mientras más se acercan, comprendo mejor lo que dices... ¡Tízoc! Líbrame para siempre de todo..., de ellos y de mí misma. Descarga tu valiente espada sobre esta madre criminal. Cuán dulce me sería recibir la muerte de tus manos.

Las voces que cantaban se acercaban cada vez más.

—¡Pronto! —insistió Tízoc—. ¡Huyamos!

—Causaré tu muerte —balbuceó la princesa.

Tízoc sonrió con amargura.

—¿Crees —dijo— que tenga mucho apego a la vida?

Y sin aguardar esta vez el consentimiento de la princesa la levantó en sus brazos como si fuera una niña, corrió a la puerta y se lanzó a la calle.

Varias voces le gritaron palabras extranjeras que no pudo comprender. Sospechó que le intimaban que se detuviese y, en lugar de obedecer, apretó el paso.

Cuatro o cinco tiros de arcabuz partieron de la tropa española, y Tízoc oyó pasar las balas silbando sobre su cabeza. Pero sintió estremecerse entre sus brazos el cuerpo de la princesa.

Creyó que aquél era un estremecimiento nervioso causado por la detonación de los arcabuces, y continuó su carrera. Pero repentinamente oyó que Geliztli lanzaba un gemido.

Arrojó sobre ella una mirada y la vio inundada en sangre. Una bala de arcabuz la había herido en medio de la frente. La llamó varias veces por su nombre, y la princesa no respondió. Los labios del guerrero prorrumpieron en una imprecación y detuvo su marcha.

Intentó sentar a la princesa sobre un lecho de yerbas; pero el cuerpo de la joven, que luchaba ya con los horrores de la agonía, no pudo mantenerse en aquella posición y se tendió indolentemente sobre aquel ataúd anticipado.

Tízoc la miraba con una ansiedad imposible de describir. Y en la especie de vértigo que le causaba la escena dolorosa que tenía delante de los ojos, olvidaba que estaba perseguido por un tropel de extranjeros y no escuchaba las voces y el ruido de armas que se acercaban a él.

La princesa abrió un instante los ojos, los fijó en Tízoc, sus labios se agitaron como si intentase pronunciar algunas palabras y quedó inmóvil. Acababa de espirar.

Tízoc se sentía tan frío y pálido como el cadáver que tenía ante sus ojos.

En aquel instante oyó tan cerca de sí una voz extranjera, que no pudo menos que sacarle de su doloroso arrobamiento.

Volvióse vivamente y se encontró rodeado de doce soldados españoles.

—¡Ah! —exclamó con acento sordo—. Los asesinos de Geliztli.

Y descolgando la terrible espada india que pendía de su cintura, la empuñó con firmeza y se arrojó sobre los asesinos.

Los españoles no aguardaban este ataque de un hombre solo, y la espada del mexicano no tardó en abatir a uno, mientras los demás retrocedían un paso para desnudar sus aceros.

—¡Ah! —exclamó Tízoc con una sonrisa de feroz satisfacción—. Daría a los dioses todas las alegrías del paraíso por saber que he muerto al asesino de Geliztli... Pero yo procuraré matar el mayor número que pueda... Yo moriré también... ¿qué importa? ¿Qué es para mí la vida sin patria y sin amor?

Y continuaba esgrimiendo sobre sus contrarios su formidable maza. Los españoles hacían esfuerzos inútiles para herirle, porque la espada azteca era un poco más larga que sus hojas toledanas.

A los cinco minutos de combate, cuatro extranjeros más habían caído en tierra

inundados de sangre.

Y a cada hombre que abatía su espada, Tízoc lanzaba un grito de salvaje alegría. Muy pronto solo quedaron en pie frente al azteca cinco de sus adversarios.

Uno de ellos se separó entonces del lugar del combate, cargó su arcabuz y apuntó.

Se oyó una detonación. Viose tambalear a Tízoc, soltar la espada y caer pesadamente sobre la yerba.

Estaba herido, como Geliztli, en medio de la frente.

—¡Miserables! —balbució el azteca entre las convulsiones de la agonía—. Sólo habéis podido vencerme, como vencisteis al Anáhuac..., por medio de esas armas que la cólera de los dioses puso en vuestras manos para perdernos.

Los españoles dejaron a Tízoc morir en paz y acudieron al socorro de sus compatriotas. Cuatro habían muerto, los otros tres solo estaban heridos.

Los primeros tenían a su lado su arcabuz descargado. Probablemente se había cumplido el deseo que había manifestado Tízoc de matar al asesino de Geliztli.

Un momento después los españoles que quedaban vivos se arrojaron sobre los dos cadáveres aztecas, los despojaron de sus joyas y se las repartieron entre sí con igualdad.

Uno de aquellos miserables miró con tristeza el collar que tenía en la mano, y exclamó:

—El botín es bien mezquino para el trabajo que nos ha costado adquirirlo.

Los cinco aventureros sonrieron con amargura y abandonaron el lugar.

Apareció entonces una mujer tras un edificio inmediato, corrió hacia el lago y cavó en la orilla una fosa profunda. Arrastró luego los dos cadáveres hasta aquel sitio y, con los ojos inundados de lágrimas, depositó a Tízoc y Geliztli en la poética sepultura que acababa de abrir.

Aquella mujer era Xiloxóchitl.

Epílogo

I

A principios de 1525, tres años y medio después de los sucesos que acabamos de referir, Hernán Cortés se hallaba en camino para la lejana provincia de Hibueras, en donde el gobernador, Cristóbal de Olid, acababa de rebelarse contra su antiguo general.

Cortés se había propuesto castigar al rebelde y, para conseguir su objeto, atravesaba países desconocidos y desiertos inmensos, preñados de dificultades.

Cien españoles y tres mil aztecas constituían toda su fuerza. Entre estos últimos iban los reyes de México, de Tacuba y de Texcoco.

Hernán Cortés, temeroso siempre de que se le sublevase el pueblo que acababa de conquistar, no se separaba nunca de estos tres personajes, que gozaban de mucha popularidad entre sus compatriotas, y los hacía marchar consigo a todas sus expediciones.

En uno de los tres días de carnaval de aquel año el ejército pernoctó en Zancánac, pueblecillo de corto vecindario en la provincia de Acallan.

Sus habitantes habían huido al acercarse los españoles, y Hernán Cortés estaba alojado en una miserable choza, que era, sin embargo, la mejor del lugarejo.

El general estaba de mal humor y, no pudiendo conciliar el sueño, medía a pasos irregulares, en las altas horas de la noche, el estrecho recinto de su habitación.

Pensaba que su majestad Carlos V había sido ingrato con él, puesto que había nombrado por gobernador de Nueva España a Cristóbal de Tapia, aunque él se había negado a entregarle el mando.

Pensaba que la corte no había recompensado todavía bastante sus dilatados servicios. Pensaba, por último, en la deslealtad de Olid, que le obligaba a emprender aquel viaje tan lleno de sinsabores y cuya duración era incierta.

Repentinamente llegó a sus oídos una conversación que tenía lugar en la pieza inmediata y de la cual no podía entender palabra porque tenía lugar en azteca.

Hernán Cortés pegó sus ojos a una rendija del tabique y miró. Cuauhtemotzin y sus dos aliados hablaban con animación alrededor del fuego y sazonaban de cuando en cuando su plática con francas y alegres carcajadas.

¿Por qué gozaban aquellas gentes? ¿Por qué reían los vencidos cuando el vencedor estaba melancólico?

Hernán Cortés se hacía estas preguntas y agitaba en su mente la sospecha que hacía mucho tiempo había concebido de que sus regios prisioneros conspiraban, cuando se presentó en la habitación un azteca miserable, cuyo nombre no queremos consignar en estas páginas.

El español le hizo notar la alegría de los tres soberanos y quiso descifrar aquel pretendido enigma. El traidor azteca respondió que los prisioneros intentaban sublevarse y trazó un plan de conspiración que pareció dejar convencido al general.

Al día siguiente los cadáveres de Cuauhtemotzin y de sus dos antiguos aliados amanecieron pendientes de las ramas de una ceiba corpulenta. Habían sido ahorcados en las tinieblas de la noche.

Pero la historia no ha perdido todavía de vista esa aldehuela de Izancánac, donde el conquistador echó un sello a sus maldades con el atentado de este triple suplicio.

II

Por los años de 1544 a 1547 un anciano que contaba a la sazón sesenta años de edad vagaba infructuosamente por la corte de España solicitando que se le hiciese justicia.

Aquel anciano se llamaba don Fernando Cortés, marqués del Valle de Oaxaca y capitán general de la Nueva España.

Poseía inmensos bienes de fortuna y el señorío de un gran número de pueblos y ciudades, cuyos nombres apenas sabía pronunciar.

El sexagenario, sin embargo, no se hallaba contento.

La corte le había despojado del gobierno civil de la Nueva España, que él había conquistado con la punta de su lanza, y sólo le había dejado el mando militar.

Quejábase, además, de otro gran número de injusticias que se le habían ocasionado, dando oído a las hablillas de sus enemigos.

Algunos años antes había estado en la corte, y Carlos V había halagado su vanidad confiriéndole varios honores y haciéndole una visita en su alojamiento.

Ahora todo había cambiado. El emperador no quería escucharle, y el marqués del Valle hacía en la corte el triste papel de un pretendiente importuno.

Un día en que, por la centésima vez se presentó a Carlos V, éste tuvo el cinismo de preguntarle:

—¿Quién sois?

Y el orgulloso conquistador de México respondió con altivez:

—Un hombre que ha dado a vuestra majestad más provincias que ciudades le dejaron sus antepasados.

Estas insolentes palabras acabaron de enajenar a Hernán Cortés las simpatías de la corte.

Lleno de tedio y de amargura se retiró a un pueblecillo llamado Castilleja de la Cuesta, donde, después de una larga agonía, murió el 2 de diciembre de 1547.

Le habían matado los remordimientos, la contrariedad y el despecho.

Las sombras de Geliztli, de Cuauhpopoca y de Cuauhtemotzin poblaron su lecho de muerte.

La ingratitud proverbial de los reyes vengaba hasta cierto punto la sangre de tantos mártires sacrificados a su ambición y crueldad.



ELIGIO ANCONA. Nació en 1835 en Mérida, Yucatán. Ahí mismo realizó sus estudios, en el Seminario Clerical de San Ildefonso y en la Universidad Literaria del Estado, así como la mayor parte de su vida profesional y literaria. En defensa de la República, ante el imperio de Maximiliano, dirigió los periódicos *La Píldora* y *Yucatán*, por lo que sufrió destierro y cárcel. Benito Juárez lo nombró gobernador interino de Yucatán, una vez restaurada la República, y en 1875 fue electo gobernador de Yucatán. Para ese momento ya había dado a la imprenta las novelas *La cruz y la espada* (1866), *El filibustero* (1866) y *Los mártires del Anáhuac* (1870). Abandonó la gubernatura y se retiró de la política en el momento en que Porfirio Díaz subió al poder. Escribió tres novelas más: *El conde de Peñaloza* (1879), *La mestiza* (1891) y *Memorias de un alférez*, publicada póstumamente. Murió en la ciudad de México en 1893.

Notas

[1] Eran unos trozos de metal cosidos a la cortina, que hacían ruido cuando alguno la apartaba para entrar en la habitación. <<

[2] Una tribu bárbara aliada de los tlaxcaltecas. <<

[3] Los mexicanos daban a Hernán Cortés el mismo nombre que a su bella intérprete. No sabemos hasta qué punto habrá agradado al conquistador esta conclusión. <<

[4] Los españoles, que estropeaban horriblemente los nombres aztecas, daban este nombre a Chiahuitztlá. <<

[5] La ceremonia principal del matrimonio entre los aztecas era atar una punta de la capa del esposo con la camisa de la esposa. <<

[6] Nombre que los aztecas daban al jugo del maguey o pulque. <<

[7] Con este nombre que era el del sol, designaban los aztecas a Alvarado, a causa de que era rubio. <<